JORGE SABORIDO



RUSIA

VEINTE AÑOS SIN COMUNISMO

DE GORBACHOV A PUTIN

Editorial Biblos
HISTORIA

JORGE SABORIDO



RUSIA

VEINTE AÑOS SIN COMUNISMO

DE GORBACHOV A PUTIN

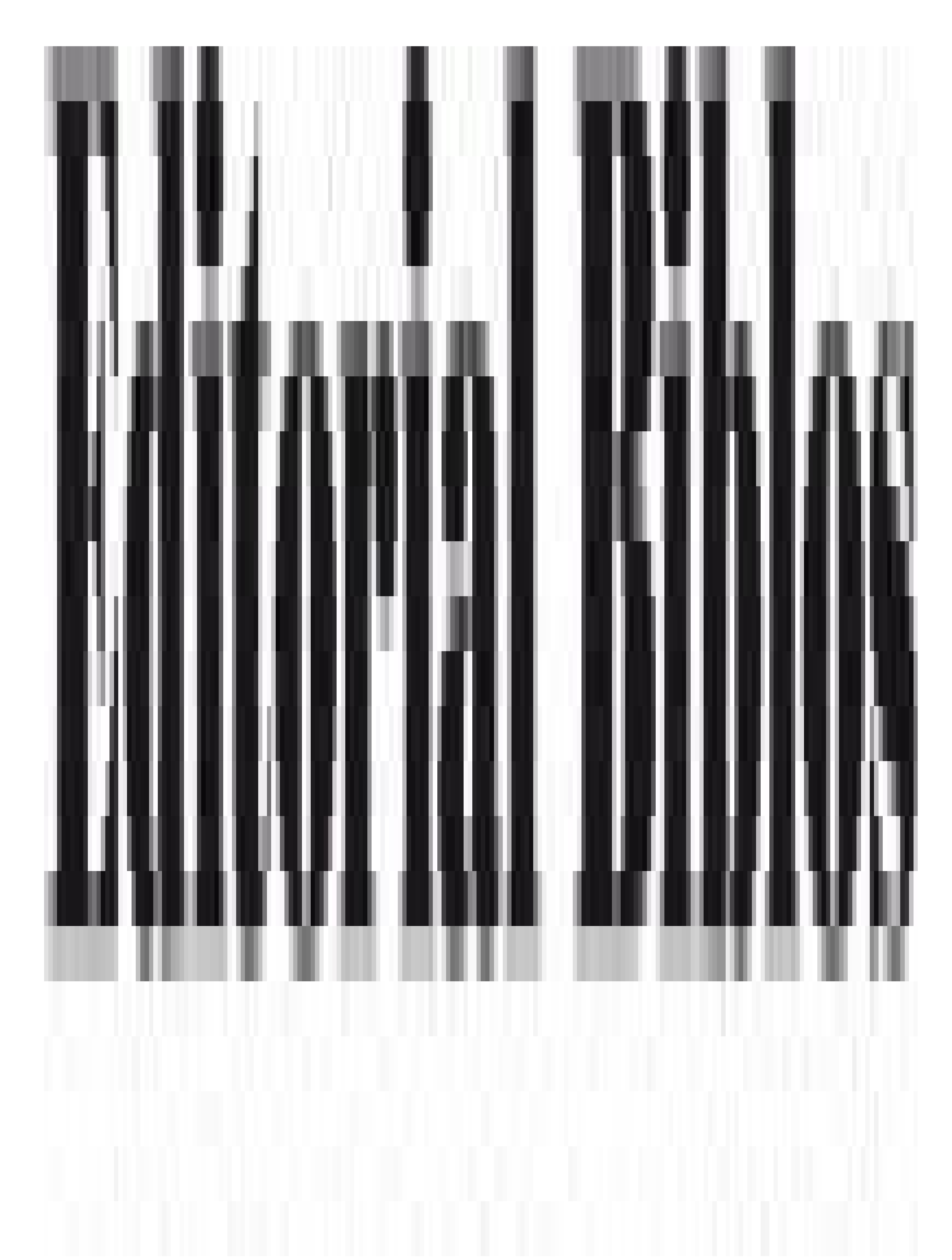
Editorial Biblos
HISTORIA

Jorge Saborido

Rusia

Veinte años sin comunismo

de Gorbachov a Putin



Jorge Saborido

Rusia: veinte años sin comunismo: de Gorbachov a Putin - 1ª ed. -

Buenos Aires: Biblos, 2011.

ISBN 978-987-691-091-0

1. Historia Universal. I. Título.

CDD 909

Diseño de tapa: Luciano Tirabassi U.

Foto de tapa: Vladimir Putin y Dimitri Medvedev,

20 de noviembre de 2008. © Sysoyev Grigory/itar-tass Photo/Corbis/Corbis (dc)/Latinstock

Cartografía: Carolina Di Gregorio

Armado: Ana Souza

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires

info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Impreso en la Argentina

Siglas y acrónimos

abm Antiballistic Missile Treaty

berd Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo

bric Brasil, Rusia, India, China

btc Oleoducto Bakú-Tiflis-Ceyhan

cei Comunidad de Estados Independientes

cia Agencia Central de Inteligencia (Estados Unidos)

Comecon Consejo de Asistencia Económica

fmi Fondo Monetario Internacional

fsb Servicios Federales de Seguridad

kgb Comité para la Seguridad del Estado

ocde Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico

omc Organización Mundial de Comercio

onu Organización de las Naciones Unidas

osce Organización para la Seguridad y la Cooperación Europea

otan Organización del Tratado del Atlántico Norte

pbi Producto bruto interno

pcfr Partido Comunista de la Federación Rusa

pcus Partido Comunista de la Unión Soviética

pnud Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo

start Tratado para la Reducción de Armas Estratégicas

tosc Organización de la Seguridad Colectiva

uess Unión de Estados Soviéticos Soberanos

ufd Unión de Fuerzas de Derecha

Prólogo

El 25 de diciembre de 1991, en un corto discurso televisado a todo el país, Mijaíl Gorbachov renunció al cargo de presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En el último día de ese año quedó oficialmente sancionada la disolución de esa gigantesca estructura institucional, compuesta por quince naciones, que a partir de ese momento comenzaron a recorrer caminos independientes, incluyendo Rusia, la protagonista fundamental de la historia desde 1917.

Culminaba así un proceso impensable para casi todo el mundo muy pocos años antes: uno de los contendientes de la Guerra Fría, la segunda potencia del mundo, portadora además de un mensaje –muy gastado pero en alguna medida todavía vigente– de superación del régimen capitalista y de instauración de un modelo económico-social más justo, desaparecía abruptamente de la escena internacional. Rusia, o más precisamente sus gobernantes, encabezados por Boris Yeltsin, contribuyeron a “liberar” al país del corsé que le imponía la existencia de la Unión Soviética, cortando las amarras que hasta ese momento los vinculaba con el resto de los países que hasta el momento la conformaban.

Las explicaciones de lo ocurrido con la “patria del socialismo” suman miles de páginas y abordan la temática desde diferentes perspectivas,[1] pero no es el derrumbe la cuestión principal que aborda este texto. La significación de Rusia en el contexto mundial, la importancia de los acontecimientos que se desarrollaron allí en los años finales de la década de 1980 y el accidentado recorrido político, económico, social e institucional que protagonizó el país, creemos que justifican una revisión de los veinte años transcurridos desde ese 31 de diciembre. La Rusia de 2011 es muy diferente de la de 1991, aunque la impronta soviética no ha sido, ni mucho menos, erradicada por completo. De la potencia que durante años amenazó la hegemonía militar de Estados Unidos no queda demasiado –y menos todavía como modelo ideológico– pero, sin embargo, de la decadencia aparentemente irreversible de la década de 1990, en la que Rusia aparecía como el nuevo “enfermo” de Europa y cuyos contrastes sociales se manifestaban de manera escandalosa, se ha pasado a una situación en la que la enorme disponibilidad de recursos energéticos y materias primas –controlados en gran medida por empresas con predominio estatal–, una

conducción económica con una orientación definida y una activa política exterior la han ubicado en un papel fundamental en un mundo cambiante. Esa importancia se ha manifestado también bajo la forma de una recuperación del nivel de vida del conjunto de la población –se demoró alrededor de década y media en recuperar los valores del pbi por habitante de la última época soviética–, pero a la vez la concentración de la riqueza no ha cesado. Por su parte, el funcionamiento del sistema democrático en la primera década del nuevo siglo refleja el desencanto de la sociedad respecto de los avatares de la década anterior, optando por un liderazgo fuerte que ha dado lugar a la consolidación de un régimen que tolera mal la disidencia política y no parece ser del todo inocente en algunas actividades violentas realizadas en contra de críticos que pueden resultar peligrosos. A su vez, las dificultades para articular una realidad nacional coherente en un país en el que coexisten decenas de etnias y religiones, y en el que las relaciones con sus vecinos –las repúblicas ex integrantes de la Unión Soviética– tienen algunas aristas conflictivas, han conducido a situaciones de alta tensión, de las cuales el conflicto de Chechenia, que culminó en dos violentos enfrentamientos en los cuales fueron olvidadas por ambos bandos muchas de las normas que regulan los conflictos armados, son sólo la manifestación más conocida de los problemas que se registran en varias de las regiones. Además, los cierres de oleoductos como forma de presión, y sobre todo la intervención armada en Georgia efectivizada en agosto de 2008, dan cuenta de esa activa presencia de Rusia en el escenario internacional a que se ha hecho referencia.

El objetivo del autor ha sido estructurar un relato sintético pero debidamente fundamentado de un recorrido que, por lo sorprendente, ha generado controversias y debates de todo orden. La posibilidad de utilizar los testimonios de algunos de los protagonistas y de una amplia bibliografía contribuye a alcanzar el objetivo propuesto, al tiempo que se aspira a dar cuenta de los diferentes discursos argumentativos que se han elaborado para explicar lo ocurrido en los últimos veinte años. En buena medida, este libro es continuación de una publicación anterior (Saborido, 2009), por lo que la Introducción retoma la narración relatando el proceso de derrumbe de la Unión Soviética y discutiendo las interpretaciones más relevantes que se han elaborado para explicarlo.

Asimismo, el texto argumenta en defensa de una explicación fuerte, que puede ser formulada así: a pesar de los innumerables defectos del régimen, el hundimiento de la Unión Soviética y el fin del “socialismo real” en manera

alguna eran acontecimientos inevitables sino que, por el contrario, fueron el resultado de una “revolución desde arriba”,[2] impulsada por una figura carismática como Boris Yeltsin, acompañado de un sector de la dirigencia soviética, que durante los cambiantes acontecimientos de la segunda mitad de 1991 triunfó a favor de varios factores: 1) los serios errores de la gestión de Mijaíl Gorbachov, con independencia de la evaluación de sus intenciones; 2) un movimiento democrático urbano numéricamente escaso pero que desarrolló una actividad muy importante socavando las bases del régimen, aunque sus objetivos estaban muy distantes de lo que finalmente ocurrió, y en el curso de los acontecimientos perdió toda capacidad de incidencia en el proceso; 3) la decisión del Occidente capitalista –fundamentalmente de Estados Unidos– de instaurar en Rusia un sistema capitalista y un régimen democrático que, sin duda no casualmente, se caracterizara por una situación de debilidad y dependencia, facilitando la posibilidad de aprovechar en condiciones favorables la enorme cantidad de recursos de todo orden existentes en la Federación Rusa, y 4) el comportamiento de una sociedad acostumbrada a la pasividad política y además ajena a las reglas de comportamiento de una democracia moderna.

El resultado fue así una “década perdida”, la de los años 90, que trajo como consecuencia la conformación de un sistema económico situado a gran distancia de un capitalismo “normal”, y la emergencia de una sociedad escandalosamente desigual, en la que una serie de penurias se abatieron sobre la mayor parte de los ciudadanos.[3]

En este escenario, la irrupción de Vladimir Putin y la consolidación de un régimen que impulsó una acelerada recuperación económica –en buena medida gracias a una situación exterior muy favorable– y mejoró siquiera parcialmente la situación de la población desplegando, con una fachada democrática, una impronta autoritaria, muestran que era posible una alternativa que ahorrara al pueblo ruso los sufrimientos por los que había atravesado en el pasado inmediato. Finalmente, el derrotero seguido por la mayor parte de las ex repúblicas soviéticas nos lleva a conjeturar que, casi con seguridad con la excepción de los países bálticos, no era imposible mantener una estructura –seguro que con algunos cambios– entre naciones cuyos vínculos eran por demás estrechos a pesar de la existencia de conflictos puntuales.

Dado que se trata de un estudio de historia reciente, se enfrenta con el desafío de analizar procesos en curso, por lo que es inevitable un final abierto; de cualquier manera, en las Conclusiones se avanza en algunas hipótesis respecto del futuro

de un país que ha vivido dos décadas de extrema turbulencia.

Cronología

1990

Marzo, 4. Primeras elecciones al Congreso de Diputados del Pueblo Ruso.

Mayo, 29. Boris Yeltsin es elegido presidente del Congreso de Diputados.

Junio, 12. El Congreso de Diputados proclama que Rusia es un estado soberano.

1991

Enero, 13. Incidentes en Vilna, capital de Lituania, en los que mueren catorce manifestantes.

Marzo, 17. Referéndum en nueve repúblicas sobre el futuro de la Unión Soviética, con altos niveles de participación. Triunfa con amplitud en todas ellas el voto favorable al mantenimiento de la Unión Soviética.

Junio, 12. Boris Yeltsin es elegido presidente de Rusia con el 57% de los votos.

Julio, 31. Se firma el Tratado para la Reducción de Armas Estratégicas (start i) entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Agosto, 19-21. Fallido golpe de Estado comunista contra Mijaíl Gorbachov. Activa participación de Yeltsin en la neutralización del intento.

Agosto, 24. Rusia reconoce la independencia de Lituania, Estonia y Letonia.

Octubre, 28. Yeltsin anuncia la implementación de un plan de reforma económica en un discurso pronunciado en el Congreso de Diputados del Pueblo Ruso.

Noviembre, 6. Yedor Gaidar entra en escena, al ser nombrado viceprimer ministro del gobierno ruso; en pocos días se incorporan al gobierno varios de

los principales reformistas.

Diciembre, 8. Los presidentes de Rusia, Ucrania y Belarús firman los acuerdos de Bielovezh, que sancionan la disolución de la Unión Soviética y la creación de la Comunidad de Estados Independientes (cei).

Diciembre, 11. Un referéndum realizado en Ucrania da como resultado un 90% de votos a favor de la independencia. También se elige como presidente a Leonid Kravchuk.

Diciembre, 21. En una reunión celebrada en Alma Ata, la cei se integra con once miembros; no participaron de su creación los tres países bálticos (Lituania, Letonia y Estonia) y Georgia.

Diciembre, 25. Gorbachov renuncia al cargo de presidente de la Unión Soviética; ésta deja de existir.

1992

Enero, 2. Los reformistas radicales ponen en marcha una liberalización casi total de los precios y un ajute del sector estatal.

Febrero, 6. Entra en vigencia la nueva Ley de Prensa.

Marzo, 31. El tratado que establece la Federación Rusa es firmado por representantes de todas las repúblicas, con excepción de Chechenia-Ingushetia y Tatarstán.

Abril, 6. Primer enfrentamiento entre Yeltsin y el Congreso de Diputados del Pueblo Ruso.

Mayo, 30. Viktor Chernomirdin es incorporado al gabinete como viceprimer ministro.

Junio, 1. Rusia ingresa al Fondo Monetario Internacional (fmi).

Junio, 15. Gaidar es nombrado primer ministro.

Junio. Chechenia se separa de Ingushetia.

Agosto, 19. En el primer aniversario del golpe, Yeltsin anuncia la privatización por medio de vouchers (cupones).

Diciembre, 12. Gaidar es destituido por decisión del vii Congreso de Diputados. Dos días más tarde, Chernomirdin es nombrado primer ministro en su reemplazo.

1993

Marzo, 12. El viii Congreso Extraordinario de Diputados del Pueblo limita los poderes de Yeltsin, quien ocho días más tarde convoca a un referéndum destinado a lograr la aprobación de un "régimen especial" que reforzaba la autoridad presidencial.

Marzo, 28. El Congreso de Diputados del Pueblo Ruso fracasa en su intento de destituir a Yeltsin.

Abril, 25. El referéndum otorga el triunfo al presidente Yeltsin, avalando además las reformas económicas.

Mayo, 18. Se lanzan a subasta los primeros bonos gubernamentales a corto plazo.

Junio, 30. Acuerdo del fmi para impulsar una transformación del sistema.

Septiembre, 18. Gaidar retorna al gobierno como viceprimer ministro.

Septiembre, 21. Yeltsin disuelve el Congreso de los Diputados y el Soviet Supremo. Los diputados se niegan a abandonar la Casa Blanca (edificio que aloja al Parlamento).

Octubre, 3. El vicepresidente Alexander Rutskoi ordena un ataque a la torre del canal de televisión Ostankino y a la oficina del alcalde de Moscú.

Octubre, 4. El ejército ruso ataca la Casa Blanca; los parlamentarios rebeldes son derrotados.

Diciembre, 12. Se celebran elecciones parlamentarias y un referéndum sobre la nueva Constitución, que otorga amplios poderes al presidente. Ésta es aprobada pero las elecciones no dan el triunfo a quienes apoyaban al gobierno. El Parlamento pasa a ser dominado por nacionalistas extremos y comunistas.

1994

Enero, 5. Acuerdo para el establecimiento de una unión monetaria con Belarús.

Enero, 16. Gaidar renuncia al cargo de viceprimer ministro.

Abril, 15. Establecimiento de un área de libre comercio entre los dos países de la cei.

Julio, 22. Se produce la quiebra de la financiera mmm, privando a millones de rusos de sus seguros de vida.

Octubre, 11. "Martes negro" en el que se produce el colapso del rublo frente al dólar.

Noviembre, 5. Anatoli Chubais es nombrado primer ministro asociado, encargado de las cuestiones económicas.

Diciembre, 11. Las tropas rusas invaden Chechenia, dando comienzo a la guerra.

Diciembre, 31. Debacle de las fuerzas armadas rusas en un mal planeado ataque sobre Grozny, la capital de Chechenia.

1995

Marzo, 31. En una reunión de gabinete, Vladimir Potanin –el dueño de Uneximbank y uno de los principales oligarcas– presenta el plan de "créditos por acciones".

Abril, 11. Rusia recibe un crédito stand-by del fmi por un total de 6.800 millones

de dólares.

Mayo, 9. Celebración del 50º aniversario del triunfo sobre Alemania en la Segunda Guerra Mundial ("Gran Guerra Patriótica"), con la presencia de más de cincuenta jefes de Estado.

Junio, 15. Un centenar de combatientes chechenos se apoderan de un hospital en Budennosk, tomando alrededor de 1.500 rehenes y obligando al gobierno a iniciar negociaciones. A fines de ese mes se firma un acuerdo precario.

Julio, 6. El Banco Central y el gobierno establecen una relación entre el rublo y el dólar, incluyendo una banda dentro de la cual se garantiza el tipo de cambio.

Agosto, 31. Yeltsin firma el decreto por el cual se autoriza el programa "préstamos por acciones".

Octubre, 6. En un atentado es gravemente herido el general Anatoli Romanov, comandante de las fuerzas rusas instaladas en Chechenia.

Diciembre, 17. Los comunistas triunfan en las elecciones a la Duma, cámara baja del Parlamento, obteniendo asimismo un buen resultado el Partido Liberal Democrático del filofascista Vladimir Zhirinovski. Simultáneamente, se celebran elecciones en Chechenia, en las que se impone el candidato pro ruso con el 93% de los votos.

1996

Enero, 16. Anatoli Chubais sale del gobierno.

Enero. Incursión de los chechenos en Daguestán, donde toman más de dos mil rehenes. Se produce una masacre en la que mueren decenas de civiles, y los guerrilleros, pese a sufrir noventa bajas, logran escapar del cerco militar ruso.

Febrero. En la reunión anual de Davos (Suiza), Chubais y los oligarcas forjan un pacto destinado a impedir el triunfo de los comunistas en las próximas elecciones generales.

Febrero, 15. Yeltsin proclama oficialmente su candidatura a la presidencia.

Marzo, 15-17. El gobierno anuncia la realización de las elecciones presidenciales para el 16 de junio.

Marzo, 26. El fmi concede un crédito ampliado.

Abril. Dzhojar Dudayev, el presidente checheno, muere víctima de un misil ruso.

Mayo, 27. Los oficiales rusos y chechenos acuerdan un alto el fuego.

Junio, 16. En la primera ronda de las elecciones presidenciales se impone Yeltsin, por delante del dirigente comunista Gennadi Ziuganov y del general Alexander Lebed. No obstante, al no alcanzar el vencedor el 50% de los votos, se convoca a una segunda vuelta para el 3 de julio.

Junio, 18. Lebed es nombrado secretario del Consejo de Seguridad del Kremlin.

Julio, 3. Yeltsin derrota a Gennadi Ziuganov en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales.

Julio. Nuevo ataque ruso sobre Chechenia, fracasado.

Julio, 15. Chubais es nombrado jefe del gabinete de Yeltsin.

Agosto, 7. Yeltsin jura como presidente.

Agosto. Vladimir Potanin, uno de los oligarcas, es nombrado viceprimer ministro.

Agosto, 31. Acuerdo de Jasaviurt que da fin a la primera guerra chechena.

Septiembre, 5. Yeltsin admite que sufrió un ataque cardíaco y debe someterse a una operación a corazón abierto.

Octubre. Boris Berezovski es nombrado cabeza del Consejo de Seguridad, cargo del que es apartado Alexander Lebed.

Noviembre, 5. Yeltsin supera la operación.

Noviembre, 21. Rusia coloca con éxito en los mercados europeos una emisión de bonos, la primera luego de la Revolución de Octubre.

1997

Enero, 27. Aslan Masjadov es elegido presidente de Chechenia. La situación parece encaminarse hacia una trabajosa paz.

Marzo. Yeltsin pronuncia un vigoroso discurso sobre el estado de la nación, llamando a concretar una nueva ola de reformas de mercado. Por decreto procede a reorganizar el gabinete incorporando a un reformista de prestigio, Boris Nemtsov.

Junio, 8. Rusia ingresa como miembro del G-8.

Julio, 1. El gobierno se pone al día con las pensiones atrasadas, cumpliendo la promesa del presidente.

Julio, 8. Polonia, República Checa y Hungría pasan a formar parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (otan).

Julio, 25. El gobierno vende el 25% de Sviazinvest, el gigante de las comunicaciones, a un consorcio liderado por el Uneximbank de Potanin, por un precio considerado "ridículo".

Agosto, 13. Alfred Kokh renuncia a su cargo de director del Comité de Privatizaciones del Estado; pocos días más tarde es acusado de haber favorecido a Potanin.

Septiembre, 1. Yeltsin anuncia que no se va a presentar a un tercer mandato en 2000.

Octubre. "Compromiso de Octubre" entre el gobierno y la oposición que evita un voto de censura contra Yeltsin en la Duma.

Octubre, 27. La crisis económica asiática afecta a la vacilante economía soviética, produciendo una caída del 17% en el precio de las acciones y un debilitamiento del rublo.

Noviembre, 12. El periodista Alexander Minkin acusa a un grupo de reformistas liderados por Chubais de recibir un soborno, disimulado bajo la forma de un

pago para escribir un libro sobre las reformas.

Noviembre. Los aliados de Chubais son expulsados del gobierno; Chubais conserva su cargo como jefe de gabinete, pero severamente debilitado.

1998

Marzo, 23. Yeltsin destituye a Chernomirdin, el primer ministro que más duró en el cargo, y lo reemplaza por Sergei Kiriyenko, un desconocido hombre de negocios, cuya designación es confirmada tras una dura lucha parlamentaria el 17 de abril.

Mayo, 27. Se hunde el mercado de valores debilitando al rublo y forzando al Banco Central a subir las tasas de interés hasta el 150%. En los días siguientes, Chubais viaja a Washington para solicitar masiva ayuda financiera para Rusia.

Junio, 15. Los oligarcas y los jóvenes reformistas se reúnen en el club privado de Boris Berezovski y deciden que Chubais sea el encargado de negociar un préstamo con el fmi.

Julio, 13. El Fondo concede un préstamo de 22,6 mil millones de dólares; la primera cuota de 4,8 mil millones se entregaría en la última semana de julio.

Agosto, 14. Yeltsin anuncia que el rublo no será devaluado.

Agosto, 15-16. Los reformistas, los oligarcas y sus socios occidentales se reúnen para discutir la manera de enfrentar la crisis.

Agosto, 17. El gobierno anuncia la devaluación del rublo, el default en el pago de los bonos del Estado y una moratoria en el pago de la deuda externa privada.

Agosto, 23. Kiriyenko es apartado de su cargo.

Septiembre, 11. Evgeny Primakov, antiguo espía soviético y luego ministro de relaciones exteriores de Rusia, es confirmado primer ministro por la Duma.

1999

Mayo, 12. Yeltsin despide a Primakov y en su lugar es nombrado Sergei Stepashin, hasta ese momento ministro del interior.

Agosto, 7. Comienza una incursión chechena en Daguestán.

Agosto, 9. También Stepashin debe dejar su puesto y en su lugar es nombrado el desconocido jefe de los Servicios Federales de Seguridad (fsb) Vladimir Putin; Yeltsin anuncia que será su sucesor.

Septiembre. Explotan bombas en Moscú y Volgodonsk: son acusados terroristas chechenos, aunque hay muy escasa evidencia de su culpabilidad. El incidente conduce a que la opinión pública apoye un nuevo ataque sobre Chechenia.

Septiembre, 24. Comienza la segunda guerra de Chechenia.

Diciembre, 19. Unidad, el partido que sostiene a Putin, logra un buen resultado en las elecciones parlamentarias, ubicándose inmediatamente detrás de los comunistas, los vencedores.

Diciembre, 31. Yeltsin sorprende a su país y al mundo renunciando a su cargo; automáticamente lo sucede Putin con carácter provisional.

2000

Enero. En su primer decreto, Putin garantiza la inmunidad de Yeltsin, que no podrá ser acusado por sus acciones como presidente.

Febrero, 7. Tropas rusas entran en Grozny.

Marzo, 26. Putin es elegido presidente, con aproximadamente el 53% de los votos.

Mayo, 13. Putin introduce siete distritos federales ("grandes regiones") como nuevo sistema de gobierno territorial.

Junio, 13. El banquero Vladimir Gusinski es arrestado.

Julio, 1. El primer ministro Mijaíl Kasyanov anuncia que no serán revisadas las privatizaciones realizadas en el pasado inmediato, aunque aclara que algunos negocios que hayan implicado operaciones ilegales podrían ser revertidos.

Julio, 28. Reunión de Putin con los principales hombres de negocios.

Agosto, 12. Accidente en el submarino ruso Kursk durante unas maniobras en el mar de Barents. Mueren 118 tripulantes.

2001

Enero, 1. Se introduce una escala única del 13% en el impuesto sobre la renta.

Abril. Crisis en la cadena ntv; los altos directivos son reemplazados y la mayoría de los periodistas abandonan sus puestos de trabajo. La ntv era el último canal que tenía la oposición en el país, y estos cambios son un símbolo de la victoria de Putin sobre la libertad de expresión en la televisión.

Julio, 11. Se aprueba una nueva ley sobre los partidos políticos, que impone limitaciones a los partidos pequeños para impedirles participar en las elecciones. Se cambia la legislación electoral para 2004: se introduce un mínimo de un 7% para obtener escaños en la Duma; se anula el umbral de participación en las elecciones y se suprime la opción "Ninguno de los candidatos" en las papeletas. Todo esto alimenta las críticas de quienes acusan de autoritarismo a la presidencia de Putin.

Octubre, 25. Putin aprueba el nuevo Código de la Tierra, en el que se definen claramente nuevas formas de propiedad agrícola; fomenta la construcción de empresas y permite a los campesinos privatizar sus parcelas.

Diciembre, 1. Se funda Rusia Unida, partido político cuyo fin es apoyar la gestión del presidente Putin.

Diciembre. Se ponen en vigencia nuevas leyes para reformar el poder judicial.

Diciembre, 13. Estados Unidos deroga el Antiballistic Missile Treaty (abm) de 1972.

2002

Febrero. Se pone en vigencia un nuevo código de trabajo.

Julio, 24. La Duma legaliza las ventas de tierra.

Octubre, 23. Ataque terrorista durante la representación del musical Nord-Ost en un teatro de Moscú. El teatro es ocupado por terroristas chechenos: durante el asalto antiterrorista mueren los 41 asaltantes y 128 rehenes.

Octubre. Se pone en vigencia una nueva ley de quiebras bancarias.

2003

Febrero, 23. Rusia, Ucrania, Belarús y Kazajistán acuerdan el establecimiento de un espacio económico común.

Octubre, 25. El director de la compañía petrolera Yukos, Mijaíl Jodorkovski, es detenido acusado de evasión de impuestos. La propiedad de Yukos pasa gradualmente a manos de la empresa estatal Rosneft; Jodorkovski es condenado a ocho años de cárcel.

Noviembre, 2. Elecciones parlamentarias en Georgia: comienza la "revolución rosa", impulsada por los partidarios de Mijaíl Saa-kashvili.

Diciembre, 7. Elecciones a la Duma del Estado; amplio triunfo de Rusia Unida.

2004

Febrero, 24. Putin despide al primer ministro Mijaíl Kasianov.

Marzo, 5. Mijaíl Fradkov es propuesto como primer ministro.

Marzo, 14. Se celebran las elecciones presidenciales, en las que triunfa Putin.

Marzo, 29. Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Rumania, Eslovaquia y Eslovenia ingresan a la otan.

Mayo, 1. Polonia, Hungría, la República Checa, Eslovaquia, Eslovenia y los tres Estados bálticos se convierten en miembros de la Unión Europea.

Mayo, 21. Rusia da por concluidas las negociaciones bilaterales con la Unión Europea para el ingreso en la Organización Mundial del Comercio (omc).

Julio, 9. El director de la edición rusa de la revista Forbes, Paul Klebnikov, es asesinado en Moscú.

Septiembre, 1-3. Una escuela de Beslan, Osetia del Norte, es tomada por terroristas. Mueren más de 330 personas, la mayoría de ellas alumnos. Tras este ataque, Putin anuncia el fortalecimiento de "la vertical de poder" mediante la cancelación de las elecciones populares directas de los gobernadores regionales, que desde este momento serán nombrados por el presidente.

Septiembre, 13. Putin propone la eliminación de la elección directa de los gobernadores regionales.

Noviembre-diciembre. Elecciones presidenciales en Ucrania: "revolución naranja", protagonizada por los simpatizantes de Viktor Yushchenko.

2005

Enero. Se anuncia una serie de importantes reformas sociales, que empieza con la monetización de las prestaciones a ciertos sectores, como pensionistas o discapacitados, que son canceladas a cambio de pagos estatales más elevados a estos ciudadanos. Las numerosas protestas que provocan estan medidas hacen que el gobierno reconsidere su plan inicial y las reformas se suavicen, aumentando los montos a desembolsar.

Marzo, 9. El ex presidente checheno Aslan Masjadov es asesinado por los servicios rusos.

Marzo, 24. Es derrocado Askar Akaev, presidente de Kirguistán. Comienzo de la "revolución amarilla".

Septiembre, 29. Gazprom compra la petrolera Sibneft, propiedad de Roman Abramovich.

Noviembre. Dimitri Medvedev es nombrado viceprimer ministro del gobierno ruso.

2006

Enero. Conflicto por el gas con Ucrania. La Federación Rusa cambia el carácter de los precios de "preferentes" a "precios de mercado" para el suministro de gas a Ucrania, que se niega a pagarlo al nuevo precio y discute las condiciones del contrato. La situación se repetirá en enero de 2007 con Belarús. La Federación Rusa pierde sistemáticamente sus aliados en los países más próximos; se impone el bloqueo sobre el transporte y el correo con Georgia, y se prohíbe la exportación de vinos de Moldavia.

Julio, 15-17. Reunión del G-8 en San Petersburgo.

Octubre, 7. La periodista Anna Politkovskaya es asesinada en Moscú.

Noviembre, 19. Rusia concluye las negociaciones bilaterales con Estados Unidos sobre la omc.

Noviembre, 25. Alexander Litvinenko, ex funcionario de los servicios secretos, es envenenado en Moscú.

2007

Enero, 1. Rumania y Bulgaria ingresan en la Unión Europea.

Enero, 8. Rusia corta los suministros de petróleo a Belarús.

Febrero, 10. Putin pronuncia un discurso en la conferencia sobre seguridad de Munich acusando a Estados Unidos de actuar unilateralmente y de desestabilizar por ello el sistema de relaciones internacionales.

Marzo. Una manifestación de disidentes en San Petersburgo provoca actos similares en otras muchas ciudades rusas. La oposición protesta contra Putin y su equipo, y exige cambios en el régimen político en la Federación Rusa.

Abril, 4. Putin nombra como presidente de Chechenia a Ramzan Kadirov.

Junio. Se subastan las últimas acciones de Yukos.

Julio. Sochi es elegida ciudad anfitriona de los juegos olímpicos de invierno de 2014. Se aprueban varias enmiendas al Código de la Tierra que facilitan la transferencia de tierras de manos privadas al Estado.

2008

Marzo, 2. Dimitri Medvedev es elegido presidente de la Federación Rusa. Poco después, Putin es nombrado primer ministro.

Junio. Medvedev propone en Berlín la realización de una conferencia para diseñar un nuevo tratado para la seguridad europea.

Agosto, 8-12. Conflicto armado entre la Federación Rusa y Georgia motivado por las repúblicas secesionistas georgianas de Osetia del Sur y Abjazia. Las tropas rusas se internan en territorio georgiano.

Agosto, 26. La Federación Rusa reconoce la independencia de Osetia del Sur y de Abjazia. Ningún país –excepto Nicaragua, Nauru y más tarde Venezuela– sigue su ejemplo.

Septiembre. La Federación Rusa es golpeada por la crisis financiera. Los precios del petróleo caen en picada.

Noviembre. Conferencia política mundial en Evian, Francia, en la que Medvedev insiste en la discusión de un tratado para la seguridad europea.

2009

Marzo, 6. La secretaria de Estado norteamericana Hillary Clinton visita la Federación Rusa y ofrece "reiniciar" las relaciones entre los dos países.

Marzo, 27. La Duma levanta las restricciones sobre la utilización del fondo de reserva a los efectos de financiar el déficit presupuestario.

Abril. Queda abolido el régimen de operaciones contraterroristas en Chechenia.

Mayo. Medvedev aprueba la Estrategia de Seguridad Nacional de la Federación Rusa.

Abril-septiembre. Se da forma al marco legal de la alianza con Abjazia y Osetia del Sur. Se firman acuerdos sobre la protección de las fronteras estatales (abril) y sobre la cooperación en el campo militar.

Junio. Se celebra en Ekaterimburgo la primera cumbre de los países del grupo bric (Brasil, Federación Rusa, India y China).

Julio. Barack Obama visita Moscú. Se firma un acuerdo intergubernamental sobre el tránsito por territorio ruso de soldados, armas y equipo militar estadounidenses en dirección a Afganistán. Empiezan las negociaciones sobre el start i, que debe reemplazar al start ii que expira en diciembre de 2009.

Agosto, 17. Accidente en la central hidroeléctrica de Sayano-Shushenskaya; mueren setenta y cinco personas.

Septiembre. Se celebra en Yaroslavl la conferencia "El Estado moderno y la seguridad global". Inaugura la conferencia el presidente ruso y a ella asisten los primeros ministros de Francia y España, y otros funcionarios de alto rango.

Noviembre. Medvedev envía a los jefes de Estado extranjeros y a las organizaciones internacionales el proyecto ruso para el tratado de seguridad europea.

Noviembre, 27. Ataque terrorista al tren Nevsky-Express, con 28 personas muertas y 95 heridas. Terroristas chechenos a las órdenes de Doku Umarov reivindican el ataque.

Diciembre. La reunión plenaria ministerial del Consejo de la otan con representantes de la Federación Rusa (la primera después de la crisis del

Cáucaso de 2008) toma la decisión de revisar conjuntamente a lo largo de 2010 los retos y las amenazas comunes a la seguridad en el siglo xxi.

2010

Enero, 19. Como consecuencia del deterioro de la seguridad en el sur de la Federación Rusa, por un decreto presidencial se crea el nuevo distrito federal del Cáucaso Norte.

Marzo, 29. Violentos atentados terroristas en el metro de Moscú, con un saldo de cuarenta muertos. Los separatistas chechenos son considerados los autores de los atentados; los medios de comunicación internacionales culpan a Putin del fracaso en la política caucásica.

Abril. Segunda reunión cumbre de los países del bric, realizada en Brasilia.

Diciembre. Los jueces declaran culpable a Jodorkovski de nuevos delitos económicos y lo condenan a catorce años de prisión.

2011

Marzo, 12. Elecciones en doce regiones de la Federación Rusa. Rusia Unida se impone con aproximadamente el 56% de los votos. La participación no llega al 50%.

Abril. Tercera reunión cumbre de los países del bric, en esta ocasión con la inclusión de Sudáfrica, celebrada en la isla de Hainan, al sur de China.

Abril, 15. Un alto dirigente de Rusia Unida declara que el partido apoyará la candidatura de Putin en las elecciones de marzo de 2012.

Mayo, 6. En el congreso de Rusia Unida, Putin anuncia la creación del Frente Popular Panruso, compuesto por organizaciones sindicales, empresariales y ong simpatizantes del gobierno.

Septiembre, 24. En el congreso de Rusia Unida, Medvedev propone

que Putin sea el candidato a presidente en los comicios de marzo de 2012.

Introducción

A comienzos de la década de 1980 era muy difícil imaginar que una de las dos grandes potencias protagonistas de la Guerra Fría iba a experimentar un derrumbe tan acelerado. Sin duda, los problemas que experimentaba la Unión Soviética eran serios, y existía entre las elites dirigentes una toma de conciencia respecto de esas dificultades, pero se estaba lejos de suponer un final como el que se produjo. ¿Y qué ocurría con los analistas? En una interesante obra de revisión, Walter Laqueur (1994) afirma que no es cierto que nadie viera venir el desastre, y hace referencia a tres textos: un ensayo publicado en 1969 por el disidente soviético Andrei Amalrik (1981), titulado Will the Soviet Union Survive Until 1984?; una disertación del demógrafo francés Emmanuel Todd (1976) luego editada, y un libro del periodista y profesor Marshall Goldman publicado en 1982. De ellos, el texto de Amalric es el más reconocido, considerado además la obra más importante publicada por un disidente soviético. Sin embargo, está muy claro que se trata de una escasa proporción de trabajos sin excesiva repercusión, enfrentados a una enorme literatura que desde diferentes perspectivas llamaba la atención sobre las falencias del régimen pero en manera alguna anunciaba su desaparición en un futuro más o menos inmediato.

La Unión Soviética en la década de 1980

Cuando el 10 de noviembre de 1982, luego de una prolongada agonía, murió Leonid Brezhnev,[4] la realidad soviética se caracterizaba por un visible estancamiento en el terreno económico y por un generalizado sentimiento de desánimo. La sensación de que la muerte del veterano líder había llegado "demasiado tarde" iba acompañada de una profunda intranquilidad respecto del futuro.[5]

La Unión Soviética era una de las dos grandes potencias del planeta y sus logros en algunos terrenos eran indiscutibles, pero la percepción general de que la economía experimentaba serios problemas estaba avalada por las cifras. Las estadísticas más valoradas por los especialistas, las elaboradas por los equipos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (ocde) bajo la dirección de Angus Maddison, muestran que, revisando las cifras del pbi y del pbi por habitante desde el ascenso de Nikita Kruschov, a partir de fines de la década de 1960 tanto los valores del pbi como los del pbi por habitante muestran una sensible declinación en los niveles de crecimiento; si tomamos como punto de partida 1956, año en que Kruschov alcanzó efectivamente el poder, y dividimos el período que se extiende hasta 1982 en dos, podemos verificar esa afirmación (cuadros 1 y 2).

Cuadro 1

Evolución del pbi y del pbi por habitante

de la Unión Soviética entre 1956 y 1969 (1956 = 100)

Año	PBI	PBI/hab.
1956	100	100
1960	126	111
1965	150	129
1969	177	146

Fuente: elaboración propia a partir de Angus Maddison (2003).

Cuadro 2

Evolución del pbi y del pbi por habitante de la Unión Soviética

entre 1969 y 1982 (1969 = 100)

Año	PBI	PBI/hab.
1969	100	100
1975	130	117
1980	136	123
1982	141	125

Fuente: elaboración propia a partir de Angus Maddison (2003).

Sin embargo, es preciso aclarar algunos puntos: las estadísticas correspondientes a esos años puntualizaban que la Unión Soviética producía 80% más acero, 78% más cemento, 42% más petróleo, 55% más fertilizantes, el doble de hierro forjado y seis veces más mineral de hierro que Estados Unidos, así como también varias veces más tractores. Incluso las tasas de crecimiento del pbi y del pbi por habitante no diferían demasiado de las que ostentaban las principales potencias occidentales. Sin embargo, en esos momentos en los principales países capitalistas estaba surgiendo una nueva revolución tecnológica en la que dominaban los microchips antes que el mineral de hierro, y el plástico antes que el acero. La estructura industrial, ya en problemas, se encontró entonces incapacitada para enfrentar ese desafío, y ciertas circunstancias coyunturales, como la caída del precio de petróleo desde 1983 en adelante –uno de los principales productos de exportación–, contribuyeron a agravar una situación ya de por sí difícil. El precio del barril de petróleo, que era de 30 dólares en 1983, descendió a 15 dólares a principios de 1986 y desde ese momento hasta 1990 osciló entre 12 y 20 dólares; la razón principal de este descenso fue la decisión de Arabia Saudí de aumentar de forma significativa la producción.[6]

Uno de los argumentos utilizados con frecuencia para explicar el atraso era el enorme peso del gasto militar en el presupuesto del Estado. Hacia 1980, aun las estimaciones más moderadas mostraban que la Unión Soviética gastaba entre el 15 y el 17% del pbi. Incluso en los círculos gubernamentales había quienes desde años atrás admitían que el crecimiento económico podía ser más acelerado si disminuían los recursos utilizados para sostener la “pulseada” con Estados Unidos.

Sin embargo, para la mayor parte de los especialistas la causa principal de las dificultades económicas residía en los problemas generados por el sistema de planificación centralizada. Existía coincidencia respecto de que la planificación era útil para la movilización en gran escala de factores de producción antes subutilizados, y también para obtener resultados significativos cuando el número de objetivos a alcanzar eran limitados. Los mayores logros basados en esta utilización “extensiva” de los recursos se alcanzaron durante la década de 1930 y

también durante la Segunda Guerra Mundial.

Por el contrario, el sistema mostraba serios problemas cuando se trataba de impulsar el crecimiento incrementando la eficiencia en el empleo de los factores productivos, lo que en el lenguaje económico se denomina crecimiento “intensivo”. En el xi plan quinquenal (1981-1985) se calculaba que el 85% del crecimiento debía provenir justamente de incrementos en la productividad. Pero existía un impedimento fundamental para el aumento de la eficiencia: el sistema de precios fijos establecidos de manera arbitraria, que impedía conocer los costos reales de las mercancías que se fabricaban, y también tomar decisiones frente a opciones alternativas. Además, el funcionamiento de la economía seguía privilegiando los objetivos cuantitativos por sobre la eficiencia en la producción, de ahí que la industria soviética consumiera mucha mayor energía y materias primas por unidad de producto que su similar de los países desarrollados, para obtener resultados de muy inferior calidad. Otto Latsis (citado por Hosking, 1991) ilumina toda la cuestión:

El sistema produce máquinas-herramienta para las cuales no hay operarios, tractores para los cuales no hay conductores, trilladoras que saben que no van a funcionar. Millones de trabajadores perciben salarios por estas tareas, y con ese dinero aspiran a comprar bienes, pero en los negocios no hay bienes para comprar, simplemente porque su trabajo no los ha producido.

Otro problema serio era el hecho de que las exigencias que planteaba el cumplimiento de los objetivos forzaban a la toma de decisiones de corto plazo en las cuales se malgastaban recursos y se elevaban los costos. Además, y esta cuestión era muy importante, la planificación se enfrentaba con la innovación tecnológica: cualquier intento de modificar los procesos productivos tradicionales, incluso aunque fueran exitosos, ponía en riesgo el cumplimiento de los objetivos, lo que con frecuencia conducía a que fueran desechados.

La madurez del sistema planteó un problema adicional aunque directamente vinculado con el tema anterior: hacia principios de la década de 1980 la mayor parte del capital industrial estaba obsoleto, y aunque continuaba adelante con la producción, lo hacía en condiciones cada vez más desfavorables. Este proceso

impedía la modernización del equipo ya que las industrias, para seguir produciendo, absorbían recursos que podrían haberse utilizado para impulsar un cambio estructural.

A la vista de estas debilidades, no es sorprendente que el crecimiento se hiciera cada vez más lento a medida que el sistema maduraba. La necesidad de planificar la producción y distribución de millones de productos diferentes superó la capacidad de procesamiento del sistema. Se intentó neutralizar esa complejidad por medio de la utilización de grandes agregados y de indicadores más simples, lo que facilitó el diseño del plan pero hizo más difícil su implementación, y multiplicó los cuellos de botella. La existencia de una creciente "segunda economía", basada en el desvío de parte de la producción hacia los canales del mercado negro, tenía mucho que ver con las múltiples deficiencias del sistema.

Finalmente, es preciso puntualizar que el crecimiento "extensivo" de la economía soviética trajo consigo una serie de graves problemas en el terreno medioambiental. El uso creciente de combustibles sólidos y la proliferación de complejos industriales en zonas urbanas condujeron a que ciudades como Moscú, Leningrado (San Petersburgo), Lvov o Bakú registraran niveles dramáticos de contaminación. Pero los problemas no se hacían notar solamente en los centros urbanos, sino que afectaban a ríos como el Volga y el Moldova, a lagos como el Baikal y el Caspio, y a mares como el de Azov y el Báltico. Hacia principios de la década de 1980 una estimación afirmaba que más de la mitad del agua de consumo doméstico e industrial estaba afectada por diferentes niveles de contaminación.

En otro orden de cosas, en esos años tomó nuevas dimensiones la cuestión nacional. El establecimiento de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas a principios de 1924 fue esencialmente un compromiso entre Rusia y entidades políticas más pequeñas –en esos años, Ucrania, Belarús y las repúblicas transcaucásicas: Armenia, Azerbaiján y Georgia–. Este compromiso, impulsado por Lenin, era definido como una política "nacionalista en la forma, socialista en el contenido". En los primeros años se favoreció el desarrollo de las culturas no rusas y de un clima que permitió el crecimiento de las elites nacionales, lo que se manifestó con fuerza sobre todo en Ucrania y Belarús.

Con el triunfo de Stalin, esta política se abandonó a favor de una mayor centralización, y en su reemplazo se desplegó un fuerte ataque contra lo que era definido como “nacionalismo burgués”. Si bien subsistía la opción de la secesión para las repúblicas de la Unión Soviética, las condiciones eran fuertemente restrictivas. La idea del líder apuntaba a la creación de una comunidad socialista supranacional en la cual la conciencia nacional (rusa o de cualquier otra nación) fuera cosa del pasado. Al mismo tiempo, sin embargo, se fueron creando nuevas repúblicas hasta alcanzar el número de quince: ya a fines de 1924 surgieron Uzbekistán y Turkmenistán para dar satisfacción a las demandas de autonomía de los musulmanes del Asia central; en 1929 se dividió Uzbekistán formando la República Soviética de Tayikistán; en 1936 Transcaucasia (la zona sur del Cáucaso) se dividió oficialmente en las tres repúblicas de Armenia, Azerbaiján y Georgia, y fue creada Kazajistán, la segunda república más extensa (después de Rusia). Finalmente, los avatares de la guerra trajeron como consecuencia la anexión de Lituania, Estonia y Letonia, y también fue creada en 1940 la República de Moldavia.[7]

El “gran terror” stalinista también se cobró como víctimas a integrantes de las elites nacionales, mientras que los planes quinquenales destinados a impulsar el desarrollo industrial contribuyeron a despoblar los campos en unas repúblicas en las que la actividad agraria era dominante.

A partir del gobierno de Kruschov, fue ganando fuerza la idea de una fusión de las diversas naciones, y ya durante la época de Brezhnev, siguiendo la línea de Stalin pero sin el componente de la violencia, se impulsó la creación de un “hombre soviético” que emergiera superando las particularidades nacionales. Sin embargo, este proyecto no tuvo mayor desarrollo fuera de las tres naciones eslavas y del norte de Kazajistán, donde la mayor parte de la población era rusa. En cambio, la iniciativa oficial más exitosa fue el impulso propagandístico a un nacionalismo ruso que también se manifestaba en distintos terrenos. Por ejemplo, el idioma ruso se fue difundiendo como el lenguaje de la comunicación entre los habitantes de las diferentes repúblicas; hacia principios de la década de 1980 era muy difícil progresar en la vida profesional sin dominar el ruso, hablado por la mayoría de la población en repúblicas como Ucrania y Belarús.

Sin embargo, al mismo tiempo que se verificaba esta situación, en otros temas el período de Brezhnev estuvo caracterizado por lo que se ha denominado “compromiso corporativo” (Fowkes, 1997), un reconocimiento desde Moscú de que las repúblicas debían ser gobernadas por ciudadanos oriundos de ellas. Los

dirigentes adquirieron entonces una continuidad en sus cargos que les brindaba oportunidades para montar sus aparatos de dominación y desarrollar redes de corrupción, con la casi completa seguridad de que no iban a ser “molestados” desde el Kremlin. Este compromiso con las elites locales afectaba la cohesión del sistema, en la medida en que, como contrapartida, iba acompañado de un control cada vez mayor de los rusos en la cúspide de la Unión Soviética: en 1966 en el Politburó[8] había seis rusos sobre un total de once; quince años más tarde los rusos eran diez sobre catorce, y el secretariado del Partido Comunista de la Unión Soviética (pcus) estaba integrado totalmente por rusos.

Por lo tanto, puede decirse que a principios de la década de 1980 la Unión Soviética conformaba un imperio multinacional que se mantenía unido por una combinación de instrumentos de coerción y mecanismos de adoctrinamiento ideológico. La mayoría de los ciudadanos sin duda aceptaba la situación; muy pocos simpatizaban en ese momento con las demandas radicales de los nacionalistas,[9] aunque también era incuestionable que las tensiones entre diferentes grupos étnicos persistían y la idea de un “hombre soviético” estaba lejos de haberse hecho realidad.

Era evidente que las promesas de construcción de una sociedad liberada de las lacras del capitalismo que se habían venido formulando desde 1917 no tenían visos de concreción. Por el contrario, las diferencias sociales, si bien menos marcadas que en el ámbito capitalista, eran muy visibles. En principio, sin entrar a discutir la pertinencia o no de la utilización del concepto “clase dominante” para identificarla, existía un sector social, la denominada “nomenklatura”,[10] que estaba en condiciones de controlar los medios de producción y de operar para colocar a sus “protegidos” en lugares favorables para mantener y acrecentar su poder.

Dentro del conjunto que conformaba la nomenklatura existían grupos con intereses no coincidentes: el entramado político del pcus, el complejo militar-industrial con ramificaciones en todo el país,[11] el aparato de seguridad del Estado con la kgb como elemento central,[12] y también el vasto sistema de creación e interpretación del complejo ideológico.

El clima de estabilidad que impuso el liderazgo de Brezhnev determinó que el poder de la nomenklatura se consolidara, favoreciéndose de un control menos

estricto desde las altas esferas del poder, lo que facilitó la existencia de abusos y la conformación de sólidas estructuras de dominación en todo nivel. A diferencia de lo que ocurría en otros sistemas políticos autoritarios, en los que los gobernantes procuraban dejar el poder en manos de sus descendientes, en el ámbito soviético la transferencia se concretaba a partir de la utilización de redes clientelares que permitían ubicar a quienes desde su posición se constituían en “herederos”; las cualidades de quienes eran promovidos eran menos importantes que su adhesión a quien lo estaba promoviendo. Para calibrar la significación de la nomenklatura es pertinente afirmar que la sociedad soviética estaba dividida entre una minoría que pertenecía a ella, por supuesto altamente jerarquizada, y una mayoría que no gozaba de esa posición privilegiada. Se ha calculado que a principios de la década de 1980 el número de integrantes de la nomenklatura era de 750.000, que con sus familias sumaban aproximadamente el 1,5% de la población soviética.

De acuerdo con las estadísticas oficiales, la fuerza de trabajo instalada en las ciudades era en 1979 de 85 millones de personas, distribuida entre 60 millones de obreros –algo más de la mitad de ellos ocupados en actividades industriales– y 25 millones de empleados. El nivel de salarios era en general bajo, salvo para quienes tenían un oficio calificado, pero como contrapartida el empleo era seguro. El stalinismo había eliminado la desocupación y existía una endémica escasez de trabajadores. El bajo nivel de ingresos monetarios era compensado por un completo sistema de seguridad social en el que la educación y la medicina eran gratis, los impuestos bajos y la vivienda barata, aunque en algunos casos la calidad de los bienes y servicios recibidos era pobre. Existía una suerte de contrato social implícito en el que el Estado proveía seguridad social a cambio de sumisión política, en un escenario laboral caracterizado por la baja productividad.

La política salarial, partiendo de la ya indicada orientación relativa a la disminución del rango de desigualdades, tendió a beneficiar a los trabajadores calificados en perjuicio de empleados y profesionales. Por ejemplo, en ciertas fábricas los supervisores e ingenieros ganaban menos que algunos de los obreros que estaban a su cargo. En parte, esto era resultado de la tendencia del régimen de valorizar positivamente el trabajo productivo –la fabricación de bienes tangibles– en perjuicio del trabajo en la supervisión, el comercio y los servicios. Pero además reflejaba el hecho de que los trabajadores no optaban por las tareas

manuales; los jóvenes educados preferían los peor pagados empleos de “cuello blanco”. La preferencia por el estatus era el resultado de una realidad propia de la Unión Soviética, la de que los ingresos no eran el único indicador de bienestar, ya que éste podía muy bien alcanzarse por el acceso a privilegios y por medio de conexiones con estratos cercanos al poder.[13]

Dentro del sistema laboral, había otras situaciones diferenciadas originadas, por ejemplo, en la tradicional prioridad otorgada a la industria pesada respecto de la de bienes de consumo; además, las empresas vinculadas con el complejo militar-industrial gozaban de un estatus especial: sus trabajadores tenían mayores ingresos y además se beneficiaban con el acceso a puestos preferenciales en las listas para adquirir automóviles o materiales para construir casas de veraneo.

Puede afirmarse entonces que el ascenso social no era un proceso que estuviera necesariamente asociado a la formación profesional o a la habilidad laboral sino a la posibilidad de atravesar los límites impuestos por la administración: un trabajador manual podía mejorar su nivel de vida obteniendo un salvoconducto para emplearse en una empresa del sector privilegiado; el habitante de una ciudad cualquiera lograba mejorar su situación personal y la de su familia si accedía a un permiso de residencia en la capital o en una ciudad importante; el campesino de una granja colectiva veía modificar su situación si lograba conseguir un pasaporte, sin el cual le era imposible abandonar la granja colectiva, el koljós.

En cuanto al sector agrario, la Cenicienta de la economía, la situación de los campesinos experimentó una sensible mejora respecto de la época del stalinismo; de cualquier manera, el problema estaba lejos de estar resuelto: los incentivos materiales resultaban insuficientes y la gente estaba en general ansiosa por marchar a la ciudad. Este proceso pudo haber sido orientado de manera de resolver un importante problema del campo, la existencia de una gran cantidad de trabajadores subocupados de elevada edad, pero lo que ocurrió fue justamente lo inverso: debido a la manera como estaba organizado el sistema de pasaportes, los que se marchaban eran los jóvenes y quienes tenían un cierto entrenamiento laboral; los viejos y los trabajadores sin formación permanecían en el campo.

A pesar de que los campesinos instalados en las granjas colectivas fueron incorporados al sistema de beneficios sociales que brindaba el Estado, diez millones abandonaron el campo entre 1959 y 1979, y los que quedaron

dedicaron sus esfuerzos mayoritariamente a la explotación de las fincas familiares, que les brindaban ingresos superiores.

El problema principal experimentado por la sociedad soviética en su conjunto durante los últimos años del gobierno de Brezhnev fue que partiendo de un nivel de vida ya bajo de acuerdo con los parámetros occidentales, los servicios brindados por el Estado, luego de un avance importante, comenzaron a experimentar un sensible deterioro desde mediados de la década de 1970, lo que condujo a manifestaciones de diferente tipo: por una parte, alrededor del 30% de los trabajadores cambiaban de empleo anualmente; por otra, la violencia familiar, los divorcios y el alcoholismo se incrementaron; finalmente, se produjeron también manifestaciones más o menos espontáneas de descontento, importantes dado que los dirigentes sindicales formaban parte de la estructura de poder soviético, y si bien actuaban en defensa de los intereses de los trabajadores, en manera alguna estaban dispuestos a apoyar acciones colectivas en contra de la autoridad.

Uno de los indicadores más elocuentes de los problemas experimentados por el sistema de seguridad social soviético lo constituyó la caída en las expectativas de vida. Desde los años de la revolución hasta mediados de la década de 1960 las expectativas de vida para las mujeres habían crecido de treinta y tres a setenta y cuatro años, mientras para los varones se incrementaron de treinta y un a sesenta y seis años. Asimismo, la mortalidad infantil había disminuido de 268,6 a 22,9 por mil en 1971. Sin embargo, todos estos indicadores comenzaron a revertirse desde ahí en adelante; no es casual que a partir de ese momento se dejaran de publicar estadísticas sobre el tema.

Por lo tanto, puede afirmarse que a la muerte de Brezhnev la sociedad no había dejado de ser socialista y en su mayoría casi con seguridad no había retirado su lealtad al régimen, pero era crecientemente consciente de la incapacidad del mismo para hacer realidad las promesas del socialismo –de hecho, se habían desarrollado en medida significativa las actividades privadas–,[14] y además albergaba un fuerte resentimiento respecto de las elites que detentaban el poder, a cuyos integrantes atribuían una obscena búsqueda de privilegios para sí mismos y para quienes conformaban su clientela, con una exposición pública que contrastaba de manera muy rotunda con el discurso oficial.

Las reformas de Gorbachov y su fracaso

Entre la muerte de Leonid Brezhnev (noviembre de 1982) y el ascenso de Mijaíl Gorbachov (marzo de 1985), el poder estuvo en manos primero de Yuri Andropov, quien falleció en febrero de 1984 y fue sucedido por Konstantin Chernenko.

La posición de ambos fue bien diferente: mientras Andropov, un crítico de la corrupción, fue la cabeza visible de un proceso de reforma que no pudo ponerse en marcha debido a su muerte prematura, Chernenko fue un veterano representante de los grupos que ejercían el poder junto a Brezhnev, y su designación fue un postrer intento de cerrar el paso a quienes consideraban indispensable producir cambios en el funcionamiento del régimen.

Sin embargo, los cambios en la cúpula dirigente no pudieron detenerse: a la muerte de Chernenko, Mijaíl Gorbachov ascendió a la secretaría general del pcus, generando una gran expectativa. El hecho de que fuera el principal representante de una nueva generación, ajena a los años del stalinismo, formada en los momentos en los que la sociedad soviética experimentaba modificaciones de importancia, que incluían una importante apertura al exterior, hizo pensar en una renovación en los comportamientos de la dirigencia, en un replanteo de muchos de los objetivos económicos, políticos y sociales, y también de los métodos para alcanzarlos. Por supuesto, a pesar de la opinión posterior de algún dirigente de la nomenklatura opositor a Gorbachov, esa renovación no incluía en manera alguna el desmantelamiento del régimen.

El nuevo líder nació el 2 de marzo de 1931 en el distrito de Stavropol, en el Cáucaso. Su familia era de campesinos y sus abuelos vivieron el proceso de colectivización y las purgas del stalinismo: uno de ellos estuvo preso entre 1934 y 1937 por negarse a incorporarse a un koljós, y el otro fue encarcelado durante las purgas acusado de integrar una agrupación trotskista. En cambio, su padre recibió la orden de Lenin en 1949 por superar la cuota anual de la cosecha. El

joven Mijaíl ingresó al Konsomol[15] en 1946, y cuatro años más tarde ganó una plaza para estudiar leyes en la Universidad de Moscú, lo que da cuenta de su inteligencia, así como también de sus contactos políticos.

Durante sus años de vida universitaria en la capital conoció a Raisa Titorenko, una aventajada estudiante de filosofía, marxista convencida, quien se convirtió en su esposa y en una figura importante a lo largo de toda la carrera política de su marido.

Luego de graduarse, Gorbachov retornó a Stavropol, donde inició su carrera de apparatchik. El ascenso fue rápido, primero en el Konsomol y luego en el partido, hasta el punto de convertirse en primer secretario del mismo en el distrito a los treinta y nueve años. Su trayectoria se vio favorecida por el hecho de que Stavropol era un lugar de veraneo de los líderes soviéticos; allí conoció a Andropov, que lo llevó a Moscú en 1978 para que se desempeñara como secretario de derecho del Politburó.

Desde su aparición en la escena política, muchos compararon a Gorbachov con Kruschov. A pesar de las obvias diferencias en experiencia generacional, educación y estilo, ambos tenían significativos elementos en común: un origen campesino, la urgencia reformista, un optimismo a toda prueba, la creencia en el sistema comunista y una gran confianza en sí mismos. Sin embargo, había una diferencia fundamental: mientras Kruschov era un combatiente, Gorbachov era un negociador, un buscador de consensos; este rasgo del nuevo secretario general tuvo mucha incidencia en los acontecimientos futuros.

La primera tarea que se propuso el nuevo secretario general fue la formación de un equipo que le permitiera llevar adelante sus propuestas y también ganar poder frente a quienes desde posiciones conservadoras se mostraban poco receptivos a los cambios, aunque no lo manifestaran en sus discursos públicos. Los principales integrantes eran Yegor Lichaev, Nicolás Rhyzkov, pero sobre todo Eduard Shevardnadze –designado ministro de relaciones exteriores– y Alexander Yakovlev, encargado de las áreas de cultura y propaganda. Muchos de quienes rodeaban a Gorbachov, que habían sido admiradores de Kruschov, ahora tenían oportunidad de profundizar en las reformas, evitando los errores en los que cayó éste.

La perestroika tecnocrática.

Gorbachov y el equipo que lo rodeaba iniciaron su gestión sin tener una estrategia económica definida. A los seis meses, en unas declaraciones realizadas al diario Times, sostuvo que tenía en mente un “grandioso” programa de reformas, pero evidentemente la economía no estaba entre sus prioridades, pese a que las circunstancias externas presionaban de manera significativa.

En efecto, el desafío lanzado por el presidente Ronald Reagan al impulsar el proyecto de la “guerra de las galaxias” forzaba, si se quería continuar la carrera armamentista, a incrementar el gasto militar impulsando el desarrollo de nuevas tecnologías, en perjuicio de otros sectores de la economía. Para agravar aun más la situación, el comercio exterior de la Unión Soviética se veía afectado por la ya citada caída de los precios del petróleo en un momento en el que se consideraba imprescindible el abastecimiento de maquinaria proveniente del mundo capitalista. Por lo tanto, era preciso adoptar decisiones de importancia.

Gorbachov inicialmente pensaba que uno de los problemas principales de la estructura productiva residía en la falta de disciplina laboral, por lo que a poco de acceder al poder puso en marcha una campaña destinada a disminuir el consumo de alcohol, un problema tradicional que se había agravado en los últimos años. Las medidas fueron amplias e incluyeron la reducción de la producción estatal de vodka y vino, el aumento de la edad mínima para consumir alcohol y la disminución del número de horas durante las cuales se podía vender bebida en los negocios minoristas.

Los resultados de la campaña fueron contradictorios: al bajar el consumo de alcohol se produjo una importante disminución de los accidentes laborales y de las muertes de trabajadores, pero también se produjo una caída del 3,5% en la recaudación estatal, y paralelamente creció la economía “negra” al destilarse vodka de manera ilegal. En pocas palabras, su efecto sobre el comportamiento de la economía resultó razonablemente positivo[16] (aunque limitado), pero curiosamente la impresión general fue de fracaso.

Evidentemente, hacía falta mucho más para aumentar la tasa de crecimiento, y en este aspecto Gorbachov no parecía en principio dispuesto a innovar: el xii plan quinquenal (1986-1990) seguía poniendo el énfasis en la planificación centralizada y en el incremento de la tasa de inversión; “aceleración” era la

palabra clave. En esos años, sin duda no estaba en la cabeza del líder producir modificaciones que implicaran el abandono de las bases sobre las que se asentaba el sistema soviético; con frecuencia afirmaba que su política era "auténticamente leninista". Probablemente tenía en mente el desarrollo de la actividad comercial y de los servicios a pequeña escala, sin impulsar la descentralización de las decisiones económicas. Donde se percibía con claridad que estaba intentando producir cambios era en tornar más humanas las relaciones sociales y económicas involucrando a los trabajadores en la producción industrial; se trataba de motivarlos por medio de incentivos en lugar de ejercer el control de manera autoritaria (Filtzer, 1994).

A pesar de su moderación, la política de Gorbachov encontraba resistencias: en junio de 1986, en una alocución off the record realizada en la Unión de Escritores, afirmó que la autoridad de quienes coordinaban los planes económicos era mayor que la del Comité Central y la del secretario general: utilizando sus propias palabras, "hacen lo que quieren".

La “segunda” perestroika: los cambios económicos y políticos.

Transcurrido poco tiempo de su gestión, Gorbachov llegó a la conclusión de que la reforma no podía reducirse a cuestiones de tipo económico, con independencia de lo limitadas que éstas habían sido tanto en su concepción como en su ejecución. En un pleno del Comité Central celebrado en enero de 1987 no sólo atacó a Stalin y, sin nombrarlo, a Brezhnev, sino que sostuvo que debía impulsarse un proceso de democratización, de manera que fueran los ciudadanos y no los miembros del partido quienes eligieran a los que iban a integrar los órganos de gobierno.

Unos meses antes, en el xxvii congreso del pcus celebrado en febrero-marzo de 1986, había declarado que los problemas del país exigían una reforma “radical”, que incluía la transparencia informativa (glasnost). Lo que hasta ese momento el secretario general visualizaba como operaciones realizadas “desde arriba”, impulsadas y apoyadas por la nomenklatura, que supuestamente abrazaría con entusiasmo las tareas que la dirección del pcus le encomendara, ahora empezaba a percibirlo de manera diferente: la burocracia no era parte de la solución de los problemas soviéticos sino una parte importante del problema.

La implementación de la glasnost permitió la difusión y discusión de temas antes vedados a los ciudadanos: hasta el rumbo económico y las bases mismas del sistema soviético comenzaron a ser objeto de debate. Pero, además, incluso la limitada apertura inicial puso en marcha una serie de procesos importantes:

1) Después de décadas de silencio, sectores de la sociedad soviética expresaron sus demandas, y al verificar que el partido no estaba en condiciones de responder a sus expectativas –mejor nivel de vida, mayor libertad personal– empezaron a buscar líderes y respuestas en otros ámbitos.

2) Amplios sectores dentro del pcus comenzaron a experimentar alarma por lo que estaba ocurriendo, en tanto pensaron que podría ser peligroso para el partido y para el conjunto del sistema soviético. El mismo Gorbachov asumía que el pluralismo iba a jugar a su favor, pero rápidamente descubrió que también podía volverse en su contra.

3) La dinámica política condujo a una radicalización de las reformas: cuanto

mayor era el grado de cambios que se quería producir en el sistema, mayor era la resistencia de los conservadores y entonces más dura se volvía la tarea a realizar.

La voluntad reformista de Gorbachov se vio sin duda incrementada por un acontecimiento trágico: el 26 de abril de 1986 se produjo una tremenda explosión en uno de los reactores nucleares situado en Chernobyl, Ucrania. Se trataba del mayor desastre nuclear después de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, y tanto la explosión como la actitud posterior de las autoridades soviéticas mostraron los defectos de una economía centralmente planificada que operaba una tecnología de alto riesgo con irresponsabilidad, y de manera secreta. Apenas conocido el episodio, las autoridades trataron de ocultarlo; fueron los observatorios de Suecia los que llamaron la atención al mundo sobre el aumento de la radiación. Ante una información retaceada y censurada, muchos de los ciudadanos de la Unión Soviética entraron en pánico debido a la emergencia de un peligro desconocido, agigantado por rumores de todo orden. Cuando finalmente se decidió actuar, evacuaron a cien mil habitantes del área en la que se produjo la explosión; unos años más tarde se confirmó que murieron ocho mil personas y se vieron afectadas en su salud por las radiaciones varios cientos de miles.[17]

La glasnost se convirtió en el eje de la estrategia reformista, ya que por medio de la libre discusión Gorbachov pensaba que podía lograr el apoyo de los sectores intelectuales críticos y combatir así la fuerza de la burocracia que, de manera abierta o solapada, operaba en contra de su gestión. Como consecuencia de la apertura informativa[18] y de las crecientes cotas de libertad individual, comenzaron a surgir asociaciones, grupos variados de discusión que, si bien no eran legales, pudieron desarrollar sus actividades generando espacios de participación que estaban fuera del control del partido. La Ley de Asociaciones Públicas se sancionó en 1990, pero ya tres años antes existían alrededor de treinta mil grupos “informales” que involucraban a millones de ciudadanos soviéticos.

La perestroika económica.

Entre quienes, desde el entorno de Gorbachov, impulsaban las políticas reformistas, la idea de que era necesario otorgarle un papel relevante al mercado fue ganando fuerza, tomando algunos como referencia la Nueva Política Económica impulsada por Lenin en 1921 y defendida más tarde por Nicolai Bujarin, mientras que otros directamente adhirieron a concepciones de corte liberal, situadas en las antípodas del modelo económico soviético.[19]

A partir de 1987 y hasta 1989 Gorbachov encaró una etapa de aceleración de las reformas económicas, pero no como parte de un plan concebido y madurado en los años anteriores sino como consecuencia de una estrategia de “prueba y error”, en tanto quienes asesoraban al secretario general en temas económicos provenían de corrientes de pensamiento muy distintas (y enfrentadas) y operaban sobre un líder con conocimientos limitados en la materia, cuyos objetivos se fueron modificando a medida que se intensificaban los enfrentamientos políticos. Las principales decisiones fueron de tres tipos: 1) medidas destinadas a descentralizar una economía de base estatal; 2) medidas para legitimar las actividades económicas no realizadas por el Estado (y por lo tanto no planeadas), y 3) medidas orientadas a impulsar el comercio internacional y las inversiones externas.

Las reformas que se concretaron en esos años fueron una serie de cambios legales –por ejemplo, el decreto que autorizaba la participación de empresas con hasta el 49% de capital extranjero, la Ley de Empresas del Estado que otorgaba mayor autonomía a los ejecutivos y trabajadores, o la Ley de Cooperativas, que legalizaba una amplia gama de pequeños negocios– que debilitaban la planificación centralizada pero no la reemplazaban.

Los resultados fueron decepcionantes, en principio porque se trataba de medidas cosméticas que, por ejemplo, liberaban a las empresas públicas de muchas de las restricciones que les imponía la planificación centralizada, pero sin contar con bancos privados donde poder disponer de capitales y sin mercados para acceder a materias primas o insumos los potenciales empresarios veían muy difícil la posibilidad de tener éxito.[20] Además, el poder que seguía detentando la burocracia y su recelo incluso respecto de esta tímida liberalización de la economía determinaban que se multiplicaran las trabas para el desarrollo de todo tipo de actividad privada.

Las dimensiones del fracaso pueden apreciarse con los crecientes problemas de aprovisionamiento que experimentó la población. El racionamiento de productos esenciales como la carne y el azúcar se convirtió en una cuestión cotidiana para los ciudadanos. Las razones de esta situación que soliviantó a la población en contra de Gorbachov se encuentran, por supuesto, en la incoherencia de las políticas adoptadas pero también en la existencia de operaciones de sabotaje provenientes de sectores del partido, que en algunos casos cumplían con la legislación sólo en las partes que no afectaban sus intereses desentendiéndose del resto, y en otros directamente sustraían los productos del mercado. Fue en estos años cuando las mafias económicas adquirieron enormes dimensiones; funcionando a la vez como causa parcial del desabastecimiento –en la medida en que contribuían a activarlo desviando productos de los circuitos normales de manera ilegal– y como beneficiarios –suministrando bienes en condiciones que les permitían obtener grandes ganancias–, estos grupos se enriquecieron aprovechando el desbarajuste creciente que estaba afectando a la economía soviética.

Las transformaciones institucionales.

A medida que aumentaban los problemas para Gorbachov se tornaba más vigorosa la oposición conservadora, y también el disconformismo de los sectores más radicales. Yegor Ligachev, uno de los hombres que había ascendido con el líder de la perestroika y que no podía ser alineado con los grupos que frenaban las reformas, fue de los que con mayor fuerza expresó su temor respecto de lo drásticos que estaban resultando los cambios y de la pérdida del control de la situación por parte del pcus. A su vez, los grupos radicales, entre los que ocupaba un lugar importante el secretario del partido en Moscú, Boris Yeltsin, reclamaban una mayor velocidad en las reformas. Este dirigente había ganado popularidad en la capital como consecuencia de su denuncia de la corrupción de las autoridades, por lo que la burocracia lo detestaba. Gorbachov simpatizaba con sus posiciones pero no podía enemistarse abiertamente con Ligachev, que controlaba el aparato del partido.

Boris Yeltsin, la figura política emergente en esos momentos, había nacido en 1931, el mismo año que Gorbachov, en la provincia más industrial de la región de los Urales, Sverdlosk. Su padre era un obrero de la construcción de carácter violento, y tuvo una infancia dura ya que como hermano mayor debió asumir las tareas del hogar, además de ir a la escuela. Egresado de un instituto politécnico, empezó trabajando como obrero de la construcción para luego desempeñarse en diferentes oficios. Su entrada en la vida política se produjo recién a los treinta y tres años. Su voluntad de trabajo y también su obediencia a las normas del partido le permitieron ascender hasta ser nombrado primer secretario en Sverdlosk. De allí pasó a Moscú a ocuparse del sector de la construcción en el Comité Central del pcus, todavía durante el período de Brezhnev. Fue Gorbachov, su futuro rival, quien lo nombró en el puesto clave de secretario en Moscú, desde donde el populismo del que hizo gala, participando de manera personal en operativos anticorrupción y destituyendo a los funcionarios que consideraba ineficientes, le permitió ganar el apoyo de amplios y significativos sectores de la ciudadanía moscovita.[21]

Los enfrentamientos entre Yeltsin y el aparato llegaron a un punto extremo en un

pleno del Comité Central celebrado el 21 de octubre de 1987, en el que Gorbachov abundó en la crítica de los sectores conservadores, siendo apoyado por Yeltsin, quien personalizó la acusación en la figura de Ligachev. El enfrentamiento obligó a Gorbachov a resignar sus posiciones más radicales, y pocos días más tarde Yeltsin fue destituido de sus cargos, mostrando la solidez que todavía tenían en ese momento las posiciones conservadoras.

De cualquier manera, durante 1988 Gorbachov siguió adelante y concretó importantes reformas que apuntaban a disminuir el poder del partido sobre el Estado por medio de la creación de nuevas instituciones elegidas por el pueblo. El viejo Soviet Supremo conformado por 1.450 miembros que se reunían unas pocas semanas al año fue reemplazado por el Congreso de Diputados del Pueblo, compuesto por 2.250 representantes, cuya principal función era la elección de un nuevo Soviet Supremo de 542 miembros, organismo que se reuniría ocho meses al año, desarrollando una amplia actividad, y que estaría dividido en dos cámaras: el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades. Por su parte, se establecía que el Congreso de Diputados iba a estar dividido en tres cámaras, cada una con 750 miembros. Los integrantes de dos de ellas serían elegidos por sufragio secreto en comicios generales competitivos, mientras que los miembros de la tercera provendrían de representantes de grupos como el Partido Comunista, los sindicatos, el movimiento cooperativo, los consejos de mujeres, las academias científicas, el Konsomol, que iban a tener un número de asientos garantizados.

Las reglas impuestas para la selección de candidatos a desempeñarse como diputados aseguraban que el pcus siguiera manteniendo un control estricto, dificultando el ascenso de figuras con perfil opositor. El único ámbito en el que los candidatos propuestos por el oficialismo resultaron derrotados fue en las elecciones de la Academia de Ciencias, en las que fue nominado un grupo de opositores radicales.

El objetivo de Gorbachov al impulsar estas modificaciones era el de contar con instituciones que le permitieran disponer de un poder independiente del Comité Central, legitimadas además por el hecho de haber sido elegidas por los ciudadanos.

Las primeras elecciones con el nuevo sistema se celebraron en marzo de 1989 en un ambiente de acusado interés público, y los resultados dieron lugar a variadas interpretaciones. En principio, casi el 86% de los diputados electos eran

miembros del pcus (1.931 sobre 2.250), pero también figuras importantes –como el disidente Andrei Sajarov y Boris Yeltsin, el candidato más votado– resultaron elegidas. Como contrapartida, alrededor del 20% de los dirigentes que se presentaron fueron derrotados,[22] aunque el mismo Gorbachov explicó que su fracaso electoral no se debía a que eran comunistas sino a que eran percibidos por los votantes como burócratas y conservadores. Por lo tanto, el secretario general contaba con los votos suficientes para hacer aprobar cualquier innovación, e incluso disponía de mayoría calificada para realizar reformas constitucionales.

El acto de inauguración de las sesiones del Congreso el 25 de mayo fue pensado por Gorbachov como un acontecimiento al que debía dársele máxima difusión, contribuyendo a crear una "escuela para la democracia" en una sociedad que en su historia sólo había vivido un clima democrático similar entre febrero y octubre de 1917. Las cámaras de televisión registraron todo el evento y cientos de periodistas internacionales fueron enviados a Moscú. Sin embargo, su éxito estaba ligado a lo que hiciera el gobierno; en todas las sociedades el activismo político en gran escala no es un fenómeno permanente: si quienes detentan el poder no aciertan, la mayor parte de los ciudadanos no sólo se vuelven apáticos sino que incluso pueden manifestarse hostiles al proceso mismo.

Asimismo, para muchos todo el tinglado democrático parecía sustentarse exclusivamente en la figura de Gorbachov y en su voluntad de reforma. Sin embargo, poco a poco la situación se fue descontrolando, por sus propios errores y por la postura extrema adoptada por quienes de repente mostraban una tremenda ferocidad en la crítica, que contrastaba con su anterior obediencia a las normas del partido.

En un principio, el Congreso no reconocía la existencia de grupos o partidos; todos eran comunistas, pero las divergencias se fueron plasmando rápidamente: por una parte, el denominado Grupo Interregional agrupó a alrededor de 230 diputados de tendencias radicales, que tomaron distancia respecto del reformismo de Gorbachov. A su vez, los conservadores conformaron el grupo Soyuz (Unión), que contaba con 561 diputados, mientras que los comunistas partidarios de Gorbachov sumaban 730 diputados. El estudio de la composición del Congreso ha llevado a los expertos a sostener que, en virtud de los todavía vigentes principios de disciplina partidaria, muchos diputados habrían apoyado a Gorbachov en la política que se propusiera impulsar (Chiesa, 1993). Pero el tema es que el líder en ningún momento se planteó como objetivo encolumnar a los

diputados alrededor de un programa que preservara la integridad de la Unión Soviética y avanzara en la democratización; como consecuencia de ello sus partidarios se encontraron con que no tenían un papel significativo que desempeñar. Mientras tanto, los defensores más radicales de la democratización se organizaban: a principios de 1990 se creó la organización denominada Plataforma Democrática, que impulsaba la introducción de un sistema socialdemócrata siguiendo los modelos occidentales; de esta plataforma surgió Rusia Democrática, organización política destinada a ejercer influencia defendiendo la transición a una economía de mercado.

En la agenda de los diputados radicales figuraba en primer plano la modificación del sistema político a los efectos de acabar con el monopolio del pcus; este paso implicaba la supresión del artículo 6º de la Constitución de 1977 que lo establecía de manera explícita, una decisión que generaba reacciones muy fuertes entre los sectores conservadores. Su modificación, aprobada en marzo de 1990, establecía ahora que en lugar de ser el pcus "la fuerza principal y guía de la sociedad soviética, y el núcleo de su sistema político", ahora "el pcus y otros partidos políticos, así como sindicatos y otras organizaciones públicas y movimientos de masas, iban a tomar parte en la elaboración de la política del Estado soviético".[23]

La importancia de esta decisión no puede ser exagerada: implicaba rectificar un rumbo que se había adoptado muy poco tiempo después de la Revolución de Octubre. Gorbachov operó con gran habilidad para lograr que dentro del partido fuera aceptada la desaparición de la hegemonía de éste en la sociedad,[24] pero contó a su favor con el hecho de que entre la militancia se había extendido una enorme crisis de confianza, al ponerse en cuestión principios hasta entonces indiscutibles. Muchos dirigentes se manifestaban con fuerza en contra de los privilegios y la corrupción imperante pero no presentaban una alternativa viable; la capacidad operativa de Gorbachov los encolumnó detrás de sus propuestas; la cuestión residía en que el líder tampoco tenía un plan elaborado ni una clara visión de cómo llegar a la democracia que planteaba como objetivo final.

Mientras tanto, la situación general se agravaba, no sólo en el terreno económico: gracias a la glasnost los ciudadanos soviéticos pudieron enterarse de lo ocurrido en la segunda mitad de 1989 en los países de Europa del este: a partir del derrumbamiento de los regímenes comunistas, los dirigentes de algunas de las repúblicas comenzaron seriamente a pensar el futuro en términos de independencia respecto de la Unión Soviética.

El retorno de la cuestión nacional.

En los primeros tiempos de la perestroika, Gorbachov no pensaba que la estructura de la Unión Soviética estuviera en peligro pero, a pesar de esta visión optimista, consideraba que el gobierno de Moscú debía intervenir en aquellas repúblicas que presentaran problemas. Así fue como hacia fines de 1986 habían sido destituidos cuatro secretarios del pcus, los de Turkmenistán, Tayikistán, Kazajistán y Kirguistán. El hecho de que en el caso de Kazajistán no se respetara la tradición impuesta en la época de Brezhnev de que el reemplazante fuera de la etnia dominante en la república dio lugar a protestas que comenzaron a encontrar canales para su difusión.

A medida que se profundizaba la glasnost, la situación se fue tornando crecientemente inestable y, frente a la debilidad del gobierno central y a las dificultades económicas, ciudadanos de las diferentes repúblicas fueron tomando conciencia de su identidad nacional como opuesta a la soviética, reclamando mayor control de sus propios asuntos y en algunos casos la autodeterminación; de cualquier manera, en la mayor parte de las repúblicas los reclamos se realizaban sin que hubiera una vocación mayoritaria de secesión y los protagonistas constituían sin duda una minoría. En algunas, además, el nacionalismo fue impulsado por el accionar de miembros de la elite del pcus, que de agentes locales de Moscú pasaron a desempeñar el papel de voceros de la resistencia local. En lugar de negociar con estos dirigentes, Gorbachov se enfrentó a ellos, ampliando así la brecha que los separaba.

El despliegue del proceso de democratización puso en primer plano en algunas de las repúblicas los conflictos entre minorías étnicas y el grupo nacionalista dominante: por ejemplo, en Georgia a partir de la existencia de revueltas independentistas en Osetia del Sur y en Abjasia; entre las repúblicas de Armenia y Azerbaiján por la región de Nagorno-Karabaj, de población mayoritariamente armenia pero colocada bajo la jurisdicción de Azerbaiján en 1923 (ver más adelante). En otras repúblicas, fundamentalmente las del Báltico (Lituania, Letonia y Estonia), las aspiraciones independentistas, que en esa región como en ninguna otra tenían fuerza como consecuencia de su historia reciente,[25] fueron creciendo aprovechando primero la apertura que brindaban la perestroika y la glasnost, y luego la creciente debilidad de Moscú, manteniendo una cohesión

que les permitió plantarse de manera desafiante ante un poder en principio renuente a aplicar la fuerza. Los sectores conservadores del régimen comenzaron a pensar con temor en la posibilidad de la disgregación de la Unión Soviética y percibieron, lo mismo que los grupos nacionalistas, que no había un liderazgo fuerte en condiciones de controlar la situación.

Sin embargo, a pesar de que el nacionalismo generó situaciones conflictivas –con un punto alto en Georgia, donde en abril de 1989 el gobierno ordenó una represión en Tiflis, la capital, que dejó como saldo veinte muertos entre manifestantes y policías–, el problema más perturbador para la gestión de Gorbachov fue sin duda el surgimiento de un movimiento nacionalista ruso bajo el liderazgo de Yeltsin, quien haciendo uso de su popularidad lo utilizó como alternativa de poder frente a los sectores inmovilistas y frente al mismo Gorbachov. La República Rusa era casi una administración superflua, que vinculaba las regiones del país con el gobierno central, la estructura política dominante. La creación del Partido Comunista de la Federación Rusa (pcfr) amenazó las bases de poder sobre las cuales se asentaba el secretario general del pcus.

El “olfato” de Yeltsin se manifestó al percibir que la debilidad de Gorbachov permitía suponer que una estrategia política orientada a potenciar a la República Rusa podía tornar superfluo el gobierno de la Unión Soviética. Los ciudadanos de todas las repúblicas consideraban que el centro dominante, Moscú, estaba controlado por Rusia; Yeltsin convenció a los rusos de que su país también estaba dominado por el gobierno de la Unión Soviética y necesitaba ser independiente. Sus argumentos respecto de los perjuicios económicos y políticos prendieron entre ciertos sectores politizados de la sociedad rusa como para volverse contra el debilitado centro.

La posición del pcus frente al crecimiento del nacionalismo queda expresada por las decisiones adoptadas en el pleno del Comité Central en septiembre de 1989: allí se puntualizó la necesidad tanto de incrementar los derechos de las formaciones nacionales dentro de la Unión Soviética como de asegurar iguales derechos para todos los ciudadanos y el libre desenvolvimiento de las diversas lenguas y culturas nacionales. La Unión debía establecerse sobre la base de acuerdos voluntarios porque “no hay repúblicas fuertes sin una unión fuerte, y no hay una unión fuerte si no hay repúblicas fuertes”. Sin embargo, estas buenas intenciones parecían llegar tarde; hacia 1990 la situación en algunas repúblicas había cambiado de manera que para muchos se estaba tornando irreversible:

como consecuencia del accionar de grupos dispuestos a aprovechar la creciente debilidad del gobierno central, habían declarado su soberanía económica, reivindicando el control sobre sus recursos naturales y la capacidad para tomar decisiones autónomas en materia de política económica.

Uno de los acontecimientos cruciales en el proceso que llevó a la desintegración de la Unión Soviética fueron las elecciones legislativas celebradas en la República Rusa en marzo de 1990, cuyo resultado condujo un par de meses más tarde a la elección de Boris Yeltsin como presidente del Soviet Supremo de la República Rusa.[26] El nuevo presidente, irrumpiendo como competidor de Gorbachov, proclamó la soberanía rusa y anunció que las leyes de la República Rusa iban a tener precedencia sobre las de la Unión Soviética. Asimismo, en ocasión del xxviii congreso del pcus realizado en junio, Yeltsin renunció al partido, tomando distancia respecto de toda una vida política desarrollada dentro del aparato del régimen. En adelante, el sistema soviético no sólo iba a estar amenazado por los nacionalistas de las diferentes repúblicas sino también por los políticos rusos instalados en Moscú.

Durante este tiempo, la reacción de Gorbachov frente a los problemas generados por las reacciones nacionalistas fue evitar el uso de la violencia –el denominado “síndrome de Tiflis” se hizo sentir– e intentar hacer más pausado el proceso aplicando la Ley de Secesión; el problema residía en que el camino que estaba transitando no satisfacía a los dirigentes nacionalistas, cada vez más inclinados a la independencia, pero tampoco a los conservadores que querían acabar con todo el proceso, incluso haciendo uso de la fuerza que fuera necesaria para mantener la Unión.

La política exterior.

En el momento del encumbramiento de Gorbachov, quienes estaban al frente del poder político tenían una visión negativa del lugar de la Unión Soviética en el mundo. La intervención en Afganistán no sólo hizo entrar en crisis el proceso de distensión con Estados Unidos sino que el gobierno de Moscú quedó aislado en la arena internacional, condenado incluso por sus aliados. Además, la presencia de las tropas soviéticas no había conducido a un éxito militar sino, por el contrario, a un callejón sin salida de enormes costos políticos y económicos, comparable a lo que le ocurrió a Estados Unidos en Vietnam.

A diferencia de lo sucedido en la política interior, en todo lo referente a las relaciones internacionales Gorbachov mostró dinamismo y voluntad. Fue en ese terreno donde por primera vez hizo referencia a la necesidad de un "nuevo pensamiento", y también donde se realizaron designaciones que implicaban una efectiva renovación. La más importante fue la ya citada de Eduard Shevardnadze, líder del partido en Georgia, como ministro de relaciones exteriores. Posteriormente, Gorbachov (1996) ha insistido en que tenía la convicción de que para poder llevar adelante reformas económicas y políticas era preciso contar con una situación internacional favorable.[27]

El rechazo de la visión bipolar del mundo, materializada en la Guerra Fría, era la idea principal de ese nuevo pensamiento, lo que implicaba la renuncia a la lucha por el poder global y el reconocimiento de que la seguridad de la Unión Soviética era inseparable y en parte compatible con la seguridad de otros países, incluyendo Estados Unidos. Si bien la concepción stalinista de "inevitabilidad de la guerra" había sido abandonada desde la proclamación de la coexistencia pacífica por parte de Kruschov, ésta fue acompañada por la idea de agudizar la lucha de clases en el Tercer Mundo; el énfasis que Gorbachov ponía en la interdependencia y en los valores individuales modificaba las concepciones vigentes desde la época de Lenin.

Una de las manifestaciones concretas y más rápidamente puestas en práctica de las concepciones de Gorbachov sobre la realidad internacional fue su accionar para impulsar el control de armamentos. Para llevar adelante su propuesta se enfrentaba con la ya citada iniciativa impulsada por Reagan del escudo antimisil ("guerra de las galaxias"), así como también con los cuestionamientos que desde Estados Unidos se hacían a la Unión Soviética respecto de su intervención en

Afganistán y de su política de derechos humanos. Pero no faltaban tampoco opositores en el frente interior.

En octubre de 1986 se produjo la primera reunión de los dos gobernantes de las superpotencias en Reikiavik, la capital de Islandia. De esta cumbre no salieron acuerdos concretos: Gorbachov –que realizó importantes concesiones– no logró que el gobierno de Estados Unidos abandonara la idea de avanzar en el proyecto del escudo antimisiles. Sin embargo, hubo puntos de coincidencia que marcaron el comienzo de un nuevo diálogo entre los dos protagonistas de la Guerra Fría.

Durante los meses que siguieron a la cumbre de Reikiavik se produjo el distanciamiento de Gorbachov respecto de algunos de sus colaboradores más cercanos, en particular Yegor Ligachev y Nicolás Ryzhkov. El nuevo pensamiento fue visto por quienes lo cuestionaban como un mero recurso retórico que encubría una pragmática política de retroceso del poder soviético. A lo largo de 1987 Gorbachov dejó absolutamente claro que estaba dispuesto a dar por terminada la presencia soviética en Afganistán, a la que consideraba costosa y perjudicial para los intereses soviéticos; por supuesto, esta decisión implicaba enfrentarse con el complejo militar-industrial, pero durante estos primeros tiempos su capacidad dialéctica le permitió mantener un consenso mayoritario entre la dirigencia. Además, la política de glasnost tuvo como una de sus consecuencias que la situación de Afganistán fuera objeto de debate público, haciéndose oír las numerosas voces que pedían el retiro de las tropas.

El despliegue hasta las últimas consecuencias de su estrategia respecto de Estados Unidos lo conducía a continuas concesiones en las cuestiones vinculadas con el desarme. Así fue como en noviembre de 1987 se firmó en Washington un tratado por el que se eliminaban las armas nucleares de alcance intermedio, lo que significaba que la Unión Soviética iba a destruir cuatro veces más armamento que su rival. Atrás quedaban las exigencias que siempre planteaban los dirigentes soviéticos en todas las conversaciones sobre el tema del desarme, por ejemplo, la cerrada negativa a aceptar inspecciones en su territorio para verificar el cumplimiento de los acuerdos.

En el pensamiento de Gorbachov también tenía gran importancia la modificación de las relaciones con los países de la Europa occidental. Si bien inicialmente esta orientación del líder soviético fue vista como un intento de separar a Europa de

Estados Unidos, la cuestión se modificó cuando en diciembre de 1988 Gorbachov anunció en Naciones Unidas una reducción de las fuerzas soviéticas de aproximadamente medio millón de efectivos, de los cuales doscientos cuarenta mil correspondían a tropas instaladas en Europa. Las reacciones de los militares frente a esta decisión se expresaron bajo la forma del pase a retiro de varios oficiales de alto rango, pero a pesar de ello el balance para Gorbachov fue positivo en relación con sus expectativas: se comenzó a hablar cada vez con mayor frecuencia de la "casa común europea", y en los medios occidentales su accionar fue objeto de encendidos elogios.

La política de Reagan de desafiar el poder soviético en todos los terrenos se manifestó con fuerza en el Tercer Mundo, pero la realidad muestra también que esa presión se ejerció sobre un gobierno que estaba dispuesto a modificar su comportamiento exterior. La generalizada visión en Occidente respecto de que el apoyo de Estados Unidos al régimen de los mujaidines en Afganistán fue un factor decisivo en el retiro de las tropas soviéticas debe ser matizada, en tanto antes del suministro de material bélico de importancia crucial ya Gorbachov había expresado oficialmente la voluntad de Moscú de retirar las tropas, lo que se efectivizó en febrero de 1989. Casi simultáneamente, se disminuyó de manera drástica la ayuda a países como Cuba, Vietnam y Nicaragua, mientras se presionaba para la búsqueda de soluciones políticas en conflictos regionales como los existentes en América Central y África.

Una de las razones que condujeron al cambio fue el enorme costo que implicaba el apoyo a estos regímenes en términos presupuestarios, mientras que los beneficios eran escasos. Muchos dirigentes en la Unión Soviética habían sostenido ya en los años 70 que la política respecto del Tercer Mundo era un fracaso, pero fue Gorbachov quien modificó la estrategia oficial.

Como parte de esta nueva orientación, basada sin duda en consideraciones pragmáticas, la Unión Soviética manifestó explícitamente "su resuelta oposición a toda doctrina y teoría que justificara la exportación de la revolución" (Kennedy-Pipe, 1998); si bien se mostró interesado en buscar soluciones a temas como el de la deuda externa, la atención sobre el Tercer Mundo se reorientó hacia países como Brasil o Sudáfrica, con los cuales se podían desarrollar relaciones comerciales más fructíferas.

Pero sin duda la manifestación más concreta de las posturas que sustentaba Gorbachov en materia de política exterior se verificó en el tema de los regímenes de Europa del este.

La caída de las democracias populares.

Al poco tiempo de asumir su cargo, Gorbachov dejó claro a los líderes de los países de Europa del este que la Unión Soviética no iba a interferir más en sus asuntos internos, aunque sin duda en esos primeros tiempos pensaba que los países del Pacto de Varsovia iban a continuar siendo gobernados por comunistas. Todavía en octubre de 1987 advirtió al dirigente búlgaro Todor Zhivkov que sus políticas amenazaban con terminar con el control que ejercía el partido, aunque al mismo tiempo proclamaba la “libertad de elegir”. Lo ocurrido con posterioridad obliga a preguntar por las razones de este cambio, con independencia del hecho indiscutible de que Gorbachov no estaba dispuesto bajo ningún concepto a utilizar la violencia para resolver el tema.

Algunos investigadores sostienen que, en principio, en los círculos cercanos a Gorbachov se pensaba que el éxito de las reformas que se iban a implementar en la Unión Soviética las constituiría en un modelo a seguir por los otros gobiernos. También se afirma que a medida que se avanzó en las tratativas para terminar con la Guerra Fría, el acercamiento a Occidente determinó que el control sobre los países de Europa del este dejara de ser vital para los intereses de la Unión Soviética.

Sin embargo existen otros interrogantes, por ejemplo, preguntarse por las razones por las cuales no se intentaron negociaciones con los aliados existentes en esos países, de manera de poder ejercer una cierta influencia sobre el proceso de transición. La respuesta apunta a destacar dos factores: 1) a medida que las cuestiones de política interior se volvieron cada vez más complicadas, Gorbachov dedicó en mayor medida sus esfuerzos a enfrentar los innumerables problemas que generaba la coyuntura de fronteras adentro, y 2) las dificultades financieras experimentadas por la Unión Soviética condujeron a que el gobierno dispusiera la reducción de efectivos en Europa del este y también las dimensiones del gasto, por lo que los gobiernos de estos países se encontraron sin apoyo soviético en un momento crítico.

El caso es que en los últimos años de la década de 1980 los países de Europa del este estaban en una situación muy difícil en el terreno económico, con un nivel de vida en sensible declinación, y con la percepción generalizada de que cualquier comparación con la situación de sus vecinos de la Europa occidental mostraba las enormes diferencias existentes. No obstante, esta realidad no

constituye una explicación del derrumbe, ni mucho menos de su rapidez: para ello hay que volver sobre una cuestión crucial, la decisión de Gorbachov de no intervenir.

No es tema de este libro la revisión de las circunstancias que determinaron la caída de los regímenes en cada una de las repúblicas de la Europa del este; nos limitaremos a unas pocas consideraciones generales.[28]

En principio, el rumbo y la velocidad que adquirió el proceso fue el resultado de una situación en la cual la dirigencia pro soviética de repente se encontró aislada frente a las fuerzas de la oposición, que percibieron con agudeza que era el momento adecuado para producir el cambio de régimen. Además, las noticias que llegaban respecto de las reformas que se iban realizando en los países vecinos contribuyeron tanto a fortalecer las esperanzas de la oposición como a llevar a los gobernantes a buscar vías de negociación; sólo en Rumania el desenlace fue violento, resultado del carácter de la dictadura allí instalada.

Las explicaciones sobre el fin de la Guerra Fría.

El desenlace de la Guerra Fría le otorgó a Gorbachov un enorme prestigio en el mundo occidental: en todos los ámbitos internacionales, comenzando por Europa, se vio al líder soviético como el gestor principal del proceso que culminó con la desaparición del enfrentamiento que tuvo en vilo al mundo durante más de cuatro décadas.

El debate académico respecto del proceso que culminó con los acontecimientos de 1989 se centra justamente en la explicación de las razones por las cuales el líder de la Unión Soviética procedió como lo hizo, y en este aspecto cabe destacar tres líneas diferentes:

1) A mediados de la década de 1980 la balanza de poder internacional se inclinó de manera decisiva en favor de Estados Unidos, por lo que los dirigentes soviéticos se vieron obligados a actuar en consecuencia, lo que implicaba, si no se quería lanzar al mundo a un holocausto nuclear, la búsqueda de alternativas que permitieran un retiro del "frente de combate" sin que eso trajera consigo el derrumbe del régimen (Brooks y Wohlforth, en Wohlforth, 2003). La profundización en la idea de la "coexistencia pacífica" podía conducir a un escenario de convivencia sin tensiones del capitalismo y del socialismo. El hecho de que Gorbachov no siguiera de manera consecuente esta estrategia lleva a varios investigadores a enfatizar su responsabilidad en todo el proceso (Zubok, 2007).

2) La profundidad de los problemas estructurales de la economía soviética condujeron a que el líder de la perestroika buscara de manera unilateral llegar a acuerdos que condujeran al fin de la confrontación. Esta explicación, que tiene evidentes conexiones con la realidad, soslaya sin embargo el hecho de que la crisis experimentó un serio agravamiento como consecuencia de las políticas implementadas por Gorbachov, las que desencadenaron reacciones de tales dimensiones en el interior de la Unión Soviética que, entonces sí, tornaron imposible cualquier negociación con Estados Unidos desde posiciones de relativa fuerza (Ellman y Kontorovich, 1998).

3) La puesta en práctica por parte de Gorbachov de un conjunto de ideas sobre la realidad económica y política que se oponían a las prevalecientes en la Unión

Soviética, basadas en la lucha de clases y en la división del mundo en dos campos, se llevó a cabo de una manera tan drástica que no sólo lo privó de disponer de aliados para facilitar su consecución sino que contribuyó significativamente a destruir las bases de funcionamiento de una gran potencia.

Por supuesto, la decisión de acabar con la Guerra Fría no implicaba en manera alguna el fin de la Unión Soviética: la idea original de Gorbachov parecía apuntar en el sentido de reorientar el cuantioso gasto militar hacia el desarrollo de la estancada economía. Sin embargo, la forma de gestionar todo el proceso, y aquí nuevamente aparece la responsabilidad del líder soviético, determinó que ambos acontecimientos aparezcan íntimamente vinculados.

La sociedad y la cultura frente a la perestroika.

La población soviética residente en las ciudades se triplicó desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, alcanzando los 180 millones a principios de la década de 1980. Se trataba de una sociedad predominantemente urbana, alfabetizada, con una numerosa clase media profesional, y que mantenía crecientes contactos con el mundo exterior. De esa sociedad emergió la figura de Gorbachov y los dirigentes que lo rodearon; no se trató en manera alguna de un proceso inexplicable.

Las referencias estadísticas y la percepción generalizada de la población soviética, que muestran de manera incontrastable la declinación en el ritmo de crecimiento de la economía, no estuvieron acompañadas, salvo excepciones puntuales, de un inicial aumento significativo en el descontento de los ciudadanos respecto de las condiciones en las que se desarrollaban sus vidas. Si bien diferentes formas de protesta obrera comenzaron a manifestarse a fines de la década de 1970, se trataba de fenómenos localizados y por lo tanto con posibilidades de ser resueltos sin excesivos problemas. La persistencia del temor respecto del control social que se continuaba ejerciendo desde el poder constituía sin duda una limitación en cuanto a las posibilidades de libre expresión.

Esta situación se modificó durante el período de la perestroika. Los trabajos disponibles muestran que, sobre todo en los ámbitos urbanos, la época inaugurada por Gorbachov dio lugar a que los ciudadanos soviéticos comenzaran a expresarse (Smith, 1990).

Entre los sectores de la intelligentsia, decepcionados por la mediocridad que dominó durante los años de Brezhnev, la política desplegada por Gorbachov generó entusiasmo (en algunos) y expectativas (en casi todos). Esta sensación positiva atravesaba tanto a los integrantes del pcus como a los que no pertenecían a él. Además, y como se ha comentado, formaba parte de la estrategia de Gorbachov la búsqueda de apoyo de grupos intelectuales situados en la oposición más o menos abierta al régimen para impulsar las reformas; quienes habían sido decepcionados por la limitada apertura implementada por Kruschov y por la clausura de la misma a cargo de Brezhnev vieron –o estuvieron dispuestos a ver– en el nuevo líder la posibilidad de liberar al régimen de la herencia de Stalin. Por supuesto, no todos coincidían respecto de los pasos a seguir, pero estaban dispuestos a aprovechar el nuevo clima de libertad para

discutirlo.

La apertura informativa desplegada a partir de 1987 tuvo otro efecto importantísimo: al tomar contacto con realidades antes escamoteadas, los ciudadanos soviéticos empezaron a creer realmente que la situación se estaba modificando, y se fue produciendo el surgimiento de una sociedad civil dispuesta a pronunciarse sobre todos los problemas que los afectaban. Acontecimientos como la prohibición gubernamental efectivizada en 1987 de continuar talando árboles en los alrededores del lago Baikal y el requerimiento a la empresa que hacía esta tarea para que dejara de fabricar celulosa fueron considerados un triunfo de quienes desde hacía tiempo venían luchando por esas causas vinculadas con el medio ambiente.[29]

Pronunciamientos públicos de todo orden, desde las cartas a los lectores en los periódicos a la participación voluntaria en encuestas destinadas a denunciar las pequeñas y las grandes insuficiencias del régimen, fueron la manifestación palpable de la voluntad de amplios sectores de la población de hacer oír su voz tras décadas de silencio.[30]

Gorbachov contribuyó de manera decisiva a impulsar el conocimiento del pasado soviético cuando en febrero de 1987 invitó a los investigadores a “llenar los espacios en blanco de nuestra historia”. El resultado fue la aparición de una gran cantidad de revistas con textos –la mayoría artículos sensacionalistas– que denunciaban las atrocidades del stalinismo y otros aspectos de la experiencia soviética. Millones de ciudadanos se apasionaron en los dos o tres años siguientes estudiando una historia que había sido sistemáticamente distorsionada (Davies, 1989).[31]

Asimismo, la apertura que se manifestó en el campo de la información contribuyó al conocimiento del “mundo real”, lo que había sido escamoteado por el régimen (Shane, 1994). En la medida en que a mediados de la década de 1980 el 93% de las familias contaban con un aparato de televisión y 150 millones de personas lo prendían diariamente, los cambios en la programación –noticiarios, programas de ficción, entretenimientos– ejercieron una influencia real sobre el comportamiento cotidiano de los habitantes de la Unión Soviética. El medio televisivo, que al principio fue utilizado para promocionar la figura del nuevo líder, se convirtió progresivamente en la caja de resonancia de acontecimientos antes silenciados; si ésta era la intención de quienes gobernaban, no puede determinarse; lo que queda claro es que la glasnost dio impulso a procesos de los

cuales casi no se tenía conciencia.

Las repercusiones de las reformas de Gorbachov en el ámbito de la cultura popular también fueron profundas, impulsadas por la libertad de expresión y la legitimación por parte de las autoridades de la cultura generada “desde abajo”. La dimensión de los cambios pudo percibirse en múltiples aspectos, desde los hábitos de lectura a los estilos musicales, pasando por los gustos cinematográficos y televisivos.[32] La aportación del gobierno a este proceso, además de extender los límites de lo permitido, consistió en ubicar en cargos de importancia a profesionales de la cultura comprometidos con las posturas aperturistas.

La “nueva” cultura popular emergente –en muchos casos “vieja” cultura que salía a la luz tras años de desarrollarse en las catacumbas– se manifestó bajo la forma de una explosión de cuestionamientos al control moral y a la censura del régimen: la desmitificación, el ataque irreverente a las figuras y prácticas del pasado reciente, se convirtieron en la manera de romper con todo lo mediocre y opresivo que habían dejado como saldo los años de Brezhnev en el terreno cultural; por supuesto los excesos menudearon, creando una situación de caos que asustó a muchos.[33]

La gran cuestión, que se constituyó en un factor importante en el “fracaso” de la apertura, si usamos esta expresión para señalar que luego de una explosión inicial la pasividad fue reemplazando progresivamente al activismo, la constituyó el hecho de que las reformas estuvieron progresivamente acompañadas por una evidente decadencia en el nivel de vida de la población, por lo que para muchos la figura de Gorbachov fue asociada cada vez más a un deterioro económico general, y este desprestigio lo fue marginando hasta convertirlo en uno de los políticos menos valorados, luego de haber generado en los primeros tiempos una enorme adhesión. No obstante, es casi obvio destacar que esta “explosión” de libertad no alcanzó, en un lapso por demás breve, a modificar comportamientos asentados, que en algunos casos provenían no ya de la época soviética sino de los años del zarismo.

El derrumbe

El estudio del proceso de hundimiento de la Unión Soviética ha conducido a postular diferentes fechas como punto de partida. Desde luego que, ex post facto, casi cualquier especulación puede ser objeto de algún tipo de justificación, pero siempre es conveniente distinguir entre las causas lejanas, cuyo efecto acumulativo va generando las condiciones para que el proceso se desencadene, y los detonantes, acontecimientos cercanos en el tiempo que aceleran el tiempo histórico. En el caso que nos ocupa, consideramos que los acontecimientos de los primeros meses de 1990 fueron de tal significación como para establecer un rumbo, que por supuesto podía ser modificado por el accionar de los actores –y de hecho el golpe de Estado de agosto de 1991 fue un intento en ese sentido–, pero que condicionaba las decisiones a adoptar.

Cuando el 2 de junio de 1990 se celebró el xxviii congreso del pcus, la situación general presentaba grandes modificaciones respecto de apenas un año atrás, cuando en medio de gran expectativa se había reunido por primera vez el Congreso de Diputados de la Unión Soviética. La situación económica experimentaba un enorme deterioro, cuya principal manifestación visible era un persistente y generalizado desabastecimiento que potenciaba el malhumor de la población. Gorbachov había sido electo presidente de la Unión Soviética por el Congreso en marzo de 1990, un cargo que teóricamente otorgaba mucho poder y estaba completamente separado del partido. También parecía seguir contando con un apoyo mayoritario, pero su influencia política estaba en visible declinación. A su vez, la modificación del artículo 6º de la Constitución había terminado con el monopolio del Partido Comunista dentro de la sociedad soviética. Por su parte, el derrumbamiento de los regímenes de Europa del este dio impulso a las demandas nacionalistas en las repúblicas de la Unión; en algunos casos sus gobiernos adoptaron decisiones que establecían en los hechos una situación casi de independencia. El fenómeno era por demás desigual en su extensión, dependiendo de cada república, aunque cabe insistir en que se trataba en general de posturas de los dirigentes, con limitada repercusión popular.

En el citado congreso del pcus, Gorbachov fue ratificado en su cargo de

secretario general con una cómoda mayoría, pero las diferencias dentro del partido eran enormes. En principio, podían identificarse tres facciones: la que aspiraba a mantener el liderazgo del partido, encabezada por Ligachev; la de Yeltsin –que, como se dijo, terminó renunciando al pcus–, quien afirmaba que éste debía abandonar su posición dominante, e incluso su presencia en las instituciones no estrictamente políticas; y la que dirigía Gorbachov, todavía claramente prevaleciente, que desde una posición intermedia afirmaba que el pcus debía ocupar, junto a otros partidos, un lugar dentro del juego político.

El secretario general mantuvo el control de la situación pero se vio enfrentado a serios cuestionamientos, que incluyeron la demanda de remoción de algunos de los dirigentes que lo acompañaban en la gestión. El hecho de que permitiera el alejamiento de los dirigentes cuestionados daba cuenta de la intención del líder de conservar el apoyo de los militares, desconcertados por lo ocurrido en los regímenes "amigos" de Europa del este.

Por su parte, el estancamiento de la economía, los serios problemas de desabastecimiento –que condujeron al gobierno a endeudarse con el exterior para poder importar alimentos y productos manufacturados– y la creciente intranquilidad social, llevaron a la búsqueda de soluciones drásticas. Ante el desprestigio y cuestionamiento de la economía planificada, Gorbachov optó por orientarse hacia una rápida transición a la economía de mercado. En tanto una operación de este tipo tenía un alto costo social en términos de desocupación y de desorganización de la distribución, era imprescindible alcanzar un amplio acuerdo político, el que se concretó entre Gorbachov y Yeltsin en julio de 1990.

Un equipo de economistas coordinados por Stanislav Shatalin, el principal asesor de Gorbachov, dio a conocer en septiembre el denominado "Plan de los 500 días", un detallado documento de 240 páginas en cuya redacción participaron asimismo economistas del entorno de Yeltsin. El mismo planificaba, de manera progresiva, la privatización masiva de las empresas estatales, la reducción de la ayuda exterior a países como Cuba, el achicamiento del presupuesto de la kgb y de las fuerzas armadas, la liberalización de los precios al consumidor (con la excepción de los productos de primera necesidad), la emisión de bonos del Tesoro público y la implementación de medidas destinadas a facilitar la movilidad de la mano de obra para ajustarla a la demanda. Se trataba básicamente de movilizar las reservas del Estado para financiar la transición a una economía de mercado.[34]

Las repercusiones del plan fueron enormes: no se trataba de una transición más o menos suave hacia una economía de mercado que le reservaba un papel importante al Estado: era la superación de los límites del sistema comunista. Las dimensiones de la propuesta no podían ser desconocidas por quienes formaban parte del complejo militar-industrial, que la rechazaron con fuerza reclamando el retorno a una economía planificada; algo parecido ocurrió en el Soviet Supremo, en el que el pcus tenía mayoría. Las presiones ejercidas sobre Gorbachov dieron resultado: encargó la preparación de un plan alternativo más cauteloso, denominado "Líneas básicas", que fue aceptado por el Soviet Supremo pero al mismo tiempo rechazado por Yeltsin, lo que implicó el distanciamiento de los sectores más reformistas y la desaparición de toda posibilidad de acuerdos futuros. Más allá de coincidir o no con el planteo que se ha hecho respecto de que los enfrentamientos entre Gorbachov y Yeltsin constituyeron un elemento fundamental en el desarrollo de los acontecimientos,[35] lo cierto es que en determinadas circunstancias, a falta de ideas en condiciones de ser confrontadas, la incompatibilidad personal entre ambos sólo sirvió para dificultar la búsqueda de soluciones a problemas que se agravaban día a día.

En los meses comprendidos entre octubre de 1990 y marzo de 1991, Gorbachov llevó a cabo un perceptible giro hacia posiciones conservadoras, como recurso táctico en la búsqueda de un equilibrio frente a la radicalidad de los sectores reformistas. El 7 de noviembre un hombre fracasó en un intento de asesinarlo pero el shock que le produjo el incidente lo condujo a revalorizar la vigencia de la ley y el orden. A pesar de que en su discurso seguía sosteniendo la vigencia de la perestroika, parecía más interesado en vigorizar las instituciones tradicionales de la Unión Soviética –la kgb, la nomenklatura– que en profundizar los cambios. Se rodeó de funcionarios que compartían la idea del mantenimiento a toda costa de la Unión Soviética, decisión que lo alejaba de quienes habían sido sus aliados en el pasado reciente.

Uno de los acontecimientos importantes de ese corto período fue la renuncia en diciembre del canciller Shevarnadze, quien en un discurso en el Congreso, de cuyo contenido no estaba enterado Gorbachov, advirtió sobre las posibilidades de implantación de una dictadura. Evidentemente, las presiones sobre Gorbachov provenientes del sector militar y de grupos de dirigentes eran fuertes, pero además muchos analistas han destacado que las posibilidades de una ruptura con el Comité Central del pcus frenaron al líder en su decisión reformista, que en esos momentos todavía mantenía su adhesión al régimen comunista. También se ha argumentado que Gorbachov consideraba que era

necesario reforzar el poder de la administración central frente al desafío que estaban planteando las repúblicas.

En efecto, la situación en varias de ellas, pero sobre todo en las repúblicas del Báltico, había llegado a un punto de extrema gravedad. A principios de enero de 1991 paracaidistas soviéticos entraron en las tres repúblicas con el pretexto de capturar desertores; por su parte, los habitantes rusos de estas repúblicas[36] se habían organizado en partidos opuestos a la independencia; incluso en Lituania el partido pro ruso llegó a ocupar el Parlamento reclamando la renuncia del gobierno. Las escaramuzas posteriores condujeron a la intervención de tanques soviéticos en la capital, Vilna, ocupando los edificios oficiales y las estaciones de radio y televisión. Frente a la movilización de algunos miles de manifestantes, se produjo una dura acción represiva que tuvo como desenlace 14 muertos y alrededor de 165 heridos. Se temió que los tanques llegaran hasta el Parlamento, donde los diputados estaban en sesión, pero ante la presencia de periodistas de todo el mundo la operación no se realizó; una situación parecida, que se saldó con cuatro muertos, se produjo una semana más tarde en Riga, capital de Letonia.

Gorbachov, que había acusado al gobierno lituano de intentar "restaurar el orden burgués", negó haber dado la orden de utilizar la fuerza; por lo tanto, la responsabilidad recayó en los oficiales a cargo. Por supuesto, su popularidad descendió en picada: en Moscú se realizó una multitudinaria manifestación en defensa de la democracia. Mientras tanto, Yeltsin aprovechó la situación para viajar a los países bálticos y firmar un acuerdo por el cual la República Rusa reconocía a Lituania, Letonia y Estonia como Estados soberanos y no como repúblicas de la Unión Soviética.

La dirigencia de los países bálticos decidió entonces operar de manera autónoma: el gobierno de Lituania convocó un referéndum con el resultado de que más del 90% votó a favor de la independencia; poco tiempo más tarde, los resultados en Estonia y Letonia otorgaron porcentajes favorables de 78 y 74% respectivamente.

Gorbachov, por su parte, continuó intentando llegar a algún tipo de consenso respecto de un nuevo tratado de la Unión: para ello convocó un referéndum a celebrarse el 17 de marzo de 1991 en el que se preguntaba a la población si quería preservar a la Unión Soviética como una renovada federación con iguales derechos en la cual además estuvieran asegurados los derechos y las libertades

de los individuos de cada una de las nacionalidades. El referéndum se celebró en nueve repúblicas –además de los tres países bálticos, se negaron a realizarlo Armenia, Georgia y Moldavia– que sin embargo constituían más del 80% de la población total de la Unión. Los resultados fueron significativos: el 76,4% votó a favor del mantenimiento de la Unión Soviética (cuadro 3). En Rusia, al referéndum general se agregó otra pregunta: "¿Está usted a favor de la elección de un presidente para Rusia?"; el 70% de los rusos votó afirmativamente, por lo que entonces tanto Gorbachov como Yeltsin podían atribuirse el triunfo.

Cuadro 3

Resultados del referéndum del 17 de marzo de 1991 (en porcentajes)

República	Participación	A favor del mantenimiento de la Unión Soviética
Rusia	75,4	71,3
Ucrania	83,5	70,2
Belarús	83,3	82,7
Uzbekistán	95,4	93,7
Kazajistán	88,2	94,1
Azerbaiján	75,1	93,3
Kirguistán	92,9	94,6
Tayikistán	94,4	96,2
Turkmenistán	97,7	97,9

Fuente: David R. Marples (2004).

A pesar del cambio verificado en el comportamiento de Gorbachov, los sectores conservadores tenían un profundo resentimiento hacia su persona, por lo que a partir de marzo inició un nuevo viraje hacia posiciones reformistas: en abril se reunió con Yeltsin y dirigentes de las otras ocho repúblicas que habían celebrado el referéndum para elaborar la Constitución de una nueva federación. La versión final establecía que en la nueva Unión las repúblicas iban a disponer de poder soberano y los poderes del centro iban a ser extremadamente reducidos. El nombre de la institución iba a ser Unión de Estados Soviéticos Soberanos (uess) y la firma del tratado se iba a producir el 20 de agosto. La uess iba a funcionar como una única unidad económica, y habría una política exterior y militar común; Gorbachov sería su presidente pero su cargo no estaría por encima del de los presidentes de cada una de las repúblicas.

Mientras tanto, los rusos siguieron adelante y el 12 de junio se celebraron las elecciones para presidente, en las que Yeltsin obtuvo una amplia victoria sobre sus cinco oponentes, con el 57,3% de los votos, y se impuso al candidato oficial del pcus, Nicolás Ryzhkov, que obtuvo el 16,8% de los sufragios. Esta legitimidad democrática fue utilizada por el flamante presidente para continuar operando de manera ambigua en relación con la principal autoridad de la Unión Soviética: mientras cerraba un acuerdo con Lituania que establecía relaciones entre ambos gobiernos sin tomar en cuenta a las autoridades de la Unión Soviética, continuaba negociando la firma de un nuevo tratado de la Unión.

La situación era cada vez más inestable y la posición de Gorbachov, más débil. En la medida en que seguía operando dentro de las estructuras del pcus, al avanzar en las posiciones reformistas continuaba engrosando el número de opositores: en julio convocó a una reunión del Comité Central donde propuso la elaboración de un nuevo programa basado en el “humanismo democrático” y en el “socialismo de mercado”, y en el que la palabra “comunismo” aparecía sólo vinculada con un pasado que había que dejar atrás. Evidentemente, se le exigía demasiado a una dirigencia que debía aceptar que los valores sobre los cuales se había asentado la Unión Soviética en el pasado debían ser abandonados y la gran potencia de la segunda posguerra, desmembrada. La división del partido parecía inevitable; el tema es que Gorbachov esperaba situarse al frente del bando

vencedor.

El golpe de agosto y la disolución de la Unión Soviética.

En el verano boreal de 1991, la economía soviética estaba en una situación catastrófica (“catastroika” es la palabra que utilizó un autor que estudió la política económica en esos años; Hanson, 2003): estadísticas posteriores han establecido que el pbi cayó el 2,9% en 1990 y el 11,4% al año siguiente, mientras que el pbi por habitante sufrió una declinación del 3,2% y del 6,9% en los mismos años (Maddison, 2003). Pero sin duda estas cifras, pese a ser importantes, no reflejan las sensaciones que experimentaba la sociedad, sometida a una situación de desabastecimiento que no se vivía desde la época de la Segunda Guerra Mundial.

En esos momentos cruciales, Gorbachov buscó la ayuda financiera de Occidente para enfrentar la crisis; el líder soviético pensaba que las concesiones que había realizado en los temas internacionales, desde la negativa a utilizar su derecho de veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas cuando se dispusieron las sanciones contra Irak hasta la liquidación del Consejo de Asistencia Económica (Comecon) y del Pacto de Varsovia, le iban a permitir obtener una respuesta afirmativa, pero estaba equivocado. En las altas esferas estadounidenses se percibió que su posición política era muy débil, que la Unión Soviética se estaba desintegrando, y decidieron que no iban a retardar ese proceso.

Fue en ese escenario, marcado también por la protesta social, donde se produjo el desenlace de un proceso que dio lugar a la transformación política más importante experimentada por el mundo a fines del siglo xx.

El intento fallido de golpe de Estado que se llevó a cabo entre el 18 y el 21 de agosto de 1991 ha sido objeto de un abundante tratamiento por parte de periodistas, historiadores y politólogos,[37] así como también existen testimonios de algunos de los protagonistas (Gorbachov, 1996; Yeltsin, 1994).

En principio, no caben dudas de que fue un intento de desestabilización protagonizado por integrantes del mismo gobierno de Gorbachov, en el que participaron el ministro del interior, el de defensa y el director de la kgb, entre otros. El objetivo era desplazar, o por lo menos neutralizar, a Gorbachov, dar marcha atrás en todo lo hecho en relación con la “cuestión nacional” y restaurar el orden. En razón de sus ramificaciones, había mucha gente involucrada, por lo que se habían filtrado rumores respecto del estallido del golpe. A pesar de ello,

Gorbachov se marchó de vacaciones a Crimea, y fue en su dacha (casa de campo) donde recibió la visita de cinco de los principales dirigentes complotados, que le exigieron la firma de un decreto declarando el estado de emergencia, punto de partida hacia el restablecimiento de una situación "pre 1985", incluyendo, y éste sin duda era el tema crucial, la negativa a firmar el nuevo tratado de la Unión. Las exigencias de los rebeldes eran excesivas para Gorbachov, que se negó a acatarlas,[38] y entonces los complotados –prácticamente todos los ministros del gobierno de la Unión Soviética– lo desplazaron argumentando que estaba enfermo, y siguieron avanzando: conformaron un comité de emergencia que tomó varias medidas de política interior, y también actuaron en relación con la política internacional, comunicando incluso a los líderes de los países occidentales que la Unión Soviética cumpliría sus compromisos.

Si se piensa en lo ocurrido teniendo en cuenta los antecedentes históricos, es difícil explicar por qué la intentona terminó en un rotundo fracaso. La cuestión reside en que, a pesar de los serios errores cometidos,[39] como el de no detener a Yeltsin ni impedir que los periodistas occidentales cubrieran todo el proceso, dentro de los sectores urbanos de la sociedad se había desarrollado un proceso de movilización significativa, y quienes planearon el golpe no tuvieron en cuenta este elemento.[40] Así fue como Yeltsin, cuya actuación fue audaz y determinante, pudo mostrarse al mundo como un defensor de la legalidad constitucional, apoyado por un sector de la ciudadanía moscovita; la imposibilidad de ejercer la represión delante de las cámaras de televisión, que transmitían los incidentes a todo el mundo, debilitó la posición de los golpistas hasta producir su rendición. Parecía un momento glorioso para los defensores de la democracia pero en realidad lo que estaba sucediendo era que el gobierno ruso, con Yeltsin a la cabeza, preparaba el terreno para tomar un control efectivo sobre la Federación Rusa, con independencia de lo que ocurriera en las otras repúblicas.

Una vez conjurado el intento, una de cuyas consecuencias inmediatas fue el reconocimiento de la independencia de Lituania, Estonia y Letonia, fuertemente demandado por Occidente, Gorbachov pareció pensar que se podía continuar casi como si nada hubiera ocurrido: esperaba firmar en unos días el tratado de la Unión y avanzar en la reforma del partido. Yeltsin, el gran triunfador de las jornadas de agosto, rápidamente le mostró cuánto se había modificado la situación: en una reunión del Soviet Supremo de Rusia prácticamente lo obligó a que leyera los nombres de los principales dirigentes complotados; era una larga

lista de gente que había acompañado a Gorbachov, o que había sido promovida por él. Las actividades del pcus fueron suspendidas en el territorio ruso, lo mismo que sus órganos de prensa. El 25 de agosto Gorbachov renunció a su cargo de secretario general del partido y diez días más tarde era disuelto el Consejo de Diputados del Pueblo Ruso, a la espera de la convocatoria a nuevas elecciones.

De ahí en adelante, hasta fines de 1991 se produjo una pulseada entre las intenciones de Gorbachov de mantener la Unión, por lo menos integrada por nueve repúblicas –excluyendo las bálticas y las del Cáucaso sur–, y la fuerza cada vez más poderosa de Yeltsin, apoyado en las semanas anteriores por la dirigencia de Ucrania y Belarús, empeñado en concretar la desintegración y de asegurarse el poder con toda su gente en Rusia. El presidente de la más grande república de la Unión Soviética jugó fuerte: a partir de principios de noviembre Rusia dejó de financiar a la Unión y su banco central absorbió los dos principales bancos estatales de ésta, a lo que siguieron otras medidas que mostraban la voluntad de encarar un camino sin retorno.

Además, Yeltsin operó de manera sutil a los efectos de minimizar las resistencias a la desaparición de la Unión Soviética. Los militares –que estaban divididos cuando se produjo el golpe de agosto– aceptaron la nueva realidad. Asimismo, afirmó que no iba a realizar reclamos de territorios que habían sido cedidos a otras repúblicas de la Unión Soviética.[41] Hubo algunas expresiones de protesta en Moscú por parte de sectores democráticos, pero sólo reunieron unos pocos miles de manifestantes.

La debilidad de Gorbachov se hizo manifiesta y, luego de que el 1 de diciembre un 90% de los votantes en Ucrania se pronunciara en favor de la independencia, debió aceptar la propuesta de los líderes de los tres países eslavos (Rusia, Ucrania y Belarús) –el denominado “Acuerdo de Bieloviezh”–[42] de conformar una unión mucho más débil que la propuesta por el tratado de la Unión, la denominada Comunidad de Estados Independientes (cei), una asociación voluntaria que disponía de un mando militar unificado y conformaba un área económica única pero que no tenía poder para recaudar impuestos. Los representantes de once de las repúblicas –faltaron las tres repúblicas bálticas y Georgia– firmaron el 21 de diciembre en Alma-Ata, la capital de Kazajistán, un acuerdo ampliado, disponiendo que en la medianoche del 31 de diciembre dejara de existir. En su lugar se creó la cei, una entidad de carácter supranacional con sede en Minsk, la capital de Belarús, que iba a tener a su cargo la coordinación

de comercio, finanzas, leyes y seguridad de los Estados miembros.

El 25 de diciembre, el gestor de la perestroika renunciaba en un corto discurso emitido por televisión a todo el país. En esa intervención afirmó que pese a sus intentos de conservar el Estado de la Nación, “los acontecimientos han tomado otro rumbo. Se ha impuesto una línea de desmembramiento del país y de desunión del Estado que no puedo aceptar” (Gorbachov, 1993).

La Unión Soviética, luego de setenta y cuatro años de producida la revolución que dio lugar a su conformación, después de generar enormes expectativas en millones de personas en todo el planeta, que la vieron como la oportunidad de crear un mundo más justo, se derrumbó en un rápido proceso, tras haber tomado un rumbo que sin duda estaba muy lejos de lo previsto por la mayoría de quienes depositaron en ella su esperanza.

Por supuesto, la ausencia de mecanismos democráticos en el proceso de desintegración contribuyó a que una parte significativa de las elites de las diferentes naciones pudieran preservar y acrecentar su poder; como veremos, esta situación resultó particularmente visible en Rusia.

El impacto del derrumbe fue negativo para buena parte de la población, que en manera alguna estaba preparada para lo que ocurrió –y, como vimos, se había expresado en las urnas muy poco tiempo antes manifestando mayoritariamente su voluntad de preservar la existencia de la Unión Soviética–, dejándolos sin Estado, sin historia reciente y sin raíces visibles a partir de las cuales empezar a construir su futuro.

¿Por qué cayó la Unión Soviética?

Transcurridos veinte años del derrumbamiento de la Unión Soviética, numerosos especialistas han abordado el tema de las causas de un acontecimiento de tamaña magnitud, como vimos, previsto por muy pocos. Economistas, historiadores, politólogos y sociólogos han elaborado explicaciones destinadas a intentar hacer inteligible un proceso que unos pocos años antes parecía imposible siquiera de imaginar, incluso para quienes deseaban fervientemente que se produjera. En este texto nos proponemos un análisis sistemático de algunos de estos abordajes, de manera de brindar una visión crítica del tratamiento que se ha hecho de este problema fundamental.

En el tratamiento del tema creemos que es preciso distinguir entre interpretaciones “esencialistas”, que atribuyen el derrumbe a la existencia de un vicio de origen o a un determinado momento en que se verifica un turning point, y las que, por el contrario, lo atribuyen a una serie de causas “estructurales”, que en medida variable se combinaron en una coyuntura dada. Finalmente, es imprescindible agregar aquellas interpretaciones que ponen el acento en las decisiones individuales adoptadas por quienes disponían de poder.

Las explicaciones “esencialistas”.

Una de las cuestiones que se presentan a quienes intentan la explicación de las causas de cualquier proceso es dónde situar el punto de partida. Para los historiadores enrolados en las posiciones “esencialistas”, en el régimen soviético existieron desde el principio –o a partir de la adopción de una determinada orientación– problemas profundos que lo hacían inviable, hasta el punto de que su colapso fue sólo una cuestión de tiempo.

El historiador norteamericano Martin Malia es sin duda, y justificadamente, uno de los más importantes representantes de las corrientes conservadoras. En un elaborado y muy bien escrito ensayo publicado en 1994 ha argumentado que existió un “sino fatal” localizado en el núcleo ideológico del régimen soviético. Los orígenes del mismo se encontraban en el objetivo utópico de “construir el socialismo”, haciendo realidad el antiguo sueño de compatibilizar la abundancia en la producción de riqueza con la igualdad entre los seres humanos. A diferencia de los modestos objetivos que se planteó el socialismo democrático occidental, concretados finalmente en el Estado de bienestar, el socialismo de los bolcheviques, de raíz marxista, apuntaba mucho más lejos: la transformación de la conciencia humana y la abolición de la propiedad privada, de la explotación y del mercado, en tanto constituían las principales causas de desigualdad social. Pero estos objetivos eran un sueño de utópica ingeniería social que fracasó: un socialismo así no ha existido y, afirma Malia, no existirá jamás porque está en contradicción con los rasgos constitutivos de los seres humanos. Entonces, la construcción del socialismo soviético se basó en “una combinación de ilusión ideológica y dura coerción”. El resultado inevitable fue la dictadura del pcus, un régimen totalitario que se caracterizó por el intento de subordinar el conjunto de la vida humana al partido-Estado encargado de la conducción ideológica.

La idea de que la experiencia soviética estaba condenada desde un principio enfrenta la crítica, y Malia lo sabe, de que nos encontramos frente a una posición determinista. Frente a ella, sostiene que en 1917 Rusia pudo haber tomado diferentes caminos: “Un moderado socialismo tipo welfare state, un autoritarismo de raíces nacionalistas o una dictadura comunista”, pero una vez que la situación política se decantó hacia esta última opción el margen de acción era muy estrecho ya que “dado el objetivo bolchevique de conjugar el socialismo integral con la dictadura del partido [su “código genético”, según Malia] el régimen soviético sólo podía aceptar aquellos programas que suprimían el

«capitalismo» y preservaban el monopolio de poder del partido”.

Por lo tanto, para subsistir, el régimen necesitaba una “permanente revolución desde arriba”, incluso generando un patrón de alternancia entre etapas hard (comunismo de guerra, stalinismo, en alguna medida el “brezhnevismo”) y etapas soft (Nueva Política Económica, reformas de Kruschov).

Un sistema con estas características no podía ser transformado en un “socialismo con rostro humano” sin abandonar el objetivo ideológico de la igualdad y el monopolio del partido. La brecha existente entre las elevadas pretensiones morales del régimen y los medios criminales utilizados para tratar de alcanzarlas junto a las falencias que se manifestaron en las décadas de 1970 y 1980 dieron lugar a un sistema básicamente frágil, “un castillo de naipes siempre a punto de derrumbarse”. Las reformas puestas en práctica por Gorbachov simplemente sirvieron para exponer todas las debilidades del régimen, destruyendo lo que quedaba de sus fundamentos ideológicos. El derrumbamiento, entonces, se produjo con una sorprendente ausencia de resistencia.

La concepción de que el colapso soviético en algún momento más o menos lejano se tornó inevitable puede encontrarse también en algunas interpretaciones provenientes del marxismo. Así, el conocido sociólogo ruso Boris Kagarlitsky (1995), un disidente de izquierda, en una obra traducida al castellano desplegó una serie de argumentos cuyo punto central, para el tema que nos ocupa, puede resumirse en este párrafo:

De hecho, la naturaleza precipitada de los cambios fue la consecuencia de un proceso natural de evolución que tuvo lugar a través de los años en el mismo sistema. Desde comienzos de los 70 se fueron acumulando, gradualmente, en la estructura cambios parciales y se preparó el camino para la crisis que seguiría. A finales de los 80 estos cambios irrumpieron en escena. Cantidad se convirtió en calidad.

La pregunta a formular sería entonces a partir de qué momento el derrumbe se tornó inevitable. La respuesta de Kagarlitsky destaca varios puntos de

importancia: por una parte, el hecho de que el triunfo de Stalin a fines de la década de 1920 implicó la puesta en marcha de un sistema orientado hacia la obtención de “vertiginosas” tasas de crecimiento económico; el mismo no tenía nada que ver con el socialismo, “el ciudadano común existía sólo como un objeto de control”, aunque le garantizaba “un cierto grado de seguridad social, ausencia del desempleo, la posibilidad de trabajar y la obligación de hacerlo, recibiendo más o menos equitativamente un mínimo de beneficios socioculturales y obteniendo otros bienes de acuerdo con los resultados de su trabajo, los servicios que prestaban a la sociedad y su posición social”.

El “éxito” en esta orientación transformó a la Unión Soviética en una potencia y exigió cambios cualitativos, los que empezaron a desplegarse a partir de la muerte de Stalin. Mientras el régimen aflojaba sensiblemente su rigor, optaba por un nuevo rumbo: la Unión Soviética no sólo se transformó en una gran potencia sino que quiso consolidar ese logro a través de un crecimiento continuado del consumo. El programa de Kruschov no sólo prometía la instauración del comunismo para la década de 1980, sino que presentó a éste como “una sociedad de abundancia consumidora”. Ocurrió entonces que “la ideología del consumismo se volvió contra el sistema, el cual era incapaz de cumplir con sus propias promesas”.

Se inició así, para Kagarlitsky, un período de declinación de imposible vuelta atrás, caracterizado por la mala performance económica y la corrupción, que a la altura de 1980 se hizo visible para todos, hasta el punto de que dentro de las capas de la administración surgieron voces pidiendo cambios. Pero ya el régimen no tenía reservas: “El sistema no podía ser reconstituido, su desintegración había comenzado hacía mucho”.

Los factores estructurales como causas del derrumbe.

Otras explicaciones han recurrido a factores estructurales, que en un momento dado dieron lugar al derrumbe como consecuencia de la irrupción de un elemento adicional.

Dentro de ese esquema se encuentra el trabajo elaborado por David Lane (1996), quien a partir de lo que denomina una “aproximación sistémica”, en la que se analizan las sociedades modernas teniendo en cuenta cuatro factores –economía, sistemas de gobierno, valores y creencias, y mecanismos de integración social–, detecta en la Unión Soviética cinco problemas de envergadura: 1) la visible declinación económica; 2) el debilitamiento de la solidaridad y el compromiso con el régimen, originado en las modificaciones experimentadas por la estructura social que dieron lugar al surgimiento de nuevas demandas que no pudieron ser satisfechas por el Estado; 3) la creciente conflictividad en la cúspide del poder político, que debilitó a las elites que tradicionalmente lo detentaban, en beneficio de las posiciones de las elites contestatarias; 4) el cuestionamiento progresivo del marxismo-leninismo como sostén ideológico del sistema político y económico por parte de los dirigentes reformistas, lo que contribuyó al surgimiento de un “vacío” ideológico, y 5) la modificación progresiva de las relaciones exteriores, desde una situación de enfrentamiento con el Occidente capitalista a otra de acercamiento.

Ahora bien, el análisis de estos problemas lleva a Lane a sostener que estos factores crearon el escenario para el colapso pero no fueron su causa directa. “La última carga que quebró el espinazo del camello” fueron las iniciativas políticas realizadas por Occidente a lo largo de los años 80, en particular el accionar de Estados Unidos bajo la presidencia de Ronald Reagan.

Más elaborada aun se presenta la explicación desarrollada por Alexander Dallin (en Suny, 2003), quien enumera una serie de procesos conectados entre sí que crearon las condiciones para la catástrofe. En lo que sigue, comentaremos su posición, incorporando algunos elementos para reforzarla.

1) Aflojamiento de los controles: a partir del encumbramiento de Nikita Kruschov, el terror vigente durante la época stalinista dejó de ser un recurso utilizado por quienes detentaban el poder, y el impacto se hizo sentir en las

generaciones siguientes. El florecimiento de una “segunda economía” que funcionaba paralelamente a la oficial y el pesimismo que invadió a los ciudadanos rusos como consecuencia del estancamiento económico de la época de Brezhnev dieron lugar a que, aun dentro de los límites impuestos por el régimen, emergiera una “sociedad civil” que se mostraba crítica con la gestión del gobierno. Algunos analistas han hecho referencia al surgimiento de una suerte de “revolución tranquila” –una segunda economía, una segunda cultura, incluso una segunda vida política–, que funcionaba en los márgenes del mundo oficial, aunque sin manifestar intención de rebelarse.

2) Corrupción: en un libro publicado en 1982 que tuvo una amplia repercusión, el ruso Konstantin Simis (1982) concluía su descripción de la corrupción de la sociedad soviética de esta manera:

Nací en esa tierra y viví allí durante casi sesenta años. Año tras año desde que era niño y a medida que adquirí conciencia, fui viendo cómo la corrupción penetraba de manera cada vez más profunda en la sociedad, hasta que en las décadas de 1960 y 1970 el país se convirtió en una tierra de corruptos gobernantes, que gobernaban a un pueblo corrompido.

El poder y los privilegios detentados por la nomenklatura, sobre todo durante los años del gobierno de Brezhnev, se fueron convirtiendo en un elemento que generaba el rechazo mayoritario de una sociedad que si bien no accedía libremente a la información había alcanzado un nivel de educación que le permitía “leer entre líneas”. Sin duda, muchas de las manifestaciones de corrupción quedaban ocultas, pero ya con lo que salía a la luz mostraba a todo el mundo la falacia de toda la propaganda oficial respecto de la superior “moralidad comunista”.

3) Debilitamiento de la ideología: otra de las manifestaciones de la declinación del régimen fue la sutil pero continua erosión que fue experimentando la fe en un futuro venturoso caracterizado por la desaparición de las clases sociales, así

como también la creencia respecto de que los bolcheviques tenían todas las respuestas. Esta desilusión, que se intensificó a partir de la desestalinización puesta en marcha por Kruschov, fue acompañada por una lenta pero perceptible transformación en la orientación ideológica dominante, que pasó de la búsqueda de la utopía al compromiso con la realidad. Por supuesto, las fórmulas ortodoxas se siguieron repitiendo hasta el cansancio, pero se habían convertido en rituales; a partir de los años de Brezhnev ya no hubo serios esfuerzos de conciliar las contradicciones entre los "artículos de fe" y la observación.

Un buen ejemplo de esa pérdida de fe lo proporciona el general Dimitri Volkogonov, autor en la década de 1980 de críticas, y muy cuestionadas, biografías de Stalin, Trotsky y sobre todo de Lenin (Volkogonov, 1996a, 1996b, 1997). En una entrevista (citada por Dallin, en Suny, 2003) se autodefinió así:

Yo era un marxista ortodoxo, un funcionario que conocía su trabajo. Yo no formaba parte de ninguna corriente liberal. Todos mis cambios se dieron desde adentro. Tuve acceso a todo tipo de literatura […] Era un stalinista. Contribuí al fortalecimiento del sistema que ahora estoy tratando de desmantelar. Yo era un stalinista. Pero tardíamente, tuve mis ideas. Empecé haciéndome preguntas acerca de Lenin, cómo, si era un genio, ninguna de sus predicciones se había cumplido. La dictadura del proletariado nunca se efectivizó, el principio de la lucha de clases fue desacreditado, el comunismo no se construyó en quince años como había prometido. ¡Ninguna de las predicciones de Lenin se había cumplido!

Asimismo, fue durante el gobierno de Brezhnev cuando se asistió al surgimiento de una vasta literatura disidente, que sin embargo no provenía de personas que estaban en los márgenes del sistema sino de individuos con prestigio adquirido dentro del régimen.

4) Cambio social: durante la época soviética se verificó un enorme proceso de transformación social. Su magnitud la brindan los mismos censos soviéticos: la población urbana pasó del 18% en 1926 al 65% en 1985, y el partido, la burocracia, los servicios de seguridad, crecieron a un ritmo similar.

Estas (y otras) transformaciones condujeron al surgimiento de nuevas generaciones de trabajadores y de ascendentes clases medias, dotadas de valores, aspiraciones y prioridades diferentes de las de sus antecesores.

En la medida en que el crecimiento económico se convirtió en un objetivo central del régimen desde la época de Kruschov y en un factor de estabilidad sociopolítica, el visible estancamiento experimentado durante los años de Brezhnev fue vivido como problemático; muchos vieron frustradas sus elevadas aspiraciones, y la realidad los condujo al pesimismo y al escepticismo respecto del funcionamiento del sistema. La conocida frase “nosotros hacemos como que trabajamos y ellos hacen como que nos pagan” da cuenta del cinismo con que se enfrentaba una situación frente a la cual no encontraban salida. Muchos de los integrantes de esa nueva clase media pasaron a formar parte de los grupos “reformistas” que se constituyeron en la época de Gorbachov.

5) Influencia exterior: en una obra que alcanzó cierta repercusión, Peter Schweizer (1994) argumentó respecto de la existencia de una “estrategia secreta” elaborada por el equipo que rodeaba a Reagan, encabezado por el director de la Agencia Central de Inteligencia (cia) William Casey, destinada a actuar sobre las debilidades del régimen soviético. La misma tuvo varios aspectos: a) un incremento del presupuesto militar a los efectos de provocar la quiebra de la Unión Soviética; b) una guerra económica oponiéndose a la venta del petróleo y el gas soviético a Occidente e impulsando una baja del precio del petróleo –principal fuente de recursos para la Unión Soviética– con la colaboración de Arabia Saudí, y c) actuar en el escenario soviético suministrando asistencia financiera al sindicato Solidaridad en Polonia y ayuda militar a la resistencia afgana. En este último tema, ha habido especialistas que llegaron a sostener que “una rápida victoria en Afganistán habría traído como consecuencia el mantenimiento del aparato tradicional del pcus al frente de la Unión Soviética” (Arnold, en aa.vv., 1999).

Por lo tanto, en estos análisis, la Unión Soviética no se autodestruyó sino que fue vencida. Algunos dirigentes soviéticos han avalado las explicaciones así orientadas, sosteniendo que las políticas norteamericanas aceleraron la declinación del régimen; sin embargo, críticos de esta postura afirman que hasta la llegada de Gorbachov la política agresiva desplegada por los “halcones” que rodeaban a Reagan sólo produjo inicialmente reacciones de intransigencia en el

ámbito soviético, por lo que fue la actitud del nuevo líder soviético la que condujo al fin de la Guerra Fría y lo que ello conllevó (Garthoff, 1994).

Respecto de la incidencia de Estados Unidos en el colapso soviético, se ha utilizado otra argumentación: Occidente en conjunto influyó sobre los acontecimientos del mundo socialista no tanto como consecuencia de presiones directas de los gobiernos sino proveyendo un modelo alternativo exitoso de organización social. Todos los que se movilizaron hacia el mundo capitalista tuvieron ocasión de apreciar el atraso que se manifestaba en todos los terrenos en la Unión Soviética, desde la tecnología hasta los niveles de vida. Esta comparación, sostienen, contribuyó a erosionar la legitimidad del régimen soviético a los ojos de la población, forzando a encarar políticas destinadas a rectificar la situación. Se empezó a pensar en términos de “estándares mundiales” cuando en realidad se estaba comparando a la Unión Soviética con los “estándares occidentales” (Halliday, en Keddie, 1995).

Habría que llamar la atención sobre un aspecto más de la influencia occidental: una vez que Gorbachov dio muestras de querer avanzar en el proceso de reformas orientadas hacia el establecimiento de una economía de mercado, hubo un apoyo exterior a esas transformaciones a los efectos de asegurar su “éxito”, lo que implicaba el desmantelamiento del Estado intervencionista y la colaboración en la búsqueda de los caminos adecuados para establecer una democracia basada en los modelos occidentales. Una visión alternativa en esta línea argumenta que el proceso de globalización capitalista en su dinámica presionó sobre una economía necesitada de modernización tecnológica, y al forzar la puesta en marcha de reformas que permitieran su entrada en el mercado mundial contribuyó a su derrumbe (Lockwood, 2000).[43]

6) Declinación económica: ya se ha comentado que la situación económica de la Unión Soviética era difícil a mediados de la década de 1980. El sociólogo catalán Manuel Castells en su monumental obra La era de la información (1997) sostiene la hipótesis de que “la crisis galopante que sacudió los cimientos de la economía y la sociedad soviéticas a partir de los años 70 fue la expresión de la incapacidad estructural del estatismo y de la variante soviética del industrialismo para asegurar la transición a la sociedad de la información”. Su argumentación pone en primer plano la importancia de la cuestión de la tecnología como factor aparentemente independiente, que con su propia dinámica innovadora produjo el

desplazamiento de la Unión Soviética de la posición hegemónica que detentó en el mundo durante los primeros años de la posguerra. La idea central es que, en el momento de aceleración de las transformaciones tecnológicas, la economía de planificación centralizada mostró su incapacidad de adaptación a esta nueva realidad. La enorme distancia existente entre la ciencia y la actividad productiva, la opción por la dependencia tecnológica respecto de Occidente en los años cruciales de las décadas de 1970 y 1980, y la continuidad de la represión ideológica y la política de control de la información fueron factores fundamentales en el proceso de atraso económico, que llevaron a la dirigencia soviética, encabezada por Gorbachov, a intentar un nuevo rumbo.

Todos los factores citados convergieron en los años en que Gorbachov se hizo cargo del poder, y ninguno puede ser considerado el “primer motor” en el proceso que condujo al colapso; es justamente la interacción entre estas variables lo que generó una situación crítica.[44] Por supuesto, en la medida en que no nos es permitido “repetir” el proceso quitando alguna de las variables, sólo es posible conjeturar respecto de su peso relativo. Lo que es indiscutible es que el sistema soviético estaba afectado por serios problemas a mediados de la década de 1980, pero…

El componente personal.

Imaginemos que nos preguntáramos en 1984, con todos los elementos que se han puesto a nuestra disposición hasta aquí, si el colapso de la Unión Soviética era inevitable en el futuro inmediato. Creemos que ni siquiera los “esencialistas” más duros podrían responder afirmativamente.

En ese caso, cabe la pregunta siguiente: si Gorbachov no hubiera accedido al poder, ¿se habría producido el derrumbe? Este planteo contrafáctico puede ser respondido afirmando que otro gobierno podría haber actuado diferente, evitando la desestabilización y la deslegitimación que generó la gestión de Gorbachov y enfrentando con otros instrumentos la coyuntura internacional.

Es preciso tener en cuenta que, a pesar de los problemas que experimentaba la Unión Soviética, había otros elementos a tener en cuenta: como bien lo afirma Stephen Kotkin (2001) en una obra sugerente:

La sociedad soviética gozaba del pleno empleo y el régimen era estable. Tenía una escasa deuda externa y disponía de un excelente crédito. No sufrió desórdenes civiles serios hasta que comenzaron las reformas, y retenía la lealtad de las fuerzas armadas, del Ministerio del Interior y de la kgb.

No caben dudas respecto del retraso de la Unión Soviética, pero a la vez parece perfectamente plausible sostener que era posible un retroceso relativo sin que se produjera el desastre iniciado por la perestroika.

La aceptación generalizada de esta argumentación conduce inevitablemente a analizar la figura y la gestión de quien impulsó las transformaciones. En este terreno, uno de los principales planteos que se han realizado remite a la cuestión referente a cómo una persona con las inclinaciones reformistas de Gorbachov pudo llegar hasta la cima del poder; resumiéndolo en una pregunta: ¿fue el nuevo líder un accidente en la historia de la Unión Soviética? En este terreno es preciso afirmar que dentro del Partido Comunista existió siempre una tradición reformista, que veía posible compatibilizar leninismo y democracia, el plan y el mercado. Este comunismo “suave” se inspiraba en la Nueva Política Económica,

que tenía a Lenin como su impulsor y a Bujarin como su principal teórico (Cohen, 1976),[45] y en los esfuerzos desestalinizadores de la época de Kruschov. La generación de dirigentes que se forjó durante las décadas de 1950 y 1960, y de la cual Gorbachov era miembro prominente, conformó un grupo de profesionales en condiciones de constituir la base partidaria dispuesta a elaborar, impulsar y poner en práctica un proyecto reformista. Por lo tanto, si la subida al poder de un dirigente con estas características fue en alguna medida sorprendente, no fue sin duda una casualidad. Por lo demás, cabría agregar que era también un emergente de los cambios sociales –a los que hemos hecho referencia– que había experimentado la Unión Soviética desde los años 60.

La evolución de Gorbachov –desde un modesto papel de reformador en los comienzos al impulsor de transformaciones que terminaron por colapsar el régimen soviético– es objeto de polémicos análisis. Para algunos, Gorbachov tenía intenciones de reforma radical desde un principio –entendiendo por "reforma radical" en este contexto la puesta en marcha de una (rápida) reconversión al capitalismo y hacia el establecimiento de un régimen democrático– pero las ocultó hasta que las condiciones políticas fueran favorables y le permitieran llevar adelante sus planes.[46] La mayoría de los analistas, en cambio, argumentan que lo más que puede decirse del grupo reformista es que sus miembros contaban con una cierta idea del camino que tenían intenciones de recorrer pero que perdieron totalmente la brújula a medida que las dificultades se incrementaban.[47]

Ahora bien, ¿qué medidas adoptadas por Gorbachov contribuyeron al colapso del sistema?

Por una parte, al impulsar la glasnost acabó con la censura, con la represión política y con la idea de que había una única verdad, la que difundía el régimen. La consecuencia de esta apertura fue hacer sentir a la sociedad que había sido engañada, que el gobierno la había privado de acceder a lo que el resto del mundo tenía acceso, que el partido sólo aspiraba a conservar su poder.

Por otra parte, la glasnost tuvo un fuerte impacto en las repúblicas de la Unión Soviética: potenció en algunas de ellas e hizo surgir en otras las cuestiones de identidad étnica, comenzando con el lenguaje y la cultura y culminando con la formación de partidos nacionalistas. Al entrar en crisis la Unión, las reivindicaciones nacionales adquirieron una dimensión desconocida, y muchos dirigentes comunistas "redescubrieron" la cuestión nacional poniéndose al frente

de las tendencias separatistas.

La importancia del fenómeno nacionalista ha llevado a algunos especialistas a sostener la idea de que las tendencias centrífugas surgidas en las repúblicas fueron la causa principal del derrumbe de la Unión Soviética. El aporte más relevante proviene de la historiadora francesa Hélène Carrère d'Encausse (1991, 1992a, 1992b). El núcleo de su argumentación es el siguiente: a diferencia del imperio zarista, que se propuso la construcción de un Estado-nación en el que todas las nacionalidades sojuzgadas iban a ser integradas en los valores imperiales, lo que conducía a una "rusificación" cultural de las mismas, los bolcheviques triunfantes en octubre de 1917 se plantearon como objetivo la creación de un sociological state, una nueva forma de Estado en la que la desaparición de la explotación socioeconómica y la emergencia de una nueva cultura dominante, la de la clase hasta ahora dominada, iban a resolver la cuestión nacional. No se trataba de construir un Estado-nación, estructura política característica del capitalismo, sino de la invención de una nueva estructura nacional "en la cual las naciones se unirían para conformar una nueva totalidad: la comunidad Soviética" (Carrère d'Encausse, 1991).

Sin embargo, la realidad estuvo muy lejos de esas expectativas: la supremacía ejercida por el todopoderoso Estado soviético, herencia en parte del imperio, y la debilidad de los líderes de las diferentes repúblicas contribuyeron a que el delicado equilibrio que se planteaba entre igualitarismo cultural y control centralizado condujera en la realidad a la emergencia de un Leviatán. Pero incluso la política brutal de "rusificación" impuesta por la dictadura de Stalin no pudo impedir que se verificara, también en la Unión Soviética, un fenómeno muy característico de los procesos de modernización económica: la experiencia de las sociedades desarrolladas muestra que la modernización conduce a una profundización del sentimiento nacional y éste, lejos de ser un fenómeno transitorio, tiene todos los indicios de perdurar a lo largo del tiempo.

Por lo tanto, a pesar de las intenciones y del accionar del Estado soviético, el problema nacional se convirtió en el nudo de las contradicciones en las que se debatía la Unión Soviética durante los años 80: el "pueblo soviético" no llegó a consolidarse, y las aspiraciones nacionales se mantuvieron latentes. En este proceso se destaca como acontecimiento fundamental la explosión de la central nuclear de Chernobyl, producida el 26 de abril de 1986, ya que desnudó las

debilidades del sistema soviético: la manipulación de la información por parte del gobierno, ocultando las dimensiones del desastre, tuvieron un tremendo impacto sobre los ciudadanos; a partir de ese momento "la sociedad soviética, los pueblos que la componen, descubren de golpe que, en la Unión Soviética, poder, progreso, dominio de la tecnología y de la naturaleza no esconden sino debilidad, retraso, subdesarrollo técnico, destrucción de la naturaleza. De aquí que ya no crean nada de los que se les ha dicho; los pueblos de la Unión lo rechazan todo y, principalmente, la imagen que se les ha impuesto de sí mismos, la de un pueblo soviético. Exigen entonces, y lo hacen en contra del imperio, escoger su destino" (Carrère d'Encausse, 1991).

A partir de ese momento, afirma que el renacido sentimiento nacional se convirtió en el factor fundamental del derrumbamiento de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Finalmente, el fracaso en articular una transformación económica viable constituye una parte esencial en la explicación del colapso; como bien se ha dicho, la incapacidad mostrada por el equipo de Gorbachov condujo a que la Unión Soviética se quedara "sin plan y sin mercado", situación que acabó de manera definitiva con el prestigio que tenía el nuevo líder y lo convirtió en una de las personalidades políticas con peor imagen para la sociedad soviética (y esta opinión nunca se revirtió).

En esta línea, que destaca con fuerza la incidencia del accionar de los individuos, un análisis fuertemente negativo respecto de las actitudes de Gorbachov y de la elite que lo acompañó en el gobierno es la que realiza el investigador polaco Wista Suraska (1998). Su obra parte de una tesis fuerte, expuesta ya en el Prólogo: "Si no fuera por Gorbachov y su perestroika, la Unión Soviética todavía estaría en una posición internacional formidable, incluso tal vez con el Pacto de Varsovia intacto". Lejos de vincular al líder de la perestroika con la tradición reformista existente dentro del pcus, lo define como integrante principal de la primera generación de dirigentes educados en la sociedad stalinista, y los rasgos que le atribuye –ruptura respecto de los códigos morales del pasado, temprana entrada en la vida política, aislamiento respecto de lo que ocurría fuera del aparato político, influencia de las ideas del posmodernismo–, sumados a sus características personales –el hecho de ser un actor capaz de "convencer a cualquiera de cualquier cosa", su carencia de ideas firmes– fueron

factores decisivos en el rumbo que tomó el proceso sociopolítico desde su ascenso hasta el derrumbe final.

La dinámica del colapso se revisa desde tres perspectivas: 1) la desintegración horizontal, caracterizada por las tensiones emergentes del desarrollo de los nacionalismos periféricos opuestos al poder de Moscú; 2) la desintegración vertical, ocasionada por el enfrentamiento entre la kgb y las fuerzas armadas, y 3) la dimensión internacional, que se manifestó en el proceso de derrumbamiento de Europa del este y, sobre todo, en la unificación alemana.

El análisis que Suraska realiza de estos tres factores aspira a probar la responsabilidad que le corresponde a Gorbachov, en la medida en que, a partir de objetivos que apuntaban a reforzar los controles centrales sobre la política y la economía, adoptó una serie de medidas cuyo resultado fue desencadenar y agravar el proceso global de desintegración de la Unión Soviética.

Por el contrario, partiendo del reconocimiento de la voluntad reformista de Gorbachov, se ha formulado una de las preguntas más interesantes sobre el tema: a la vista de lo ocurrido en China, donde las reformas económicas tuvieron lugar manteniéndose un férreo control político sobre la población, ¿no fue un serio error impulsar de manera simultánea las reformas económicas y la democratización del régimen (perestroika + glasnost)? (Strayer, 1998).[48]

Como último comentario vinculado con la figura de Gorbachov, se encuentran quienes defienden su gestión sosteniendo que la perestroika fue la “utopía póstuma del comunismo” (Castells, 1992); en palabras de Stephen Kotkin (2001):

Por sobre todas las cosas, uno debe tener claro que la Revolución de Octubre estuvo acompañada de ideales profundamente sentidos, que sobrevivieron a todas las pesadillas, y que el intento de recapturar esos ideales desde dentro del sistema, dadas las características que el mismo había adquirido, iba a terminar destruyéndolo.[49]

Es decir, desde esta perspectiva, sostenida por muchos estudiosos, los intentos de Gorbachov de reformar el régimen soviético probaron que el mismo, tal como se

había conformado, era irreformable; funcionaba de acuerdo con su propia lógica, por lo que cualquier intento por modificarlo estaba condenado al fracaso, y eso fue lo que ocurrió.

Finalmente, creemos que es pertinente discutir el tema de la desintegración de la Unión Soviética y la apresurada conformación de las quince repúblicas independientes. Sin duda alguna, la fuerza del nacionalismo se desplegó en algunas de las repúblicas –pero recordemos que en nueve de ellas en marzo de 1991 en un referéndum con amplia participación se votó de manera mayoritaria por el mantenimiento de la Unión Soviética– al compás de la debilidad creciente del gobierno de Moscú, y a potenciar esa debilidad contribuyeron sin duda los errores de Gorbachov y su entorno pero también en gran medida el accionar de Yeltsin, embarcado en un enfrentamiento personal con Gorbachov y además dispuesto a hacerse con el poder a cualquier precio. Estas decisiones tomadas “desde arriba” no eran en manera alguna la inevitable salida que se presentaba ante la crisis institucional. Puede suponerse que los países bálticos en algún momento iban a recobrar su antiguo estatus, pero se presentaban varias alternativas que podían conducir a la preservación de la unión de una serie de repúblicas entre las cuales los vínculos –políticos, económicos, culturales– forjados durante la época soviética eran más importantes que los factores de división.

1. Los años de Yeltsin

La Federación Rusa, surgida como consecuencia de la desintegración de la Unión Soviética, es el país más extenso del planeta: 17.075.000 kilómetros cuadrados, y su población a fines de 1991 era de 148.624.000 habitantes (el 51% de la población de la Unión Soviética). La organización administrativa distingue entre repúblicas, regiones (oblasti), regiones autónomas dentro de las provincias (krai) y distritos autónomos (okrug) (mapa 1). En ese mismo territorio conviven ciudadanos de 182 etnias, aunque los rusos constituyen el 81,50% de la población.[50] A su vez, vivían en las ex repúblicas soviéticas aproximadamente veinticinco millones de rusos (russkii), lo que en algunos casos se convirtió en un problema serio por el tratamiento recibido en las repúblicas recién creadas.

La vigente Constitución de la Federación Rusa, sancionada en 1993, determina que el país es un Estado laico; sin embargo, la Ley sobre Confesiones sancionada en 1997 establece que las cuatro religiones tradicionales de la Federación Rusa son la ortodoxa rusa, el islam, el budismo y el judaísmo, por lo que todas tienen un derecho automático a ser predicadas y practicadas pública y privadamente, mientras que otras religiones deben realizar trámites de inscripción. Es también uno de los países con mayor cantidad de ateos y agnósticos del mundo, en buena medida producto de haber sido un Estado comunista en el que la religión fue atacada ideológicamente desde el poder y el ejercicio del culto, sometido a numerosas persecuciones. La confesión religiosa está en general relacionada con un grupo étnico. Así, la mayoría de los cristianos ortodoxos son eslavos, la mayoría de los musulmanes son túrquicos, la mayoría de los budistas son mongoles (predominantemente seguidores del budismo mongol) y los judíos representan un grupo étnico per se.

No existen estadísticas fiables respecto de cómo se distribuye la población entre las distintas religiones, hasta el punto que, por ejemplo, la cantidad de musulmanes fluctúa entre once y veintidós millones para algunos investigadores y entre siete y catorce millones para otros; evidentemente, el número de no creyentes hace difícil llegar a cifras reales.

Tal vez una de las consecuencias más curiosas del proceso de disolución de la Unión Soviética fue que el oblast de Kaliningrado (la Koenisberg prusiana)

quedó separado del resto de Rusia por Lituania, lo que da lugar a que los ciudadanos rusos que deseen visitarlo deban atravesar este país para llegar nuevamente a territorio ruso, salvo que opten por utilizar la vía marítima. Esta situación tan peculiar se agravó cuando a partir de 2004 Lituania entró a formar parte de la Unión Europea.

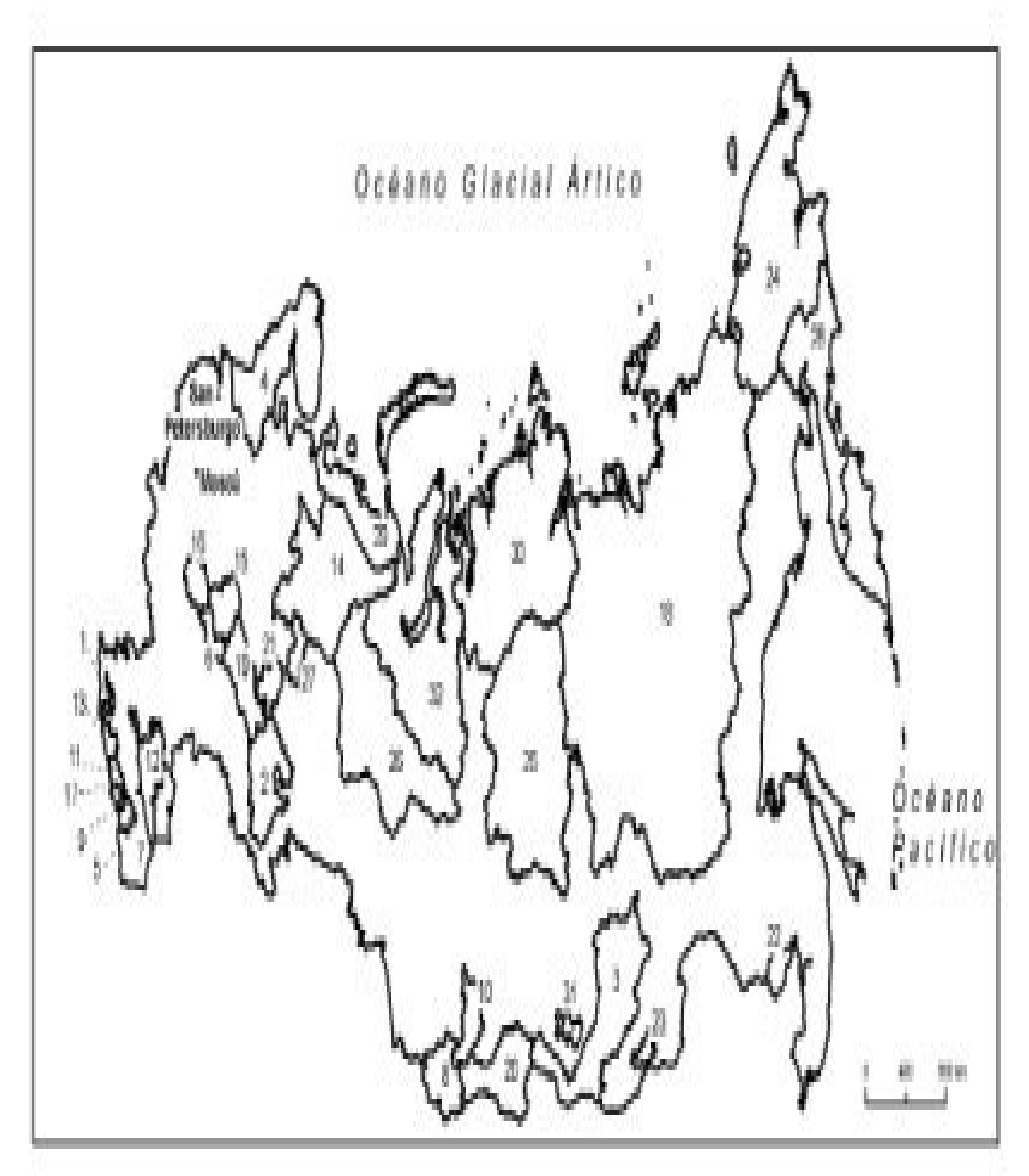
Otro contencioso complicado de resolver se planteó en Crimea, territorio ruso que fue entregado en 1954 a la República de Ucrania, y reclamado sin éxito por el gobierno de la Federación Rusa una vez concretada la disgregación de la Unión Soviética.

Una primera pero fundamental aproximación a la realidad de la Rusia de la década de 1990 la constituye su evolución económica, y en este sentido las estadísticas son elocuentes: por una parte, la población experimentó un estancamiento significativo (cuadro 4), acompañado de una declinación importante de la expectativa de vida, que cayó de 67,8 años en 1992 a 65,3 en 2000.[51]

Pero, además, la caída del pbi en esos años fue catastrófica, comparable a la de un país inmerso en una guerra civil (cuadro 4). El proceso de desmantelamiento de las estructuras soviéticas va a ser objeto de revisión y evaluación en estas páginas, pero el conocimiento del telón de fondo de esta debacle es imprescindible para abordar el tema.

Mapa 1

Principales divisiones administrativas de la Federación Rusa



Repúblicas

1. Adigueya
2. Bashkortostán
3. Buriatia
4. Carelia
5. Chechenia
6. Chuvashia
7. Daguestán
8. Gorno-Altai
9. Ingushetia
10. Jakassia
11. Kabardino-Balkaria
12. Kalmukia
13. Karachevo-Cherkesia
14. Komi
15. Mari
16. Mordovia
17. Osetia del Norte
18. Sajá
19. Tatarstán
20. Tuvá
21. Udmurtia

Oblast autónomo

22. De los judíos

Okrugi autónomos

23. Agá Buriat
24. Chukchi
25. Evenki
26. Janti-Mansi
27. Komi-Permiak
28. Koriak
29. Nenets
30. Taimir
31. Ust-Orda Buriat
32. Yamal-Nenets

Cuadro 4

Evolución del pbi de la Federación Rusa, 1991-1999

(1991 = 100) (en dólares de 1990)

Año	PBI
1991	100
1992	85
1993	78
1994	67
1995	65
1996	62
1997	63
1998	60
1999	63

Fuente: elaboración propia a partir de Angus Maddison (2003).

Un líder singular

Desde 1991 hasta fines de 1999, el gobierno de Rusia estuvo en poder de Boris Yeltsin quien, como vimos, a partir de 1988 se afirmó como el principal líder de la oposición anticomunista al dominio soviético, y también de las reivindicaciones nacionalistas rusas. Surgido de las profundidades de la burocracia del régimen –aunque con algunos rasgos que lo distinguían–, se convirtió, como consecuencia de su ambición y de su innegable olfato político, en la figura más representativa y carismática del movimiento reformista, dejando en un segundo plano a dirigentes que llevaban años reclamando cambios en el régimen.

Después de sus victorias electorales de mayo de 1989 y junio de 1991, su autoridad alcanzó dimensiones casi legendarias, especialmente entre aquellos que siempre habían pensado que las estructuras de poder soviéticas eran indestructibles. Su énfasis en distinguir el concepto de “ruso” respecto del de “soviético” fue intelectual y políticamente inspirado –dados los objetivos que tenía en mente–, como lo fue también su insistencia en marzo de 1991 respecto de que Rusia eligiese presidente mediante elecciones por primera vez en su historia.

Una vez instalado en el Kremlin, quedó claro que la única guía de su accionar político era la búsqueda del poder y la permanencia en él, y para ese objetivo no contaba la ideología: si los principios liberal-democráticos lo ayudaban a consolidar su dominio personal, no dudaba en apoyarse en ellos; pero si la situación lo justificaba, los ignoraba e incluso los repudiaba. Sin embargo, había dos ideas fuerza que constituían el núcleo duro de su pensamiento: el antisovietismo y el objetivo de instaurar una economía de mercado de acuerdo con un idealizado modelo que había construido en su cabeza luego de observar superficialmente el funcionamiento de los países capitalistas occidentales; ambas guiaron su accionar aun en los momentos de mayores dificultades.

El carácter del régimen que se instauró durante su presidencia, a pesar de la existencia de algunas libertades –en particular la libertad de prensa–, y el hecho

de que se celebraran elecciones de manera periódica, no son suficientes para definirlo como una democracia en el sentido occidental del término, que era supuestamente el objetivo que se había planteado. La ausencia de pensamiento democrático –en el círculo que rodeaba a Yeltsin pero también en la oposición–, el desconocimiento de la idea de un “gobierno de las leyes” y la falta de respeto por la división de poderes constituyeron carencias muy serias que lastraron el funcionamiento del régimen naciente.

De los estudios realizados sobre el accionar de Yeltsin como gobernante, creemos que es importante destacar aquellos que definen su manera de ejercer el poder como la de un “patriarca”, una variante del liderazgo de tipo personalista, definido éste como un comportamiento en el que el gobernante actúa con frecuencia desbordando los límites institucionales que acotan su gestión.[52] Dentro de esta conceptualización, el liderazgo “patriarcal” es aquel en el que el gobernante es el pater familias, aquel que apela a la tradición más que al carisma o a las normas legales para hacer valer su derecho a gobernar. En esta manera de actuar, Yeltsin seguía una línea muy típica del ejercicio del poder en Rusia, desde los zares a la etapa de gobierno socialista, pero se ha insistido en que la acentuación de los rasgos paternalistas –a partir de los sucesos de octubre de 1993– se verificó como consecuencia de la toma de conciencia respecto de su creciente incapacidad para resolver los problemas del país que gobernaba.

La condición de sostén de las instituciones democráticas nacientes que le atribuyen a Yeltsin algunos analistas occidentales creemos que debe ser matizada, subordinándola a su inagotable ambición de poder. Uno de sus rasgos personales más destacados era que se trataba de un luchador, que crecía en el fragor de las batallas políticas, pero en cambio era incapaz de trabajar de manera constructiva y de arbitrar los medios para crear algún tipo de consenso social.

Además, sus continuos trastornos de salud contribuyeron a generar inestabilidad y en algunas ocasiones a dar una fuerte impresión de “vacío de poder” que, por supuesto, no contribuía a mejorar la situación general, ya de por sí afectada por serios problemas.

La dinámica económica

Una vez decidida la separación de Rusia de la Unión Soviética, el gobierno de Yeltsin se vio enfrentado a la profundización de la crisis económica que se venía experimentando, problema que se sumaba a los que originaba la (necesariamente) trabajosa estabilización del nuevo Estado independiente.

Ante esta realidad, el presidente de Rusia disponía, a grandes rasgos, de tres alternativas: 1) la creación de un sistema político democrático a la usanza occidental, seguido de transformaciones económicas que condujeran a la progresiva conformación de una economía en la que el mercado tuviera un papel relevante; 2) el desarrollo simultáneo de una estructura política democrática y de una economía capitalista, y 3) una transformación rápida de las estructuras económicas como objetivo prioritario, abriendo el camino a una organización basada en el mercado libre, en la que paralelamente se verificaba la consolidación de un Poder Ejecutivo fuerte.[53]

La última de las opciones implicaba sin duda una apuesta muy arriesgada: los avances hacia un sistema de precios libres y la expansión de la propiedad privada antes de la construcción de las instituciones clave de una economía corrían el peligro de generar un caos, sobre todo en una sociedad estructurada como la soviética. Sin embargo, éste fue el rumbo escogido por Yeltsin, que decidió la implementación de una terapia de shock que condujera a la rápida creación de una economía de mercado apuntalada por una autoridad no sujeta a restricciones por otros poderes. El énfasis puesto en el liderazgo político, por supuesto, estaba en línea con la tradición rusa, desde el zarismo al régimen soviético, y Yeltsin, nunca debe olvidarse, era un antiguo apparatchik. La convicción que transmitía de que “todo estaba bajo control” tuvo un efecto inicial importante sobre sectores de la sociedad rusa, poco preparada desde los años soviéticos para cuestionar las decisiones de quien estaba en ejercicio del poder.

En cuanto a la adopción de una dura política de ajuste, fue el resultado de la (impensada) aplicación del concepto marxista de que la base económica

determina la evolución de la superestructura política. Los encargados de la implementación de esta estrategia destinada a terminar con el sistema económico soviético fueron un grupo de jóvenes economistas encabezados por Yegor Gaidar, un profesional formado en el ámbito intelectual del régimen, reconvertido al liberalismo con una fe rayana en el fanatismo, que además contó con el asesoramiento de expertos del fmi, de la Fundación Ford y otros organismos. Las principales características de Gaidar eran su audacia para actuar y la absoluta despreocupación respecto de las consecuencias de sus actos. Junto a Gaidar se encontraba Anatoli Chubais, un economista de Leningrado,[54] y ambos organizaron un equipo que desde la época de la perestroika comenzó a trabajar, sin dar a publicidad sus estudios, en alternativas al modelo de planificación centralizada en vigencia. Tal como con frecuencia se ha afirmado, la reforma para Gaidar y sus “compinches” adquirió progresivamente un carácter de “cruzada”, orientada hacia objetivos que se imaginaban alcanzables en un tiempo razonable: la creación de una clase de propietarios y de un sistema capitalista semejantes a los existentes en el mundo occidental, minimizando desde el principio el hecho de que la realidad mostraba, a pesar de unos rasgos fundamentales comunes, la existencia de regímenes fuertemente diferenciados.[55]

Se ha insistido en la incidencia directa de Occidente en el proceso que llevó a la terapia de shock. Por una parte, en enero de 1991, el fmi, el Banco Mundial, la ocde y el Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (berd) dieron a conocer un voluminoso análisis de la economía soviética que incluía una serie de propuestas de reforma (International Monetary Fund, 1990). Estaban explícitamente dispuestos a aceptar una caída del pbi y una acelerada inflación, esperando que la recuperación se produjera después de dos años. Si bien las recomendaciones no eran todas coincidentes, acordaban en algunos puntos: apuntaban a la restricción monetaria, el establecimiento de altas tasas de interés, un estricto control presupuestario y, desde luego, un amplio programa de privatizaciones.

Pero, además, la actuación del gobierno de Estados Unidos también contribuyó a la adopción de una estrategia radical. En los primeros tiempos del gobierno de Yeltsin, el secretario del Tesoro David Mulford acudió a Moscú para exigir el pago de la deuda que habían contraído los últimos gobiernos soviéticos, amenazando con interrumpir los envíos de cereales. Útil es comparar este comportamiento con la actitud adoptada en la misma época, por ejemplo, con Polonia, país al que se le concedió un tratamiento muy generoso. Esta situación

se modificó parcialmente en los primeros meses de 1992 pero lo cierto es que la ayuda real fue muy escasa, lo que aportó argumentos para justificar la implementación de medidas drásticas.

Para implementar las transformaciones que habían sido estudiadas, se consideraba imprescindible la aplicación de métodos coercitivos. Como consecuencia, la idea y el concepto de democracia se vieron claramente distorsionados en Rusia: un demócrata era, en principio, un partidario de la concentración ilimitada del poder por parte del presidente Yeltsin, y también una persona que se oponía al déficit presupuestario y a toda intervención del Estado; todos los ciudadanos y dirigentes políticos que tenían un concepto más amplio de lo que era la democracia no eran considerados verdaderos demócratas.[56] Este análisis de las fuerzas políticas fue ampliamente difundido en Estados Unidos y en Europa, de manera que Yeltsin apareció como el campeón de la democracia frente a las amenazas de "involución" que representaban quienes se oponían a sus políticas.[57] Esta imagen subsistió durante años, minimizando los rasgos autoritarios del presidente y destacando en cambio las (reales o en muchos casos supuestas) intenciones de sus opositores de retornar al régimen soviético.

El primer indicio de los cambios que se avecinaban se produjo en un discurso pronunciado por Yeltsin en el v Congreso de los Diputados el 28 de octubre de 1991; en él, el presidente manifestó con claridad su voluntad de desmantelar el aparato del Estado y de liberar a la economía de las trabas que le impedían organizarse como un sistema basado en el libre juego de las fuerzas del mercado. Este pronunciamiento fue acompañado a los pocos días por la formación de un nuevo gobierno en el que, además de la designación de Gaidar como ministro de economía y finanzas, aparecía como hombre fuerte –junto a Yeltsin– Gennadi Burbulis, un dirigente de origen checheno partidario a ultranza de las posturas liberales. Asimismo, el presidente logró que el Congreso le otorgara poderes extraordinarios por un año para llevar adelante las reformas.[58]

Las disposiciones principales adoptadas por Gaidar el 2 de enero de 1992 fueron: 1) la liberación de los precios del 90% de los productos –sólo quedaban exentos algunos artículos de primera necesidad–, acabando prácticamente con todo tipo de subsidios, y 2) la reducción drástica del presupuesto de defensa como vía para equilibrar las cifras del déficit estatal.[59]

No es casual que estas medidas se aplicaran cuando estaba entrando en vigencia

el denominado “Consenso de Washington”, una serie de recomendaciones que apuntaban en el sentido de disminuir al máximo el papel del Estado en la economía, lo que implicaba una liberalización generalizada, la desregulación de los mercados y la puesta en marcha de un proceso de privatizaciones. Surgidas en buena medida en un escenario dominado por el problema de la deuda externa de los países emergentes, estas recomendaciones fueron puestas en práctica por una cantidad significativa de gobiernos latinoamericanos y de Europa del este.

Las consecuencias de la liberalización fueron catastróficas en el corto plazo: se produjo un incremento rápido de la oferta de bienes en los comercios pero a precios inaccesibles para el ciudadano común. La inflación en enero de 1992 fue, de acuerdo con las cifras oficiales –fuertemente cuestionadas–, del 350%, y continuó a niveles elevados a lo largo de todo el año.[60] En una situación de extrema monopolización de la oferta como era la de Rusia, la respuesta a la caída de la demanda no fue una disminución de los precios sino, por el contrario, una disminución de la producción acompañada de un alza de los precios. De esta manera el producto bruto industrial experimentó una caída del 20% en 1992, baja que duplicaba las cifras del año anterior.

Como sostienen los defensores de las medidas adoptadas, la situación era extremadamente crítica, pero tomando distancia de las polémicas generadas por la decisión de liberalizar, lo cierto es que: 1) fueron implementadas sin formar parte de un plan coherente de transición de una economía de base estatal a otra sustentada en la actividad privada, y 2) no fue previsto el impacto sobre la sociedad; si bien no hubo una protesta social masiva, la continuidad de la inflación, con el consiguiente deterioro de los ingresos de vastos sectores de la población –tanto ahorristas como perceptores de ingresos fijos– generó un profundo resentimiento, que se centró en la figura de Gaidar, nombrado primer ministro en junio.[61] Para citar un ejemplo relevante, un anticomunista tan famoso como el premio Nobel Alexander Solzhenitsin (1999) descalificó de manera rotunda la gestión de Gaidar:

Nunca se me ocurriría comparar a Gaidar con Lenin: es una cuestión de escala. Sin embargo, tienen algo en común: tanto el uno como el otro se han comportado como el fanático que, obnubilado por una idea fija, empuña sin la menor duda su escalpelo y se pone a cortar y recortar el cuerpo de Rusia.

Las estadísticas sobre el rumbo que siguieron los salarios reales en esa situación marcada por la inflación muestran que, hacia 1994, éstos habían descendido a un 40% respecto de su nivel en 1990 (Taibo, 2000).

Uno de los comentarios más atinados que se han formulado respecto de la adopción de decisiones tan radicales destaca que, frente a la defensa de las medidas implementadas por sus ejecutores –"fueron las únicas que se podían tomar ante la urgencia de la situación"–, hay que insistir en que quienes se encuentran frente al desafío de poner en práctica decisiones importantes en un tiempo corto tienden a dejarse guiar en sus análisis por la orientación ideológica antes que por una visión amplia de los caminos posibles (Brown, en Brown, 2001). En esta línea, habría que agregar que el fanatismo ultraliberal de los reformadores los llevó a asumir su tarea con una fe inquebrantable y a dejar de lado toda cautela; la idea de que el fin justifica los medios los llevó incluso a aceptar la corrupción como mal menor,[62] sin hacer referencia aquí a la olímpica despreocupación que mostraron respecto del sufrimiento de la mayor parte de la población.

En cuanto a las concretas restricciones presupuestarias realizadas, el recorte de los gastos militares no derivó, como supusieron quienes lo implementaron, en un trasvase de recursos hacia los otros sectores de la economía; los ejecutores de las reformas carecían del conocimiento de las características de la economía soviética.

En efecto, el modelo soviético se conformó históricamente como una economía de guerra, lo que implicaba que una reconversión inmediata hacia la producción de bienes de consumo era imposible.[63] Por lo tanto, el resultado fue una caída enorme de la producción de las industrias bélicas sin que, como contrapartida, se produjera un crecimiento importante de los otros sectores de la economía.

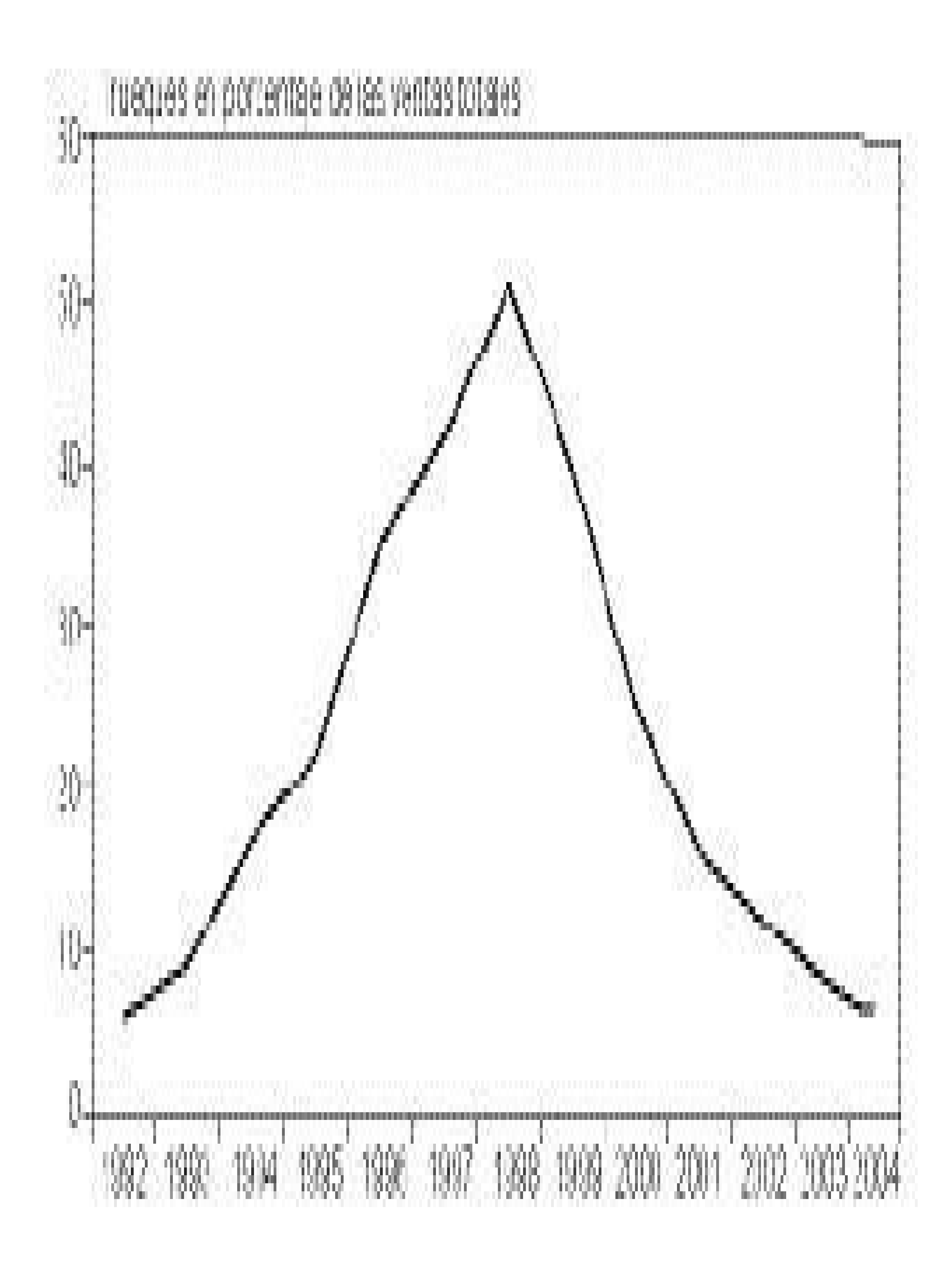
Una de las primeras y más graves consecuencias para la población fue la escasez de moneda, afectada por la rápida subida de los precios; las fábricas estatales de moneda no estaban preparadas para esta realidad inflacionaria, y a los dos meses de implementada la liberalización decenas de millones de personas dejaron de cobrar sus sueldos, situación que se repitió en varias ocasiones de ahí en adelante. Algunas empresas comenzaron a pagar los salarios en especie (alimentos, madera, vodka, etc.); un decreto especial permitió la libertad

ilimitada de comercio, gracias a la cual los ciudadanos podrían vender lo que quisieran. El centro de las principales ciudades de Rusia se convirtió en un mercado público donde se comercializaban una cantidad casi infinita de bienes; el trueque adquirió enormes dimensiones en todos los ámbitos de la economía y esta práctica se extendió a lo largo de casi toda la década y sólo se redujo sensiblemente a partir de 1998 (gráfico 1).[64]

En ese escenario, el sector agrario se hundió: carente de todo apoyo crediticio, sin definir las cuestiones relativas a la propiedad,[65] la caída de la producción fue catastrófica y el éxodo de campesinos se convirtió en la principal salida individual frente al desastre. Para citar alguna cifra que ilustre sobre la caída de la producción, basta decir que la cosecha de cereales que en 1992-1993 había alcanzado un promedio de 103 millones de toneladas anuales, disminuyó a 73,7 millones de promedio en 1995-1997, y a 56 millones en 1998-2000. En 1998, la cosecha anual apenas llegó a 47,9 millones de toneladas, la peor desde principios de la década de 1950 (Wegren, en Wegren y Herspring, 2010). Luego de la debacle de 1998, algunas regiones recibieron alimentos hasta 2000 para prevenir hambrunas. Desde luego, esta crisis fue acompañada por un empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores rurales, cuyos sueldos apenas alcanzaban la tercera parte de lo que percibían los trabajadores industriales (Service, 2005).

Gráfico 1

Pagos en trueque en las rentas de las empresas industriales, 1992-2004


en porcentaje de las ventas totales
0
10
20
30
40
50
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000
2001
2002
2003
2004

Fuente: Anders Aslund (2007).

La caótica situación general fue el ámbito propicio para el surgimiento de operaciones que permitían el rápido enriquecimiento de quienes mostraban la suficiente audacia y carencia de escrúpulos. La "fuga de capitales", la especulación en la exportación de materias primas aprovechando los bajos precios existentes en el interior y la facilidad para sacar los productos del país se convirtieron en operaciones cotidianas.

Uno de los caminos para el enriquecimiento fácil lo constituía el hecho de que el precio oficial del petróleo era alrededor del 1% del precio mundial, y en el caso de otras materias primas no superaba el 10%. Ejecutivos de las empresas estatales compraban petróleo u otras materias primas –muchas veces con dinero obtenido a través de créditos "blandos", cuyas tasas de interés eran muy inferiores al ritmo de la inflación–; el paso siguiente era obtener permisos de exportación mediante sobornos, y luego los vendían en el exterior a precios internacionales.

Como puede apreciarse, no se trataba de talento comercial; lo fundamental era disponer de información, de contactos y de pagar los sobornos correspondientes.[66] Los niveles de corrupción se incrementaron en una situación en la cual los controles estatales prácticamente desaparecieron.[67] Éste, por supuesto, no fue un proceso que se inició en la década de 1990, pero el desbarajuste surgido tras el hundimiento de la Unión Soviética, el clima de deserción del Estado respecto de sus responsabilidades más elementales y la participación de instituciones tradicionales soviéticas en operaciones cada vez más irregulares contribuyeron a que la sensación generalizada fuera de un "sálvese quien pueda".[68] Los directivos de las fábricas, por ejemplo, en su mayoría se dedicaron a un saqueo más o menos desembozado de las empresas que estaban a su cargo.

A este panorama habría que agregar la participación de la violencia en todo el proceso, que se manifestó periódicamente en diferentes episodios, pero que tuvo un trasfondo caracterizado por la emergencia del crimen organizado por un lado,

y de la extensión del uso de la fuerza –o la amenaza de su uso– en la tramitación y concreción de determinados negocios, por otro.[69] El crecimiento de una economía “criminal”, cuyos orígenes algunos autores ubican en los últimos años del régimen soviético, fue una consecuencia más de la realidad de una transición caracterizada por un Estado débil, incapaz de controlar la situación.[70] Algunos de los representantes de las mafias instaladas en el país se infiltraron en los ámbitos empresariales supuestamente legales, introduciendo sus prácticas violentas. La idea de que Rusia era un país gobernado por las mafias se generalizó, hasta el punto que las encuestas mostraban a un porcentaje elevado de la sociedad compartiendo esta opinión; de la misma forma, en el exterior la imagen de las mafias rusas adquirió dimensiones inquietantes.

Además, los problemas del crimen en Rusia no afectaban sólo al país; eran internacionales. Los delincuentes rusos fueron los primeros que ampliaron sus actividades aprovechando la nueva realidad generada por el proceso de globalización. En la medida en que desde los primeros años de la década participaron en la formación de bancos, los utilizaron para mover el dinero y para financiar actividades delictivas en el exterior.

La realidad obliga a una distinción entre las actividades criminales de características “habituales” –extorsiones, asesinatos, secuestros–, de aquellas vinculadas con actividades financieras de alto nivel –presiones para obtener contratos, amenazas–, y finalmente, el tráfico de drogas, armas, mujeres. El tema, por supuesto, es que con frecuencia estas actividades se solapan –un homicidio como respuesta a una licitación perdida, como forma de intimidación a un grupo económico o como parte de operativos vinculados con negocios de estupefacientes–; en cualquier caso, el resultado fue que, por ejemplo, el número de homicidios en Rusia se duplicó entre 1991 y 1994, duplicando a su vez las cifras de Estados Unidos, un país no caracterizado precisamente por su bajo nivel de violencia.

La cuestión fundamental puede resumirse así: el accionar del crimen organizado tiene una enorme incidencia en la vida política y económica; la conocida y abundante presencia de mafiosos o sus testaferros en la economía legal constituye un rasgo negativo en la particular conformación del capitalismo ruso.

Frente a esta peligrosa realidad para quienes participan en los negocios, una de las consecuencias fue que muchos de los “nuevos” ricos montaron complejos sistemas de seguridad privada destinados a protegerse de chantajes y atentados,

introduciendo en el paisaje urbano la figura del guardaespaldas que, muchas veces haciendo ostentación de su armamento, circulaba protegiendo a sus empleadores.[71] Sólo la lenta recuperación del poder estatal, que se inició en el nuevo siglo, permitió mejorar la situación global de los organismos de seguridad, lo que junto a la puesta en vigencia de leyes más efectivas logró que el clima mejorara, por lo menos parcialmente. De cualquier forma, la violencia persiste en algunas regiones, en las que el poder efectivo se encuentra en grupos mafiosos más que en las autoridades. Además, como veremos en el apartado correspondiente, las actividades delictivas impulsadas presumiblemente desde los ámbitos estatales se mantuvieron como una ominosa advertencia para quienes no resultaban cómodos para el poder.

Los oligarcas.

Uno de los rasgos fundamentales del nuevo escenario fue que se produjo el rápido enriquecimiento de quienes van a constituir el grupo de los “oligarcas”. Con esa palabra –mucho más apropiado sería la expresión “plutócratas”, pero fue la utilizada por la sociedad y su uso se extendió al ámbito académico– se designa a un grupo reducido de personas que se enriquecieron de manera acelerada en los primeros años de la década, a través de operaciones como la exportación de petróleo, la importación de computadoras de Occidente y negocios similares, en los que las posibilidades las brindaron tanto la corrupción generalizada como la existencia de un abandono de sus funciones por parte del Estado. En un cierto sentido, “oligarquía” es equivalente a “elite”, pero se distingue de ésta porque no sólo designa a una “selecta” parte de la sociedad sino que también está asociada con el poder político; no es sólo una elite: es una elite “poderosa”.

Los nombres de los principales oligarcas son ampliamente conocidos, incluso en Occidente: el de mayor presencia política y mediática, Boris Berezovski, identificó a casi todos los más importantes al nombrar en octubre de 1996 a las personas que se reunieron desde principios de ese año con Yeltsin en el despacho presidencial: Mijaíl Jodorkovski, Alexander Smolenski, Mijaíl Fridman, Peter Aven, Vladimir Potanin y Vladimir Gusinski.[72] Exceptuando a Berezovski, que era propietario de Logovaz, la principal empresa de automóviles baratos, el resto eran banqueros, lo que constituye la prueba del dominio de las finanzas respecto de la industria en la primera década de la Rusia postsoviética o, más precisamente, de los enormes beneficios que generaba el sector, explotando las diferencias entre la economía interior, que funcionaba sobre la base del rublo, y las actividades vinculadas con el comercio exterior, denominadas en dólares.

En una obra importante dedicada al estudio de la “piratización” de Rusia, Marshall Goldman (2003) sostuvo que los oligarcas provinieron de tres ámbitos diferentes: 1) antiguos dirigentes de las empresas soviéticas; 2) miembros de la nomenklatura, y 3) personas que no ocuparon un papel prominente durante la época de la Unión Soviética. Si utilizamos esta clasificación para identificar la proveniencia de los magnates que hemos nombrado, nos encontramos con que dos de ellos (Aven y Potanin) pertenecían a familias de la nomenklatura, mientras que los cinco restantes, con la excepción de Berezovski que militó en el Konsomol, fueron gente situada en los márgenes del régimen.[73]

Si bien el comienzo de la carrera de varios de ellos se produjo con anterioridad a la subida al poder de Yeltsin, en el “gran salto adelante” que los condujo a un inaudito enriquecimiento siempre se encuentra un decreto presidencial o una decisión administrativa que los beneficiaba. Potanin especulando con las cuentas de la aduana, Gusinski manejando las del municipio de Moscú, Berezovski con la exportación e importación de coches y operando las cuentas de la empresa aérea estatal Aeroflot, y así se puede continuar con los ejemplos. El caso es que en 1997 la revista norteamericana Forbes incluyó por primera vez a un ruso, Berezovski, entre los cien hombres más ricos del planeta.[74]

La ostentosa manifestación de riqueza de que hacían gala los principales oligarcas –entre los que sin duda destacaba Berezovski– condujo a la difusión de un modo de vida que llegó a asombrar incluso al Occidente capitalista: por ejemplo, entre 1992 y 1996 se vendieron más vehículos Mercedes Benz de los modelos lujosos que en todo el resto de Europa. Este modo de vida era acompañado por una continua salida de capitales hacia el exterior; se ha calculado que todavía hacia 2000, por cada tres rublos invertidos en el país, dos marchaban hacia el exterior.

El juicio sobre el comportamiento de los oligarcas es variable. Para los defensores a ultranza de una economía de mercado ellos constituyen los protagonistas de la “acumulación primitiva de capital”, de acuerdo con la terminología marxista, y eso implica, poco más o menos, que todo está permitido, y en una coyuntura como la de Rusia en la década de 1990, esto implicaba la burla continua de la ley o el aprovechamiento de los vacíos legales que existían en un momento de cambios profundos. Uno de los analistas favorables al accionar de los oligarcas los define como innovadores y rápidos, dispuestos a hacer todo lo que hiciera falta para volverse ricos; lo único que tenían en común con el sistema soviético era su “desprecio por la ley” (Aslund, 2007).

Una definición mucho más ilustrativa de lo que significaban los oligarcas es la que precisamente dio uno de ellos (citado por Aslund, 2007):

Existen tres tipos de hombres de negocios en Rusia. Unos son simplemente asesinos. Otro grupo es el que roba directamente a sus conciudadanos. Y están los honestos hombres de negocios como nosotros, que sólo le robamos al Estado.

Con un tono en cierto modo admirativo, desde los ámbitos neoliberales se ha comparado a estos oligarcas con los primeros constructores del capitalismo en Estados Unidos, personajes como Cornelius Vanderbilt, John D. Rockefeller o Dale Carnegie, en su momento llamados los “barones ladrones”.

No obstante, y para que quede claro, la abrumadora mayoría de las operaciones por las cuales los principales oligarcas comenzaron a amasar su fortuna eran absolutamente imposibles de realizar en un país mínimamente organizado, con un Estado dispuesto a hacer cumplir las leyes o a sancionar instrumentos legales allí donde existiera un vacío. Sólo en una coyuntura como la de Rusia en la década de 1990, con una importante aportación de los corrompidos funcionarios estatales, fue posible un fenómeno con las características con las que se concretó. Por lo tanto, cualquier intento de defensa de su accionar argumentando que estaban sentando las bases de un sistema capitalista “normal” aparece como la proyección de los deseos de quienes aspiraban a transformar la economía rusa de acuerdo con un modelo preestablecido.

En este clima, el accionar de los oligarcas emergió a la luz con claridad en el proceso de privatizaciones en gran escala, que será revisado en el apartado correspondiente.

El capitalismo ruso.

Durante el período que culminó en octubre de 1993 con el bombardeo de la Casa Blanca, el edificio que albergaba al Parlamento (ver más adelante), Yeltsin aseguraba que una vez vencidas las “fuerzas oscuras” que bloqueaban la transformación de Rusia, el país se encaminaría por una senda de crecimiento guiado por el dominio de las fuerzas del mercado. Sin embargo, los años siguientes mostraron la continuidad de la crisis, acompañada de un deterioro significativo del nivel de vida de la mayor parte de la población. La estructura de la economía se modificó sensiblemente: si hasta las postrimerías del período soviético podía afirmarse que dos tercios de la economía lo constituía la producción de bienes materiales –manufacturas, alimentos, materias primas– y un tercio el comercio y los servicios, promediando la década de 1990 la relación se había invertido, adquiriendo además enormes proporciones la producción de petróleo y gas, cuya exportación suministró una cantidad de recursos que impidió que la crisis fuera aun más profunda (Gustafson, 1997).

Los economistas enrolados en posiciones liberales extremas tienden a defender las reformas introducidas por el equipo económico liderado por Gaidar, en la medida en que desde su perspectiva el accionar del Estado en la economía debe ser reducido al máximo; incluso objetan el hecho de que no fueron lo suficientemente drásticas, entre otras razones porque dentro del gobierno tendieron a dominar el escenario quienes defendían los intereses de los sectores industriales, liderados por el primer ministro Viktor Chernomirdin, para los cuales la apertura impulsada por los “jóvenes reformadores” resultaba negativa para sus intereses e intentaban limitar su alcance.[75] Esta situación se manifestó sobre todo en 1994, cuando el resultado de las elecciones parlamentarias de diciembre del año anterior llevó al desplazamiento de Gaidar del gabinete, fortaleciendo las posiciones de Chernomirdin. Se dio entonces por finalizado el período de “romanticismo de mercado”, y el gobierno mejoró los controles para limitar la evasión de capitales, restableció algunos subsidios e intentó frenar la caída de la producción. El incremento del gasto por parte del gobierno condujo a un incremento del déficit fiscal, y la situación del rublo, que se había estabilizado en relación con el dólar, entró en crisis. El “martes negro”, 11 de octubre de 1994, la moneda rusa perdió el 27% de su valor frente a la divisa estadounidense.

Como respuesta a la crisis cambiaria, el retorno de Chubais a posiciones

significativas dentro del gobierno impulsó la implementación de medidas fiscales que permitieron disminuir el déficit, y además se obtuvo un préstamo del fmi de 6.800 millones de dólares; la concesión del mismo fue acompañada de la recomendación de abrir el país a los capitales financieros extranjeros, situación que se efectivizó, como veremos, luego de la reelección de Yeltsin. El mantenimiento de un tipo de cambio relativamente fijo –podía fluctuar pero dentro de una banda preestablecida– dio a partir de ese momento una sensación de seguridad que ocultaba las graves deficiencias de las finanzas rusas. Asimismo, los reformadores liberales computaron como un logro importante la disminución de la inflación, que del 307% en 1994 y del 197% en 1995, pasó al 47% en 1996 y al 14% en 1997.[76] Como ocurrió a lo largo de la década, el costo social de todo el proceso casi no fue tenido en cuenta; el presidente se limitó a declaraciones en las que afirmaba que el Estado iba a continuar asumiendo su responsabilidad respecto de los sectores desprotegidos de la sociedad.

Para los críticos de todo el proceso, con independencia de la discusión de medidas puntuales, el resultado de lo ocurrido a lo largo de la década de 1990 fue la consolidación de un régimen capitalista caracterizado por el hecho de que el éxito en los negocios dependía de las relaciones entre los empresarios privados mejor situados y el gobierno, y tuvo sus principales manifestaciones en licitaciones arregladas, distribución de permisos legales, exenciones impositivas, etc. La expresión utilizada para definir esta forma de organización económica es crony capitalism ("capitalismo de compinches" o "de amigos"), definido justamente como un sistema en el cual el éxito en los negocios depende fundamentalmente de los estrechos vínculos entre los empresarios y los funcionarios gubernamentales.[77]

Como bien han afirmado algunos observadores, en la Rusia de fines del siglo xx casi las tres cuartas partes de los bienes y servicios consumidos en el país eran generados por el sector privado, y había empresarios que estaban al frente de quienes los producían y suministraban, pero eran dependientes de quienes ejercían la función pública. "La propiedad privada queda, así, inserta en una especie de derecho informal de vasallaje que conecta al propietario con el burócrata en los distintos niveles de la jerarquía" (Poch-de-Feliú, 2003).[78] Esta realidad era posible gracias a una corrupción absolutamente extendida y conocida incluso por quienes tenían como función investigarla, perseguir y castigar a los responsables.[79]

También se ha destacado que fuera de estos ámbitos de riqueza desmesurada y corrupción se fue conformando trabajosamente una burguesía nacional, propietaria de pequeñas y medianas empresas dedicadas a la producción de bienes de consumo destinados al mercado interno. Aplastada por la arbitrariedad estatal y obligada en muchos casos a negociar con la burocracia, para sus defensores marca la existencia de "otra Rusia", surgida a pesar de todas las dificultades y en condiciones de crecer rápidamente en caso de modificarse las condiciones generales.[80]

En este nuevo escenario económico, el proceso de privatizaciones tuvo una importancia fundamental.

Las privatizaciones.

El proyecto de los reformadores, como se ha afirmado, apuntaba al establecimiento rápido de una economía de mercado, lo que implicaba el desmontaje del gigantesco aparato productivo estatal y la creación de una clase de propietarios. Para ello era fundamental la implementación de un programa de privatizaciones que transfiriera a los particulares la gran cantidad de empresas –las grandes y las pequeñas, tanto industriales como de servicios– que estaban en manos del Estado.

Este proceso se había iniciado de manera desordenada durante el período de la perestroika, aprovechando las indecisiones del gobierno respecto de las dimensiones que debía tener la actividad privada. Las denominadas "privatizaciones espontáneas" afectaron aproximadamente al 2-3% de las empresas, las que de manera totalmente ilegal pasaron a manos de un grupo de directivos que usufructuaron los vacíos normativos existentes; algunos autores han calificado con sólidos argumentos a estas operaciones de "robo"; lo concreto es que un decreto de abril de 1989 les permitía arrendar las empresas, las que pasaron progresivamente a su propiedad.

Una vez producida la desintegración de la Unión Soviética, el equipo liderado por Gaidar, decidido a aplicar hasta las últimas consecuencias la idea de la "revolución capitalista" en Rusia, puso en marcha un programa de privatizaciones a partir de la aprobación el 3 de julio de 1992 de la ley denominada "sobre la privatización de empresas estatales y municipales en la República Rusa". El principal ejecutor de esta tarea fue Anatoli Chubais, quien a partir de este momento va a transformarse en la figura más importante de todo el proceso.[81]

En un discurso con motivo del primer aniversario del golpe de agosto de 1991, Yeltsin pronunció una frase que en su momento tuvo gran impacto: "En Rusia necesitamos millones de propietarios, no un número pequeño de millonarios".

El mecanismo utilizado inicialmente fue el denominado "cheque privatizador" (voucher), de 10.000 rublos (alrededor de 100 dólares de la época) que se entregó a aproximadamente 150 millones de ciudadanos rusos –todos los hombres, las mujeres y los niños–, y que les daba derecho a una cuota-parte de las empresas del Estado. El plan para esta "privatización popular" tomó como

punto de arranque la idea de que la capacidad productiva del país era propiedad del pueblo como un todo y, por lo tanto, cada ciudadano debía tener la misma oportunidad inicial de poseer una porción de ella. Cada empresa tenía un “valor base” que reflejaba el costo original de su construcción y puesta en funcionamiento. Si se sumaba el valor de todas las empresas se alcanzaba una estimación de la riqueza del país en términos monetarios; al dividir esta cantidad por la población se llegaba aproximadamente a la cifra de 10.000 rublos.

Quienes recibían el voucher podían participar directamente de la subasta de las empresas –programada por el gobierno–, adquiriendo acciones de las mismas; podían también depositarlo en alguno de los fondos especulativos que se crearon para recibirlos, o podían venderlos en el mercado creado a tal efecto (al no contar los portadores de vouchers con ninguna identificación, esto se facilitaba mucho).

El proceso de privatización por la vía de los vouchers, que se extendió hasta mediados de 1994, tuvo como resultado que pasaran a manos de particulares aproximadamente 116.000 empresas, que constituían alrededor del 50% del pbi. La evaluación de esta etapa es variable: mientras uno de los impulsores del sistema lo defiende, afirmando que permitió a millones de personas aprender el funcionamiento de una economía de mercado y marcó el fin de la actuación del Estado como protagonista monopólico de la actividad productiva al posibilitar que emergieran miles de nuevos propietarios (Kokh, 1998), los críticos argumentan que los valores de los cupones no siguieron en manera alguna el ritmo de la inflación, lo que llevó a muchos tenedores a venderlos a precios por debajo incluso de su valor original, y aun aquellos que los utilizaron para comprar acciones no tuvieron ganancia alguna, ya que muchas de las empresas no dieron beneficios en varios años (Medvedev, 2004). Desde esta perspectiva, se afirma que para millones de rusos “Chubais” y “voucher” se convirtieron en malas palabras.

Junto con este tipo de privatizaciones se llevó a cabo la venta de propiedades de carácter municipal. Bares, restaurantes, peluquerías, fueron objeto de subasta al mejor postor. Algunos negocios prosperaron, brindando servicios mucho más eficientes que durante la época soviética; muchos pagaron con la quiebra su falta de experiencia en el funcionamiento de una economía de mercado.

Sin embargo, la privatización de las principales empresas del país –las “joyas de la corona”– todavía no se había efectivizado. El mecanismo por el cual ese

proceso se concretó fue ideado por uno de los oligarcas, Vladimir Potanin, y sus consecuencias fueron de enorme significación para el proceso de concentración de la riqueza que se había iniciado unos años antes. El nombre con el que se lo designó fue el de “préstamos a cambio de acciones” y, sintéticamente, consistía en lo siguiente: ante las necesidades de efectivo por parte del gobierno, que debía pagar salarios y pensiones atrasadas, determinadas instituciones privadas prestarían el dinero necesario para que las obligaciones fueran cumplidas, recibiendo como garantía acciones correspondientes a empresas del Estado; si, como se preveía, el Estado no estaba en condiciones de devolver los préstamos a la fecha del vencimiento, las acciones pasarían a manos de quienes habían suministrado el dinero.[82]

El relato de este operativo fundamental para el estudio de la Rusia poscomunista proviene de varias fuentes, incluyendo el testimonio de alguno de los protagonistas, y tratará de ser resumido aquí, lo mismo que el juicio que ha merecido a los especialistas.

Para comprender la motivación última de este “abrazo de la riqueza y el poder”,[83] es preciso tener en cuenta el hecho de que para los funcionarios que rodeaban a Yeltsin la situación económica y política estaba dando como resultado un crecimiento importante del pcfr y de su líder, Gennadi Ziuganov. En particular, la maltrecha salud de Yeltsin, que casi no aparecía en público, y el desastre de la guerra de Chechenia (ver apartado correspondiente) no auguraban nada bueno para el gobierno. La posibilidad de un “retorno al pasado” –que los comunistas negaban pero que era percibido como un peligro real– forzaba a tomar decisiones importantes, y para hacerlas efectivas era imprescindible disponer de recursos. Ante las dimensiones del déficit presupuestario y las dificultades que implicaba recurrir de manera continua a la ayuda exterior, el plan propuesto por Potanin les permitía superar el ahogo presupuestario, pagando sueldos y pensiones atrasadas, y así tratar de sobreponerse al descrédito general en el que había caído la gestión de Yeltsin.

Además, y éste es otro argumento muy utilizado por quienes avalan todo el proceso privatizador, se trataba de arrebatar las empresas a los directivos “rojos”, que las manejaban de manera arbitraria y con frecuencia, de eso no había duda alguna, en beneficio propio.[84] En este análisis de carácter fundamentalmente ideológico, a pesar de la posible certeza del juicio, prima la concepción de que cualquier empresario privado va a ser más eficiente que un funcionario estatal a cargo de la empresa, y que el costo de la privatización va a ser siempre inferior

al beneficio que significará arrebatarle la empresa al Estado.

Luego de una presentación ante el gobierno, que dio lugar a un decreto del 31 de agosto de 1995 que ponía en marcha todo el operativo, se organizó la subasta de las acciones. Allí comenzaron las irregularidades de un plan que ya en su origen era irregular: 1) en poco tiempo, lo que iba a ser una subasta abierta al capital extranjero, dejó de serlo: los oligarcas rusos quedaron como únicos competidores, en condiciones de dictar su ley;[85] 2) se permitió que las empresas que iban a pujar por las propiedades fueran en algunos casos las encargadas de las subastas (el caso del banco Menatep, perteneciente a Jodorkovski, encargado de la subasta de la petrolera Yukos, es el más citado), y 3) en algunas subastas se realizó una selección arbitraria de quienes estaban en condiciones de cumplir con lo que ofrecían y quienes no lo estaban.

Pocos días después de la promulgación del decreto, se estableció, como consecuencia de la recomendación del consorcio de bancos, que las empresas a privatizar iban a ser cuarenta y tres. Como es lógico, se trataba de la crème de la crème (según la expresión de Kokh, 1998) de la economía rusa, en la medida en que se buscaba obtener la mayor cantidad de dinero por la operación. Posteriormente el número de empresas bajó a veintinueve –la presión de los directores "rojos" se hacía sentir– y un decreto presidencial quitó de la lista ocho empresas por razones de "seguridad nacional".

Finalmente, luego de varias negociaciones, el número de empresas que se propuso subastar fue de dieciséis, pero cuatro de ellas no se subastaron debido a la falta de interesados. Entonces, entre el 3 de noviembre y el 28 de diciembre de 1995 se efectivizó la subasta de una docena de empresas. Las más importantes eran Norilsk Niquel, la más grande empresa del mundo productora de níquel y paladio, un gigante que si bien presentaba dificultades financieras facturaba 3.300 millones de dólares al año; Yukos, Lukoil y Sibneft, Sidanko y Surgutneftegaz, importantes compañías petroleras, y Mechel y Novolipetsk, dos complejos siderúrgicos.

El 17 de noviembre Potanin, propietario del Uneximbank, obtuvo una participación del 38% de Norilsk Niquel pagando 100.000 dólares más que el precio establecido como base, 170 millones de dólares. A pesar de los argumentos del principal funcionario defensor del sistema "préstamos a cambio

de acciones”, la cifra pagada era bajísima, sobre todo teniendo en cuenta el potencial de la empresa, que en los años siguientes obtuvo miles de millones de dólares de beneficios.[86] La tramitación de toda la subasta fue oscura: se descalificó una oferta superior proveniente de otro banco ruso porque se argumentó que sus avales no se consideraban “fiables”.

Por su parte, la petrolera Yukos pasó a manos de una empresa de Jodorkovski, Laguna, filial del banco Menatep, encargado de la subasta. El precio pagado fue de 309 millones, pero también en esta ocasión la subasta presentó algunas dificultades, ya que hubo una oferta superior que no fue aceptada porque los interesados, un grupo de tres bancos propiedad de oligarcas competidores de Jodorkovski, no pudieron reunir el dinero en efectivo, y la oferta de pagar con bonos del Estado fue descartada por los funcionarios encargados de la privatización.[87]

A su vez, la petrolera Sibneft, que incluía la más moderna refinería de Rusia, pasó a manos de Berezovski con la ayuda de Román Abramovich, por 100 millones de dólares; al cabo de pocos años, el valor de mercado de la empresa superaba los 1.000 millones de dólares.

La revisión de este operativo fundamental ha dado lugar a variados análisis. El núcleo de la argumentación de quienes se constituyen como los defensores de este operativo reside en que, a pesar de aceptar algunas de las irregularidades, éstas fueron de menor significación que todo el proceso corrupto que se estaba produciendo como consecuencia de la no definición del gobierno respecto de las empresas estatales. Uno de ellos sostiene que las privatizaciones surgidas del proceso “préstamos a cambio de acciones” –fundamentalmente las tres que hemos comentado– “fueron realmente las privatizaciones más transparentes que se realizaron en Rusia, por lo que todos pudieron apreciar todos los detalles” (Aslund, 2007). De cualquier manera, queda claro que, para los reformistas como Chubais, los “fundamentalistas del mercado” que querían transformar Rusia transigieron en operaciones que iban directamente en contra de sus ideas.

Un conocido intelectual y político ruso militante en el movimiento democrático juzgaba así las privatizaciones:

Se ha hablado mucho, y aún se puede seguir hablando, sobre la falta de eficacia,

los excesivos privilegios y los abusos de poder de que hicieron uso los círculos superiores de la Unión Soviética. Sin embargo, en comparación con la nueva nomenklatura “democrática”, los integrantes de los círculos superiores de la Unión aparecen ahora como gestores muy diligentes y concienzudos… (Medvedev, 2004)

Para otros analistas, nada sospechosos de simpatías pro soviéticas, toda la operación fue “la liquidación del siglo” (Freeland, 2000), un negociado que contribuyó a la conformación de un capitalismo largamente apartado de las mínimas normas que rigen una economía de mercado, que contribuyó a consolidar en la cima del poder económico a un número reducido de personas que se beneficiaron de una situación en la que “todo valía” (Hoffman, 2003), y asimismo afirmó las bases del crony capitalism al que hemos hecho ya referencia.

Un juicio muy preciso sobre la evolución de Rusia hacia una economía de mercado es el que afirma que las reformas se habían quedado a mitad de camino:

La economía se había liberalizado lo suficiente como para permitir el enriquecimiento de los oligarcas, pero no tanto como para exponerlos a una efectiva competencia (de compañías extranjeras, por ejemplo). (Rutland, en Wegren y Herspring, 2010)

La reelección y después.

La posibilidad de que el desprestigio en el que estaba sumido el presidente Yeltsin como consecuencia de la severa crisis económica llevara a una derrota electoral y a un previsible triunfo del pcfr con Ziuganov a su frente, condujo a la movilización de los principales oligarcas para lograr la reelección de Yeltsin. De ahí surgió el llamado "Pacto de Davos", que facilitó un triunfo en los comicios que pocos meses antes era impensable (ver apartado siguiente).

Frente a la situación surgida como consecuencia del nuevo período presidencial que daba comienzo se planteaban dos alternativas en el campo económico, si bien con muy desiguales posibilidades de ser implementadas: para los reformistas, encabezados por Chubais, se pensaba en la posibilidad de profundizar en las reformas de orden liberal, para lo cual era prioridad la disminución del déficit fiscal y la conformación de una economía de mercado "normal", que abandonara los rasgos irregulares y corruptos que habían caracterizado al capitalismo ruso en los años anteriores.

Por su parte, fuera de los círculos gubernamentales se hicieron propuestas diferentes, que sin embargo tenían algunos rasgos comunes: 1) la recuperación del papel del Estado en la economía, sea reintroduciendo mecanismos de regulación que habían sido abandonados o haciéndose cargo de la gestión de empresas que conformaban monopolios; 2) la reconversión racional de la industria militar, aprovechando su desarrollo tecnológico; 3) una regulación del comercio exterior, para terminar con las importaciones masivas de productos agrícolas e industriales que afectaban la producción nacional, y 4) la revisión de los aspectos más controvertidos de las privatizaciones.

El retorno de Yeltsin a la actividad en los primeros meses de 1997, tras una delicada operación, fue acompañado de una decisión previsible: la de ceder el manejo de las cuestiones económicas a los reformistas; ya no se trataba solamente de Chubais y su grupo sino que incorporó al gobierno con el cargo de primer ministro asociado a quien en ese momento era considerado el político más prestigioso de Rusia, Boris Nemtsov, el joven gobernador de Nizhny Novgorod.

En el año y medio siguiente, previo al derrumbe de agosto de 1998, se desarrollaron varios procesos paralelos. Desde el gobierno se intentó profundizar

en las reformas pro mercado que habían caracterizado los dos primeros años del mandato de Yeltsin, pero además insistiendo en que había que terminar con el “capitalismo de los bandidos” reemplazándolo por un “capitalismo popular”. Ese proyecto, que implicaba operar contra los oligarcas que habían actuado para lograr la reelección del presidente, quedó sólo en intenciones, que naufragaron antes de ponerse en práctica.

El acontecimiento más espectacular de ese período fue en cambio la denominada “guerra de los banqueros”, un conflicto que enfrentó a quienes en los meses anteriores se habían mostrado unidos para sostener a Yeltsin. El eje del conflicto fue la privatización de la compañía Svyasinvest, que controlaba la telefonía fija en todo el país. La resolución de la licitación dio lugar a una serie de incriminaciones entre los principales magnates, que se acusaban entre sí y a funcionarios estatales de favorecer al grupo vencedor.[88] Los ecos del enfrentamiento contribuyeron tanto a desprestigiar aun más a los oligarcas frente a la sociedad como a hacer aparecer como corruptos a los reformistas que participaron del lado del gobierno, lo que fue decisivo para frenar todo intento de avanzar en los cambios. La economía de mercado “normal” a la que supuestamente aspiraban los liberales estaba muy lejos de serlo, distorsionada por todo tipo de irregularidades

El derrumbe de agosto de 1998.

A pesar de su elevado y creciente déficit presupuestario, o justamente como consecuencia de él, Rusia recibió un importante flujo de capital extranjero, destinado en su mayoría a aprovechar las altas tasas de interés que ofrecía el gobierno para disponer de recursos que financiaran el déficit estatal sin caer en la emisión descontrolada. Por supuesto, muchos rusos también colocaron sus ahorros en los denominados gko (obligaciones del Estado), que en algún momento permitían duplicar el dinero en seis meses, mientras el rublo mantenía su estabilidad en relación con las monedas fuertes. Para completar el proceso de internacionalización financiera, el gobierno emitió "eurobonos", denominados en moneda fuerte, que permitía a quienes los compraran la obtención de beneficios muy superiores a los del mercado internacional.

La particular situación generada por el déficit estatal financiado por gko y eurobonos comenzó a entrar en problemas serios cuando en 1997 se produjo una crisis financiera en el sudeste asiático, y su consecuencia principal fue que los inversores extranjeros comenzaran a llevarse el dinero de Rusia, temerosos del contagio.

A esta situación ya de por sí difícil se sumó el bajo precio internacional del petróleo –descendió el 40% en el primer semestre respecto del precio promedio del año anterior–, el principal elemento exportador de la economía rusa y una fuente importante de ingresos tributarios. Fue entonces cuando, ante los crecientes problemas, se incrementó diariamente la demanda de dólares, mostrando el error de las autoridades económicas de insistir en el mantenimiento de un esquema basado en el dólar fijo cuando todos los análisis mostraban que estaba sobrevaluado. Para los oligarcas y el sector privilegiado de la sociedad, esta situación les permitía comprar productos importados de lujo, y sobre todo podían obtener más dólares por sus rublos cuando decidían, como ocurría con frecuencia, sacar su dinero del país y colocarlo en cuentas bancarias del extranjero.

Ante la gravedad de la coyuntura, el fmi concedió un crédito de último momento, lo mismo que el grupo inversionista estadounidense Goldman Sachs, pero las características del capitalismo ruso condujeron a que se montara una operación especulativa que favoreció a algunos de los oligarcas, propietarios de bancos.[89] Algunos funcionarios informaron a los banqueros de la concreción

del préstamo, éstos usaron la información procediendo a vender los bonos del Estado que tenían en su poder y cambiando los rublos obtenidos por los dólares que acaba de recibir el gobierno.

Finalmente, durante la mañana del lunes 17 de agosto el gobierno declaró el default de su deuda interna, una moratoria de tres meses en el pago de la deuda externa privada –otro beneficio para los oligarcas– y la liberalización del tipo de cambio. Ese día, el rublo bajó 1,9% en relación con el dólar, pero al final de la semana, el viernes 21, la depreciación había alcanzado el 11%.[90]

Las consecuencias a corto plazo de estas medidas fueron explosivas: la abrumadora mayoría de los ciudadanos rusos se vio afectada por el default, fuera directa o indirectamente; el sistema bancario, de sorprendente expansión en poco tiempo, quedó al borde de la quiebra; el impacto sobre la actividad económica fue inmediato: el pbi cayó alrededor del 5% a moneda constante, y el impacto exterior también fue significativo, ya que muchas instituciones internacionales habían colocado su dinero en el mercado financiero ruso y perdieron decenas de millones de dólares. La fiebre de la especulación desapareció de Rusia, dejando un tendal enorme de afectados.

En el terreno económico el crac proporcionó muchas enseñanzas: si bien los precios de las materias primas se recuperaron al poco tiempo y las divisas provenientes de la exportación alcanzaron los valores de mediados de la década, en un sentido más profundo esto mostró hasta qué punto lo que se había intentado construir era frágil y la prosperidad que estaba empezando a experimentar una clase media incipiente carecía de sustento en la economía real. A su vez, la quiebra financiera afectó a muchos oligarcas que centraban sus operaciones en el sector bancario. Por su parte, tuvo consecuencias importantes en un sentido más profundo: terminó de consolidar en la opinión pública la visión que ya tenía respecto de la vía que se había seguido para acceder al capitalismo; palabras como “mercado” o “privatizaciones” adquirieron connotaciones negativas, y el control por parte del Estado, tan despreciado por los reformistas liberales, pasó a ser un reclamo generalizado.

Por su parte, en el campo político, la debacle de agosto de 1998 marcó el comienzo del hundimiento definitivo de la figura de Yeltsin; al anunciar públicamente un par de días antes del desastre que el rublo no sería devaluado, su ya menguado prestigio desapareció casi por completo y en adelante su accionar se concentró en la búsqueda de un sucesor confiable.

Como consecuencia final, las dimensiones del desbarajuste económico obligaron al gobierno a la adopción de una política estabilizadora destinada a equilibrar el presupuesto, actuando de manera simultánea sobre los recursos y los gastos estatales. En una apretada síntesis, las medidas fueron las siguientes:

1) Se practicó un ajuste fiscal de enormes proporciones, disminuyendo los gastos del Estado desde el 48% del pbi en 1997 al 34% en 2000. Gran cantidad de subsidios fueron eliminados y, desde la perspectiva del capitalismo, se crearon condiciones para el desarrollo de actividades privadas. Mucho más cuestionable fue el ahorro forzoso impulsado por la vía del congelamiento de las pensiones durante un semestre de altísima inflación; se calcula que el poder adquisitivo de los perceptores de esas pensiones disminuyó a la mitad.

2) Se llevó a cabo un radical redireccionamiento de los ingresos en beneficio del gobierno central: los ingresos estatales aumentaron del 11% del pbi en 1998 al 20% en 2002.

3) Se incrementó la presión fiscal sobre las grandes empresas, especialmente las de petróleo y gas, aplicando las leyes a quienes hasta ese momento habían disfrutado de tasas individuales negociadas.

Habría que agregar que la devaluación del rublo permitió por lo menos una parcial recuperación de los sectores económicos rusos que competían con las importaciones.

A pesar de la significación de las medidas adoptadas, destacada por los defensores de los reformistas situados al frente del gobierno, es innegable que un factor fundamental en la recuperación económica del país fue la subida del precio real del petróleo en el mercado internacional (cuadro 5). A partir de la devaluación, los impuestos al comercio exterior, establecidos en moneda extranjera, crecieron de manera significativa; además, el gobierno introdujo elevadas retenciones a las exportaciones de recursos naturales. Una parte importante de las ganancias provenientes de la coyuntura internacional favorable quedó entonces en manos del Estado.

Cuadro 5

Precios promedio del petróleo (en us$ por barril –Brent–

en dólares de 2005)

Año	Precio
1995	22,03
1996	25,94
1997	23,51
1998	15,71
1999	21,41
2000	32,88
2001	27,34
2002	27,36
2003	30,62
2004	39,57
2005	54,51
2006	65,14
2007	72,39
2008	97,26
2009	61,67
2010	79,50

Fuente: Statistical Review of World Energy (www.bp.com/sectioncopy.do).

Pero, además, la nueva realidad produjo un cambio importante en aquellos integrantes de la oligarquía involucrados en la producción de petróleo y gas: las posibilidades de obtener enormes beneficios llevaron a que optaran por invertir en la exploración y en la producción en lugar de especular en el mercado financiero (o de llevarse el dinero del país).

La evolución de la producción petrolera puede apreciarse en el cuadro 6, que muestra la rápida respuesta de la producción frente al incremento del precio internacional del "oro negro".

Cuadro 6

Producción petrolera de Rusia (1995-2010)

Año	Barriles (millones)	Toneladas (millones)
1995	6.288	310,8
1996	6.114	302,9
1997	6.227	307,4
1998	6.169	304,3
1999	6.178	304,8
2000	6.536	323,3
2001	7.056	348,0
2002	7.698	379,6
2003	8.544	421,4
2004	9.287	458,8
2005	9.551	470,0
2006	9.769	480,5
2007	9.870	487,4
2008	9.780	482,9
2009	9.925	490,1
2010	10.145	500,9

Fuente: Statistical Review of World Energy (www.bp.com/sectioncopy.do).

Con el impulso generado por la demanda exterior y el desarrollo de la industria protegido por el rublo barato, el pbi de Rusia inició su recuperación, la que se manifestó con fuerza a partir del año en que Putin fue designado sucesor por el mismo presidente Yeltsin.

De cualquier manera, cuando se produjo el cambio de siglo, Rusia se enfrentaba al peligro de desarrollar un capitalismo “comprador” en el cual una elite reducida con vínculos externos explotaba las fuentes de materia prima en su beneficio en lugar de impulsar un crecimiento industrial basado en la expansión del mercado interno.

La evolución política

El ascenso de Yeltsin al centro del escenario político ruso fue acompañado de la conformación de una nueva elite, que había empezado a perfilarse a partir de marzo de 1990.

Para analizar este tema es preciso clarificar algunos conceptos: se entiende por "reproducción de elite" la continuidad de individuos que ocupan posiciones similares en el antiguo régimen y en el nuevo. En cambio, si utilizamos el concepto de "circulación de elites" podemos hablar de: 1) una circulación sustitutiva, en la cual los integrantes de una posición de elite son reemplazados por otros posicionados dentro de la misma clase o grupo de estatus, o de 2) de una circulación estructural, en la cual un nuevo liderazgo implica el desplazamiento de la elite que estaba en el poder.[91]

Grupos provenientes de cuatro vertientes diferentes fueron los que inicialmente constituyeron los principales apoyos políticos de Yeltsin: 1) personas vinculadas con él desde sus tiempos de secretario del partido en Sverdlosk; 2) un segundo nivel de la burocracia, profundamente disconforme con la gestión de Gorbachov; 3) una naciente clase política rusa que aspiraba a ascender, proveniente de sectores profesionales e intelectuales, y 4) el movimiento democrático, que venía actuando desde la época de Gorbachov. Este último, cuya expresión más relevante era el partido Rusia Democrática, había tenido una presencia destacada en las calles durante los sucesos de agosto, pero a lo largo de los meses siguientes fue perdiendo peso, en tanto Yeltsin comenzó a prestar atención a grupos que no tenían presencia pública visible.

Rusia Democrática era la expresión política más conocida de un amplio movimiento que se oponía al monopolio del poder político y económico por parte del pcus, sin que tuvieran una presencia preponderante las concepciones neoliberales. De hecho, los más fervorosos defensores del "mercado libre" provenían del ámbito de la nomenklatura. El movimiento se definía asimismo en

oposición al poder político de la nomenklatura y concebía la democracia como la convergencia tanto de una idea proveniente del sistema de valores occidentales como de las raíces de una vertiente del pensamiento ruso que defendía la aplicación de las "normas del pueblo" como orientación de gobierno y la instauración de una sociedad más justa y equitativa que el "corrupto sistema socialista" de las últimas décadas.

El círculo íntimo que rodeaba al líder se fue así conformando con gente que le había dado pruebas de su lealtad en el pasado pero también con apoyo de grupos de orientaciones políticas diferentes –liberales, demócratas, neoconservadores– y con representantes de la burocracia tradicional. La falta de unidad del gobierno no fue entonces necesariamente el resultado de la carencia de habilidad del presidente sino justamente del hecho de que el mismo Yeltsin fomentaba la competencia y potenciaba los enfrentamientos, para aparecer luego como el juez y el conciliador. De la misma forma actuó en los ámbitos políticos regionales. Se ha dicho con razón que Yeltsin introdujo en Rusia las prácticas provenientes de los círculos de la nomenklatura a los que él había pertenecido; pero había una diferencia fundamental: destruyó el principio de unidad que existía en el Partido Comunista reemplazándolo por el de estricta lealtad hacia su persona.

Ante la creación del nuevo Estado, uno de los primeros problemas a resolver era qué hacer con las decenas de miles de funcionarios pertenecientes a la estructura de la Unión Soviética; en este aspecto Yeltsin mostró una disposición favorable a la continuidad, y eso se manifestó aun con mayor fuerza a nivel regional, donde la democratización fue mucho más limitada.

Los análisis realizados respecto del "reciclaje" de la nomenklatura han conducido a debates significativos. Algunos especialistas consideran que la transición de la Unión Soviética a Rusia puede ser definida como "el triunfo de la nomenklatura", destacando la continuidad existente entre dirigentes del pcus y del gobierno de la Unión Soviética y quienes ocuparon posiciones de poder en la Federación Rusa. Sin embargo, estudios pormenorizados realizados sobre las elites dirigentes soviéticas y las rusas permiten puntualizar varias cuestiones:[92] 1) existía una profunda desunión en la nomenklatura, por lo que no puede hablarse de una elite homogénea y sí en cambio de una red de elites burocráticas, cada una de ellas con una relativa autonomía, que perseguía, dentro de ciertos límites, sus propios objetivos; 2) a lo largo de la transición, quienes conformaban

las elites políticas y sobre todo quienes estaban a cargo de las estructuras de poder ideológico, salvo excepciones significativas, fueron parcialmente desplazados de los cargos más relevantes, reemplazados por quienes ocupaban posiciones intermedias dentro de la estructura burocrática; por lo tanto, a partir de los conceptos que hemos utilizado se produjo una circulación "sustitutiva" de elites, y 3) algo similar es lo ocurrido en el ámbito económico: puede sostenerse que sectores de la dirigencia que ocuparon altos puestos en las grandes empresas industriales soviéticas lograron mantener su lugar durante la transición –incluso, como se ha comentado, accediendo muchos de ellos a través de diferentes métodos a la propiedad de las empresas que dirigían– o maniobraron para colocar gente que formaba parte de su entorno, por lo que nuevamente puede hablarse de una "circulación sustitutiva", mientras que eso no se produjo en el ámbito financiero, donde ocuparon posiciones de poder mayoritariamente integrantes de una nueva elite.[93]

Habría que agregar que, sobre todo a partir del bombardeo del Parlamento en octubre de 1993, importantes contingentes de la nomenklatura, opositores a la democracia, militantes del campo nacionalista-patriótico en los primeros momentos de la nueva realidad política –incluso diputados que estuvieron en la Casa Blanca resistiendo la presión del presidente–, se convirtieron con rapidez en apoyos de la gestión de Yeltsin.

Por su parte, entre los problemas originados por la disolución de la Unión Soviética, ocupaban sin duda un lugar importante las fuerzas armadas. De repente, cinco millones de hombres, a los que se sumaban cuatro millones más empleados en las industrias de defensa, se encontraron en una situación extremadamente extraña, ya que el Estado del que dependían había desaparecido. Luego de que fracasara apenas esbozado el proyecto de crear unas fuerzas armadas de la cei, dado que tempranamente varias de las nuevas repúblicas manifestaron el deseo de formar su propio ejército, Yeltsin optó por incorporar a Rusia el grueso de la Armada Soviética, que pasó a ser la Armada Rusa, de la que se designó a sí mismo comandante en jefe.

La nueva institución fue la encargada de proceder al lento pero progresivo retiro de tropas de las recién creadas repúblicas así como también de las estacionadas en Alemania, Polonia y los países bálticos. El hecho de que el 80% del ejército fuera ruso no impidió que en algunos casos hubiera oficiales que optaran por quedar a disposición de los gobiernos de Ucrania y Belarús.

La retirada de las tropas tuvo otras consecuencias negativas: generó una caída en el prestigio y la moral del ejército; la profesión militar dejó de tener atractivo para muchos oficiales, que optaron por buscar un empleo en el sector privado que estaba surgiendo. A su vez, hubo un aflojamiento de la disciplina, y algunos integrantes comenzaron a desarrollar actividades ilegales que incluían la venta de armas y equipamiento perteneciente al ejército.

La nueva doctrina militar quedó plasmada en un documento aprobado por el presidente en noviembre de 1993, en el que se sostenía, entre otras definiciones, que los intereses vitales de Rusia "de ninguna manera afectan la seguridad de otros Estados". En la versión modificada que se adoptó en 1997 se expresaba sin embargo la idea de que las antiguas repúblicas soviéticas formaban parte de una zona de seguridad rusa, y además se le otorgaba a la cei una dimensión militar, en la que Rusia actuaría como un "gendarme" en defensa del resto de los miembros.

A lo largo de los años de gobierno de Yeltsin, éste se encargó en forma directa de las relaciones con el poder militar, y si bien hubo tensiones, como en ocasión del ataque al Parlamento, la situación se mantuvo relativamente calma, aunque sin duda puede detectarse una creciente influencia en la presión ejercida para convertir la industria militar en el motor para el desarrollo del resto de la economía.

El militar más conocido por su intervención en los asuntos políticos fue Alexander Lebed, comandante de la 14ª División, con asiento en la autoproclamada República de Transnistria.[94] En agosto de 1992, Lebed hizo público un pronunciamiento en el que llamaba a "defender los intereses del Estado"; una manifestación de este tipo era impensable en la época soviética, pero el caos institucional existente en ese momento lo hizo posible, e incluso su autor no fue sancionado.

Finalmente, hay que citar que luego de los primeros años las fuerzas armadas iniciaron un proceso de profesionalización y modernización el que, sin embargo, por problemas presupuestarios –el gasto militar disminuyó– tuvo un ritmo por demás lento. La profesionalización dio lugar a una reducción de efectivos que no fue compensada por una mejora de los recursos tecnológicos; el mediocre comportamiento de las tropas en la primera guerra de Chechenia fue una prueba palpable de la insuficiencia de las reformas.

La estructura político-institucional de la naciente Federación Rusa se basó inicialmente en las reglas establecidas para la Unión Soviética en 1989. Al carecer el país de órganos legislativos propios, el 4 de marzo de 1990 se realizaron elecciones destinadas a designar representantes para el Congreso de Diputados del Pueblo de la Federación Rusa, compuesto por 1.068 miembros, que se reunía dos veces al año, y un Soviet Supremo formado por la cuarta parte del total, que se encargaba de la tarea legislativa cotidiana.[95]

Los análisis coinciden en afirmar que las reglas de juego permitían la realización de comicios razonablemente democráticos: si bien el pcus era el único partido legal, las deserciones constituían un hecho casi cotidiano, y además un amplio espectro de agrupaciones políticas realizaba actividades toleradas. Las condiciones facilitaban la elección de candidatos del partido oficial –de hecho aproximadamente el 80% de los electos eran afiliados– pero la disgregación que se estaba operando en el pcus era un dato muy importante, hasta el punto que la mayoría de sus integrantes en la sede parlamentaria se hizo fuerte en oposición al golpe de agosto de 1991. Al no existir casi partidos organizados, en general los candidatos –provenientes de diferentes sectores sociales y ocupacionales– se presentaban de manera individual.[96] Con una participación del 77%, los resultados de estas elecciones han sido objeto de diferentes evaluaciones. Una de las distribuciones más citadas es la que afirma que los sectores partidarios de reformas superaban el 50%, y el hecho de que eligieran a Yeltsin como presidente del Soviet Supremo prueba que las acusaciones que se hicieron con posterioridad para justificar la disolución del Parlamento no tenían excesivo asidero (Hough, 1997).[97] Un juicio muy ponderado afirma que por lo menos un sector, el que no fue elegido por la presión de la nomenklatura, constituía una amplia representación de la sociedad rusa, “mientras que el elitista entorno de Yeltsin tenía muy poco en común con la mayoría de los rusos” (Reddaway y Glinski, 2001).

El alineamiento político de los diputados que lo integraban ha sido objeto de variados análisis, en la medida en que no existen criterios unánimemente aceptados para delimitar las posiciones; de cualquier manera, puede afirmarse en principio que había una división entre una mitad de “demócratas” y otra de “conservadores”, aunque no se producía una votación en bloque en todas las cuestiones. Los “demócratas” provenían de diferentes vertientes, incluyendo a socialdemócratas, liberales, radicales y la citada agrupación Rusia Democrática,

una mezcla de antiguos disidentes con una prolongada militancia en la oposición al régimen con flamantes desertores del pcus; bajo la definición de “conservadores” aparecían comunistas todavía defensores del antiguo régimen, junto a nacionalistas rusos ideológicamente cercanos al fascismo.

Los enfrentamientos entre Yeltsin y el Parlamento.

La dinámica política de 1992 y del año siguiente hasta el momento del ataque al Parlamento puede ser resumida así: había una enorme confusión respecto del rumbo institucional y político a seguir. Por una parte, existía una indefinición en el núcleo mismo del sistema político –presidencialismo o parlamentarismo–, y por otra había surgido una gran cantidad de partidos políticos extremadamente débiles. La lucha política se centró en el enfrentamiento entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo. Progresivamente se fue instalando la idea de que Yeltsin y su entorno conformaban el núcleo del reformismo, mientras que el Parlamento era el ámbito en el que se atrincheraban quienes oponían resistencias al cambio. Sin embargo, la situación era mucho más compleja: se ha utilizado la expresión “democracia salvaje” para designar una realidad en la que no existía ninguna relación vinculante entre un político y su partido o la institución que supuestamente representaba.

Mientras tanto, la oposición a las reformas se manifestaba en la calle, encabezada por comunistas y nacionalistas. No eran manifestaciones multitudinarias pero se beneficiaban de una realidad en la que la inflación no cesaba y millones de trabajadores no cobraban sus sueldos durante meses; esta situación contribuía a que desde el entorno de Yeltsin se hablara de la posibilidad de una desestabilización política, y a que las encuestas mostraran un altísimo nivel de desconfianza de la sociedad respecto de los políticos.

El acto más desafiante realizado por los opositores fue cuando el 22 de junio de 1992 marcharon hacia la torre de televisión de Ostankino, el canal estatal que desde su programación liberal se caracterizaba por el ataque a todas las fuerzas antigubernamentales. Este tipo de acontecimientos llevó al gobierno a afirmar que se estaba frente al riesgo de un golpe de Estado.

Al aproximarse la fecha de finalización del tiempo otorgado por el Parlamento al presidente para el ejercicio de poderes extraordinarios, la negativa a prorrogarlos por un período adicional fue uno de los detonantes del conflicto que a partir de ese momento enfrentó al presidente y al Parlamento. Por supuesto, ninguno de los bandos se destacaba por su espíritu democrático: ambos mostraban continuamente lo inadecuado de sus ideas para avanzar en la modernización política del país y, esto es importante, las disputas se llevaron a cabo ante la pasividad de una abrumadora mayoría de la sociedad.

En diciembre de 1992, en una tumultuosa sesión, el vii Congreso de los Diputados destituyó a Gaidar; en su reemplazo fue designado Viktor Chernomirdin, el principal dirigente de la empresa Gazprom (ver el próximo capítulo) y un crítico de la orientación ultraliberal que se había aplicado durante la gestión de Gaidar. A partir de ese momento, Yeltsin realizó tres intentos anticonstitucionales de disolución de los organismos del Poder Legislativo. En marzo, el presidente interrumpió la programación habitual de la televisión estatal para comunicar que había firmado un decreto por el cual el país quedaba sujeto a un "régimen administrativo especial", cuya característica principal era la subordinación del Soviet Supremo y del Congreso de los Diputados del Pueblo a la autoridad del Poder Ejecutivo. Obviamente, el Tribunal Constitucional declaró que el decreto era ilegal; a su vez, el Soviet Supremo condenó la acción del presidente y convocó a una reunión del Congreso de los Diputados. En ella, luego de varias sesiones en las que la tensión fue subiendo, mientras en la calle se reunían partidarios de ambos grupos, los parlamentarios fracasaron en el intento de alcanzar los votos necesarios para destituir a Yeltsin –el 66% votó en su contra, pero hacía falta una mayoría del 75%–; sin embargo se aprobó una resolución, impulsada por el mismo Yeltsin, por la que para el mes siguiente se convocaba a un referéndum en el que se ponía en juego la figura del presidente, su gestión económica y la posibilidad de celebrar elecciones anticipadas.

Los preparativos del referéndum prácticamente se convirtieron en una campaña política. El vicepresidente Alexander Rutskoi, situado en la oposición a Yeltsin, dio a conocer los resultados de una investigación que mostraba los niveles de corrupción existentes en las altas esferas del gobierno.[98] La respuesta de los "demócratas" fue iniciar una agresiva campaña de desprestigio en contra del acusador, de manera que la sociedad apareció desconcertada ante la andanada de agravios lanzada por ambas partes.

De cualquier forma, la campaña fue estructurada desde el poder de manera que la oposición fue prácticamente expulsada de la televisión y sometida a una tremenda campaña de desprestigio. Además, por primera vez irrumpieron en Rusia los métodos electorales de estilo occidental, que incluían tanto la exaltación de la figura presidencial como el inusual despliegue de una cantidad de medidas de efecto inmediato –suba de salarios, congelamiento de alquileres, ascenso a numerosos militares, etc.–, que tuvieron un impacto significativo sobre la sociedad (aunque en su mayor parte luego no fueron cumplidas).

Por su parte, los principales líderes occidentales apostaron de manera decidida

por Yeltsin: el 15 de abril una sesión de emergencia del G-7 en Tokio concluyó con un llamamiento para que se lo apoyara política y económicamente; el primer ministro de Japón sostuvo que “le incumbía a la comunidad internacional enviar un mensaje claro en el sentido de reclamar que las reformas implementadas en Rusia sean irreversibles”. Las palabras fueron acompañadas de hechos: se aprobó un paquete de ayuda de 28.400 millones de dólares aportados por el G-7, el fmi y el berd.

El referéndum, a realizarse el 25 de abril, constaba de cuatro preguntas, que fueron formuladas así: 1) ¿Confía en el presidente Yeltsin?; 2) ¿Aprueba la política socioeconómica llevada a cabo por el presidente y por el gobierno en 1992?; 3) ¿Considera necesario llevar a cabo elecciones presidenciales anticipadas?, y 4) ¿Considera necesario llevar a cabo elecciones parlamentarias anticipadas?

El presidente, por supuesto, llamó a votar afirmativamente las dos primeras preguntas, y negativamente la tercera y la cuarta. Con una participación del 64% de la población inscripta para votar (69,2 millones sobre un total de 107,3 millones), la respuesta afirmativa obtuvo un 58,7% en la primera pregunta, un 53% en la segunda, un 31,7% en la tercera y un 43,1% en la cuarta.

El interrogante que se han formulado los analistas es por qué los rusos votaron mayoritariamente por Yeltsin luego de lo ocurrido a lo largo de 1992. Por supuesto que los gestos del presidente y las operaciones de la campaña tuvieron su incidencia, pero la razón fundamental no estuvo allí sino en el hecho de que al pueblo ruso se le daba a elegir entre una autoridad fuerte, algo profundamente arraigado en su conciencia –desde el zarismo al régimen soviético– y una serie de instituciones –la Constitución, el Parlamento, el Tribunal Constitucional– que le resultaban ajenas. Además, en la oposición no había ninguna figura con un carisma que pudiera competir con el de Yeltsin, que todavía estaba en situación de disponer de un cierto margen de confianza entre sus conciudadanos.[99]

El presidente y su equipo quedaron satisfechos con los resultados, y en los días siguientes iniciaron la tarea destinada a terminar con la oposición instalada en el Soviet Supremo. Para ello contaron a su favor con la seguridad de que el ejército no intervendría en el conflicto, si bien el apoyo a Yeltsin no era necesariamente mayoritario. Pero al mismo tiempo se fue difundiendo en círculos cada vez más amplios el rumor de que el presidente estaba muy enfermo y se conjeturaba sobre quién sería su sucesor, lo que contribuía a generar un clima de

inestabilidad.

Los parlamentarios, por su parte, no manifestaban excesiva voluntad de negociación, convencidos algunos de ellos de que una “pulseada” con el presidente les iba a resultar finalmente favorable.

En los meses siguientes, una serie de escándalos financieros salpicó a funcionarios del entorno de Yeltsin, hasta el punto de que el presidente tuvo que despedir a su ministro de seguridad, Viktor Barannikov.

El asalto al Parlamento.

A principios de septiembre de 1993, la situación política alcanzó cotas muy elevadas de tensión. Si bien no había unanimidad dentro de los grupos que rodeaban al presidente, estaba claro que compartían la idea de terminar con el Soviet Supremo y sancionar una nueva Constitución.

El primer paso en los acontecimientos que culminaron con el bombardeo de la Casa Blanca fue el decreto 1.400, leído por Yeltsin frente a las cámaras de televisión. El punto principal del decreto, que indicaba que cesaban las funciones del Soviet Supremo y las del Congreso Ruso de Diputados del Pueblo, entraba en contradicción con un artículo de la Constitución vigente, que establecía que si el presidente intentaba disolver un cuerpo representativo legalmente elegido, sus poderes cesarían inmediatamente. Por lo tanto, una resolución de los organismos del Poder Legislativo destituyó a Yeltsin y nombró a Rutskoi presidente de la Federación Rusa. Los diputados se dispusieron a resistir en la Casa Blanca, y el conflicto quedó instalado. Durante varios días hubo una impasse que hacía presumir un desenlace violento. Desde el gobierno se ordenó el corte del servicio telefónico de la Casa Blanca y miles de policías rodearon el edificio. La televisión se decantó masivamente a favor de Yeltsin, mientras que los periódicos mayoritariamente tendieron a apoyar a los diputados; también en el interior del país el alineamiento de las autoridades fue variado, dependiendo en muchos casos de circunstancias locales. En cambio, todos los líderes de las potencias occidentales se manifestaron en favor de Yeltsin, mostrando sólo un limitado conocimiento de lo que ocurría en Rusia. Sin embargo, la cuestión fundamental, se insiste, residía en el hecho de que los habitantes mostraban una evidente indiferencia a los llamamientos de cualquiera de los bandos; las manifestaciones en favor de cada uno de ellos sólo congregaban a unos pocos miles de personas.

A medida que transcurrían los días se acrecentaba la posibilidad de un desenlace violento y los intentos de negociación fracasaron. Pero para que la situación se definiera, hacía falta algo más. Y el pretexto apareció (o se facilitó) el 3 de octubre. Ese día, luego de un sospechoso retiro de las fuerzas de seguridad que rodeaban la Casa Blanca, una multitud de partidarios del Parlamento –se habla de quince mil personas– llegó a conectarse con los sitiados y, suponiendo que la victoria estaba cerca, marchó para ocupar la sede de la televisión. Una vez llegados allí se produjo un violento tiroteo con la policía que culminó con la

muerte de cuarenta y dos manifestantes, además de ciento catorce heridos. El resultado de la jornada, la masacre de civiles por parte de las fuerzas gubernamentales, fue sin embargo la justificación de la toma militar de la sede del Parlamento, ocurrida al día siguiente.

En efecto, desde la mañana del 4 de octubre a través de los medios de comunicación se comenzó a llamar a la defensa de la "democracia" frente a los parlamentarios "comunisto-fascistas", y luego de varias discusiones en el seno del gobierno se enviaron tanques hacia la Casa Blanca, que acompañaron a las unidades antiterroristas. El canal de televisión cnn empezó a transmitir al mundo los acontecimientos. Hacia las diez de la mañana comenzó el bombardeo, acompañado de un intenso tiroteo. Las operaciones se llevaron a cabo a lo largo del día y ocasionaron numerosas víctimas, incluso entre los miles de curiosos que se acercaron a observar el espectáculo. Entre los defensores del Parlamento se encontraban grupos inequívocamente fascistas que aparecieron en los medios de comunicación internacionales como los principales impulsores de la violencia.[100] La represión posterior incluyó el encarcelamiento de varios diputados y el cierre temporal de publicaciones opositoras.

Las investigaciones que se realizaron con posterioridad nunca llegaron a conclusiones firmes: por ejemplo, se afirma sin precisiones que murieron alrededor de veinte soldados del gobierno y de la policía mientras que el bando parlamentario perdió entre 150 y 200 hombres.

Es muy difícil negar que las responsabilidades se encuentran en ambos bandos: no caben dudas respecto de que la oposición a Yeltsin conformaba un heterogéneo conglomerado sin un proyecto definido más allá del rechazo a la gestión del presidente, y en el que también tenían cabida grupos extremos de imposible inserción democrática. No obstante, la responsabilidad mayor recae en el gobierno, que tenía un proyecto (y lo puso inmediatamente en práctica), que consistía en el reforzamiento de la autoridad presidencial a los efectos de continuar con las reformas que apuntaban en teoría a la conformación de una economía de mercado pero que en la práctica condujeron, como vimos, a una realidad en la que el resultado para muchos estuvo muy lejos del objetivo previsto. Para concretar ese proyecto, Yeltsin pisoteó la Constitución vigente, operó de manera muy poco democrática y utilizó la violencia de forma abusiva. En esa operación incluyó al ejército, que no sin reticencias se alineó con el Ejecutivo, en una decisión que sin embargo no tuvo consecuencias ulteriores.

Curiosamente, en los medios occidentales el accionar de Yeltsin fue en cierto modo justificado. La idea de que era imposible instaurar un régimen democrático y una economía capitalista contando con un Poder Legislativo proveniente del antiguo régimen, ya que se lo suponía dispuesto a resistir por todos los medios cualquier tipo de cambio, condujo a que, en última instancia, se considerara que el ataque fue la única posibilidad de poder avanzar en el proceso de construcción democrática.

La nueva Constitución y las elecciones de 1993.

El bombardeo de la Casa Blanca tuvo como consecuencia el comienzo de una transformación institucional fundamental. El decreto 1.400, además de abolir el Soviet Supremo y el Congreso de Diputados del Pueblo, hacía referencia a una nueva ley por la que se convocaba a elecciones de diputados para la Duma[101] del Estado. Por supuesto, la convocatoria era ilegal porque la Constitución anterior seguía vigente, pero en la Rusia de 1993 esos eran sólo “detalles” formales, y la oposición, entendiéndolo así, se preparó para los comicios, a celebrarse el 12 de diciembre. Al mismo tiempo, la población debía expresar en referéndum su aprobación al proyecto de nueva Constitución, elaborado por una Asamblea Constitucional,[102] que tendría entonces efecto retroactivo; para que la Constitución entrara en vigencia, hacía falta una participación del 50% del padrón electoral.

En la Constitución que se presentaba para su aprobación, un documento muy detallado que consta de 137 artículos, se definía el Estado ruso como “un Estado de derecho democrático federal, con una forma republicana de gobierno”.[103] El presidente era elegido por un período de cuatro años y sólo podía ejercer su mandato durante dos períodos consecutivos. Establecía las direcciones de la política interior y exterior, encabezaba el Consejo de Seguridad[104] y tenía la potestad de designar representantes plenipotenciarios en los diferentes ámbitos institucionales de la Federación. Si bien el pasado soviético era repudiado, se utilizaba el concepto de “Estado social” y se enumeraban numerosos derechos de carácter social, aunque diferentes especialistas han puntualizado que el efectivo cumplimiento de los mismos resultaba extremadamente difícil.

El Poder Legislativo estaba compuesto de dos cámaras: la cámara baja o Duma y la cámara alta o Consejo de la Federación. La Duma estaba integrada por 450 diputados, de los cuales la mitad era elegida de acuerdo con un sistema mayoritario por distritos, y el resto con arreglo a un sistema proporcional tomando al conjunto del país como un único distrito y estableciendo un piso del 5% para que un partido tuviera representantes en la cámara baja.[105] Entre sus cometidos estaba la aprobación de las leyes federales y de la designación del primer ministro propuesto por el presidente. En cuanto al Consejo de la Federación, tenía por objeto representar a las 89 divisiones institucionales y territoriales, y a cada una de ellas le correspondían dos diputados. El Consejo se ocupaba de todos los temas relacionados con la Federación como un todo: por

ejemplo, los problemas de fronteras, el empleo de las fuerzas armadas fuera de ellas y la declaración de la ley marcial dentro del territorio.

El federalismo ruso durante la época soviética estaba organizado de forma mixta, ya que por un lado se encontraban las repúblicas, que tenían su representación, y el resto del territorio, que dependía del gobierno central. Luego de algunos intentos, incluyendo la firma de un tratado de la Federación el 31 de marzo de 1992, la nueva Constitución estableció en su artículo 5º que las diferentes unidades político-administrativas –"repúblicas, krais, oblastis, ciudades de importancia federal, oblastis autónomos y okrugs"– eran todas componentes de la Federación Rusa, con su propia legislación, pero siempre preservando la integridad del Estado.

Como han afirmado prácticamente todos los especialistas, la nueva Carta, si bien liberal en sus concepciones generales al establecer, por ejemplo, que "el individuo, sus derechos y libertades constituyen el valor supremo", reforzaba de manera decisiva la autoridad del presidente, cabeza del Estado y garante del cumplimiento de la Constitución, quien estaba en condiciones de gobernar por decreto. La división de poderes era reivindicada en el texto pero anulada en la práctica por la existencia de una serie de prerrogativas presidenciales que incluían el derecho a disolver la Duma en ciertas circunstancias, la designación de todos los ministros –sólo el primer ministro necesitaba la aprobación del Parlamento–, el nombramiento de los jueces y la posibilidad de vetar las leyes. Por su parte, el procedimiento para la destitución del presidente era tan complicado que resultaba casi imposible de llevar a cabo.

Probablemente la crítica más certera y rotunda que se ha formulado a la Constitución de 1993 puede resumirse así: fue elaborada para satisfacer la voluntad de Yeltsin, basándose en los intereses de los grupos que lo rodeaban, que estaban en condiciones de dictar su ley como consecuencia de los eventos de septiembre y octubre. Las escasas restricciones que imponían los otros dos poderes al accionar del presidente dejaron un amplio campo para que el Ejecutivo interpretara lo escrito en la Constitución en su propio beneficio y la violara con total impunidad.

Como parte de la nueva realidad surgida tras el ataque al Parlamento, en las elecciones de diciembre irrumpió un elemento inédito: el control de las elecciones –abusos mediáticos, utilización sin límites de los recursos del Estado a favor del candidato oficial–, de forma tan ostensible que habría conducido a la anulación de los comicios en cualquier democracia occidental.

La campaña electoral de 1993 permite disponer de una "foto fija" de los diferentes grupos políticos que participaron en los comicios. Sus puntos salientes son los que siguen:

- El voto de los comunistas, más o menos nostálgicos del régimen que se hundió en 1991, fue capturado mayoritariamente por el pcfr, liderado por Gennadi Ziuganov. Este dirigente, de modesta actuación durante la época soviética, tuvo la habilidad de sintonizar con los numerosos sectores de la población para los cuales las transformaciones iniciadas con la perestroika no sólo supusieron un deterioro en su nivel de vida al desaparecer las prestaciones sociales que brindaba el régimen sino además implicaron que se vieran enfrentados a una realidad que les resultaba incomprensible y para la cual carecían de respuestas.

El perfil ideológico de Ziuganov[106] no está conformado por la reivindicación in toto del pasado soviético, sino que pone en primer plano la cuestión de la identidad nacional rusa, reivindicando la singularidad de la civilización rusa frente a Occidente, y haciendo referencia al "poder del pueblo" sin hacer uso de la expresión "democracia". Su idea de socialismo se aproxima a las concepciones cristianas, y en algunas ocasiones sostuvo que el stalinismo había sido una distorsión del "verdadero socialismo".

Su interpretación de la caída de la Unión Soviética, en manera alguna original, incluye una combinación de las profundas contradicciones internas y, sobre todo, enfatiza la prolongada lucha de Occidente en general y de Estados Unidos en particular por destruir a su enemigo en la Guerra Fría, para lo cual sobre todo a partir del gobierno de Reagan se desplegó una enorme cantidad de recursos. Durante los sucesos de septiembre y octubre de 1993, Ziuganov apoyó a los parlamentarios atrincherados en la Casa Blanca pero descartó de manera rotunda el uso de la fuerza por ambos bandos.

En sintonía con los comunistas se encontraba el Partido Agrario, encargado de representar los intereses de los sectores responsables de dirigir las granjas colectivas. Junto con el pcfr conformaba un polo de abierta oposición a la política de Yeltsin.

- En las posiciones que algunos analistas han denominado “centristas”, se encontraban agrupaciones cuyo discurso apuntaba a la defensa de colectivos específicos –los industriales, las mujeres– y mantenían una relación ambigua con el gobierno.

- Dentro de los partidos reformistas, se destacaba Opción de Rusia, cuya propuesta se orientaba hacia la profundización de las transformaciones destinadas a conformar una economía de mercado, por lo que constituía el principal partido gubernamental. Era el partido en el que militaban caracterizados protagonistas de los cambios que se habían iniciado en 1992, como Gaidar.

- En el mismo terreno reformista, aparecían agrupaciones más moderadas, entre las que destacaba Yabloko (“Manzana”), que tomaba distancia respecto de los reformistas más radicales por el énfasis que ponían en mitigar las consecuencias sociales de los cambios que se habían implementado. El economista Grigori Yablinsky era su principal dirigente.

- En la derecha del espectro político se encontraban los partidos de discurso nacionalista extremo, dentro de los que dominaba el Partido Liberal Democrático, fundado en marzo de 1990 y liderado por una de las figuras más conocidas de la escena política rusa, Vladimir Zhirinovski, dirigente judío partidario de una recuperación imperial de Rusia en un mundo dominado por Estados Unidos. En el orden interno, el discurso del Partido Liberal Democrático abogaba por un capitalismo de Estado y posturas populistas que le permitían obtener apoyos en sectores marginales de la sociedad y entre los trabajadores de la época soviética, afectados negativamente por la introducción de las relaciones capitalistas de producción y la desaparición de los beneficios que brindaba la economía estatalizada.

Las elecciones de diciembre tuvieron un resultado sorprendente para el gobierno: lo que se pensaba que iba a ser un triunfo relativamente cómodo para Opción por

Rusia, esto es, la legitimación del nuevo régimen surgido tras el bombardeo de la Casa Blanca, no se cumplió en manera alguna (cuadro 7). El partido del gobierno sólo obtuvo 64 escaños (15,5%),[107] y agrupaciones reformistas moderadas como Yabloko alcanzaron 27 diputados. Por su parte, los partidos que se oponían a Yeltsin obtuvieron resultados importantes –64 diputados el Partido Liberal Democrático de Zhirinovski, 79 diputados la suma del pcfr más el Partido Agrario–; no cabía duda de que desde el ámbito legislativo no se iban a avalar de manera automática las políticas gubernamentales. Sin embargo, dado el hecho de que la Constitución limitaba el poder de la Duma, este resultado no constituía un obstáculo decisivo para la gestión del Ejecutivo.

Cuadro 7

Elecciones a la Duma (diciembre de 1993)

Partido	Porcentaje	Nº de diputados
Partido Liberal Democrático	22,92	64
Opción por Rusia	15,51	64
PCFR	12,40	42
Mujeres de Rusia	8,13	23
Partido Agrario	7,99	37
Yabloko	7,86	27
Otros partidos e independientes	25,80	166

Fuente: Lilia Shevtsova (2007).

En cuanto a las elecciones al Consejo de la Federación, mostraron que de 178 miembros, 48 eran reformadores, 23 moderados y 58 eran representantes de la oposición, mientras que los demás podían ser considerados independientes.

El referéndum sobre la Constitución, que se realizó simultáneamente, dio lugar a controversias que nunca pudieron aclararse, las que se vinculan con el porcentaje de votantes. En un determinado momento de la jornada electoral se dejó de informar respecto del número de votantes y luego se dieron datos que debieron modificarse. Las cifras más fiables indican que hubo una participación del 54,8% de los votantes empadronados, de los cuales el 58,4% se pronunció afirmativamente; en pocas palabras, la nueva Constitución tuvo un apoyo del 30,7% del total del electorado (Sawka, 2008).

La nueva realidad política que emergió luego de las elecciones se caracterizó por una relativa convivencia pacífica entre el presidente y la Duma, que se relacionaba sin duda con el ya citado desplazamiento del gobierno de Gaidar y los reformistas.[108] Los problemas estaban en otro lado: la política de Yeltsin de estar rodeado de grupos enfrentados entre sí daba lugar a contradicciones que se manifestaban en la gestión gubernamental. En particular, se tornó muy fuerte la influencia de Alexander Korzhakov, un viejo camarada del presidente desde los días de Sverdlosk, que era el jefe de su escolta y uno de los impulsores de la acción agresiva en Chechenia. A su alrededor se conformó lo que se denominó el "partido de la guerra", cuya influencia llegó al extremo de conducir a Rusia a un enfrentamiento militar que fue uno de los mayores errores –y éstos fueron muchos– de la gestión de Yeltsin.

De cualquier forma, la falta de logros significativos por parte del gobierno colocaba a los opositores, especialmente al dirigente comunista Gennadi Ziuganov, en una posición favorable para suceder a un maltrecho Yelsin en las elecciones a celebrarse en 1996.

Fue en esos años cuando el conflicto con Chechenia derivó en un enfrentamiento armado.

Cáucaso norte (territorios pertenecientes a la Federación Rusa)

ADIGUEYA (república)

Capital: Maikop

Superficie: 7.600 km²

Población: 443.000

Idiomas: ruso, circasiano-adigués

Etnias: rusos (64,5%), adigueses (24,2%)

Religión: musulmanes suníes, ortodoxos rusos

CHECHENIA (república)

Capital: Grozny

Superficie: 15.700 km²

Población: 1.163.000

Idiomas: chechenio y ruso.

Etnias: chechenos (93,5%), rusos (3,7%)

Religión: musulmanes (mayoritarios), ortodoxos rusos

DAGUESTÁN (república)

Capital: Majachkala

Superficie: 50.300 km²

Población: 2.640.000

Idiomas: ruso y lenguas caucasianas

Etnias: ávaros (29,5%), darguinos (16,5%), kalmucos (14%), ledzguins (13%).

Religión: musulmanes suníes y sufíes (90%)

INGUSHETIA (república)

Capital: Magas

Superficie: 3.600 km²

Población: 490.000

Idiomas: ingush y ruso

Etnias: ingushes (77%), chechenos (20,5%)

Religión: musulmanes suníes

KABARDINO-BALKARIA (república)

Capital: Nalchik

Superficie: 12.500 km²

Población: 895.000

Idiomas: ruso, kabardino y karachai-balkario

Etnias: kabardinos (55,3%), rusos (25,1%), balkarios (11,6%)

Religión: musulmanes suníes

KARACHAYEVO-CHERKESIA (república)

Capital: Cherkesk

Superficie: 14.100 km²

Población: 435.00

Idiomas: abaza, kabardino-balkario, nogai, ruso

Etnias: karachais (38,5%), rusos (33,6%), cherkeses (11,3%), abajasios (7,4%)

Religión: musulmanes suníes, ortodoxos rusos

KRASNODAR (krai o provincia)

Capital: Krasnodar

Superficie: 76.000 km²

Población: 5.100.000

Idiomas: ruso, armenio

Etnias: rusos-cosacos (86%), armenios (5,4%)

Religión: ortodoxos rusos

OSETIA DEL NORTE-ALANIA (república)

Capital: Vladikavkaz

Superficie: 8.000 km²

Población: 700.000

Idiomas: osetio y ruso

Etnias: osetios (62,7%), rusos (23,2%)

Religión: ortodoxos, musulmanes suníes

STAVROPOL (krai)

Capital: Stavropol

Superficie: 66.500 km²

Población: 2.700.000

Idiomas: ruso y armenio

Etnias: rusos (81,5%), armenios (5,5%)

Religión: ortodoxos rusos

Mapa 2

Cáucaso norte


Krasnodar
Stavropol
Adigueya
Mar Caspio
Karachayevo - Cherkesia
Kabardino Balkaria
Osetia del Norte
Ingushetia
Chechenia
Mar Negro
Daguestán
Cáucaso Sur
Referencias
Musulmanes
Cristianos
0
100
200 km

La guerra de Chechenia

Chechenia es uno de los más pequeños países situados en la región del Cáucaso; hasta el derrumbe de la Unión Soviética su estatus institucional era el de una república autónoma –un escalón por debajo de las quince repúblicas socialistas reconocidas como tales–, denominada Chechenia-Ingushetia, que tenía una extensión de 19.300 kilómetros cuadrados y una población de 1.400.000 habitantes, en su mayoría musulmanes.

El origen de sus pobladores se encuentra al parecer en las tribus caucasianas que se instalaron en las montañas alrededor del siglo v de nuestra era. Se trataba de nómadas dedicados a la ganadería y organizados en clanes. Entre los siglos xiii y xv se produjo una penetración de la religión musulmana, que hacia el siglo xviii se había convertido en el credo mayoritario. Sin embargo, pronto comenzaron los intentos rusos de conquistar la región; luego de una encarnizada resistencia, el territorio pasó a manos de éstos en 1864. La ocupación rusa fue acompañada del éxodo de un significativo porcentaje de la población hacia el Oriente Próximo. La dominación del imperio zarista fue extremadamente dura, y subsistió en la población un espíritu de resistencia que se prolongó hasta los años de la Revolución.

Los acontecimientos de 1917 hicieron albergar esperanzas respecto de un cambio de la situación de los pueblos del Cáucaso en general y de los chechenos en particular, pero los avatares de la Revolución no tuvieron como consecuencia una verdadera satisfacción de las demandas nacionalistas: durante un lapso muy corto se creó una república soviética en la región pero a la finalización de la guerra civil el “rodillo” comunista neutralizó toda intentona independentista, llevando a cabo una fuerte represión de los cuadros locales. La Constitución stalinista de 1936 dio nacimiento a la ya citada república autónoma de Chechenia-Ingushetia, en un escenario en el que persistía el sentimiento nacionalista.

La llegada del ejército alemán al Cáucaso en 1942 –que sin embargo no alcanzó a ocupar Chechenia– dio lugar a una nueva situación: por una parte hubo

promesas (incumplidas) de los invasores de reconocimiento de la soberanía de los pueblos de la región; por otra, aunque no hubo pruebas ciertas de connivencia con los alemanes –incluso algunos miles de chechenos sirvieron en el Ejército Rojo–, la represión posterior de Stalin fue tremenda, resultado de que les atribuyó, respondiendo a la historia, colaboracionismo con los nazis: no sólo fue abolida la República de Chechenia-Ingushetia y repartido su territorio entre las repúblicas vecinas sino que buena parte de la población fue deportada a Kazajistán y a Kirguistán, reemplazada por rusos, ucranianos y habitantes de otras repúblicas. La deportación dejó una marca profunda en los chechenos y contribuyó a alentar su odio hacia los rusos.

Al compás del proceso de desestalinización puesto en marcha por Kruschov, la república recobró su estatus en 1957 –con una superficie ligeramente diferente de la que tenía con anterioridad– y una parte significativa de la población deportada retornó, instalándose ahora en su mayoría en las ciudades. De cualquier forma, los chechenos nunca perdieron su estigma de pueblo castigado y sufrieron diferentes situaciones de marginación.

Hasta la llegada de la perestroika, la evolución de Chechenia no fue demasiado diferente de la del resto de la Unión Soviética; por supuesto, la idea de Brezhnev de impulsar el surgimiento de un hombre soviético rebajando las diferentes identidades nacionales se manifestó, por ejemplo, en el campo de la lengua pero, al mismo tiempo, el surgimiento de instituciones propias, aunque luego vaciadas de contenido real, sirvió de base para la elaboración de un discurso nacional particular.

Mientras tanto, el desarrollo de la industria petrolera, que ya había comenzado su actividad antes de la revolución de 1917, se transformó en el eje de la economía; si bien en los últimos años la extracción ha disminuido, los complejos dedicados a la refinación de petróleo siguen siendo de gran importancia, recibiendo enormes cantidades provenientes de otras zonas de explotación. Como consecuencia, el territorio checheno está atravesado por gasoductos y oleoductos que alimentan buena parte de Rusia, lo que determina que constituya una zona de enorme importancia económica.

Durante los años en los que la Unión Soviética fue gobernada por Gorbachov, la situación en Chechenia-Ingushetia discurrió por caminos no demasiado diferentes respecto de lo que ocurría en el conjunto de la Unión. Al calor de la apertura generada por la perestroika surgieron diferentes agrupaciones políticas,

entre las que se incluían las que reclamaban mayores cotas de autonomía para la república, equiparándolas a las que disfrutaban las repúblicas vecinas del Cáucaso: Armenia, Azerbaiján y Georgia. El panorama se modificó radicalmente cuando a fines de 1990 surgió el Congreso Nacional del Pueblo Checheno, una formación política liderada por Dzhojar Dudayev, un general soviético –el primero de origen checheno– que había estado destinado en Afganistán. Las posturas del Congreso pusieron de relieve el sentimiento independentista existente en la república pero, en el marco de los enfrentamientos que precedieron a la disolución de la Unión Soviética, las discusiones apuntaban a la concesión de independencia a las quince repúblicas que la conformaban, dejando fuera toda posibilidad de que pudieran acceder a ella territorios que tenían un rango político inferior, como era el caso de Chechenia-Ingushetia.

Frente a los acontecimientos de fines de 1991, el Congreso Nacional llevó a cabo un verdadero golpe de Estado que destituyó a las autoridades y convocó a elecciones. Éstas, celebradas en octubre, dieron una abrumadora mayoría al partido de Dudayev, aunque las acusaciones de fraude y de “inflación” de la asistencia de votantes parecen tener fundamento.

Acto seguido, el Parlamento checheno proclamó de manera unilateral la independencia en noviembre de 1991, decisión que si bien fue respondida por un decreto de emergencia del presidente Yeltsin ordenando acciones para terminar con la secesión, no dio lugar a que en lo inmediato se dieran pasos importantes destinados a efectivizar el cumplimiento del decreto.

Durante más de tres años, Chechenia –en junio de 1992 se separó de Ingushetia– estuvo gobernada por Dudayev, quien desafió de manera sistemática a las autoridades de Moscú.

Mientras que para buena parte de la prensa internacional los chechenos aparecían como víctimas de un Estado opresivo, la realidad es que Dudayev ejerció una conducción autoritaria, en la que los componentes básicos eran: 1) una completa ineptitud del gobierno para afrontar los problemas de todo orden; 2) la creciente militarización de la sociedad y una presencia importante de redes mafiosas (con las que sin duda Dudayev negociaba), y 3) el vuelco inconsulto de los gobernantes hacia posiciones islámicas extremas (Taibo, 2005).

Dudayev no era un líder con ascendiente real sobre la población; en términos institucionales su gobierno se caracterizó por un choque permanente con el

Parlamento, hasta que en abril de 1993 lo disolvió. El bloqueo económico impuesto por Moscú, aunque nunca fue completo, contribuyó a agravar una situación ya de por sí difícil, pero sirvió para brindarles a los independentistas chechenos un argumento adicional para sus posturas.

A partir de 1993, el gobierno de Rusia fue endureciendo su posición, mientras las operaciones de los guerrilleros chechenos fueron haciéndose cada vez más audaces. Las razones que apuntalaron la invasión, que finalmente se efectivizó en diciembre de 1994, fueron varias: 1) a mediados de 1994, un operativo realizado por combatientes chechenos en una ciudad balnearia de Stavropol trajo como consecuencia el secuestro de ciudadanos rusos y el pedido de millones de dólares de rescate. Si bien la operación fue frustrada, la opinión pública rusa empezó entonces a exigir al gobierno medidas para la restauración del orden; 2) Chechenia comenzó a ser el refugio de grupos islámicos extranjeros, que implicaban el riesgo de extender el conflicto a otras repúblicas de la región y de conformar una nueva base para la jihad; 3) el importante oleoducto que iba desde Bakú, capital de Azerbaiján, hasta la ciudad rusa de Novorossik, junto al Mar Negro, pasaba por Chechenia. La mafia chechena robaba petróleo del oleoducto, problema que seguramente se iba a agravar en caso de que Chechenia lograra su independencia; 4) para Yeltsin y la dirigencia que lo rodeaba, una guerra exitosa en Chechenia podía servir para desviar a los ciudadanos de los serios problemas internos que vivía el país, con las elecciones parlamentarias de 1995 a la vista, y 5) algunos analistas destacan asimismo el temor que tenía Yeltsin de que el checheno Ruslan Jasbulatov, uno de sus antiguos aliados ahora enfrentado con él, se hiciera con el poder en su país y adquiriera prestigio en Moscú.

Antes de que se decidiera la invasión, los asesores de Yeltsin lo convencieron de que era posible crear un grupo opositor a Dudayev que, apoyado por los servicios de inteligencia rusos, ocupara Grozny, la capital, y estableciera un gobierno títere, que legitimara la introducción de tropas rusas en Chechenia. El intento fracasó de manera lastimosa y Yeltsin comenzó a tomar la cuestión chechena como un asunto personal entre él y Dudayev y, contra la opinión de los oficiales de inteligencia, que tenían claro lo mal preparadas que estaban las tropas, decidió la invasión.

El 11 de diciembre de 1994 el ejército ruso inició su ataque sobre territorio checheno; en un arranque de optimismo irracional, la campaña fue prevista para que concluyera en una semana, pero no ocurrió así. El asalto de Grozny se saldó

con miles de muertos y la ocupación de la ciudad de marzo de 1995 no significó el fin de los enfrentamientos: los guerrilleros chechenos se retiraron a las zonas montañosas, manteniendo capacidad como para operar en el resto del territorio.

Las imágenes de las atrocidades de la guerra fueron reproducidas con libertad por los medios de comunicación, fundamentalmente por parte de ntv, un canal independiente propiedad de Gusinski, a la vez que se mostraban los gruesos errores cometidos por los oficiales del ejército invasor, al mando de soldados inexpertos y mal adiestrados. La opinión pública rusa y la mayor parte de los grupos políticos se manifestaron en contra de la guerra y de quien había tomado la decisión de iniciarla; el único respaldo para el presidente Yeltsin provino de los grupos nacionalistas, opositores en general a su gestión, y de parte del entorno presidencial, el ya citado "partido de la guerra".

Algunas de las operaciones realizadas por los chechenos resultaron espectaculares pero también les enajenó la simpatía internacional. El 15 de junio un comando liderado por Shamail Basayev ocupó un hospital en la localidad de Budionnovsk (Stavropol) y tomó centenares de rehenes. Las acciones de las tropas especiales rusas culminaron en un sonoro fracaso, y mataron a varias decenas de rehenes; pero mientras tanto el primer ministro Chernomirdin –Yeltsin marchó hacia una reunión del G-7 y lo dejó a cargo de la situación– resolvió negociar con los ocupantes. La situación se resolvió con la salida hacia Chechenia del contingente de guerrilleros. Se salvaron gran cantidad de vidas inocentes, pero Chernomirdin fue acusado de traidor por parte de la opinión pública y de la clase política de Moscú. Las repercusiones fueron importantes: por primera vez en la Duma se organizó un voto de censura contra Yeltsin, que no prosperó, pero al día siguiente la mayoría votó en contra de la gestión de Chernomirdin. La situación afectó la salud de Yeltsin, que tuvo que ser hospitalizado por problemas de corazón.

En los meses siguientes, la audacia de los guerrilleros chechenos se incrementó. En octubre atentaron con éxito contra el general Anatoli Romanov, principal representante ruso en las negociaciones que se estaban realizando entre ambas partes. A principios de 1996 los guerrilleros nuevamente extendieron sus actividades fuera del territorio checheno, penetrando en la república de Daguestán y ocupando un hospital en la localidad de Kyzliar. El audaz golpe, en el que tomaron entre dos mil y tres mil rehenes, se saldó con noventa guerrilleros muertos y una masacre entre los rehenes; una vez más el ejército ruso dio muestras de su incompetencia, permitiendo que los chechenos escaparan del

cerco militar.

El gobierno de Yeltsin, por su parte, planeó la realización de elecciones en Chechenia simultáneamente con las parlamentarias generales, intentando retomar el control de la situación. Se designó como delegado del gobierno a Doku Zagayev, y éste firmó en nombre de la República un acuerdo con la Federación Rusa, que incluía cláusulas como la de que los chechenos tuvieran delegaciones diplomáticas en el extranjero.

Sin embargo, muchos pensaban que era imposible celebrar elecciones libres en una situación de guerra; para que la situación fuera aun más cuestionable, el gobierno ruso estableció que votaran los soldados rusos instalados en territorio checheno.

De acuerdo con la información oficial, las elecciones de diciembre contaron con una participación del 50,43%, y el partido del gobierno, Nuestra Casa es Rusia (ver apartado siguiente), supuestamente contó con aproximadamente el 93% de los votos. Por lo tanto, Zagayev pasó a ser el nuevo presidente, pero los enfrentamientos continuaron.

Como se ha comentado, a medida que se acercaban las elecciones presidenciales de 1996, Yeltsin mostró mayor interés por resolver la cuestión chechena. En abril Dudayev fue muerto por la acción de un misil ruso, y su sucesor, Zelimján Yandarbiev, llegó a un acuerdo con Moscú que implicaba, entre otras disposiciones, el retiro de las tropas rusas y la organización de un referéndum sobre el estatus futuro de Chechenia.

Sin embargo, no había demasiadas intenciones por parte del gobierno de cumplir lo que se había firmado. En julio, a los pocos días de triunfar en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, Yeltsin ordenó un nuevo ataque sobre territorio checheno –ignorado incluso por el principal negociador, el general Alexander Lebed–, que una vez más culminó en un sonoro fracaso.

A partir de ese momento la situación evolucionó hacia un entendimiento real, a partir del reconocimiento por parte del gobierno ruso de la imposibilidad de obtener la victoria. El resultado fue el acuerdo firmado el 31 de agosto de 1996 en la ciudad de Jasaviurt (Daguestán). El mismo estaba compuesto de cuatro compromisos: un alto el fuego duradero, la retirada de los soldados rusos, el desarme de la guerrilla y un proceso de cinco años para la definición del estatus

institucional de Chechenia. Asimismo, se dispuso la realización de nuevas elecciones presidenciales. Lebed, que había sido nombrado secretario del Consejo de Seguridad, fue el principal responsable del acuerdo alcanzado.

Los nuevos comicios, con la presencia de observadores internacionales, se celebraron en enero de 1997, y en ellos se impuso el jefe del estado mayor de Dudayev, Aslan Masjadov, un candidato de orientación independentista pero en versión moderada. En Moscú, la figura del negociador Lebed fue denostada, y muchos sostuvieron que Rusia se estaba “desintegrando”.

El Pacto de Davos y las elecciones de 1996

La situación económica y política a lo largo de 1995 era por demás desalentadora, ya que los modestos logros en materia de estabilización de la moneda y disminución de la inflación –esto último en gran medida a favor de una brutal contracción de los salarios reales– no modificaron significativamente el andar de la economía y, como lógica consecuencia, la figura del presidente Yeltsin –afectado además por los rumores poco tranquilizadores que circulaban acerca de su estado de salud– se había derrumbado en las encuestas. El año se cerraba con elecciones legislativas y a mediados de 1996 se realizarían los comicios presidenciales.

Evidentemente, las promesas de la transición estaban lejos de haberse cumplido: la estabilización de un sistema democrático y la conformación de una economía de mercado según los parámetros occidentales estaban presentando demasiados problemas, y la mayor parte de la sociedad había empeorado su situación personal respecto de la época soviética. El desconcierto a nivel político era mayúsculo; como afirmaba un testimonio: "Las personas no sabían cómo reaccionar, qué hacer, por quién votar" (citado por Shevtsova, 1999).

El problema para el gobierno era muy serio, y también lo era para todos aquellos sectores involucrados en las reformas, ya que las posibilidades de un triunfo comunista crecían día a día.

Yeltsin y el grupo que lo rodeaba comenzaron a elaborar una estrategia destinada a obtener un resultado favorable en las elecciones legislativas. Para ello, dada la heterogeneidad de los grupos que conformaban su entorno, se pensaba en la constitución de dos partidos, uno de centro-derecha, liderado por el primer ministro Chernomirdin, y otro de centro-izquierda, a cuyo frente iba a estar el portavoz de la Duma, Ivan Rybkin, que tendría como objetivo captar votos de quienes se oponían a la gestión de Yeltsin pero no estaban dispuestos a votar a los comunsitas.

El partido liderado por Chernomirdin pudo constituirse con el nombre de

Nuestra Casa es Rusia, buscando apoyos entre las autoridades provinciales y los niveles burocráticos intermedios, pero la idea de crear una oposición “amigable” orientada hacia la izquierda resultó un fracaso.

Los meses anteriores a las elecciones legislativas de diciembre estuvieron marcados por la incertidumbre: por una parte, la salud de Yeltsin empeoró significativamente, y el intento de Chernomirdin de ejercer efectivamente el poder reemplazando al presidente fue neutralizado por su entorno. Esta situación llevó a que algunos dirigentes presionaran para que se postergaran las elecciones, utilizando argucias legales. A su vez, la conflictiva situación de Chechenia también contribuía al deterioro gubernamental, y la visible decepción de la mayor parte de la sociedad respecto de la situación política abría un serio interrogante.

Los resultados de las elecciones produjeron una depuración de la realidad política: al establecerse que sólo tendrían representación en la Duma los partidos que obtuvieran más del 5% de votos, los que superaron ese porcentaje fueron solamente el pcfr, Nuestra Casa es Rusia, el Partido Liberal Democrático de Zhirinovski, y Yabloko. Como el sistema electoral establecía que la mitad de los escaños se cubría con las listas de los partidos en una elección con el conjunto del país como único distrito y la otra mitad a partir de representación individual en los diferentes distritos, algunos otros integrantes de partidos políticos de menor caudal electoral pudieron acceder al Parlamento.

Con un porcentaje de participación del 64,4%, los resultados fueron los siguientes:

Cuadro 8

Elecciones a la Duma (diciembre de 1995)

Partido	Porcentaje	Nº de diputados
PCFR	22,7	157
Partido Liberal Democrático	11,4	51
Nuestra Casa es Rusia	10,3	55
Yabloko	7,0	45
Opción Democrática	3,9	9
Mujeres de Rusia	4,7	3
Partido Agrario	3,8	20
Resto de los partidos	36,2	80

Fuente: Lilia Shevtsova (1999).

Después de las elecciones, Yeltsin se encontró en una muy difícil situación de cara a la lucha por la reelección. No sólo contaba con un Parlamento opositor –aunque podía contar con apoyos puntuales de partidos como el Liberal Democrático– sino que, y esto era mucho más importante, las dimensiones del triunfo de los comunistas confirmaron los peores presagios del gobierno (y de los oligarcas): el prestigio del presidente estaba por el suelo y no existía un candidato con mínimas posibilidades de derrotar al líder del pcfr, Gennadi Ziuganov. A su vez, Yeltsin carecía de un partido político desde el cual impulsar su candidatura; el distanciamiento respecto del primer ministro Chernomirdin era lo suficiente grave como para que le resultara inimaginable contar con el apoyo de los dirigentes de Nuestra Casa es Rusia. Sin embargo, en la celebración del año nuevo de 1996, el presidente apareció ante las cámaras después de dos meses en los cuales circularon variados rumores respecto de su salud, evidenciando buen humor y optimismo en un diálogo con un grupo de seguidores que se mostraron entusiasmados cuando les preguntó si debía presentarse como candidato. No obstante, todavía no estaba decidido.

Fue frente a una situación por demás difícil que se forjó el ya citado “pacto de Davos”, por el cual los principales oligarcas favorecidos por las privatizaciones decidieron en ese lugar de Suiza, donde todos los años se celebra un foro de enorme repercusión mundial, unir sus esfuerzos para lograr la reelección de Yeltsin. Era la contrapartida que demandaban quienes habían puesto en marcha el plan “préstamos a cambio de acciones”, la segunda parte del pacto político que se había sellado unos meses antes.[109]

Se trataba sin duda de un operativo de muy difícil concreción: la intención de voto hacia el presidente en ejercicio en diciembre de 1995 no era mayor del 3%. Para triunfar en las elecciones se necesitaba una mayoría absoluta de votos, lo que hacía casi inevitable una segunda vuelta.

Sin embargo, se contaba con dos elementos importantes: uno era el hecho de que Yeltsin, después de dudar mucho, presionado por gente de su entorno liderada por Korzhakov –que no creía en la victoria y quería postergar las elecciones por dos años–,[110] se mostró dispuesto a luchar por la reelección a pesar de sus

achaques, y además se propuso ejercer efectivamente el gobierno –y hacer lo que hiciera falta– en los meses que faltaban para los comicios; el otro era que los oligarcas no sólo disponían de dinero sino que tenían en su poder los medios de comunicación como para intentar influenciar seriamente sobre el electorado. Se estableció un comité de campaña del que formó parte la cada vez más influyente hija del presidente, Tatiana Diachenko.

En los meses siguientes los dos elementos favorables –el accionar del presidente y la manipulación de los medios– se desplegaron con fuerza: el 15 de febrero Yeltsin anunció públicamente que iba a participar en la contienda electoral e inició una serie de viajes por el país tomando contacto con la gente y realizando promesas de todo orden, la mayor parte de las cuales luego no fueron cumplidas. Su programa en esos momentos parecía de neto corte socialdemócrata, y en algunos de sus discursos hablaba de una "economía de mercado con orientación social".

A la vista de que la guerra de Chechenia constituía el tema principal del momento, llegó, como se ha indicado, a un acuerdo por el que se comprometía al retiro de las tropas rusas y a la realización de un referéndum. Las señales provenientes de Occidente dejaron claro que el apoyo político y económico a Rusia estaba dirigido a quienes estaban en ese momento en el poder. En cuanto a su entorno, pareció dejar de lado temporariamente sus enfrentamientos para abocarse a la tarea de luchar por la reelección.

La tarea de los medios fue un elemento fundamental en el desarrollo de la campaña. Tanto el canal ntv de Gusinski como ort, el canal estatal controlado por Berezovski,[111] desarrollaron una sistemática campaña que se centró, más que en la defensa de Yeltsin –a quien se hacía aparecer como un líder moderado, garantía de la estabilidad–, en el ataque a Ziuganov. De cualquier manera, el presidente obtuvo tres veces más tiempo de emisión que su rival en los programas de máxima audiencia.

El punto de partida de la campaña fue convencer a la sociedad de que el triunfo del candidato comunista iba a traer consigo el retorno del régimen soviético; de esta manera se presionaba sobre un amplio sector de la sociedad que no apoyaba en manera alguna la gestión de Yeltsin a definirse a favor o en contra de los cambios producidos a partir de 1991. Además, como consecuencia de esa estrategia, quedaba un espacio muy reducido para un tercer candidato, fuera éste el general Alexander Lebed, el negociador de Chechenia, que había entrado en

política con un discurso autoritario y nacionalista tras retirarse del ejército, como Grigori Yablinski, el más coherente de los dirigentes impulsores de una democracia liberal.[112]

Una de las manifestaciones más espectaculares de la campaña “sucia” que se llevó a cabo contra Ziuganov fue la publicación de un periódico con una tirada de diez millones de ejemplares, que se distribuyó por los buzones y lugares públicos de toda Rusia durante abril, mayo y junio, con un título que lo decía todo: Ne Dai Bog! (“¡Que Dios no lo permita!”), y en el que se hacía referencia a las privaciones vividas durante la época soviética. Nunca se supo de dónde provinieron la idea y el dinero para esta publicación.

El tono de la campaña fue también facilitado por el accionar de los comunistas: a mediados de marzo la Duma, con mayoría de izquierda y nacionalista, aprobó una resolución de condena del acuerdo de Bieloviezh, a partir del cual se llevó a cabo la liquidación de la Unión Soviética; con independencia de su significado político, y aunque la resolución no tenía valor alguno sin la firma del presidente, potenciaba los miedos respecto de lo que podía hacer Ziuganov y quienes lo rodeaban si los comunistas volvían al poder.

Para los rusos, estos comicios se llevaban a cabo en un ambiente muy distinto respecto, por ejemplo, de la elección presidencial de 1991. Si en esa ocasión hubo entusiasmo e incluso se polemizaba sobre los candidatos en discusiones callejeras, ahora lo que dominaba era el desánimo; incluso la campaña de Yeltsin, que planteaba la elección como una decisión fundamental para el futuro de Rusia, no alcanzaba a conmover al grueso del electorado.

Además, la situación económica era muy difícil: a pesar de las promesas de Yeltsin, en muchos lugares del país los salarios no se pagaban en fecha y los intentos del gobierno por moderar la inflación sólo agravaban la situación. Poco entusiasmo podía esperarse de la población en una situación así, y hasta cierto punto resultó sorprendente que muchas de las víctimas directas de las reformas votaran por Yeltsin.

Las potencias occidentales hicieron su contribución a la reelección: poco antes de las elecciones el fmi aprobó un programa de préstamos a tres años, por un total de 10.200 millones de dólares; como contrapartida, el gobierno ruso se comprometía a disminuir el déficit presupuestario al 4% del pbi, objetivo tan difícil de alcanzar que mostraba el significado político del préstamo.

El 16 de junio se realizó la primera vuelta de las elecciones presidenciales, con una participación del 69,8%, y el resultado puede apreciarse en el siguiente cuadro:

Cuadro 9

Elecciones presidenciales, 16 de junio de 1996

Candidato	Porcentaje de votos
Yeltsin	35,28
Ziuganov	32,03
Lebed	14,52
Yavlinski	7,34
Zhirinovski	5,70
Otros candidatos	2,15

Fuente: Lilia Shevtsova (1999).

Un análisis frío de los resultados lleva a concluir que si bien Yeltsin logró un avance notable respecto de sus bajos niveles de aceptación de principios de año, casi el 65% de los votantes lo hizo en su contra. Lo mismo puede decirse de la elección del dirigente comunista Ziuganov: cerca del 68% manifestó su oposición respecto de cualquier retorno a la época soviética.

Pasando por alto los comentarios, lo cierto es que ambos candidatos debían prepararse inmediatamente para una segunda vuelta, a realizarse menos de veinte días más tarde, y de cara a ese objetivo Yeltsin operó con habilidad: llegó a un acuerdo con el general Lebed, quien se incorporó a su equipo de gobierno con el cargo –mucho más simbólico que de un poder efectivo– de secretario del Consejo de Seguridad. A su vez, luego de un confuso episodio,[113] los principales integrantes de su entorno personal, gente muy impopular como el ministro de defensa Pavel Grachev y el responsable de su guardia personal Alexander Korzhakov, fueron separados de sus cargos. Como consecuencia de esta decisión, el grupo liderado por Gaidar quedó en una situación favorable para ejercer influencia sobre Yeltsin.

Sin embargo, apareció un problema: al presidente nuevamente le falló la salud y no estuvo en condiciones de hacer campaña, que se limitó a unas breves apariciones en televisión. Pero el empeño de Ziuganov, que realizó prácticamente una conferencia de prensa diaria, no bastó para atraer a la mayoría del electorado no comunista.

La segunda vuelta de las elecciones, realizada el 3 de julio, con una participación del 68,9%, otorgó la victoria a Yeltsin con un porcentaje del 54,4%, frente a un 40,7% de Ziuganov y el resto de votos en blanco.

El “milagro” se había producido: el presidente, hundido en las encuestas a principios de año, logró la reelección seis meses más tarde. La pregunta que se han hecho los analistas es por qué ganó Yeltsin. Las principales razones pueden ser las siguientes:

- Como se ha apuntado, los rusos votaron en mayor medida en contra de Ziuganov que a favor de Yeltsin ("por el menor de dos males"). Muchos ciudadanos comunes, a pesar de su profundo descontento respecto de la gestión del presidente en ejercicio, no estaban en disposición de cuestionar el régimen.

- El triunfo fue también resultado de una costosa, elaborada y con frecuencia "sucia" campaña electoral, en la cual los principales medios de comunicación –en manos de los oligarcas– actuaron de manera sistemática a favor de Yeltsin, apelando a cualquier método. Fue así como muchos votantes, sin experiencia en confrontaciones electorales, fueron víctimas de las formas más primitivas de manipulación.

- Justamente en razón del escaso desarrollo democrático del país, sobre todo fuera de los ámbitos urbanos, muchos votaron por quienes estaban en el poder porque no imaginaban posible (o en algunos casos incluso legal) votar en contra. Es curioso entonces destacar que un anticomunista como Yeltsin se vio beneficiado por hábitos y prácticas desarrollados durante la época soviética.

- Los errores de campaña de Ziuganov, incapaz de aprovechar su ventaja inicial, también contribuyeron al triunfo de Yeltsin. El líder comunista y su entorno mostraron una notable falta de comprensión respecto de cómo actuar en democracia para obtener el apoyo de los ciudadanos. Además, Ziuganov careció de un discurso coherente para oponer a la idea que Yeltsin y los medios instalaron que a partir de su triunfo retornaba lo peor de la época soviética.

Una de las consecuencias más importantes de la victoria de Yeltsin fue el crecimiento del poder efectivo de los oligarcas, que en razón de su incidencia en la campaña para asegurar la reelección del presidente se sintieron en condiciones no sólo de incrementar su poder económico sino también de aumentar su presencia política, aprovechando la debilidad creciente de quien se encontraba al frente del Ejecutivo.

Tras el sorprendente triunfo electoral, la salud de Yeltsin experimentó un serio deterioro: el presidente por primera vez declaró que debía someterse a una operación de corazón, a realizarse en noviembre. Por lo tanto, durante varios meses no hubo nadie al comando del país, y nadie sabía si Yeltsin iba a sobrevivir a la intervención quirúrgica. Chubais fue designado jefe de la

administración presidencial, y se suponía que la difícil situación económica iba a exigir la implementación de medidas de fondo. Sin embargo, hasta el retorno del presidente la situación no experimentó modificaciones de importancia. El año 1996 sólo había tenido un dato macroeconómico positivo: la fuerte caída de la inflación hasta llegar al 1-2% mensual, un valor inédito en la Rusia postsoviética. El pbi a valores constantes cayó alrededor de un 5% (cuadro 4), y tanto la producción agrícola como la industrial disminuyeron a un nivel aun mayor. Asimismo, las promesas electorales de Yeltsin no se concretaron en hechos; para un sector significativo de la sociedad la vida seguía siendo extremadamente dura: millones de trabajadores percibían sus salarios con meses de atraso y el trueque venía reemplazando al dinero en gran cantidad de operaciones.

En los dos años que transcurrieron hasta la crisis de agosto de 1998, el presidente se encontró ante una situación en la cual muchos pensaban que por razones de salud no iba a poder completar su mandato. Su intención era retirarse en las mejores condiciones posibles para su situación personal, para lo cual intentó desarrollar una política independiente, tomando distancia respecto de quienes parecían ir demasiado lejos en sus ambiciones. Así fue como removió a Boris Berezovski de su cargo en el Consejo de Seguridad, incluso tomando distancia respecto de la opinión de algunos miembros de su familia. Asimismo, como consecuencia de una situación en la que algunas personas cercanas al gabinete aparecían cobrando dinero por la publicación de un libro de un banco involucrado en las privatizaciones, se desprendió de la mayor parte de los funcionarios liberales, con la sola excepción de Chubais.

Finalmente, en marzo de 1998 destituyó al primer ministro Chernomirdin, quien detentaba ese cargo desde diciembre de 1992 y para algunos observadores aparecía como un sucesor potencial. En su reemplazo fue designado Sergei Kiriyenko, un joven de treinta y cinco años de escasa presencia pública. En esos momentos se estaba incubando la crisis, y si en el pensamiento de Yeltsin se hallaba la idea de utilizar al nuevo primer ministro para avanzar en una segunda etapa de reformas sin que aparecieran los personajes que se habían encargado de esa tarea en el pasado –Chubais, Gaidar–, se equivocó de medio a medio en la elección del momento. Más allá de la búsqueda de responsabilidades directas, la dimensión de los problemas mostraba hasta qué punto la política económica había sido errónea.

Ante la catástrofe de agosto, Yeltsin, que en los días anteriores al crac había afirmado repetidamente que el gobierno no iba a disponer una devaluación y que la situación estaba controlada, se llamó a silencio durante varios días mientras la prensa y los observadores políticos conjeturaban respecto de su renuncia. Finalmente, el 28 apareció en televisión en una corta entrevista anunciando que no tenía intenciones de renunciar. Y en este caso, no muy frecuente a lo largo de su vida pública, cumplió su palabra, pero…

Los últimos meses de Yeltsin

El período que transcurrió entre la crisis de agosto de 1998 y la renuncia de Yeltsin a fines de 1999 estuvo caracterizado por una situación en la que la debilidad del presidente permitió un incremento del poder de la Duma: desplazado Kiriyenko, el intento de restituir en su cargo de primer ministro a Chernomirdin en el medio de la crisis fue rechazado en dos ocasiones por el Parlamento. Ziuganov y los diputados del pcfr suponían que el descrédito en el que había caído Yeltsin y su entorno creaba las condiciones como para que pudieran finalmente llegar al gobierno. Esta sensación permitió que, nuevamente, desde el poder pudiera esgrimirse el fantasma del retorno del comunismo para presionar sobre una sociedad que, además de mayoritariamente empobrecida, estaba desencantada con la clase política en general y con el gobierno en particular, pero parecía a la vez que una parte significativa era muy sensible frente a un eventual retorno del pasado.

Pero había otras preocupaciones para Yeltsin: se trataba de maniobrar para colocar en su lugar a una persona que, por sobre todas las cosas, le permitiera retirarse sin tener que rendir cuentas a la Justicia de operaciones en las que parecían estar involucrados miembros de su familia.

Yeltsin y la política exterior de la Federación Rusa

Al finalizar 1991, Rusia perdió la mayor parte del territorio que el imperio zarista había conquistado desde principios del siglo xviii. Cuando Gorbachov anunció la desintegración de la Unión Soviética, el territorio europeo de Rusia no era mucho mayor que el de los moscovitas bajo el reinado de Iván el Terrible en el siglo xvi. Por supuesto, para los intereses de Rusia, el colapso de la Unión Soviética fue una derrota tremenda: perdió el control sobre los puertos cálidos de las repúblicas del Báltico, quedando como únicas salidas marítimas Kaliningrado, separado del territorio ruso por Lituania; San Petersburgo –que en realidad no es un puerto natural– y los puertos helados de Murmansk y Arcángel.

A lo largo de la historia muchos imperios cayeron pero ninguno dotado de armas nucleares, distribuidas además en varios de los Estados que surgieron luego de los sucesos de fines de 1991. Si una Unión Soviética fuerte estuvo en condiciones de desafiar a Estados Unidos durante décadas, una Rusia débil era un peligro por el daño que podía provocar y el que también estaban en condiciones de provocar sus vecinos dotados de armamento nuclear. De ahí que algunos analistas destacaran que en la década de 1990 Rusia actuó en el plano internacional, consciente o inconscientemente, ejerciendo una suerte de “tiranía del débil”, amenazando con una situación de anarquía militar y política si no recibía ayuda de Occidente.

Después de la desintegración de la Unión Soviética, Rusia emergió naturalmente como su heredera, dado que era el Estado más poderoso tanto en superficie como en población, en poder militar y en potencial económico.[114] En la política exterior, esta herencia se expresó de manera inequívoca al ser aceptada como miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y como el único de los Estados sucesores con estatus nuclear reconocido. Por lo tanto, en muchos aspectos no se estaba en presencia de una nueva realidad estatal. El ministerio ruso de asuntos exteriores, a cuyo frente en los primeros tiempos estaba Andrei Kozirev, se hizo cargo de los edificios y de la mayor parte del personal de su antecesor soviético; las embajadas y misiones comerciales empezaron a representar a la Federación Rusa, que en este aspecto aparecía

como la continuación de la política exterior soviética. A pesar de esto, no cabe duda de que se estaba frente a un nuevo Estado, que debía decidir cuáles eran sus objetivos en sus vínculos con el mundo exterior.

Frente a esta situación, marcada en parte por la continuidad respecto de la Unión Soviética, se alzaba otra realidad: debido a las circunstancias, Rusia no podía ser considerada una gran potencia, ya que su economía cayó en picada y la demanda de ayuda exterior fue continua. Pero, además, no existía en las altas esferas gubernamentales –con independencia de la búsqueda de integración económica a nivel internacional– un verdadero acuerdo respecto del papel que debía adoptar el país en sus relaciones con el mundo, por lo que con frecuencia se hizo notar la ausencia de una dirección política clara.

La clave se encontraba en la respuesta a una pregunta básica –¿cuáles son los intereses nacionales de Rusia?– y a otras que se derivan de la respuesta que se elabore: ¿de qué manera iban a defenderse esos intereses en el sistema internacional?, o ¿la política internacional rusa iba a desarrollarse en una nueva dirección o iba a continuar las tradiciones propias de una gran potencia provenientes de la época soviética o aun del pasado zarista?

Como punto de partida para revisar la política exterior durante los años de Yeltsin, es preciso destacar que inicialmente los nuevos dirigentes rusos pensaban que el país debía orientarse hacia Occidente. Con algún nivel de ingenuidad, suponían que si Rusia se había embarcado en un proceso de democratización y de introducción del capitalismo, sus intereses iban a coincidir con los de los países occidentales;[115] cuando les fue quedando claro que eso no ocurriría, comenzaron las tensiones y los dirigentes optaron por vincularse también con antiguos aliados de la Unión Soviética.

En el terreno del desarme, el gobierno de Yeltsin inicialmente pareció seguir los pasos de la política de acercamiento que había impulsado Gorbachov, cuyo resultado fue el fin de la Guerra Fría. Así fue como en enero de 1993 se firmó con Estados Unidos el denominado start ii, que disponía una importante reducción de los arsenales nucleares, de los misiles de largo alcance y de los submarinos nucleares. Tras algunas alternativas –para que el start ii entrara en vigencia, Belarús, Ucrania y Kazajistán, los países de la ex Unión Soviética que disponían de arsenales nucleares, debían cumplir con la reducción establecida en el start i–, el problema se presentó porque la Duma se negó a ratificar el tratado firmado por el presidente. Sin duda, esta decisión se debía a la actitud de un

Poder Legislativo mayoritariamente opuesto a la gestión del presidente Yeltsin, pero también estaba relacionada con otros dos temas: por una parte, con la disconformidad respecto de las concesiones realizadas por quienes negociaron el acuerdo; por otra, con la oposición a la política estadounidense de expandir la otan hacia el este –uno de los temas principales para los políticos rusos–, lo que era percibido como perjudicial para el país. Esta obstrucción practicada por la Duma congeló las relaciones con Estados Unidos durante los últimos años de la gestión de Yeltsin, circunstancia que se agravó como consecuencia de las críticas del gobierno estadounidense respecto de la guerra de Chechenia.

En cuanto a las relaciones con Europa, éstas sin duda estaban atravesadas por la persistencia de antiguos debates, que podían resumirse en la respuesta a esta pregunta: ¿es Rusia diferente de Europa?

Las respuestas se agrupan alrededor de tres líneas: 1) Rusia es Europa porque desciende de la civilización cristiana. En algunas variantes puede ser definida como otra Europa, debido a la influencia ejercida por la religión ortodoxa, pero siempre formando parte de la misma familia; 2) Rusia está más cerca de Asia que de Europa: el imperio bizantino, que llevó el cristianismo a Rusia, marcó un distanciamiento respecto de Europa, y tanto el cisma de 1054 como el control del territorio por parte de la Horda de Oro durante más de dos siglos y medio lo hicieron irreversible.[116] La expansión del zarismo hacia el este contribuyó a reforzar esa orientación; los partidarios de esta orientación son denominados "euroasianistas", y 3) Rusia no es Europa, ni tampoco es Asia. La religión ortodoxa, su elemento histórico fundamental, se opone tanto al cristianismo latino como al islamismo, y además se construyó sobre la base de la existencia de innumerables etnias, lo que constituye un mundo en sí mismo, con sus propias reglas y su destino particular.

Más allá del interminable debate, del que participaron a lo largo del tiempo una amplia variedad de pensadores, frente a la realidad emergente de la disolución de la Unión Soviética la primera respuesta pareció imponerse por el mismo peso de las circunstancias internacionales. Los dirigentes de la Rusia postsoviética supusieron que el país estaba en condiciones de ser aceptado como integrante de pleno derecho en el nuevo escenario internacional que estaba emergiendo en sustitución de la organización bipolar dominante hasta la finalización de la Guerra Fría.

Sin embargo, la mera proclamación de “europeísmo” no era suficiente: si la Rusia postsoviética aspiraba a operar como miembro pleno de la comunidad internacional, hacía falta cumplir con ciertas condiciones –democracia, derechos humanos, economía de mercado–, que constituían un difícil test para el país.

El caso es que, tras el hundimiento de la Unión Soviética, Rusia perdió significación en Europa; además, sus antiguos aliados del Pacto de Varsovia desarrollaron una actitud decididamente antirrusa, y tampoco los integrantes de la cei (con la excepción de Belarús) mostraban actitudes demasiado favorables. Ante esta situación, no extrañó que Rusia buscara otros países con quienes relacionarse, y así fue como el acercamiento con China resultó una alternativa viable. En el ámbito de la política interior, la gestión de Kozirev, que se mantuvo en el cargo hasta fines de 1995, fue objeto de dura crítica por parte de la oposición nacionalista y comunista, que lo acusaba primero de “servidumbre” respecto de Occidente y más tarde de actitudes “camaleónicas”, a partir de la modificación de su comportamiento.

De cualquier forma, Rusia no cejó en sus intentos de acercarse a la Unión Europea, que en esos momentos estaba en pleno proceso de conformación; sus dirigentes tenían muy claro que era la región más importante para sus intereses de largo plazo, tanto económicos como políticos.[117] Su principal objetivo era que Europa se constituyera en un instrumento que facilitara su transformación, pero además se trataba de consolidar el papel internacional de Rusia previniendo cualquier intento de marginación. Se buscaba alcanzar esos objetivos mediante la inserción en las estructuras multilaterales existentes en Europa, sin intentar impulsar cambios en las mismas.

En repetidas ocasiones los dirigentes rusos se mostraron opuestos a la expansión de la otan hacia los países del este; como contrapartida, buscaron ampliar su participación en la Organización para la Seguridad y la Cooperación Europea (osce),[118] pero desplegando una política contradictoria: por una parte denunciaban los efectos de las leyes de ciudadanía de Estonia y Letonia –que perjudicaban a los numerosos residentes rusos–, pero por otra rechazaban de plano todos los intentos de mediación en conflictos como los de Nagorno-Karabaj[119] o Chechenia.

Cuando Rusia se convirtió en miembro del Consejo de Europa, el hecho fue visto como un logro importante para un país que estaba produciendo cambios internos de enorme importancia. Pero la participación tenía sus riesgos: las

dificultades para satisfacer las exigencias del Consejo en materia de derechos humanos y calidad de la democracia implicaban un serio daño para su prestigio. Así fue como la condena a las acciones en Chechenia por parte de la Asamblea del Consejo de Europa llevó a algunos dirigentes rusos a plantear la posibilidad de renunciar a formar parte de esta organización.

A partir de 1996, cuando el cargo de ministro de relaciones exteriores pasó a manos de Evgeny Primakov, un funcionario con vasta experiencia desde la época soviética, la política internacional se asentó sobre la base de que a pesar de sus problemas Rusia no sólo era una gran potencia sino que constituía un elemento fundamental en una nueva realidad que imaginaba caracterizada por la multipolaridad. En función de una concepción básicamente pragmática[120] –con independencia de su actitud crítica respecto de Occidente–, desarrolló una política orientada a fortalecer la integridad territorial del país, estrechando relaciones con los Estados de la ex Unión Soviética (los “extranjeros cercanos”) e intentando cumplir un papel estabilizador en los conflictos regionales.

La actitud de Rusia respecto de la influencia estadounidense en Europa estuvo caracterizada por el implícito reconocimiento de esa influencia, pero también se encontraba atravesada por un progresivo y renovado antiamericanismo, surgido de la oposición al mundo unipolar que se estaba gestando bajo la hegemonía de Washington. Esta oposición se manifestó en ocasión de los conflictos en la ex Yugoslavia, y en particular en los sucesos de Kosovo.[121] En ese escenario, Rusia se caracterizó justamente por la voluntad de desempeñar un papel significativo en los procesos de negociación, acompañado de un visible alineamiento pro serbio.

La intervención de la otan en Yugoslavia fue cuestionada por los gobernantes rusos como una violación de las leyes internacionales y como un intento de establecer un nuevo orden mundial por la fuerza.[122] Las incursiones fueron consideradas la prueba más contundente de lo negativa que sería la expansión de la otan hacia el este. Además, es preciso resaltar que todas las agresiones contra Yugoslavia fueron atribuidas a la intervención de Estados Unidos; el apoyo militar, político y económico de la Unión Europea no fue objeto de comentarios.

Dados los estrechos vínculos de todo orden existentes entre Rusia y los “extranjeros cercanos”, con frecuencia desde el gobierno de Moscú se ha considerado que las relaciones con los países de la cei no formaban parte de las relaciones exteriores. Además, el hecho de que alrededor de veinticinco millones de rusos residieran en estas repúblicas constituía un elemento adicional a la hora de definir las relaciones que se iban a establecer. Sin embargo, durante los primeros años del gobierno de Yeltsin, empeñado como estaba éste en volcarse hacia los países occidentales, los países de la cei, sobre todo las repúblicas del Asia central y del Cáucaso, fueron considerados muy poco más que un “peso muerto” que había que abandonar en la apresurada carrera detrás de las “promesas del oeste”. En cualquier caso, ante los peligros de avance de desestabilización, en las repúblicas del Asia central –Uzbekistán, Kazajistán, Turkmenistán, Tayikistán y Kirguistán–, desde Moscú se optó por sostener a los ex apparatchiks soviéticos que heredaron el poder en 1992. Fue incluso en Tayikistán donde las tropas soviéticas todavía instaladas allí intervinieron para neutralizar la posibilidad de un gobierno islamista, involucrándose en una sangrienta guerra civil.[123]

Recién cuando Primakov se hizo cargo de las relaciones exteriores la situación se modificó en alguna medida, orientándose hacia una posición en la que predominaba una suerte de nostalgia imperial, y hubo que llegar al gobierno de Putin para que se elaborara una estrategia definida para abordar las relaciones con estas repúblicas, decisión imprescindible en razón de la importancia adquirida por algunas de ellas a partir de la riqueza de su subsuelo, por otras en virtud de su ubicación geográfica, y en todas ellas por la amenaza del radicalismo islámico.

La sociedad rusa en la década de 1990

El punto de partida para analizar el impacto de lo ocurrido en la década de 1990 es destacar algunos elementos que no son valorados de manera significativa por quienes se inclinan, a pesar de todas las críticas, a analizar todo el proceso como fundamentalmente positivo. Algunos de estos puntos son los siguientes: 1) en marzo de 1991 los rusos votaron mayoritariamente por conservar la Unión Soviética; 2) en diciembre de ese año Yeltsin, junto con los presidentes de Ucrania y Belarús, decidieron de manera inconsulta la disolución de la Unión Soviética, y 3) a lo largo de los dos primeros años de su gestión, Yeltsin gobernó casi siempre por decreto, tarea que culminó asaltando el Parlamento y abriendo fuego contra los diputados.

Por lo tanto, a pesar de afirmarse con un alto grado de subjetividad, como se ha hecho, que la mayoría de la sociedad estaba en contra del régimen soviético (Aslund, 2007), lo cierto es que el pueblo ruso se vio enfrentado a una realidad diametralmente opuesta a aquella en la que había transcurrido para muchos buena parte de sus vidas, sin ser objeto de consulta alguna.

Para pulsar lo que pensaba la sociedad rusa en los primeros momentos tras la desintegración, se dispone de las encuestas realizadas por el Barómetro de la Nueva Rusia, la primera de las cuales se realizó en fecha tan temprana como enero-febrero de 1992. En esa ocasión, por ejemplo, se interrogó a los ciudadanos acerca de la valoración de ciertas palabras significativas para el momento, y las respuestas fueron las siguientes:

Cuadro 10

Encuesta enero-febrero de 1992

Valoración de determinadas palabras (en %)

Palabra	Positiva	Negativa	No puede responder
Libertad	78	4	18
Capitalismo	25	28	47
Socialismo	24	33	43
Marxismo-leninismo	16	37	46

Fuente: Richard Rose, William Mishler y Neil Munro (2006).

Se desprende entonces que además del rechazo de la ideología oficial existente hasta muy pocos meses antes, la sociedad rusa aspiraba a un incremento de su libertad y no tenía realmente definido cómo quería organizar el régimen socioeconómico en el que iba a desarrollar su vida en el futuro inmediato.

Utilizando los conceptos elaborados por los expertos en sociología de las revoluciones, no cabe duda de que lo ocurrido en la Federación Rusa fue, como se afirma en el Prólogo, una “revolución desde arriba”, concretada sobre una sociedad que, más allá de las opiniones que sustentaba, asistió pasivamente al cambio. Las razones de esta pasividad han sido objeto de debate, y apuntan a sostener que: 1) se trataba de ciudadanos acostumbrados a vivir en un régimen en el que la protesta era peligrosa y la manera de enfrentar los problemas cotidianos consistía en resolverlos por la vía de los recursos individuales, y 2) las posibilidades que brinda la práctica democrática no habían sido desarrolladas; el fatalismo respecto de que no era posible actuar para producir cambios estaba arraigado en una sociedad que nunca vivió una realidad en la que podían producirse alternancias en el ejercicio del poder, y que además éstas fueran obra de la decisión ciudadana.

¿Cuáles fueron las principales modificaciones que experimentó la sociedad?

Como se viene analizando, con el gobierno de Yeltsin Rusia entró en una dinámica de acelerados cambios sociales que afectaron todos los niveles de la sociedad. La introducción de las relaciones de mercado en el ámbito de las relaciones sociales afectó los beneficios –ciertamente limitados pero reales– de quienes vivían de un sueldo, pero en un nivel más amplio trastocó toda la red de vínculos sociales existentes así como también sus valores culturales.

La herencia del régimen soviético era por demás compleja: por una parte, de acuerdo con su situación respecto de los medios de producción, se reconocía la existencia de tres grupos en la sociedad: las dos clases sociales de trabajadores y

campesinos y el estrato de la intelligentsia; por otra parte, fuera del teórico enunciado oficial, existían numerosos grupos y subgrupos que según algunos analistas convertían a la sociedad soviética en más compleja que las sociedades capitalistas.

En las últimas décadas la industrialización había dado lugar a un fenómeno común en estos procesos: el éxodo desde el campo hacia los núcleos urbanos; la industrialización encarada por el stalinismo dio lugar a un gran crecimiento de la clase obrera y de los sectores técnicos, mientras que la colectivización contribuyó a la destrucción del campesinado como clase, favoreciendo su marcha hacia las ciudades. Desde los años 50 hasta la década de 1970, se calcula que un promedio de 1,7 millones de personas por año abandonaron el campo, de manera que a principios de los 90 el porcentaje de población que vivía en las áreas rurales era del 26%. Sin embargo, en esa misma década de 1990 este proceso se revirtió parcialmente debido a las dificultades para la subsistencia que presentó la vida urbana para algunos sectores, sobre todo los pensionados, como consecuencia de las reformas implementadas por el gobierno de Yeltsin.

Cuando se produjo la disolución de la Unión Soviética, Rusia era un país “superindustrializado”: en los primeros años, la proporción de trabajadores ocupados en las fábricas, que superaba el 50%, disminuyó al 36%, mientras que el número de trabajadores del sector servicios aumentó hasta el 59%.

Dadas las características de la estructura económica soviética, la mayor parte de la población económicamente activa estaba ocupada en empresas estatales o municipales, y a su vez la desocupación era muy baja; las reformas implementadas en la primera mitad de la década de 1990 condujeron a que en 2000 se duplicara el porcentaje de trabajadores empleados en establecimientos privados y también que aumentara sensiblemente el número de desocupados (cuadro 11).

Cuadro 11

Distribución de la población económicamente activa en Rusia,

1992-2000 (en %)

	1992	1995	2000
Población económicamente activa	100	100	100
Empleados	94,8	90,5	87,6
Desocupados	5,2	9,5	12,4
Distribución de los trabajadores ocupados (en %)			
Ocupados en empresas estatales o municipales	68,9	42,1	37,9
Ocupados en empresas privadas	19,5	34,4	46,1
Organizaciones sociales	0,8	0,7	0,8
Empresas mixtas	10,8	22,8	15,2

Fuente: Russia in Figures, 2006.

Los serios problemas presupuestarios condujeron a una drástica reducción de las prestaciones sociales brindadas por el Estado, aunque la infraestructura básica (pero sobre todo el discurso) permaneció sin mayores cambios. En esos años se produjo un profundo debate respecto del papel que debía desempeñar el Estado en la protección de los sectores más débiles de la sociedad, en una etapa de profundas reformas económicas. La perspectiva neoliberal defendía que se debía dejar actuar a las fuerzas del mercado, limitando al máximo los gastos estatales y los sistemas de racionamiento destinados a mitigar los costos sociales de las reformas. En el otro extremo, se afirmaba que reformas pro mercado tan profundas no podían implementarse en un país como Rusia. La manera como se resolvió esta controversia fue conservar un nivel mínimo (e insuficiente) de prestaciones. Las apelaciones gubernamentales a mantener la paz social no eran correspondidas por una realidad que se veía limitada por las exigencias de la estabilización impulsada por quienes tomaban las decisiones económicas.

En particular, puede citarse el deterioro experimentado por los servicios de salud. Si la Unión Soviética gastaba el 3,6% del pbi en sanidad –una cifra que era aproximadamente la mitad respecto de los valores de los principales países de Europa occidental–, en 1994 ese porcentaje en Rusia había descendido al 1,8%, agudizando los problemas de desigualdad en el servicio y de escasez generalizada que era característico del régimen anterior. Las consecuencias aparecieron ya tempranamente, con la tuberculosis como enfermedad más frecuente en todos los ámbitos del país, pero además con la extensión del cólera y la malaria –resultado del empeoramiento de las condiciones generales de salubridad– y el aumento del porcentaje de enfermos de difteria, cáncer, sarampión y sífilis, ya muy perceptible en las estadísticas de 1993 (Buckley, en White, Pravda y Gitelman, 1994).

Algo similar ocurrió con la educación, afectada por una disminución del presupuesto estatal, que pasó del 8% en los años de la perestroika –ya en declinación respecto de los años 70– al 5% a mediados de la década de 1990. El abandono de buena parte de las responsabilidades que hasta ese momento asumía el Estado no fue reemplazado por la educación privada, que se orientó hacia la atención de las elites políticas y económicas. El resultado fue una visible

degradación del nivel de la enseñanza, acompañado de las consecuencias sociales previsibles en un país en situación crítica: deserción escolar, desnutrición, proliferación de drogas en el ámbito escolar, etcétera.

Una de las (lamentables) novedades que se produjeron en el paisaje urbano fue la aparición de gran cantidad de mendigos, en su gran mayoría jubilados, alcohólicos o madres sin hogar con niños pequeños. El Estado, que heredó una gran cantidad de edificios públicos de la época soviética, se dedicó sobre todo a privatizarlos antes que a convertirlos en albergues para esta gente. Las autoridades limitaron sus cuidados al mínimo: los camiones de basura, además de su tarea específica, cargaban con los mendigos muertos durante las noches y los llevaban a un crematorio.

La política de liberalización de precios puesta en marcha en enero de 1992 dio lugar a un fenómeno inflacionario que produjo la caída de los salarios reales y, más aún, el crecimiento de las desigualdades dentro de la sociedad. A su vez, la provisión de transporte y educación prácticamente gratis, así como de viviendas subsidiadas, factores que compensaban parcialmente el bajo nivel de los salarios existentes durante la época soviética, en buena medida desaparecieron, dando lugar a que estos servicios pasaran a pagarse con los ingresos fijos de los trabajadores. De cualquier manera, el análisis de la evolución de los salarios es muy difícil de realizar a nivel global pues, por una parte, a lo largo de la década hubo fluctuaciones importantes: a la primera explosión inflacionaria que, como se ha visto, retrasó los salarios reales de manera significativa, siguió una parcial recomposición que duró poco tiempo, y la lenta recuperación que vino después, resultado de los beneficios de la disminución de la inflación, se cortó bruscamente con la crisis de agosto de 1998. Una referencia aproximada indica que, por una parte, hacia 2000 estaban un 20% por debajo de los niveles anteriores a la crisis, a pesar de la situación favorable que empezó a hacerse sentir durante el gobierno de Putin (Sawka, 2008).[124] Pero, por otra, las diferencias salariales eran enormes, tanto de acuerdo con la situación geográfica –por ejemplo, en 2002 los trabajadores de Moscú ganaban en promedio 4,2 veces lo percibido por sus iguales de las regiones más pobres– como con las diferentes profesiones: algunas de ellas, como los mineros, estaban en condiciones favorables para negociar frente a la patronal, fuera ésta privada o estatal. Un estudio global realizado durante el primer gobierno de Putin concluye que la relación del producto bruto por habitante entre la región más favorecida y la más pobre era de 64 a 1, mientras que en los niveles de consumo era de 30 a 1 (Lynch, 2005).

Sin embargo, el problema más serio que experimentaban los asalariados era que los atrasos en el pago de los sueldos se convirtieron en una práctica habitual, llegando las demoras a varios meses, e incluso en algunos casos a más de un año. Se calcula que los atrasos afectaron aproximadamente al 70% de la fuerza de trabajo. Los testimonios de esos años alcanzan un alto grado de dramatismo: ya se ha hecho referencia a la altísima difusión del trueque; la situación de los pensionados determinó que muchos de ellos tuvieron que buscar algún tipo de empleo, y la mendicidad o la venta callejera de los mayores en las grandes ciudades se convirtió en algo habitual.

Curiosamente, no se produjeron reacciones sociales significativas frente a la situación de empobrecimiento generalizado y al desmantelamiento parcial del aparato de protección social que se había desarrollado –bien que con gruesas falencias– durante el régimen soviético.

Los análisis sobre este tema apuntan en varias direcciones.[125] En principio, se encuentra el argumento que se despliega a partir de la idea de que los rusos, acostumbrados a que cualquiera fuera su comportamiento en el pasado, éste no tenía incidencia en las decisiones que adoptaba el gobierno, carecían de confianza respecto de la posibilidad de que su protesta pudiera modificar la situación; de hecho, pese a que a principios de la década de 1990 surgieron sindicatos liberados de la dependencia estatal, éstos se preocuparon por asegurar un ingreso mínimo y por evitar al máximo los despidos de los trabajadores, pero en general no asumieron la protesta por los salarios atrasados. Asimismo, otra mirada sobre el tema destaca que las redes de economía informal, muchas de ellas desarrolladas durante la época soviética, contribuían a aliviar la situación de las familias, limitando la posibilidad de acciones colectivas (Javeline, 2003). Los lazos de solidaridad colectiva que permiten enfrentar las privaciones y las complejas formas de intercambio que se desarrollaron fueron algunos de los recursos utilizados para enfrentar una realidad difícil de superar.

Una explicación original es la que atribuye esta actitud pasiva de los trabajadores rusos frente a una vulneración tan flagrante de sus derechos, con incidencia directa sobre su nivel de vida, a la imposibilidad de visualizar con claridad a los responsables directos de la situación. A partir de esta interpretación, se afirma que sólo en aquellos casos en que la situación se presentaba lo suficientemente clara en cuanto a identificar a los causantes de las demoras en los pagos la reacción de los afectados se manifestó bajo la forma de algún tipo de acción de protesta.

Una revisión de quiénes fueron los beneficiarios y quiénes las víctimas de los cambios que se llevaron a cabo en el campo socioeconómico muestra sin lugar a dudas que en el corto plazo una vasta mayoría de asalariados vio disminuir sus ingresos, se encontró en una posición de inestabilidad respecto del mantenimiento del empleo, y además en muchos casos –la mayoría– percibió sus ya magros sueldos con considerables atrasos. Esta situación se vio agravada incluso por el hecho de que los altísimos niveles de inflación determinaban que cuando los ingresos se percibían la capacidad adquisitiva de los mismos se había reducido sensiblemente. Por lo tanto, el fenómeno de la pobreza se extendió, y no sólo vinculado con la desocupación, ya que la no percepción en fecha de los salarios tuvo asimismo consecuencias dramáticas para el nivel de vida de los afectados.

Para completar el panorama de la situación de los trabajadores, habría que decir que las mujeres sufrieron todavía en mayor medida las consecuencias de la crisis. A mediados de la década de 1990, de cada cuatro empleos que se perdían, tres correspondían a las mujeres, y en un escenario de caída de los salarios la mano de obra femenina percibió con frecuencia ingresos inferiores a los mínimos de subsistencia, generando huelgas entre las maestras, enfermeras y trabajadoras textiles, una excepción a la citada pasividad de los sectores asalariados.

Durante la época soviética existían cuotas de participación femenina en las listas de los soviets; una tercera parte en las instituciones nacionales y la mitad en las instituciones locales. Abolidas las cuotas en Rusia para las elecciones de marzo de 1990, la presencia de las mujeres disminuyó verticalmente, y a partir de ese momento casi nunca superó el 10%, a pesar de la existencia de una agrupación política, Mujeres de Rusia, que se constituyó para la defensa de las reivindicaciones del género. Hubo alguna presencia significativa de mujeres en la política de los años 90,[126] y no puede afirmarse de manera tajante que fueron víctimas pasivas de los cambios que se desarrollaron ya que, como veremos, tuvieron un activismo importante, pero no caben dudas respecto de que su participación fue inferior a su presencia en la sociedad.

En lo relativo a la situación de las clases medias, compuestas fundamentalmente

por profesionales con formación universitaria, queda claro que la crisis los afectó de manera dramática: frente a un núcleo reducido de beneficiarios, vinculados con las operaciones que permitieron la acumulación de enormes cantidades de dinero en pocas manos, la mayoría vio deteriorada notablemente su posición por la disminución de su poder de consumo y su nula capacidad de ahorro. En algunas actividades, por ejemplo docentes, los salarios cayeron a niveles inferiores a los de los trabajadores no calificados. El desarrollo de las actividades privadas que generaron las transformaciones de los años 90 condujo asimismo a que profesionales que desempeñaban trabajosamente su tarea en los escalones inferiores de la intelligentsia soviética encontraran campo para mejorar su situación económica y social –más adelante veremos la trayectoria de Dimitri Medvedev, un caso extremo–, pero en general la inestabilidad que caracterizó a todo el período impidió la consolidación de una clase media urbana cuantitativamente importante, y la pésima situación por la que atravesó el sector agrario tuvo aun peores consecuencias para el campesinado.

Uno de los fenómenos más importantes de la década fue el de las migraciones, que se manifestó a través de diferentes movimientos: 1) la vuelta a la tierra natal de quienes fueron expulsados por Stalin: los alemanes del Volga, los tártaros de Crimea desterrados en el Asia central, etc.; 2) el retorno de alrededor de ocho millones de rusos (sobre un total de veinticinco) instalados en otras repúblicas de la ex Unión Soviética;[127] 3) las migraciones internas ocasionadas por las dificultades económicas, muy desiguales según las regiones, y 4) las migraciones externas, dirigidas hacia Occidente, una vez que la Constitución les garantizó a los rusos libertad para dejar el país. Este movimiento, que había adquirido dimensiones muy importantes hacia 1990, sin embargo no creció significativamente en los años siguientes.

Las transformaciones culturales.

Los profundos cambios que se produjeron en la sociedad, en la vida política y en la economía rusa tuvieron también una amplia repercusión en la esfera cultural. La desaparición de los estrechos límites que imponía el régimen soviético permitió la progresiva emergencia, desde la glasnost impulsada por Gorbachov, de una sociedad más abierta, más libre, pero también mucho más conflictiva. La idea de que los cambios iban a producir una explosión de la creatividad, hasta ese momento reprimida, inicialmente no se concretó; a fines de la década de 1980 dominó la llamada literatura de “retorno”, las obras prohibidas durante la época soviética. Las dimensiones de este fenómeno determinaron que fuera de la denuncia más o menos espectacular no hubiera mucho más que literatura de evasión.

Durante el gobierno de Yeltsin, en relación directa con las transformaciones que se daban en todos los ámbitos, se desarrolló una industria editorial altamente concentrada que implementó estrategias similares a las de cualquier capitalista, y en medida creciente trasplantó al suelo ruso las modas y tendencias occidentales. La denuncia de los males del régimen ocupó mucho espacio en la producción literaria durante la década de 1990, mientras que el florecimiento de la novela negra y de obras muy cercanas a la pornografía, y, en otra línea, de una literatura y una poesía naïf, dieron cuenta de la urgente necesidad de muchos ciudadanos de tomar distancia con una realidad que los golpeaba muy duramente.

Si el tema es la cultura política, habría que comenzar la cuestión sosteniendo que la disgregación de la Unión Soviética trajo consigo un derrumbamiento de las certezas del pasado inmediato. No hace falta insistir en que durante los últimos años de existencia de la Unión Soviética el número de creyentes reales en el socialismo era indudablemente escaso; el comunismo se había convertido más en un modo de vida que en un objetivo atractivo. Sin embargo, para la mayoría de los ciudadanos, el hecho de contar con estabilidad de precios, viviendas, energía y transporte barato, una vida social y cultural ordenada, generaba un clima relativamente tranquilo –aunque sin duda muchos abrigaban fundadas inquietudes respecto del futuro–, siempre que no se intentara oponerse al régimen.[128]

Con ese telón de fondo, la sociedad rusa, sin ser consultada, debió enfrentar una realidad en la que la introducción de la democracia se vio acompañada de unas

reformas económicas cuyas consecuencias fueron, como se ha visto, inicialmente negativas para la abrumadora mayoría. Cualquier debate sobre la cultura política de los ciudadanos debe ser realizado teniendo en cuenta esta situación; es cierto que las prácticas democráticas son el resultado de un proceso que no se desarrolló en la Unión Soviética, hasta el punto que fue muy similar el comportamiento de quienes impulsaban las reformas respecto de quienes se oponían a ellas; ambos bandos estaban muy lejos de entender el significado real del pluralismo democrático. Pero, además, es preciso considerar que a medida que avanzaba la década de 1990 la asociación entre democracia-caída del nivel de vida-deterioro social generalizado pasó a ser prácticamente inevitable para buena parte de la población. Si a esto sumamos la emergencia de un núcleo reducido de "vencedores", que exhibían su riqueza –en general obtenida por métodos difícilmente confesables– de manera casi obscena, encontramos una explicación complementaria a la que afirma que ni el zarismo ni el régimen soviético –este último a pesar de impulsar un proceso de modernización económica acelerado– crearon las condiciones para desarrollar verdaderas prácticas democráticas, y fue entonces el rechazo a los "efectos colaterales" de los cambios introducidos durante el gobierno de Yeltsin lo que llevó a que muchos rusos, sobre todo los mayores, vieran a la democracia como responsable de sus males.

La desintegración de la Unión Soviética obligó, desde luego, a una redefinición de la identidad rusa. Rusia nunca había sido un Estado-nación, por lo que no era cuestión de apelar a una tradición inexistente sino de crear una nueva identidad. Una de las cuestiones más debatidas era en qué medida se podía hacer uso del pasado para la construcción de la nueva identidad. En este sentido, el pasado reciente ha sido interpretado tanto por autores nacionalistas como por otros orientados hacia posiciones más democráticas, como una desviación del curso "natural" de la historia de Rusia, una distorsión que debía ser revertida para que el país retomara su camino hacia la civilización. Esta interpretación simultáneamente contribuyó a, y fue influenciada por, los cambios que se produjeron desde un régimen como el soviético con su articulada ideología a otro que prescindía de cualquier imposición de alineamiento ideológico. La característica principal de este cambio, que incluyó un profundo rechazo de las normas y los valores de la sociedad soviética, se llevó a cabo en nombre de una reforma que condujo al establecimiento de una organización económica y unas instituciones políticas que a la abrumadora mayoría de los ciudadanos les resultaban ajenas. El régimen soviético fue dinamitado por los nuevos líderes rusos y sus intelectuales "orgánicos" introdujeron cambios radicales que, más

allá de las bellas palabras, se concretaron en una notable debacle económica, la desestructuración social, el aumento de la criminalidad, la debilidad de las instituciones y una notoria declinación del poder militar. Como se ha dicho, "el término «reforma» se convirtió en sinónimo de «caos»" (Service, 2005).

El intento de erradicación del sistema de valores soviético no condujo en la década de 1990 a un consenso respecto de la identidad nacional. A pesar de que las ideas democráticas y los valores occidentales habían obtenido cierta aceptación, el país estuvo dividido entre quienes aceptaban en principio el rumbo que se había tomado, pese a sus errores, a partir de la gestión de Gorbachov; quienes rechazaban todo lo que estaba vinculado con la Unión Soviética, incluyendo al líder que participó de su disolución, y finalmente una mayoría que demoró en entender qué era lo que realmente estaba pasando. El retorno de las banderas imperiales, del águila de dos cabezas, de la Iglesia Ortodoxa, resonaba de manera muy extrema y en general negativa para quienes habían sido educados dentro del régimen que desapareció a fines de 1991. Hubo que esperar al nuevo siglo para que Putin intentara elaborar una síntesis que recogiera las diferentes etapas de la historia rusa.

La Ley de Prensa Rusa que entró en vigencia el 6 de febrero de 1992 fue la continuidad en el nuevo Estado de la glasnost impulsada por Gorbachov en los 80, y abrió el sendero para que una enorme variedad de publicaciones hiciera su irrupción, en un proceso sin paralelo en la historia de Rusia. La necesidad de competir en un mercado que recién se creaba dio lugar a que se buscaran temas para atraer a lectores hasta ahora acostumbrados a la seca y dogmática prensa soviética. Si, por un lado, a través de la prensa la sociedad pudo enterarse de los crímenes de Stalin y empezar a debatir sobre su pasado reciente, también encontró en las nuevas publicaciones las cuotas de sexo y escándalo que podían despertar la atención de un público que jamás había accedido a algo semejante. Sin embargo, las limitaciones económicas impuestas por las dificultades que atravesó el país determinaron que los principales periódicos y revistas pasaran a manos de los grandes grupos financieros recién creados, o en su defecto permanecieron controlados por los poderes locales.

En cuanto a la radio y la televisión, éstas también fueron, más temprano que tarde, controladas por los principales oligarcas, aunque los canales privados suministraron una variada información que permitió, por ejemplo, enterarse de las atrocidades de la guerra de Chechenia. Junto a ello, se produjo la irrupción de los programas extranjeros, que posibilitaron a los rusos tomar contacto con las

costumbres y los valores que transmiten los medios de comunicación occidentales.[129]

Pero también se hizo de los medios de comunicación un uso político: de hecho, la formidable campaña desplegada para lograr la reelección de Yeltsin en 1996 fue posible porque las cadenas de televisión más importantes estaban en manos de Gusinski y de Berezovski. Pero, además, en ese momento los mismos periodistas se alinearon en la defensa del presidente, en la creencia de que de esa manera estaban defendiendo la libertad de prensa frente a un posible retorno del comunismo.

Una de las nuevas realidades que mostró el escenario social y cultural de la Rusia postsoviética fue la renovada presencia de la Iglesia, en particular de la Ortodoxa Rusa. Si bien las encuestas muestran que en la década de 1990 existía un 45% de la población que se definía como creyente –del que sin embargo sólo un 3,6% acudía regularmente a los templos–, también es cierto que esas mismas encuestas indicaban que la Iglesia Ortodoxa aparecía como la institución mejor valorada. Rescatada por Yeltsin, que llamó a "revivir todas las cosas buenas que perdimos después [de la revolución de 1917], todo lo que contribuyó a hacer de Rusia, Rusia" (Sakwa, 2008), la influencia de la Iglesia en la sociedad se extendió significativamente. Numerosas organizaciones se crearon para realizar actividades de beneficencia, visitando hogares de ancianos, orfanatos, distribuyendo comida y otras tareas en esa línea. Algunas de estas organizaciones se orientaron hacia posiciones racistas, pero en general lo que primó fue la defensa de valores netamente conservadores. El peso de su influencia se hizo sentir en las presiones que se ejercieron para frenar la expansión de otras creencias religiosas, consideradas opuestas a la base espiritual de los rusos.

Otra de las cuestiones debatidas por los analistas del escenario postsoviético es determinar hasta qué punto se fue conformando una "sociedad civil", expresión utilizada aquí para identificar una serie de actividades que pueden distinguirse tanto del ambiente privado de la familia como del comportamiento en la esfera económica, y también del Estado.

La posición dominante en la mayor parte de los trabajos sobre el tema es la que sostiene que a partir de los años de la glasnost surgieron en Rusia un gran número de actores políticos, sociales, económicos y culturales. Pero al mismo tiempo, al ser la vigencia de las leyes extremadamente débil, el Estado estuvo en condiciones de ejercer una fuerte influencia sobre la mayor parte de estas organizaciones no gubernamentales, por lo que su mera existencia no constituye la prueba de una vigorosa presencia en el escenario postsoviético (Rutland, en Evans, Henry y McIntosh Sundstrom, 2006).

Asimismo, se insiste en que la mayoría de los ciudadanos mostró resistencia a participar en las organizaciones no gubernamentales, situación mucho más visible en las pequeñas ciudades que en los grandes núcleos urbanos. Incluso algunas de las instituciones operantes provenía del régimen soviético, proveyendo ayuda a pensionados, personas en situación de pobreza extrema, víctimas de la violencia doméstica, etcétera.

Finalmente, habría que citar el papel desempeñado por las organizaciones que agrupan a las mujeres, las que tuvieron una importante visibilidad social en la década de 1990. En principio, se ha comprobado que ellas ocuparon un amplio espacio en las nuevas organizaciones no gubernamentales que, por supuesto, eran menos prestigiosas que la alta política y los negocios. Desde luego, en la Rusia de Yeltsin había una gran cantidad de temas que afectaban a las mujeres –desde la violencia doméstica al aborto–, lo que contribuyó a la movilización de una cantidad de personas. Se conformaron así asociaciones dedicadas a reclamar por cuestiones concretas; probablemente la más importante de las instituciones independientes es la que agrupa a las Madres de Soldados, surgida como consecuencia del brutal tratamiento dado a los soldados y ante el conocimiento de los horrores de la guerra de Chechenia. En cuanto a la participación en las instituciones políticas, la presencia femenina se manifestó en las elecciones legislativas de 1993 con la participación de Mujeres de Rusia, que obtuvo un 8,13% de votos (cuadro 7). Sin embargo, la agrupación no pudo consolidarse y desapareció de la escena.

A su vez, el porcentaje de mujeres que se desempeñaron como diputadas fue variable, pero no llegó a superar el 14%:

Cuadro 12

Participación en las mujeres en el Poder Legislativo

Duma	Mujeres		Hombres
	Total	Porcentaje del total	
1993-1995	63	14,0	387
1995-1999	49	10,9	401
1999-2003	36	8,0	414
2003-2007	44	9,8	406
2007-2011	63	14,0	387

Fuente: Richard Sakwa (2008).

En resumen, puede afirmarse que los logros de la militancia femenina fueron escasos si bien constituyeron un ejercicio democrático importante, impensable durante la época soviética, en la que sus principales reivindicaciones por lo menos en teoría eran reconocidas, pero como resultado de decisiones tomadas unilateralmente desde el poder, que luego no necesariamente se aplicaban y en las que las agrupaciones independientes tenían una casi nula capacidad de actuación.

Un balance

La revisión de lo ocurrido durante los ocho años en los cuales Yeltsin ejerció la presidencia ha dado lugar a profundas controversias, que trataremos de resumir en este apartado.

Para aclarar el panorama, podemos establecer dos grandes líneas de interpretación del gobierno de Yeltsin, que en buena medida parten de una definida visión de la realidad soviética, y del rumbo que debía seguir la Rusia postsoviética.

1) La primera línea es la que reúne a un número importante de analistas para quienes la experiencia del “socialismo real” fue negativa en todos sus aspectos, por lo que la única forma de dejarla atrás era destruyéndola totalmente, y desde cimientos nuevos edificar una economía de mercado y un régimen democrático. A pesar de las inevitables críticas formuladas a la figura de Yeltsin, un líder con algunos rasgos personales absolutamente indefendibles, el juicio general de esta corriente puede resumirse en la frase de un especialista, Michael McFaul: “Rusia es radicalmente diferente ahora de lo que era hace diez años [...] Y transcurridos siete años de esta transición las orientaciones básicas en todas las cuestiones importantes son las correctas” (citado por Cohen, 2000). El más exitoso texto periodístico publicado en Estados Unidos sobre la Rusia de Yeltsin tenía un título por demás sugestivo: Resurrection (Remnick, 1998).

Avanzando en esta interpretación, de profundas raíces liberales sobre todo en el tema económico, se sostiene que Yeltsin fue el “héroe” de una “revolución capitalista”, el protagonista de unos cambios que se consideran fundamentales para la transformación de Rusia.[130] En una apretada síntesis, los logros de Yeltsin fueron los siguientes:[131]

- Fue el protagonista de la ruptura democrática con su intervención frente al intento de golpe de Estado de agosto de 1991.

- Al impulsar la prohibición del pcus inmediatamente después del golpe de Estado, previno cualquier intento de revancha por parte del antiguo régimen, y si bien esta decisión fue tomada junto con Gorbachov, él llevó la voz cantante.

- Fue el responsable de la disolución sin derramamiento de sangre de la Unión Soviética, oponiéndose a Gorbachov.

- Abrió el camino a una reforma económica radical, anunciada en octubre de 1991 y concretada en sus aspectos principales por los jóvenes reformistas que lo acompañaron en los primeros meses de su gestión. De esta manera, se creó una economía de mercado mucho antes de lo que se suponía.

Por su parte, las críticas se centran en tres temas: 1) debió haber actuado antes en su enfrentamiento con el Parlamento, evitando el derramamiento de sangre que se produjo en octubre de 1993; 2) desencadenó la primera guerra de Chechenia, brutal, costosa e innecesaria, y 3) se equivocó con la designación de Putin como su sucesor. Para la visión de los economistas liberales, habría que agregar que se le critica el hecho de que, luego de los pasos iniciales, la “terapia de choque” aplicada en los primeros meses de 1992, no se avanzó más en las reformas pro mercado.

Para concluir, es instructivo transcribir la opinión del autor de la más conocida biografía de Yeltsin publicada en Occidente: “Dentro de unos pocos años [...] lo que quedará en pie serán los sobresalientes logros de la gestión de Yeltsin” (Aron, 2000).

Esta visión positiva de la gestión de Yeltsin se vincula con otra cuestión, introducida por especialistas de la ciencia política: la de que en los años 90 Rusia puso en marcha un proceso de transición a la democracia y hacia la conformación de una economía de mercado.

En los últimos veinticinco años la ciencia política ha desarrollado un corpus teórico, realizando estudios de caso y análisis de índole comparativa en relación con el tema de las transiciones a la democracia,[132] a partir de las situaciones surgidas en América Latina y el sur de Europa en las décadas de 1970 y 1980.

Esta disciplina, que ha tomado el nombre de “transitología”, se ha extendido hasta el punto que algunos de sus estudiosos han planteado la posibilidad de comparar lo ocurrido en Rusia y en la Europa oriental con los procesos de democratización verificados en los años anteriores.

Para quienes se enrolan en esta última corriente, la noción de “transición a la democracia” tiende a sostener –explícita o implícitamente– que la historia tiene un sentido y un propósito y que, por lo tanto, hay un solo desenlace posible en los procesos de transformación posautoritarios, esto es, el triunfo de alguna variante de un capitalismo democrático liberal.[133] Por lo tanto, aplicada esta idea al caso de Rusia, las reformas implementadas durante el gobierno de Yeltsin eran progresistas y necesarias para alcanzar el fin propuesto, cualquiera fuese el costo social de su puesta en ejecución.

Un artículo de los profesores Terry Lynn Karl y Philippe Schmitter, publicado inicialmente en 1994, fue el primero que planteó esta posibilidad de ampliar los estudios de transición a la democracia incorporando los procesos que se desarrollaron en la Europa del este y en Rusia (Karl y Schmitter, en Brown, 2001). En su valoración altamente positiva de los estudios comparativos, afirman que los estudios respecto de la Unión Soviética se han desarrollado en un parcial aislamiento respecto de las principales corrientes de las ciencias sociales, por lo que consideran que la utilización de conceptos y análisis provenientes de otros ámbitos puede ayudar a explicar mejor el proceso vivido en Rusia a partir de los años 90.

El texto fue cuestionado por Valerie Bunce, quien afirmó que lo ocurrido en los años 90 fue un evento de extraordinaria significación que requiere de herramientas de análisis “sustancialmente diferentes de aquellas necesarias para entender el cambio de sistema político en España o la Argentina” (Bunce, en Brown, 2001); lo que estaba en juego en Rusia era –nada más y nada menos– la construcción de un nuevo orden social, de un nuevo sistema de clases, de los fundamentos de una organización capitalista. El socialismo soviético era diferente de los regímenes latinoamericanos y del sur de Europa prácticamente en todas las dimensiones que economistas, sociólogos y cientistas sociales consideran importantes.[134] El debate se prolongó pero los argumentos de

quienes confrontaban ideas eran claros.

2) La segunda línea de interpretación es la que congrega a quienes compartían ciertamente la idea de que el régimen soviético debía ser removido, pero partiendo de la concepción de que era posible llevar a cabo un cambio de régimen ordenado y progresivo, atendiendo entre otros factores al costo social; éstos son críticos de la gestión de Yeltsin y, por supuesto, también pasan revista a lo ocurrido en esos años, pero apuntan en un sentido muy diferente:

- La disolución de la Unión Soviética fue el resultado de la maniobra de un grupo de políticos liderados por Yeltsin que operaron sin tomar en cuenta las expectativas y los deseos de la sociedad.
- Una vez concretada la desaparición de la Unión Soviética, la Federación Rusa sufrió la continuidad de una profunda crisis económica que se había iniciado unos años antes, que no remitió a lo largo de toda su gestión y culminó con un formidable derrumbe en agosto de 1998.
- El Estado perdió toda capacidad de ejercer sus funciones, lo que produjo una tremenda disgregación del poder.
- La vida política se vio atravesada por una sospecha generalizada de corrupción.
- Las relaciones entre el poder político y el económico dieron lugar al surgimiento de un capitalismo situado a enorme distancia de los modelos occidentales.
- El país se embarcó en una insensata guerra con Chechenia, que mostró la pésima preparación de las fuerzas armadas.
- Los cambios sociales se concretaron creando una sociedad fuertemente desigual, que contrastaba de manera notable con el pasado soviético.
- El ejercicio de la violencia penetró en muchos de los ámbitos de la vida económica y de la existencia cotidiana, transformando el paisaje urbano.

El resultado fue que, hacia fines del gobierno de Yeltsin, Rusia se convirtió en una zona de “catástrofe económica y social”, y la responsabilidad corre por cuenta de quienes pusieron en marcha de manera autoritaria una estrategia económica que afectó la situación de una amplia mayoría de la sociedad rusa.

Algunos analistas sostienen que la aplicación de reformas como las que se implementaron a principios de la década de 1990 fue el resultado de la ejecución a cargo de tecnócratas neoliberales encargados de la “tarea sucia” de poner en práctica una serie de ideas sustentadas por sectores de la elite que rodeaba a Yeltsin, las que han sido definidas como “bolchevismo de mercado”, caracterizado por la combinación de tres elementos: darwinismo social, que defiende la supremacía de los fuertes y la marginación de los débiles como la ley de hierro del progreso social; el culto posmoderno del desarrollo individual dejando a un lado las obligaciones cívicas y los valores comunitarios, y el tradicional fatalismo ruso (Reddaway y Klinski, 2001). Además, en esta tarea tuvo un papel importante Occidente en general, sea a través de los elogios dispensados a Yeltsin como “campeón” de la democracia, o bien por medio de la ayuda financiera brindada por el fmi en varias ocasiones, acompañada siempre, sin embargo, de recomendaciones dirigidas a perseverar en la adopción de medidas de control presupuestario, desregulación y privatización masiva.

Aun tomando distancia de la discusión respecto de las posibles intenciones de Estados Unidos de debilitar a su tradicional enemigo en la Guerra Fría, es importante destacar que estaba internalizada en Occidente la idea de que existía un “modelo democrático” encarnado en el sistema parlamentario europeo o estadounidense, que es el que se debía alcanzar (o tender a alcanzar). Al impulsar una “vía única” hacia un “único destino” se pasaron por alto las reflexiones teóricas que planteaban, por ejemplo, la posible superación del parlamentarismo a través de un régimen democrático que favoreciera las iniciativas participativas de los ciudadanos.

2. El resurgimiento: la era de Putin

A lo largo de 1999, la situación política y la salud de Yeltsin se deterioraron de manera acelerada. Un “animal político” de las dimensiones del presidente de la Federación Rusa, actor fundamental en el proceso de disolución de la Unión Soviética y en la destrucción de la estructura económica basada en la planificación estatal, luego de ocho años de ejercicio del poder se encontró incapacitado para afrontar los desafíos de una realidad frente a la cual sus virtudes combativas resultaban inadecuadas.

Sin embargo, pese a la dimensión de los problemas que dejaba como herencia, el tema fundamental para Yeltsin en las postrimerías de su gestión era encontrar un candidato con las condiciones necesarias como para protegerlo a él y a su “familia”, el grupo de parientes y allegados que había participado de algunas de las operaciones cuestionadas realizadas durante su gobierno. Si bien no existía una oposición organizada, el exitoso alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, aparecía como un adversario de cuidado.

Un sucesor a medida

A principios de 1999 el hombre que aseguraba la continuidad parecía ser Yevgeny Primakov, ministro de relaciones exteriores, pero en el entorno del presidente rápidamente percibieron que éste no ofrecía las garantías suficientes; de hecho, Primakov comenzó a formar un tándem con Luzhkov, potencialmente peligroso para las garantías de impunidad que Yeltsin estaba demandando.[135] Entre septiembre de 1998 y agosto de 1999 se sucedieron tres políticos en el cargo de primer ministro: Sergei Kiriyenko, el citado Primakov y Sergei Stepashin, hasta que, sorprendentemente, emergió una figura desconocida para la sociedad, el coronel Vladimir Putin.[136]

Vladimir Putin nació en San Petersburgo (Leningrado) el 7 de octubre 1952, en el seno de una familia trabajadora. Después de estudiar Derecho, ingresó a la kgb en 1975, donde alcanzó el grado de coronel, lo que da cuenta de una carrera no excesivamente destacada. Durante su pertenencia a la institución no mostró ningún signo de desafección al régimen soviético, y desarrolló durante algunos años actividades –no demasiado conocidas en detalle– en la República Democrática de Alemania. Una vez que se produjo el derrumbe del régimen de Erich Honecker, Putin retornó a Rusia y se inscribió para realizar un doctorado en derecho internacional en la Universidad Estatal de Leningrado, sin dejar de pertenecer a la kgb. En la universidad fue designado director de asuntos internacionales, y mientras trabajaba allí fue reclutado por el presidente democrático del soviet de Leningrado, Anatoli Sobchak, para desempeñarse como su asistente. En ese cargo ascendió gracias a su discreción y capacidad administrativa. Durante el golpe de agosto de 1991 se alineó en el bando de Yeltsin, aunque consideraba que el objetivo de los golpistas era noble, y tras la disolución de la Unión Soviética ocupó el cargo de adjunto a la alcaldía de la ciudad, que retornó a su viejo nombre de San Petersburgo. Permaneció en ese cargo hasta que Sobchak perdió las elecciones en mayo de 1996. Prácticamente obligado a mudarse a Moscú, tomó contacto con uno de los integrantes del círculo íntimo de Yeltsin, Pavel Borodin. A partir de ese vínculo comenzó a

trabajar dentro de la administración gubernamental, ganando el aprecio de Valentin Yumashev, jefe del staff presidencial desde 1997. Por intermedio de éste conoció a Berezovski, quien luego lo apoyaría en su camino al poder. El principal ascenso para Putin se produjo cuando Yeltsin lo nombró jefe de los Servicios Federales de Seguridad (fsb) en julio de 1998; de esta manera retornó al ámbito en el que había desarrollado su actividad profesional.

En su presentación oficial ante el mundo (Putin, 2000) no parecía mostrar ninguna virtud que lo distinguiera particularmente, evitando comprometerse en exceso en cuestiones ríspidas para alguien que fue funcionario de la kgb y miembro del pcus hasta su desaparición.

La razón principal por la que Yeltsin y su entorno se inclinaron por Putin fue justamente la lealtad de la que éste dio muestras en su relación con su jefe en San Petersburgo, Anatoli Sobchak. La idea de que su ascenso fue un operativo de los fsb peca de conspirativa: la agencia que sucedió a la kgb durante la década de 1990 no tuvo un papel particularmente significativo, y su prestigio declinó hasta el punto de que muchos de sus integrantes abandonaron el servicio para dedicarse a actividades privadas mejor remuneradas. Fue justamente con Putin, como veremos, cuando adquirió mayor presencia, a favor de la promoción que éste hizo de sus camaradas.

El 16 de agosto de 1999 la Duma lo confirmó como primer ministro; la aprobación fue relativamente fácil a pesar de la fuerza de la oposición porque nadie lo tomaba demasiado en serio; lo consideraban poco más que una figura de transición. Muy pronto, Putin demostró lo contrario: ante la invasión de Daguestán (ver más adelante) exhibió en su discurso en el Parlamento su determinación de acabar con los “bandidos”. Era el tipo de pronunciamiento que la mayoría del pueblo ruso quería oír; desilusionados por el fracaso de Yeltsin en todos los terrenos, golpeados por una crisis económica de la que todavía no habían emergido, los rusos tenían una visión muy negativa de la democracia y querían un hombre fuerte en el Kremlin; Putin parecía ser ese hombre. Si durante la primera guerra chechena hubo un consenso mayoritario opositor, ahora la ciudadanía pasó a apoyar la agresiva política de su gobierno.

En los meses siguientes se desplegó una formidable campaña de propaganda destinada a encumbrar al nuevo primer ministro, con el objetivo de alcanzar un

buen resultado en las elecciones parlamentarias de diciembre de 1999. A tal efecto se creó un partido, Unidad, que contó con el apoyo de gobernadores que no estaban en buenos términos con la ley, y con las autoridades de regiones que dependían por completo de los subsidios del gobierno. Asimismo, algunas fuentes aseguran que Boris Berezovski fue el impulsor de la nueva entidad política, convencido de que Putin era la garantía de que los negocios podían continuar como se habían desarrollado hasta ese momento, y que iba a ser una figura fácilmente manejable. No existía un programa en Unidad; sólo se trataba de apoyar la figura del candidato. Éste se benefició también de la recién creada Unión de Fuerzas de Derecha (ufd), que incluía a reconocidos liberales como Gaidar, y tenía como líder y financista a Anatoli Chubais. Por su parte, el sucesor cooperaba mostrando un inusitado activismo, que los medios de comunicación adictos se encargaban de difundir.

Las elecciones arrojaron un buen resultado para el partido de Putin: ocupó el segundo lugar con el 23% de los votos, detrás del pcfr, que apenas superó el 24%. Además, junto con la ufd, Unidad conformaba un sólido frente de 115 diputados, sobre un total de 450. No caben dudas respecto de que la actuación en la cuestión de Chechenia fue un elemento fundamental en el éxito del partido de Putin.

Luego del buen resultado de Unidad en las elecciones, la marcha de Putin hacia la cima del poder se tornó imparable. Para volverla aun más inevitable, el 31 de diciembre Yeltsin anunció su retiro y Putin pasó a desempeñarse como presidente interino hasta las elecciones a celebrarse el 26 de marzo de 2000.

La primera de las decisiones del nuevo presidente fue la sanción de un decreto que concedía inmunidad a Yeltsin, y por extensión a su entorno. De esta manera, Putin cumplía las expectativas de quienes lo habían sacado del anonimato para convertirlo en un sucesor confiable.

Ante la nueva convocatoria electoral, el presidente interino apareció como el depositario de las expectativas de buena parte de la sociedad rusa, cansada definitivamente de la figura de Yeltsin, el garante de la tranquilidad para las nuevas clases dominantes, y también el hombre en condiciones de asegurar una transición sin sobresaltos para la burocracia.

Durante el período preelectoral, Putin se negó a participar en la campaña, dedicándose a la tarea de gobernar en su doble cargo de primer ministro y

presidente. Los medios registraban puntualmente su dedicación, y esta exposición continua de un funcionario abocado a trabajar resultaba una magnífica propaganda de cara a una sociedad muy crítica con la clase política.

Una vez contados los sufragios el 26 de marzo, Putin obtuvo casi el 53% de los votos, frente al 29,2% de Ziuganov. Del resto de los candidatos sólo el líder de la oposición democrática, Yablinski, superó el 3% de los votos (obtuvo el 5,9%).

El nuevo presidente asumió el 7 de mayo de 2000, en condiciones favorables en varios aspectos: 1) carecía de oponentes serios en la arena política; 2) los oligarcas lo veían como una creación propia (y en parte lo era), y en la medida en que ahora apuntaban a mostrarse respetuosos con la ley –para hacerse aceptables para la sociedad– parecían dispuestos a aceptar la autoridad; 3) también la burocracia lo sostenía; era "uno de los suyos", y 4) la sociedad mostraba una expectativa positiva respecto de su figura y de las posibilidades de su liderazgo. Además, transcurridos casi veintiún meses de la debacle de agosto de 1998, la situación económica aparecía razonablemente estable: el precio del petróleo –elemento exportador clave– era alto (cuadro 5) y la inflación era baja de acuerdo con los parámetros rusos.

Pocas personas imaginaban, tanto en Rusia como en Occidente, que un oscuro apparatchik, sin experiencia en tareas gubernamentales, podía tener un futuro político.[137] Las explicaciones que se han elaborado para dar cuenta del éxito alcanzado por Putin apuntan a diferentes factores:

- Su ascenso en la consideración social comenzó con el crecimiento de una sensación de inseguridad por parte de la sociedad rusa, vinculada a las sangrientas operaciones –supuestas, nunca probadas del todo en algunos casos– realizadas por los extremistas chechenos, que causaron la muerte de trescientos civiles en Moscú y otras ciudades rusas. La demanda de "orden" y un "liderazgo fuerte" por parte de la sociedad encontró en Putin un dirigente que con sus operaciones antiterroristas podía responder con firmeza al miedo creciente. En el lapso de unos pocos meses se produjo un cambio en la orientación política de un sector de la ciudadanía.

- La mayoría de la población lo veía como el elegido por Yeltsin, pero a la vez como una alternativa (hasta posiblemente su antítesis). Putin abría la

oportunidad para otro tipo de liderazgo, pero a la vez era importante que esa alternativa fuese propuesta por el mismo Yeltsin y no por alguna oposición, real o imaginariamente considerada opuesta al sistema. Para algunos expertos, este rasgo muestra que los rusos no se han acostumbrado a pensar en la alternancia en el poder; la oposición era vista como crítica de las decisiones gubernamentales, pero no como una posible detentadora del poder.

- A diferencia de lo que ocurre en sociedades políticamente más desarrolladas, la falta de experiencia política y la indefinición ideológica de un candidato es un elemento favorable, ya que: a) les brindaba a varios grupos la esperanza de captarlo para su bando; b) les hacía sentir a vastos sectores de la población que el candidato no estaba corrompido por la política (el hecho de que proviniera de la kgb, una institución valorada positivamente durante la época soviética, en este aspecto jugaba a su favor).

El juicio de los analistas sobre Putin parece resumirse en una frase muy conocida: era el hombre justo, ubicado en el lugar justo, en el momento justo. Con una figura política situada en las antípodas de la de Yeltsin,[138] inicialmente sin bases propias sobre las cuales asentar su poder, sin embargo hizo realidad en buena medida la máxima del personaje de Giuseppe Tomasi di Lampedusa: “Hay que cambiar todo para que todo quede igual”. Su manera de ejercer el poder –que luego caracterizaremos– aseguró el control de la situación por parte de los grupos que lo rodeaban –siloviki es la expresión rusa utilizada para designar a quienes provenían de los ámbitos de los servicios de seguridad–, organizados bajo su mando y sujetos en teoría a sus órdenes.

Los integrantes de los fsb heredaron de su antecesor soviético una serie de valores –obediencia al Estado, patriotismo, integridad– que los tornaba muy útiles en ciertas circunstancias. Sin embargo, su rigidez no los hacía particularmente recomendables para sentar las bases de un régimen democrático o atender a las complejidades de una economía regida por el mercado. Eran por sobre todas las cosas burócratas, eficaces burócratas convencidos de la primacía del Estado. Su influencia se hacía notar en decisiones como el aumento del presupuesto militar, el manejo de la guerra de Chechenia o la nula voluntad de negociación frente a operaciones terroristas.

En un sentido amplio, se ha insistido en que a partir de la gestión de Putin se afirmó una estructura de poder dominada por la consolidación de un sector que ha sido definido como los "burócratas-oligarcas", algunos de cuyos integrantes formaban parte del grupo de oligarcas enriquecidos en la década de 1990, fusionados con sectores burocráticos que consolidaron su poder desplazando a quienes, como veremos, constituían un peligro potencial para el poder de Putin. En esta nueva estructura, los siloviki ocuparon también un lugar prominente, incluso desempeñando cargos que iban más allá de sus competencias.[139]

Finalmente, el perfil ideológico de Putin muestra ciertos rasgos muy marcados, que pueden resumirse así:

- No caben dudas respecto de su nacionalismo, y este elemento de su pensamiento se percibe con claridad en el intento de reubicar a Rusia entre las grandes potencias apenas las circunstancias lo hicieron razonablemente posible. Además, la idea de recuperar los logros del pasado lo llevó a integrar en el escudo de la Federación Rusa tanto la época zarista como el período stalinista, en el que se libró la "gran guerra patriótica" contra el invasor nazi. A la hora de definir lo que para él debía ser la guía doctrinaria de la Rusia del siglo xxi destacó la importancia del patriotismo, definido como "un sentimiento de orgullo por el propio país, por su historia y sus logros, y por el esfuerzo por hacerlo mejor, más rico, más fuerte y alegre" (citado por Putin, 2000).[140]

- El rechazo de la revolución constituye otro de los pilares de su pensamiento. Se opuso con vehemencia a todo el proceso de la década de 1990 y explicitó que con su gobierno "se había cerrado un ciclo".

- En relación con el pasado soviético, su visión es que si bien "se realizaron logros incuestionables", el resultado final no fue positivo ya que "el comunismo y el poder de los soviets no han hecho de Rusia un país rico, con una sociedad dinámica y ciudadanos libres" (Sakwa, 2005).

- Paradójicamente, la tarea de consolidación que propone parte de la idea de aceptar el orden legal establecido; su profundo rechazo de la Revolución lo lleva a reivindicar la vigencia de la Constitución de 1993, sancionada como vimos en condiciones discutibles. Sin embargo, esta idea no excluye la conformación de

organismos paraconstitucionales y la adopción de decisiones –abolición de las elecciones directas para los gobernadores, modificación de la ley de partidos– que en los hechos se apartan de los principios de la Carta.

- Considera al Estado como el principal impulsor de una modernización que es fundamental para la recuperación de Rusia.

- Su relación con la política es de carácter instrumental: si bien contribuyó al desarrollo de las instituciones democráticas, las dimensiones de su intervencionismo muestran que considera a la democracia poco más que una fachada. Asimismo, la frecuente referencia al "bien público" no aparece vinculada necesariamente al proceso político.

- Su visión de las libertades públicas está acotada por una concepción del poder que excluye la confrontación de opiniones, a partir de la idea de que existen principios que no están sujetos a discusión. Esta idea, reflejo de su formación bajo el régimen soviético, está en la base de su vínculo con los medios de comunicación, que desde su perspectiva están siempre bajo sospecha.[141]

La recuperación económica

El escenario económico en el cual el presidente Putin desarrolló su gestión resultó altamente favorable desde sus comienzos. La clave principal la constituye sin duda la continuidad de altos precios del petróleo (cuadro 5) y del gas, resultado de una demanda creciente como consecuencia de los procesos de crecimiento experimentados sobre todo por países como China y la India. Al compás del aumento del precio y de la producción de petróleo, el pbi en términos reales –esto es, ajustado por inflación– creció a un promedio del 6,9% anual entre 2000 y 2008; por supuesto, se produjo asimismo un marcado crecimiento del pbi por habitante (cuadro 13).

El superior crecimiento del pbi por habitante es, en parte, el resultado de uno de los problemas fundamentales de la economía rusa: la caída de la población que se produjo entre 1999 y 2009.

La significación de la exportación de petróleo y gas se percibe de manera inequívoca revisando la evolución de la balanza comercial del país, en la que estos elementos fueron los proveedores de un alto porcentaje de las divisas obtenidas por la exportación (cuadros 14 y 15).

Cuadro 13

Evolución del pbi real y del pbi por habitante de Rusia, 1999-2010

(en dólares de 2000)

(1999 = 100)

Año	PBI	PBI/hab.
1999	100	100
2000	110	115
2001	115	122
2002	121	128
2003	130	138
2004	139	149
2005	148	159
2006	159	173
2007	172	188
2008	182	198
2009	168	183
2010	174	188 (estimado)

Fuente: elaboración propia a partir de Marshall Goldman (2008) y Russian Statistics.

Cuadro 14

Balanza comercial de Rusia, 1999-2010

(en miles de millones de dólares)

Año	Exportaciones	Importaciones
1999	74,7	40,4
2000	105,9	44,9
2001	103,2	53,8
2002	107,2	61,0
2003	135,5	75,4
2004	183,2	94,8
2005	245,2	125,1
2006	303,9	164,7
2007	316,5	198,1
2008	471,8	292,0
2009	295,6	169,8
2010	396,4	299,0

Fuente: Marshall Goldman (2008) y Ria Novosti.

Cuadro 15

Porcentaje de las exportaciones de petróleo y gas

respecto del total de exportaciones

Año	Porcentaje
2001	51,2
2002	52,4
2003	54,2
2004	54,7
2005	61,1
2006	63,3
2007	61,5
2008	65,9
2009	s/d
2010	s/s

Fuente: Simon Pirani (2010).

Uno de los problemas que limitan el optimismo es la persistencia de una elevada inflación, que sólo en tres años de la década no alcanzó los dos dígitos:

Cuadro 16

Evolución del índice de precios al consumidor

(en %)

Año	Porcentaje
2000	20,8
2001	21,5
2002	15,8
2003	13,7
2004	10,9
2005	12,7
2006	9,7
2007	9,0
2008	14,1
2009	11,7
2010	8,7

Fuente: estadísticas del Banco Mundial.

Los beneficios provenientes de la favorable situación internacional permitieron a Rusia tomar distancia respecto de la crisis de 1998 y en general de la grave situación que atravesó a lo largo de toda la década de 1990.[142] La disponibilidad de recursos le dio al presidente Putin la posibilidad de avanzar en las transformaciones económicas, de asegurar la posición de quienes detentaban el poder económico en el país y también de desarrollar, como veremos en el apartado correspondiente, una política exterior de elevado protagonismo, apuntando a recuperar el rol de gran potencia perdido durante la gestión de Yeltsin. La caracterización de Rusia como un "Estado petrolero"[143] se ve complementada por una situación de privilegio en cuanto al abastecimiento de gas a Europa, lo que constituye un elemento de presión en el ámbito de las relaciones exteriores, a lo que es preciso agregar otro elemento: el hecho de que se trata de una potencia con un armamento nuclear importante.

En general los estudiosos sostienen que mientras los ingresos por la exportación de petróleo le aportaron al Estado ruso una cantidad de recursos que le permitió afrontar el pago de buena parte de su deuda externa, el aprovisionamiento de gas y el transporte del mismo hacia el oeste convirtió al país en una superpotencia energética. El crecimiento de la exportación puede apreciarse en el cuadro 17:

El tema de la utilización del gas ruso se remonta a mediados de la década de 1980, cuando las autoridades de Alemania, primero Helmut Kohl y luego su sucesor socialdemócrata Gerhard Schroeder, decidieron que, a los efectos de reducir su dependencia energética respecto de los países árabes, Alemania debía impulsar la importación de gas natural proveniente de la Unión Soviética, y más tarde de su principal sucesor, Rusia. Pero este nuevo vínculo ya tenía precedentes: durante décadas, las principales compañías petroleras internacionales (las denominadas "siete hermanas") se habían abstenido de comprar petróleo soviético, a los efectos de impedir que "tirara abajo" sus precios en el mercado capitalista. Esta situación empezó a modificarse con la crisis de la década de 1970: no sólo se comenzó a importar petróleo de la Unión

Soviética sino que a los efectos de reducir la dependencia respecto del oro negro en Alemania se puso en marcha la idea de construir un gasoducto que le permitiera abastecerse de gas proveniente de la Unión Soviética. La construcción de ese gasoducto, además, iba a constituir una importante fuente de creación de empleo. La oposición del presidente Ronald Reagan a esta vinculación con "el imperio del mal" no tuvo éxito; lo máximo que obtuvo fue la promesa, luego incumplida, de que se iba a limitar el consumo de gas soviético al 30% del consumo total del país.

En ese escenario, adquirió fundamental significación la principal de las corporaciones rusas, Gazprom, la mayor exportadora de gas, un complejo que engloba compañías productoras, refinerías, cañerías de transporte, empresas exportadoras, institutos de investigación, que ocupa a más de cuatrocientas mil personas. La importancia de esta empresa de propiedad mayoritariamente estatal comenzó a percibirse con claridad a partir del segundo mandato de Putin.

Gazprom fue fundada en 1989 por el ministerio soviético del gas y del petróleo pero su historia comenzó en las décadas de 1970 y 1980 a partir del descubrimiento de gas en Siberia, los Urales y en torno al Volga, lo que convirtió a la Unión Soviética en uno de los principales productores mundiales de gas.[144]

A partir de su creación, la corporación Gazprom se dedicó a la búsqueda, extracción, distribución y venta de gas. Su primer presidente fue Viktor Chernomirdin que, como sabemos, fue más tarde primer ministro de Yeltsin.

Cuadro 17

Evolución de los ingresos provenientes de

la exportación de gas natural, 2000-2008

(2000 = 100)

2000	100
2001	107
2002	96
2003	120
2004	131
2005	178
2006	264
2007	269
2008	410

Fuente: elaboración propia a partir de estadísticas del Banco Mundial.

Con el derrumbamiento de la Unión Soviética a fines de 1991, Gazprom había perdido gran parte de sus activos, distribuidos a lo largo de todo el territorio soviético. Gracias a la gestión de Chernomirdin, recibió importantes exenciones tributarias y también incrementó su influencia política. Como parte de las reformas que puso en marcha Yeltsin, Gazprom se transformó en sociedad anónima en 1992, limitando a no más del 9% la propiedad por parte de extranjeros. A partir de 1995, la empresa comenzó a firmar contratos para la entrega de gas a países extranjeros, pero fue con el gobierno de Putin cuando, de la mano del aumento del poder del gobierno en su administración y en la propiedad, Gazprom creció sostenidamente ampliando su área de negocios y transformándose en el principal instrumento de la política exterior rusa. Asimismo, ha realizado una notable ampliación de sus actividades, sobre todo a partir del conglomerado Gazprom Media, propietario, entre otros medios, de un canal de televisión y de dos de los más influyentes diarios del país.

El cliente principal de Gazprom es Europa, que se abastece en un 25% de gas ruso no sólo por volumen de compra sino por ser el mercado que paga un mayor precio. El gas para Europa es transportado en un 80% a través de Ucrania, pero ese porcentaje descenderá al 50% una vez que estén concluidos los gasoductos de Nord Stream –por el mar Báltico hacia Alemania y luego hasta Inglaterra– y de South Stream, por el Mar Negro hacia Alemania y luego a Serbia, Bulgaria y Austria (mapa 3).

Presidida desde 2001 por un hombre de confianza de Putin, Alexei Miller, Gazprom ha iniciado en los últimos años una extensión de actividades que la ha llevado incluso a negociar acuerdos con países africanos como Nigeria.

La situación entonces se modificó claramente, generándose las condiciones para que a partir de 2001 desde el gobierno se impulsara una serie de reformas destinadas a intentar completar el tránsito hacia una economía de mercado. Para que esto pudiera efectivizarse se necesitaba la voluntad de ponerlo en práctica y un Poder Legislativo en disposición de aprobar las leyes que fueran necesarias.

En un discurso pronunciado el 3 de abril de 2001, Putin marcó con claridad el rumbo económico: con un talante liberal, sostuvo que debían profundizarse las políticas reformistas destinadas a completar la obra iniciada por Yeltsin, incluyendo una transformación del Estado.

El principal ideólogo y ejecutor de las reformas fue German Gref, un abogado que había trabajado con Putin en San Petersburgo; al frente de un equipo de tecnócratas elaboró un programa completo que pudo ser puesto en práctica cuando el nuevo presidente lo designó ministro de desarrollo económico y comercio, una suerte de superministerio, y el gobierno adoptó su programa dirigido.

Los aspectos más salientes de ese programa fueron los siguientes:

1) Una profunda reforma fiscal, destinada a introducir racionalidad en un ámbito donde dominaba la arbitrariedad y la ineficiencia. El número de impuestos constituía una cantidad enorme y la mayor parte de ellos era de carácter regional; la aplicación de las leyes fiscales era azarosa, y quienes entraban en la mira del sistema debían recurrir a algún tipo de acuerdo (corrupto) con las autoridades para dejar de ser perseguidos.

La reforma apuntaba a simplificar el sistema, disminuyendo el número de impuestos de manera drástica y estableciendo una mayoría de gravámenes de carácter nacional, lo que iba perfectamente en la línea centralizadora del gobierno de Putin. El principal cambio fiscal fue el reemplazo de un impuesto personal a las ganancias progresivo, que llegaba hasta el 30%, por un impuesto fijo del 13%. Desde la perspectiva de los análisis de corte liberal, la reducción de la tasa y el establecimiento de un monto fijo permitieron que saliera a la superficie una gran cantidad de dinero que, sustraída hasta el momento a cualquier control fiscal, ahora comenzó a incluirse en los circuitos económicos legales. Las estadísticas citadas indican que el impuesto personal a las ganancias pasó del 2,4% del pbi en 1999 al 3,3% en 2002.

2) Una racionalización del Estado. El peso de la burocracia en Rusia era enorme, continuación de una tradición que venía desde la época zarista incrementada durante el período soviético. Una vez producida la transformación de la

estructura económica, durante varios años el aparato burocrático constituyó una notable traba para el desarrollo de la empresa privada: se ha citado que un negocio de tamaño medio era inspeccionado un promedio de 37 veces para el control de las licencias para funcionar y 104 veces para chequear otros certificados.

Se intentó modificar esta situación con un conjunto de leyes que justamente apuntaba a reducir los trámites necesarios para poner en marcha una empresa, simplificando las operaciones, y además regulando las inspecciones autorizadas, disposición que limitaba el número de inspecciones, un operativo siempre abierto a la corrupción.

Los resultados fueron importantes: en los primeros años de la década el número de empresas creció a una tasa del 6% anual, pero existe coincidencia entre los expertos respecto de que todavía el peso de la burocracia es muy elevado en relación con los estándares occidentales.

3) La privatización de la tierra. La Constitución de 1993 proclamaba al derecho a la propiedad de la tierra por parte de los ciudadanos rusos, pero hasta 2001 la oposición bloqueó en la Duma la promulgación de un nuevo código que legalizara su privatización. Con un Parlamento favorable, finalmente en octubre de ese año se logró la aprobación de una legislación de raíz capitalista; sin embargo, quedaban excluidas las tierras de cultivo. Justamente, la privatización de estas últimas fue el paso siguiente, lo que se efectivizó por medio de una ley sancionada en julio de 2002. Sin embargo, la legislación nacional establecía que cada región debía sancionar su propia ley, por lo que de acuerdo con el signo político de quien gobernara en cada territorio podía darse una legislación restrictiva o una liberal. De cualquier manera, como casi todo lo que ocurre en Rusia, la posibilidad de comprar tierras estuvo ligada a los contactos que se podían tener en los gobiernos provinciales, con la consecuencia de que quienes dispusieron de mayores recursos adquirieron enormes extensiones, mientras que las familias de campesinos no tuvieron oportunidad de convertirse en propietarios.

4) En febrero de 2002 fue puesto en vigencia un nuevo código laboral, que a

partir del viejo código soviético introducía algunas modificaciones cercanas a los criterios aplicados por la socialdemocracia occidental, pero incluyendo cláusulas como la que abarataba el despido o la que liberaba a los empresarios de la negociación salarial con los sindicatos. De cualquier manera, el mercado laboral se mantuvo flexible como consecuencia de los bajos seguros por desempleo. La tasa de desocupación experimentó una caída sostenida desde el 13% en 1999 al 6,2% en 2008, año anterior a la crisis, y si bien ésta la llevó nuevamente hacia arriba, en 2011 nuevamente comenzó a descender:

Gráfico 2

Tasa de desempleo, 1998-2010

(en porcentaje)



13
11
9
7
5
1999
2000
2001
2002
2003
2004
2005
2006
2007
2008
2009
2010

Fuente: Anders Aslund (2007) y cia World Factbook.

5) La más ambiciosa reforma social fue la que afectaba el sistema de pensiones. El viejo sistema, con fuerte tendencia al igualitarismo, había sido socavado por la inflación, por lo que los ingresos de los pensionados apenas superaban el nivel de subsistencia. La reforma, basada en las recomendaciones del Banco Mundial, apuntaba a mantener una mínima pensión estatal para todos, un sistema de ahorro privado compulsivo y un tratamiento fiscal favorable para quienes realizaran ahorros privados a los efectos de incrementar su pensión. Sin embargo, el escaso beneficio que dispuso el gobierno para quienes decidieran ahorrar determinó que la reforma no fuera demasiado lejos, salvo en la continuidad de una situación difícil para los pensionistas de menores ingresos.

Habría que agregar que las posibilidades que brindaba la recuperación económica –y la voluntad de tener una política exterior activa– permitieron encarar ahora de manera seria una modernización de las fuerzas armadas, luego de los difíciles años de la época de Yeltsin. El punto de partida, por supuesto, fue un aumento del gasto militar. Los militares, si bien manteniendo un nivel de vida bajo, comenzaron a cobrar sus sueldos en fecha, y hubo avances en el tema de la disminución de efectivos, a la búsqueda de la conformación de un ejército profesional, en condiciones de responder a los desafíos que planteaba una realidad en la que el presidente Putin aspiraba a que Rusia controlara un amplio espacio territorial.

Además, ante la identificación de nuevos desafíos como el narcotráfico, el terrorismo, la proliferación de armas de destrucción masiva y la inestabilidad por cuestiones étnico-religiosas, se comenzó a enfatizar la idea de que no bastaban los misiles estratégicos para enfrentarlos, por lo que había que reorientar los objetivos prestando mayor atención a la producción de armas convencionales.

La segunda presidencia de Putin estuvo dominada en el terreno económico por la creciente convicción respecto de que el camino para que el país recuperara su nivel tras la debacle de la década de 1990 pasaba fundamentalmente por el

aprovechamiento de los recursos naturales que posee en gran cantidad –por delante de todos, petróleo y gas– y por una estrategia que, a pesar de la retórica liberal que el presidente usaba en algunas de sus presentaciones públicas, apuntaba a recuperar el control del Estado sobre las grandes empresas encargadas de la producción y distribución de los productos clave para la exportación. Por supuesto, este control podía ejercerse disponiendo el Estado de la mayoría de las acciones de esas empresas, maniobrando para colocar agentes gubernamentales en los ámbitos donde eran tomadas las decisiones estratégicas, o esgrimiendo diversos tipos de amenazas para “convencer” a los propietarios de las empresas de que siguieran los lineamientos generales de la política gubernamental. De esta manera, en una estructura económica en la que coexistían un Estado intervencionista y un sector privado importante, los objetivos planteados desde la gestión gubernamental permiten utilizar la expresión “capitalismo de Estado”. Y ésta es la manera de definirlo, a pesar de que el mismo Putin declaró en 2007 ante empresarios alemanes:

El desarrollo de las corporaciones del Estado no es un fin en sí mismo. Han sido creadas para impulsar el desarrollo en aquellas áreas en las que las empresas privadas no muestran interés. No vamos a desarrollar un capitalismo de Estado. No es nuestro camino. Pero sin el apoyo del Estado no seremos capaces de reconstruir importantes segmentos de nuestra economía. (Citado por Stuermer, 2009)

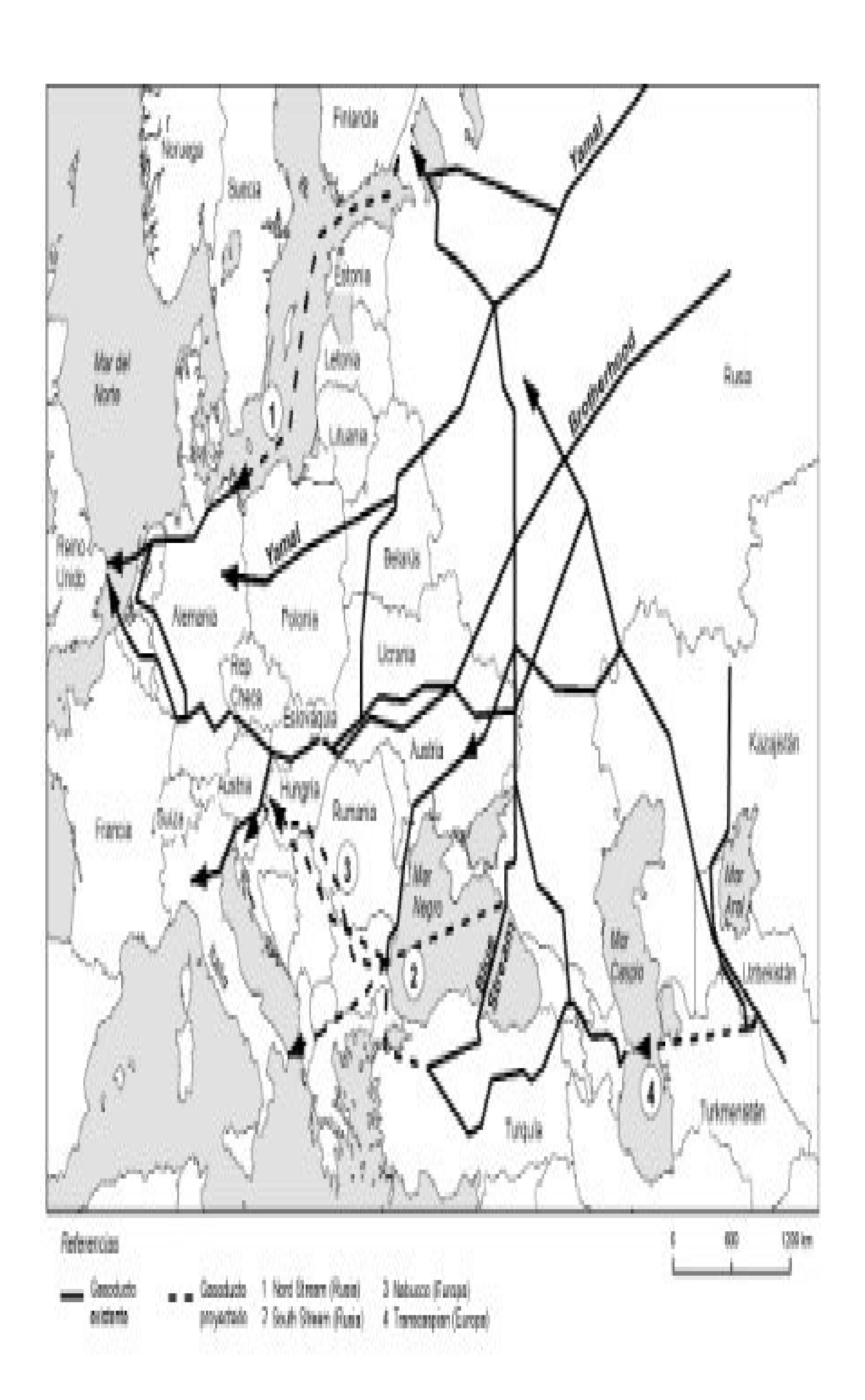
La presencia de inversiones extranjeras fue significativa –en 2006 Rusia fue el tercer país receptor europeo en volumen de inversiones directas–, aunque los proyectos de largo plazo se vieron siempre atravesados por la desconfianza existente respecto del comportamiento de las instituciones y del funcionamiento del aparato legal.

La importancia de la gestión de Putin residió en que la favorable coyuntura internacional fue aprovechada para desarrollar una estrategia en la cual la aportación de los recursos provenientes de las exportaciones petroleras por medio de oleoductos (mapa 4), y sobre todo las de gas, constituyeron la base para desarrollar una activa política exterior.

En este escenario, es preciso destacar la significación adquirida por la provisión de gas al continente europeo (mapa 3): los gasoductos que conducen este elemento a Occidente han adquirido una importante dimensión. La dependencia de algunos países europeos respecto del gas puede apreciarse en el cuadro 18, y una porción importante es provista por Rusia.

Mapa 3

Gasoductos que conectan Rusia con Europa


Finlandia
Noruega
Suecia
Yamal
Estonia
Mar del Norte
Letonia
Rusia
Brotherhood
Lituania
Reino Unido
Yamal
Belarús
Alemania
Polonia
Ucrania
Rep. Checa
Eslovaquia
Austria
Kazajstán
Hungría
Rumania
Francia
Mar Negro
Mar Caspio
Mar Aral
Uzbekistán
Turquía
Turkmenistán
Referencias
0
600
1200 km
Gasoducto existente
Gasoducto proyectado
1 Nord Stream (Rusia)
2 South Stream (Rusia)
3 Nabucco (Europa)
4 Transcaspian (Europa)

Cuadro 18

Dependencia de países europeos del gas natural, 2006

(en porcentaje del consumo total de energía)

País	Porcentaje
Suiza	13
Países Bajos	17
Francia	23
Italia	32
Alemania	40
Eslovenia	51
Rumania	63
Polonia	63
República Checa	75
Hungría	77
Austria	78
Grecia	84
Bulgaria	100
Eslovaquia	100
Finlandia	100
Estonia	100
Letonia	100
Lituania	100

Fuente: Edward Lucas (2008).

Más allá de las visiones de carácter conspirativo, a las que algunos analistas son por cierto extremadamente sensibles, lo cierto es que Putin recurrió a lo que se ha denominado con frecuencia “la diplomacia de los hidrocarburos”. La clave reside en que el presidente de Rusia utilizó la importancia estratégica de las provisiones de gas para Europa como un elemento destinado a reubicar a Rusia en una situación de privilegio en el escenario internacional (ver el apartado “Putin y las relaciones exteriores”).

La prosperidad generada por la favorable coyuntura internacional dio margen para que el gobierno llevara adelante dos tipos de políticas: por una parte, un manejo conservador de la política fiscal, con un superávit presupuestario del 7,% del pbi en 2005 y 2006, que estableció un clima poco propicio a reformas importantes; por otra, se creó una situación en la cual se verificó una importante disminución de la pobreza, aunque probablemente el mayor logro haya sido inicialmente el pago de salarios y pensiones en fecha, como vimos, una cuestión de notable importancia en la década de 1990, afectada en su mayor parte por los recurrentes desbordes inflacionarios. Además, los salarios experimentaron un significativo aumento, por encima de los niveles de inflación, elevados para los países desarrollados pero ciertamente manejables para un país como Rusia, que vivió al borde de la hiperinflación en buena parte de la década anterior.

Mapa 4

Oleoductos que conectan Rusia con Europa



Murmansk
Varandey
Pechora
Suecia
Ukhta
Finlandia
Oleoducto del Báltico
Primorsk
San Petersburgo
Rusia
Estonia
Kirishi
Yaroslavl
Letonia
Lituania
Moscú
Rostock
Kaliningrado
Samara
Belarús
Polonia
Leipzig
Praga
Rep. Checa
Ucrania
Eslovaquia
Kazajstán
Austria
Hungría
Odesa
Tengiz
Novorossiysk
Tikhoretsk
Rumania
Tuapse
Kuryk
Mar Caspio
Italia
Mar Negro
Bulgaria
Tiflis
Ankara
Bakú
Turkmenistán
Turquía
Ceyhan
Siria
Mar Mediterráneo
Irak
Irán
Jordania
Libia
Egipto
Arabia Saudí
Referencias
Oleoducto existente
1 Bakú-Tiflis-Ceyhan (BTC)
2 Caspian Pipeline Consortium Project (CPC)
Oleoducto proyectado (Murmansk)
Terminales

El sector agrario, por su parte, protagonizó una notable recuperación durante la década, apreciable prácticamente en toda la producción.[145] Desde el gobierno hubo políticas destinadas a impulsar un sector que había sufrido una debacle en los años 90. Ya antes de asumir, Putin había sostenido que “la recuperación de Rusia es impensable sin la recuperación del sector agrario”. La aportación estatal a la recuperación se centró en dos aspectos: 1) la creación de una base institucional que estabilizara el sector agrario creando las condiciones para el crecimiento, y 2) la introducción de asistencia financiera para desarrollar la producción, mejorando la competitividad internacional en algunos casos y contribuyendo a disminuir la importación en otros. En el primer tema, la legislación que impulsó la privatización de la tierra, a pesar de las citadas diferencias regionales en cuanto a la posibilidad de acceso, creó las condiciones para que los derechos de propiedad fueran respetados, condición ineludible para el desarrollo de una agricultura capitalista. En cuanto al segundo, al incluirse la agricultura entre las grandes prioridades en el “proyecto nacional”, la ayuda acudió en medida significativa hacia los sectores agroindustriales, las pequeñas explotaciones y las cooperativas.

La coyuntura favorable facilitó también el desarrollo industrial, que alcanzó niveles importantes aunque en general limitado al abastecimiento del mercado interno por su escasa competitividad y en muchos casos por el sensible atraso tecnológico.[146] Un estudio reciente dedicado a analizar el nivel de las industrias de alta tecnología –software y servicios de información tecnológica, industria nuclear, aeroespacial, industria de armamentos, nanotecnología– concluye que el sector que se encuentra en mejores posibilidades es el vinculado con la producción de software, mientras que en las restantes, apenas con excepciones puntuales, es imprescindible la integración en la economía global para acceder a desarrollos tecnológicos de avanzada (Crane y Usanov, en Aslund, Guriev y Kuchins, 2010).[147]

A favor del acelerado crecimiento y de las perspectivas que generaba la coyuntura internacional, el gobierno mostró inquietudes que lo llevaron a que en 2005 se establecieran cuatro grandes prioridades –educación, salud, construcción domiciliaria y, como comentamos, agricultura–, que iban a recibir fondos adicionales para desarrollarse.

La crisis de 2008 y su superación.

Sin embargo, la dependencia respecto de la coyuntura internacional también podía deparar serios sinsabores: la quiebra el 15 de septiembre de 2008 del banco estadounidense Lehman Brothers dinamitó la economía global y Rusia no quedó al margen.

Hasta avanzado 2008, las instituciones financieras rusas atraían activamente capitales occidentales que especulaban en un mercado de alta rentabilidad. Sin embargo, ya antes del colapso de octubre, originado en Estados Unidos por la explosión de la “burbuja” inmobiliaria, los capitales comenzaron a huir de Rusia, lo que coincidió con el derrumbe internacional de los precios del petróleo.

Puede resumirse el tema afirmando que la crisis rusa tuvo tres componentes básicos: una severa crisis financiera que afectó a numerosos bancos y grandes empresas muy endeudadas; la ya citada caída de los precios del petróleo, y una notable recesión interna como consecuencia de una brusca disminución de la demanda.

La economía del país resultó seriamente afectada: en 2009, la caída del pbi fue del orden del 7,9%; desde luego, a esta situación contribuyó en gran medida la baja de las cotizaciones mundiales de los hidrocarburos que, como hemos comentado, representan alrededor del 60% de los ingresos por exportación.

A partir de septiembre de 2008 las dos bolsas de Moscú funcionaron a intervalos, suspendiendo con frecuencia las cotizaciones para hacer frente a los descensos de las cotizaciones de las acciones. Se ha calculado que la fuga de capitales alcanzó los 200.000 millones de dólares entre agosto de 2008 y enero de 2009 (Fadeev, en Krastev, Leonard y Wilson, 2009).

Las cifras del desempleo treparon hasta casi el 10% anual. Los créditos para personas físicas y para bancos se redujeron y las tasas de interés aumentaron, lo que agravó la situación tanto de aquellos que deseaban solicitar créditos como de los que ya habían contraído alguno. Como resultado, se observó una disminución general de la demanda de bienes y servicios, recesión, despidos generales y la transición de una crisis de liquidez a una crisis económica de proporciones.

Frente a este panorama, el gobierno anunció diversos planes de reactivación, utilizando parcialmente el dinero proveniente del fondo de estabilización,

conformado por los excedentes de los ingresos provenientes de la exportación de hidrocarburos. El principal sector beneficiado fue el financiero: una masiva inyección de dinero gubernamental tuvo como resultado que ningún banco importante quebrara. Otros sectores beneficiados fueron los vinculados con la producción interna y con los proyectos de infraestructura. El apoyo del Kremlin permitió una rápida salida de la crisis apenas se recuperaron los precios del petróleo y del gas, aunque los problemas estructurales de la economía soviética, en primer término la falta de eficiencia de su aparato industrial, incapacitada para competir en el escenario del capitalismo global, no fueron encarados de manera estructural, a pesar de ser objeto de referencia continua en los discursos de los integrantes de la "tandemocracia".[148]

Se ha insistido en que en las altas esferas del gobierno ruso existe una tensión entre quienes desean avanzar en el proceso de transformación de la economía, disminuyendo el amplio poder recuperado por el Estado en los años de gobierno de Putin, y quienes se atrincheran en posiciones que, a partir de tomar al sector energético como palanca para el crecimiento, aspiran a mantener el control gubernamental en amplios sectores de la actividad productiva (Mankoff, 2010). Si para algunos esta tensión va acompañada del alineamiento de Dimitri Medvedev y Vladimir Putin respectivamente en cada uno de los bandos, algo que no está probado (ver apartado siguiente), el hecho de que las reformas no se hayan efectivizado totalmente constituye una prueba más del control de la situación por parte del ex presidente, ahora primer ministro.

Hacia mediados de 2009, en el xiii Foro Económico Internacional de San Petersburgo, el presidente Medvedev pronunció un discurso en el que sostuvo que la política anticrisis del gobierno había sido exitosa, una afirmación que, con matices, es compartida por los especialistas en economía.

Ya hacia los últimos meses de 2009 se retomó el rumbo del crecimiento impulsado por el crecimiento de las exportaciones, y en particular de la recuperación del precio del petróleo.[149] Las cifras correspondientes al pbi muestran un incremento del 2,7% en dólares de 2000 y a lo largo de 2011 la economía ha mantenido su rumbo ascendente. Las controversias se agudizan cuando se analizan las posibilidades de evolución del modelo económico ruso en el largo plazo, tema que se abordará en las Conclusiones.

Uno de los serios problemas existentes en la vida económica rusa es la continuidad de una corrupción que se manifiesta a todos los niveles, ya que no

sólo involucra a la administración pública sino también al Poder Judicial e incluso a las fuerzas armadas. Primero Putin durante su gestión, y luego Medvedev, han puntualizado en repetidas ocasiones la necesidad de luchar contra esa lacra enquistada en todos los ámbitos de la vida económica y política, pero lo cierto es que los resultados son tan magros como para pensar que la retórica gubernamental no tiene correspondencia en los hechos.

Algunos analistas han sostenido que la importancia de la corrupción desvaloriza el proceso democrático en su conjunto al desalentar la participación política. Como consecuencia, se ha difundido entre la sociedad la idea de que todos los que se dedican a la política son ladrones. La imagen de Putin como “hombre recto” ha contribuido sin duda a su popularidad, porque la sociedad lo ve como “diferente”, pero la realidad es que el clima de corrupción persiste y parece un componente fundamental del capitalismo tal como se ha estructurado en la Rusia postsoviética.[150]

La evolución política

Desde el comienzo de su mandato, el nuevo presidente se vio enfrentado a duros desafíos; por ejemplo, había una expectación general respecto del personal que lo iba a acompañar en su gestión. En un primer momento, Putin mantuvo a su lado el grupo cercano a Yeltsin; evidentemente, no estaba en condiciones de tomar distancia respecto de quienes lo habían llevado al poder. Sin embargo, progresivamente se fue incorporando el plantel de colaboradores que lo había acompañado en su gestión en San Petersburgo. Asimismo, existía un tercer grupo, el de tecnócratas liberales, controlado en las sombras por Chubais.

A la hora de conformar su gabinete, Putin se vio presionado de tal manera que el conjunto mostraba la presencia de los diferentes grupos y por consiguiente los límites de su poder. La designación de Mijaíl Kasianov como primer ministro parecía mostrar de manera inequívoca la influencia de la "familia". Los límites del poder del presidente se pudieron constatar a la hora de designar al fiscal general de la Nación: Yeltsin en persona se comunicó telefónicamente para obligarlo a cambiar su decisión.

Para contrarrestar estos sucesos, que ilustraban sobradamente respecto de las dificultades que tenía Putin para ejercer plenamente su poder en confrontación con quienes sobrevivían de los años de Yeltsin, el nuevo presidente se orientó hacia el reforzamiento del poder central limitando la independencia de las regiones. El punto fundamental en esta tarea fue la creación de siete okrugs (regiones) que cubrían el territorio del país y cuyas autoridades reportaban al presidente. De esta manera, las veintiún repúblicas y el resto de las instituciones político-territoriales que conformaban la Federación Rusa, cuyas autoridades durante la década anterior habían actuado con un elevado nivel de autonomía desarrollando prácticas en las que la corrupción era un elemento esencial, ahora se encontraban limitadas por una estructura burocrática que acotaba su accionar, con mucha frecuencia contrario a lo establecido por la Constitución de 1993. Las autoridades de las nuevas regiones estaban encargadas de hacer cumplir las leyes federales en todos los territorios sobre los que tenían jurisdicción. Además, la disposición que otorgaba al presidente la posibilidad de destituir a los

gobernadores le concedía un enorme poder, y era de imaginar una fuerte reacción de los afectados, pero ésta no se produjo; los líderes regionales optaron por enfrentar el problema por la vía de la negociación particular con el Kremlin.

A medida que ganaba confianza, Putin pudo avanzar en otros temas. Uno de los fundamentales era el vinculado con la prensa: poco a poco emergieron sus concepciones autoritarias, que lo llevaron a concebir la relación con los medios a partir de la idea de que cualquier crítica era considerada un ataque contra el Estado.

Los teóricos del Kremlin, encabezados por Vladislav Surkov, el principal ideólogo y manipulador informativo, han definido el régimen instalado a partir de la gestión de Putin como una "democracia soberana", entendiendo por esa expresión un híbrido en el que se combinan los valores democráticos occidentales con el respeto a las tradiciones propias de la "identidad nacional" rusa. De esta manera, se aspira a señalar la existencia de una supuesta especificidad de Rusia que le impediría adoptar un modelo como el de Occidente. La diferencia se manifiesta sobre todo en su concepción del papel de la sociedad civil y su relación con el poder estatal, claramente favorable al segundo: por ejemplo, al considerar que las organizaciones no gubernamentales no deben adoptar una posición crítica frente al Estado sino cooperar con él en el marco de instituciones oficiales creadas al efecto. También se enfatiza la idea de "vertical del poder" (expresión muy utilizada por Putin), es decir, una subordinación de todos los órganos del Poder Ejecutivo a las órdenes del presidente, más que una división de funciones. En esta idea se deja entrever un claro temor a perder el control de los acontecimientos si se aumentara el papel de otros actores, como el Parlamento o la propia sociedad civil. En palabras de Dimitri Medvedev, el sucesor de Putin (citado por Treisman, 2011):

Un Estado así sólo puede ser controlado con la ayuda de un poder presidencial fuerte. Si Rusia se convierte en una república parlamentaria, desaparecerá. Estas tierras se unieron a lo largo de siglos y es imposible administrarlas de otra forma.

Pero este modelo de régimen tenía un trasfondo social ya citado en este texto: el encumbramiento de una reducida elite que pasó a detentar un inmenso poder

económico que había tendido sus redes hacia otros ámbitos, como los medios de comunicación, y que había avanzado significativamente sobre el poder político. Por lo tanto, para producir cambios era preciso actuar con cautela. Un ataque frontal bien podría conducir a una masiva huida de capitales, poniendo en riesgo la incipiente recuperación económica que constituía la baza principal de Putin en el proceso de consolidación de su poder.

La primera demostración del poder del nuevo presidente –y de las concepciones que orientaban su gestión– fue el ataque contra la compañía Media-Most, que incluía el importante canal de televisión ntv controlado por el oligarca que en mayor medida se había dedicado al control de los medios de comunicación, Vladimir Gusinski. Que este personaje estuviera en la mira del nuevo presidente era explicable: había apoyado a los oponentes de Putin en las elecciones, y en su canal se mostraban muy críticos con su figura y su gestión.[151] El caso es que en junio de 2000 Gusinski fue encarcelado, algo absolutamente impensable muy poco tiempo atrás. Si bien más tarde fue dejado en libertad, la persecución de que fue objeto condujo a que se marchara apresuradamente de Rusia.

A esta primera demostración siguió el avance sobre los grupos vinculados a la comunicación en poder de quienes aparecían como opositores, y en esta línea le tocó el turno a Berezovski, quien luego de haber impulsado la candidatura del nuevo presidente mostraba en el canal ort, que estaba bajo su control, un perfil crítico de la figura de Putin. Esa situación se tornó más grave cuando se produjo el hundimiento del submarino Kursk (ver más adelante), y su desenlace tuvo cierta similitud con lo ocurrido con Gusinski: el fiscal general empezó a investigar los negocios de Berezovski y éste optó por emigrar.[152]

De cualquier manera, no se trataba de un ataque en regla contra los oligarcas: unas declaraciones del entonces primer ministro Kasianov apuntaban en un sentido claro: la nueva administración iba a respetar a la elite financiera si ésta respetaba al gobierno.[153]

Esta primera situación de tensión, sumada a una serie de iniciativas por parte de los fiscales en busca de irregularidades en algunas empresas recientemente privatizadas, pareció resolverse en la reunión que el 28 de julio de 2000 mantuvo Putin con veintiún de los principales hombres de negocios del país. Los resultados de ese encuentro son objeto de discusión, pero tanto los medios de comunicación como los analistas han sostenido que se llegó a un acuerdo por el cual, a cambio del respeto a los derechos de propiedad de los oligarcas –que

incluía, por supuesto, la no revisión de los caminos por los cuales accedieron a su actual posición–, se reclamaba una clara actitud de subordinación al poder político. Entonces, la razón de esta actitud diferenciada del gobierno era evidente: para Putin, tanto Gusinski como Berezovski, poseedores de importantes medios de comunicación, los estaban utilizando para sus propios objetivos políticos, lo que era visto por el presidente y quienes lo rodeaban como un desafío a su poder. Como bien se ha comentado, "si muchos de los oligarcas se involucraron en la política a los efectos de defender sus negocios, Gusinski y Berezovski parecían utilizar sus negocios como instrumentos para apuntalar sus agendas políticas" (Tompson, en Pravda, 2005).

Planteada así la situación, la mayoría de los magnates aceptaron las nuevas reglas de juego, y en realidad la propuesta de Putin les resultaba conveniente: si bien en la década anterior habían edificado su fortuna aprovechándose de la debilidad del Estado, ahora estaban dispuestos a apuntalarlo para que, entre otras funciones, protegiera sus derechos y creara el clima favorable para los negocios –ahora en general más transparentes– que deseaban desarrollar. El reclamo por el cumplimiento de las leyes resultaba paradójico por parte de quienes las habían manipulado y con frecuencia burlado durante el gobierno de Yeltsin. Una prueba de la confianza que generó la nueva administración fue que la salida de capitales disminuyó fuertemente, y en 2003 por primera vez la balanza exterior de capitales privados dio superávit.

Por supuesto, las luchas entre los grandes grupos económicos continuaron, y las privatizaciones que se llevaron a cabo en los primeros años de gobierno de Putin mostraron la continuidad de las operaciones de lobby tal como se llevaban a cabo en la década anterior; las decisiones se adoptaban con frecuencia a partir de consideraciones políticas. Pero sin duda la situación se había modificado; el peligro de que las acciones del pasado inmediato fueran revisadas estaba latente.

Por lo tanto, luego de los primeros traspiés Putin aparecía solidificando su posición y logrando el control de fuerzas que en el pasado reciente habían logrado acotar el poder presidencial. La sociedad rusa apoyaba mayoritariamente a quien parecía mostrar autoridad y capacidad de decisión.[154]

Estos rasgos fueron puestos duramente a prueba en poco tiempo: el 12 de agosto el submarino atómico Kursk se hundió en el mar de Barents durante unos ejercicios, accidente que produjo la muerte de los 118 tripulantes. Los intentos de rescatarlos empezaron tarde –seis días después del hundimiento– y se actuó

de manera extremadamente ineficiente. Los mensajes que envió la tripulación consternaron a la sociedad rusa, que apreció tanto la impotencia de las autoridades como la vulnerabilidad de los ciudadanos frente a un Estado que poco se preocupaba por su vida. Además, el ocultamiento de lo ocurrido hacía recordar un comportamiento similar: la catástrofe de Chernobyl. La comparación mostraba que la sociedad había cambiado pero no lo habían hecho quienes ejercían el poder.

La actuación del presidente Putin en esos dramáticos momentos fue penosa: estaba de vacaciones en el Mar Negro y no las interrumpió, y la televisión lo sorprendió en una comida en la que se lo veía relajado y de buen humor. Durante varios días no pareció tomar conciencia de las dimensiones de la tragedia y no estuvo en ningún momento a la altura de las circunstancias.[155]

Si bien las encuestas destacaron una significativa caída en la popularidad del presidente, los rusos nuevamente mostraron su conformismo, y las autoridades resultaron absueltas.

De cualquier manera, Putin fue consciente de que estaba en problemas, y a partir de septiembre buscó cambiar su imagen y se lanzó a recorrer el país tomando contacto con el pueblo. El éxito que acompañó esta actividad le dio el sustento necesario para encarar reformas destinadas a consolidar su poder y acotar al máximo el accionar de quienes pudieran oponérsele.

Por si no quedaba claro a partir de sus actos, en su discurso sobre el estado de la nación pronunciado en abril de 2001, luego de un año de mandato, puntualizó que el objetivo principal de su gestión había sido recuperar el poder del Estado:

El objetivo estratégico del año pasado fue el fortalecimiento del Estado, el Estado representado por todas las instituciones y todos los niveles de poder. Es obvio que sin resolver este problema fundamental no estamos en condiciones de tener éxito en la economía ni en la esfera social [...] Un Estado realmente fuerte es también una federación fuerte. Hoy podemos decir que el período de desintegración del Estado ha quedado atrás. (Citado por Breslauer, en Pravda, 2005)

Esa concepción, sumada a su ya mencionado rechazo de la revolución y a su insistencia en su idea de que Rusia debía convertirse en un país “normal”, sustenta los argumentos de quienes afirman que Putin asumió el rol de “consolidador” de los logros de los años anteriores, acabando con las incertidumbres y las crisis.

Entre las decisiones fundamentales adoptadas durante su primera gestión se cuenta la modificación de la ley de partidos políticos que se sancionó en julio de 2001. Con el objeto de reducir al máximo el número de partidos existentes, se establecieron una serie de disposiciones que elevaban el umbral de afiliados a partir de los cuales los partidos podían ser reconocidos legalmente. De esta manera, la contienda política se limitaba casi exclusivamente al “partido del poder” –aliándose con otras agrupaciones afines, Unidad se convirtió en Rusia Unida a partir de diciembre de 2001– y al Partido Comunista, lo que le aseguraba al primero los votos de todos los que temían un retorno al pasado.

Asimismo, la transformación llegó también a la cámara alta, el Consejo de la Federación: los gobernadores regionales dejaron de ser integrantes del organismo, reemplazados por representantes permanentes de las diferentes regiones seleccionados con la activa vigilancia del gobierno central. De esta manera se aseguraba que el Consejo siguiera obedientemente las “sugerencias” del Poder Ejecutivo. Para compensar el hecho de que los gobernadores dejaban de pertenecer al Consejo –lo que incluía inmunidad parlamentaria y otros privilegios–, Putin creó el Consejo de Estado, en teoría, según el mismo Putin, “un cuerpo político de importancia estratégica”, pero en la práctica un organismo pensado para servir a los intereses del presidente, quien no sólo era el que determinaba la agenda sino también su autoridad máxima.

Finalmente, también le llegó el turno a las fuerzas armadas, aunque en este caso no hubo decisiones de fondo, en razón de lo costoso que resultaba cualquier transformación radical, imprescindible a la vista de las enormes deficiencias exhibidas durante las guerras de Chechenia.

La tan esperada recuperación económica fue la base sobre la cual se asentó la aceptación mayoritaria de la figura de Putin por parte de la sociedad, pero a ello se agregó la puesta en marcha de una estrategia destinada a ensalzar la figura del presidente y a controlar los medios de comunicación. Como bien han comentado varios observadores, mientras Yeltsin estaba rodeado de grupos enfrentados entre sí, lo que le permitía actuar permanentemente como juez, Putin dejó claro desde

el principio que no iba a permitir manifestación alguna de insubordinación, y además era el directo responsable de establecer la agenda de temas a tratar.

Durante 2001 y 2002, la vida política rusa se aquietó sensiblemente; después de las cambiantes alternativas de la década de 1990, el agotamiento pareció llegar a la sociedad; el temor a los cambios ganó fuerza a partir de los resultados del pasado reciente: muchos comenzaron a pensar que cualquier modificación podía empeorar la situación. Putin no generaba entusiasmo –al revés de lo que había ocurrido con Yeltsin al principio de su gestión–, pero su modo de gobernar y su activismo, reflejado puntualmente por los medios, sometidos al control estatal, parecían satisfacer las expectativas de una sociedad que aspiraba a la estabilidad y al orden.

En ese clima favorable fue en el que Putin terminó de conformar su base de poder, rodeándose tanto de sus camaradas de los servicios de seguridad como de quienes lo habían acompañado en su gestión en San Petersburgo a principios de la década de 1990. Asimismo, esos momentos de tranquilidad fueron aprovechados para impulsar las transformaciones económicas y legales a las que se ha hecho referencia precedentemente.

Durante esos años, Putin aparecía como liberal y estatista en proporciones similares: anunciaba la abolición de la pena de muerte pero también impulsaba una ley contra el extremismo que daba margen para enjuiciar a cualquier voz disidente; realizaba un giro pro occidental en su política exterior (ver más adelante), pero a la vez “miraba hacia otro lado” cuando se juzgaba a ciudadanos rusos acusados de pasar información secreta a los servicios occidentales o decidía el cierre del último canal de llegada a todo el país, tv-6, propiedad del exiliado Berezovski (este último caso se resolvió con la apertura de un nuevo canal que aparecía inicialmente independiente pero en buena medida subordinado al Kremlin).[156] Ese (sin duda buscado) equilibrio entre tendencias contrapuestas condujo a que los periodistas lo denominaran con ironía “el águila de dos cabezas”, pero era el resultado de que el presidente buscaba por todos los medios no destruir el frágil equilibrio existente entre quienes empujaban para avanzar en las reformas y acercarse a Occidente y quienes buscaban profundizar en las tendencias autoritarias y pensar en otras alternativas, como la posibilidad de vincularse con el ámbito asiático.

En 2003 reaparecieron las tensiones entre el Poder Ejecutivo y los oligarcas. Éstas, que giraban alrededor de los intentos de los hombres de negocios de producir cambios en la legislación de la Asamblea Federal, se veían agravadas por los conflictos existentes en el interior del gobierno: los sectores cercanos a los grupos militares y a los organismos de seguridad, carentes de un efectivo poder económico, aspiraban a luchar por incrementar su control sobre las palancas fundamentales del sistema económico a expensas de los oligarcas y del todavía influyente grupo cercano a Yeltsin.

Es en este contexto en el que se explica el denominado "affaire Yukos".[157] A partir de principios de julio de 2003 se inició una ofensiva oficial contra los directivos de la petrolera, que tuvo su manifestación más espectacular con la entrada en prisión de Mijaíl Jodorkovski el 25 de octubre.

A la pregunta de por qué el gobierno centró sus ataques en la persona de Jodorkovski –un hombre por demás rico e importante, con varios cadáveres en su armario, pero no excesivamente diferente de otros colegas– las respuestas, como en los casos a que hemos hecho referencia con anterioridad, tienden a enfatizar el hecho de que comenzó a mostrar intenciones de actuar en política, estableciendo vínculos con el gobierno estadounidense y a la vez tratando de reducir su dependencia respecto del Estado.[158] Además, el proyecto de crear una compañía petrolera fusionando Yukos y Sibneft, dos compañías que habían pasado a manos de Jodorkovski y de Berezovski en el proceso de privatizaciones efectivizado durante el gobierno de Yeltsin, daba lugar a que la nueva empresa dispusiera de las mayores reservas petroleras del mundo y la cuarta en nivel de producción. Ante esta posibilidad, las empresas competidoras, las estatales Rosneft y Transneft y la privada Lukoil, se abocaron a su desaparición de la escena. El hecho de que además Jodorkovski actuara desembozadamente en la Duma, incluso comprando diputados de diferentes partidos para bloquear iniciativas gubernamentales, le hizo ver claramente a Putin no sólo que estaba desafiando su autoridad y escapando al control del Estado sino que también planeaba impulsar cambios en el régimen y en las relaciones entre el poder económico, el Estado y la sociedad.[159]

Como resultaba relativamente fácil encontrar irregularidades en estas empresas y el control del Poder Judicial por parte del Ejecutivo era significativo, el enjuiciamiento de Jodorkovski y algunos de sus subalternos no generó problemas para Putin. La acusación no era tanto la de evadir impuestos sino la de registrar sus empresas en regiones donde la presión fiscal era menor –un

recurso utilizado por muchos empresarios–, pero de cualquier forma el oligarca fue condenado a ocho años de prisión, a cumplir en el este de Siberia. La parte principal de Yukos y su subsidiaria Yuganskneftegaz fue objeto de operaciones que culminaron con su desmantelamiento, proceso dirigido por la empresa estatal Rosneft.

El contencioso con Yukos marcó un antes y un después en la gestión de Putin. Un análisis imparcial muestra que más allá de las acusaciones –seguramente ciertas pero no imputables sólo a Jodorkovski– lo más cuestionable fue el conjunto del operativo, que puso en evidencia que la tan usada expresión "vigencia de la ley" no era seriamente respetada desde las altas esferas del poder. El comportamiento de los jueces hizo ver hasta qué punto el tema de la división de poderes no había sido internalizado, y la presunción de inocencia en ciertas circunstancias no formaba parte de sus concepciones de la justicia.

En un sentido más amplio puede afirmarse que todo el operativo marcó el definitivo ocaso del capitalismo oligárquico constituido durante el gobierno de Yeltsin, y su transformación en capitalismo burocrático, al tiempo que los siloviki incrementaron de manera notable su poder efectivo.[160] Dado que, como se ha insistido, en los últimos años de la gestión de Yeltsin el poder de los oligarcas, además de consolidarse en el campo económico, adquirió (o intentó adquirir) dimensiones políticas importantes, amenazando con alcanzar una influencia desmesurada e intentando –a veces con éxito– someter al Estado a sus deseos e intereses, el contraataque impulsado por Putin con el apoyo de la burocracia estatal anuló definitivamente el poder de aquellos integrantes de la oligarquía que intentaban desplegar un proyecto independiente. Esta ofensiva no atentó contra los oligarcas como elite, que subsistieron, e incluso aumentaron en número y en riqueza.[161] Pero ya carecían del poder de ejercer algún tipo de influencia efectiva sobre el Poder Ejecutivo. Para decirlo de manera más clara: Roman Abramovich, el principal oligarca sobreviviente, uno de los diez hombres más ricos del mundo, puede seguir enriqueciéndose, e incluso darse el lujo de comprar clubes de fútbol en cualquier lugar del planeta, pero siempre teniendo presente que su suerte puede variar rápidamente si muestra intenciones de tomar distancia respecto de quienes están al frente del gobierno.

La reelección.

Durante 2003 la escena política se vio alterada debido a que para diciembre estaban convocadas las elecciones parlamentarias, y a principios de marzo les tocaba el turno a los comicios presidenciales.

Al mismo tiempo, era el momento adecuado para realizar una evaluación de la gestión de quien tan sorprendentemente había accedido a la presidencia de Rusia. En primer término, y apartándonos de los logros económicos que pueden ser objeto de debate en cuanto a su nivel de responsabilidad, no caben dudas respecto del hecho de que tras los agitados días de 1998 la situación del país se normalizó, situación que le ganó el apoyo de amplios sectores de la ciudadanía. Las encuestas realizadas a lo largo de su primer período de gestión mostraron una aprobación promedio del 73%, mientras que, por el contrario, cuando se evaluaba la performance gubernamental el porcentaje de aprobación se reducía al 37% (Rose, Mishler y Munro, 2006).

Mientras Yeltsin hacía valer su autoridad promoviendo conflictos y produciendo cambios de gobierno, el estilo de Putin se caracterizaba por evitar las confrontaciones directas, a los efectos de preservar su autoridad. Si por alguna razón no lograba el objetivo que se había propuesto, por ejemplo el alejamiento de su cargo de algún gobernador o titular del Ejecutivo en alguna región, apelaba al método de encargar al fiscal general una investigación acerca de sus actividades; en un país como Rusia esto es más que suficiente para lograr el objetivo propuesto.

Sin embargo, el hecho de que todo el edificio político funcionara sobre la base de la subordinación a una persona generaba dudas respecto de su verdadera estabilidad, ya que si por alguna razón se producía la pérdida de prestigio del líder, esta situación dejaba al gobierno en una posición de debilidad. Esto no ocurrió durante el primer período de gobierno, pero condujo en adelante a la búsqueda de alguna alternativa diferente en el ejercicio del poder.

La campaña electoral para la Duma se inició cuando estaba desplegándose el operativo contra Yukos, y sin duda alguna esta cuestión tuvo gran importancia en todo el proceso. Algunas encuestas realizadas en los primeros meses del año mostraban una baja intención de voto para Rusia Unida, a la que situaban por

detrás del pcfr. El ataque a Jodorkovski, entonces, fue un factor que decidió el voto de muchos ciudadanos; los oligarcas eran muy odiados por el grueso de la sociedad, y ver a uno de ellos –sin duda el más importante de los que residían en Rusia– juzgado y encarcelado era una buena noticia. De hecho, las encuestas realizadas en esos días mostraban que alrededor del 75% de la sociedad apoyaba la “revolución antioligárquica” de Putin; sin embargo, curiosamente, sólo alrededor del 25% pensaba que el ataque contra Jodorkovski estaba motivado de manera exclusiva por las irregularidades en las que había incurrido la compañía, sin ninguna motivación política por parte del Ejecutivo.

Pero, asimismo, en las urnas no se jugaba el futuro del gobierno; podía estar en disputa quién iba a obtener mayor cantidad de diputados, si el partido del gobierno o el Comunista, pero eso no constituía un problema serio para quienes estaban al frente del Ejecutivo. Se consideraba más importante el grado de apoyo electoral que iba a recibir Putin en las elecciones presidenciales, ya que la posibilidad de no contar con los votos suficientes para evitar una segunda vuelta sin duda minaría las bases de su legitimidad.

La necesidad de contar con un “enemigo” en las urnas llevó al trust de cerebros que rodeaban a Putin a volver sobre el tema del retorno del comunismo; el hecho de que el pcfr fuera el único partido con una base electoral importante pero con un techo bastante claro determinó que fuera objeto de ataques destinados a movilizar a los indecisos que no comulgaban enteramente con el estilo y/o la gestión del presidente. Pero sin duda los comunistas contribuyeron a darle argumentos al gobierno al incluir a integrantes de Yukos en sus listas.

Además, desde el Kremlin se facilitó la creación de un partido de orientación izquierdista con un discurso también nacionalista, Patria (Rodina), cuyo objetivo era cosechar votos de descontentos con el accionar opositor del pcfr, y que compartía con el gobierno la posición “antioligárquica” generada por el “affaire Yukos”.

La campaña, repitiendo situaciones anteriores, se caracterizó por el monopolio de los medios de comunicación por parte de Rusia Unida y la presencia constante del presidente. La incidencia de Putin, considerada decisiva, fue acompañada de una negativa constante a participar en cualquier tipo de debate, e incluso a una situación inédita en cualquier país democrático: Rusia Unida carecía de programa; sólo tenía un líder. En el interior del país, los dirigentes adscriptos al partido gubernamental recurrieron a diferentes expedientes para

llevar a los electores a las urnas, organizando conciertos o repartiendo regalos, aunque algunos también echaron mano a diversas amenazas hacia los que no concurrieran a votar.

El resultado de las elecciones mostró un triunfo rotundo del partido del gobierno, aunque es de destacar que la participación apenas superó el 55% (cuadro 19); por primera vez desde el fin de la Unión Soviética, quienes estaban en el poder lograban imponerse en los comicios. Como las leyes electorales establecían el límite del 5% para acceder a la Duma, partidos con presencia en los comicios anteriores, como Yabloko y ufd, no alcanzaron ese porcentaje, y en consecuencia perdieron todo peso en el escenario político.[162]

Cuadro 19

Elecciones a la Duma (diciembre de 2003)

Partido	Porcentaje de votos	Cantidad de diputados
Rusia Unida	37,57	220
PCFR	12,61	51
Partido Liberal Democrático	11,45	36
Patria (Rodina)	9,02	37
Otros	-	32
Independientes	-	71

Fuente: Lilia Shevtsova (2007).

Estos resultados aseguraban el futuro inmediato para los habitantes del Kremlin, esto es, las elecciones presidenciales: a pesar de que muchos rusos no mostraban excesiva satisfacción ante Putin, su figura constituía un activo político muy importante, y además no aparecía en el horizonte un líder en condiciones de competir.

Con independencia de estas consideraciones, la situación presentaba algunos problemas, incluso generados por las actitudes del mismo Putin, quien luego de las elecciones cesó al primer ministro Kasianov por razones nunca debidamente explicadas –algunos hablaron del caso Yukos; otros de que decidió desprenderse de un potencial competidor–, aunque lo cierto es que las relaciones entre ambos estaban deterioradas desde hacía tiempo.[163]

La derrota en las elecciones parlamentarias de los diferentes partidos de la oposición condujo a que sus principales dirigentes decidieran no presentarse a los comicios presidenciales. Esta situación generaba un problema: si los simpatizantes de estos partidos no concurrían a votar, se corría el gran riesgo de una baja participación; si ésta era inferior al 50% las elecciones deberían celebrarse otra vez y el daño para Putin sería considerable.[164]

Finalmente se presentaron cinco candidatos opositores, ninguno de los cuales era una figura conocida; parecían estar de “relleno” y alguno de ellos lo hizo debido a gestiones realizadas por el gobierno, anunciando que iba a apoyar al presidente.[165]

Putin no participó en la campaña y sus escasas referencias respecto de lo que pensaba hacer una vez concretado su más que previsible triunfo eran de carácter marcadamente liberal, orientadas además hacia Occidente, donde su gestión comenzaba a generar dudas. En un discurso ante sus seguidores lo expresó con claridad:

Soy un hombre civilizado. Lo que se ha hecho hasta ahora fue necesario para consolidar el poder. Ahora intento impulsar las libertades y prestar atención a la

sociedad. (Citado por Shevtsova, 2005)

En las elecciones del 14 de marzo de 2004, con una participación del 64,2%, el presidente Putin logró el 71,2% de los sufragios (48.900.000 votos); ninguno de sus oponentes llegó al 14%. Ese triunfo espectacular tenía sin embargo un elemento que no permitía desatar la euforia: a la vista de la abstención, sólo el 34,06% de la población lo había votado.

De cualquier manera, el resultado le otorgaba una legitimidad indiscutible, que ya no provenía de la “herencia” de Yeltsin. Asimismo, ya no estaba obligado con el entorno de quien en 1999 lo había elegido como sucesor.

La segunda presidencia.

Si la primera presidencia de Putin estuvo caracterizada por la existencia de tendencias contradictorias, una vez concretada la reelección el ejercicio del poder por parte del presidente ello se manifestó de manera más rotunda. Por una parte, la competencia política se convirtió casi en una ficción, en virtud de la ocupación por parte del Ejecutivo de todo el espacio de actuación; por otra, los medios de comunicación –sobre todo los canales de televisión– quedaron mayoritariamente bajo control gubernamental, y lo mismo ocurrió con el Poder Legislativo y los jueces. Estas operaciones se llevaron a cabo sin que la ciudadanía expresara oposición alguna, quedando ésta reducida a pequeños grupos que igualmente eran permanentemente obstaculizados en su accionar.

La designación de Mijaíl Fradkov como primer ministro –un funcionario que había ocupado varios cargos en los años anteriores, y que en todos se había destacado por su incompetencia– mostró la primacía de los siloviki respecto de cualquier otro grupo situado en el entorno de Putin, pero también fue una clara manifestación de la voluntad del presidente de consolidar aun más su poder, al colocar en un puesto clave a una persona con limitada capacidad, sin posibilidad alguna de actuar de manera independiente.[166] Asimismo, como jefe de gabinete fue designado unos meses antes Dimitri Medvedev, quien a pesar de provenir de los círculos liberales de San Petersburgo no alcanzó ese elevado puesto más que por su cercanía a Putin, y en ningún momento se mostró en esos años dispuesto a ir más allá de los deseos de su jefe.

Una de las demostraciones más rotundas del poder de Putin fue la reunión mantenida el 4 de julio de 2004, luego de varias postergaciones, con los principales oligarcas del país. A diferencia de reuniones anteriores, como la citada de julio de 2000, ahora la autoridad del presidente se manifestó en todos los actos (Shevtsova, 2005): en lugar de un encuentro en el que los magnates pudieran intervenir, cambiando impresiones con Putin, ahora dio toda la sensación de que estaban allí “para recibir las propuestas del gobierno, que sonaban como demandas”. A los empresarios se les planteaba que no sólo debían evitar la participación en política –en esos momentos el ejemplo de Jodorkovski estaba en la mente de todos–, sino también aumentar la producción, pagar sus impuestos e involucrarse en proyectos sociales impulsados por el Estado. La respuesta de los oligarcas, temerosos del poder de Putin, fue realizar propuestas que iban desde la construcción de orfanatos a la de campos deportivos.[167] La

situación de subordinación de los magnates respecto del poder político no dejaba lugar a dudas.

Como se viene argumentando, desde el nuevo triunfo de Putin la vida política tuvo como trasfondo el importante crecimiento económico; si bien la cautela exhibida por el gobierno, que insistió en el mantenimiento de un elevado superávit fiscal y en la acumulación de divisas, no dio lugar a la implementación de transformaciones significativas, lo cierto es que la prosperidad, si bien de manera limitada, permitió una mejora de las condiciones de vida en general y el mantenimiento de una elevada imagen positiva de la figura del presidente. Esta situación no se modificó ni siquiera en ocasión de los excesos represivos en los que incurrió el gobierno como respuesta a atentados realizados por los chechenos, incluso sacrificando vidas de inocentes.

Justamente, el operativo perpetrado el 1 de septiembre de 2004 en una escuela de Beslán, Osetia del Norte, en el que murieron más de 330 personas, incluyendo más de cien niños,[168] fue la excusa utilizada para impulsar modificaciones políticas de profundo calado, destinadas a fortalecer el poder del Estado, las que fueron aprobadas casi sin discusión por la Duma:

- La primera de las medidas fue la abolición de la elección directa de los gobernadores de las unidades territoriales, reemplazándola por un sistema en el cual el presidente presentaba candidatos que debían ser confirmados por las legislaturas provinciales. De esta manera se intentaba acabar con los abusos que habían caracterizado al accionar de las autoridades regionales durante la década de 1990.

- La segunda fue la modificación de la ley electoral anulando los escaños destinados a los diputados elegidos por distritos unipersonales. De esta forma se reforzaba el papel de los partidos nacionales, consolidando la tendencia a un modelo bipartidista en el que frente al partido del gobierno sólo aparecía el pcfr.[169]

- Finalmente, se creó la Cámara del Pueblo, un organismo destinado a discutir los problemas nacionales, cuyos integrantes eran directamente o indirectamente elegidos por el Poder Ejecutivo.

En los tres casos se trataba de disposiciones que debilitaban el poder de la Duma como ámbito de discusión y de toma de decisiones y reforzaban el poder del presidente, que estaba en condiciones de monopolizar todas las iniciativas gubernamentales.

Además, los primeros meses del segundo mandato fueron aprovechados por el Kremlin para someter a aprobación del Parlamento una serie de leyes que redefinían la responsabilidad social del Estado. La más controvertida de esas leyes fue la que establecía el reemplazo de los beneficios en especies, en muchos casos provenientes de la época soviética, por una compensación monetaria. En la práctica, esta decisión significaba que el Estado se liberaba de la tercera parte de sus obligaciones, financiándolas con la mitad de su costo real. Al mismo tiempo, una parte de esas obligaciones fueron transferidas a las regiones, descargándolas del presupuesto gubernamental.

El proyecto se discutió y la ley fue sancionada en pleno verano, época de vacaciones, a los efectos de evitar reacciones por parte de los numerosos afectados. Sin embargo, cuando a principios del año siguiente se reglamentó y la mayoría de los ciudadanos percibieron que su situación había empeorado, al tiempo que en las regiones los gobiernos se encontraban con millones de beneficiarios que les había transferido el poder central sin acompañarlos del dinero necesario para pagar las pensiones, las protestas se hicieron sentir con fuerza por primera vez durante la gestión de Putin. Una de las preguntas más pertinentes era por qué el gobierno ahora aligeraba su presupuesto afectando a los más pobres –los funcionarios estatales percibieron beneficios más significativos– cuando la situación de las cuentas públicas estaba mejorando como consecuencia de los ingresos generados por la exportación de petróleo. La respuesta parece encontrarse en el ideario neoliberal persistente en sectores del gobierno, en condiciones de imponer su criterio en cuestiones puntuales.

La denominada “revolución de las canas” movilizó en enero de 2005 a más de un millón de jubilados que se oponían a la “capitalización” de las ventajas sociales con las que habían contado hasta ese momento. Fue la más importante –aunque no única (ver más adelante)– protesta de la década; la situación fue resuelta por medio de un gran esfuerzo financiero del Ejecutivo que mejoró sensiblemente las compensaciones, pero mostró la incomunicación existente entre éste y la ciudadanía.

Mientras tanto, la oposición vegetaba en una situación sin perspectivas: por una parte, el Partido Comunista mostraba una notable incapacidad para elaborar un discurso que le permitiera mejorar su imagen ante la ciudadanía –incluso se vio afectado por el surgimiento de un partido, Rusia Justa, que aspiraba a dar al país una nueva “perspectiva socialista”, aunque para muchos no era más que un intento del gobierno de crear una “oposición tutelada”–; por otra, los grupos liberales perdieron toda incidencia política, arrastrados no sólo por su falta de visión sino también por el hecho de que para muchos rusos representaban el pasado cercano, los años de Yeltsin, que afanosamente querían olvidar.

En los medios occidentales, crecientemente críticos con Putin, se trató con interés la concreción de “marchas del desacuerdo”, realizadas en algunas ciudades importantes. El movimiento que las organizó, Otra Rusia, en el que tiene una participación significativa el ex campeón mundial de ajedrez Garry Kasparov, se conformó como una oposición heterogénea, estigmatizada por el poder como agentes del extranjero, incapaz de ampliar sus apoyos fuera de núcleos muy reducidos y también de afectar el control que desde el Kremlin se ejerce sobre la vida política.

Uno de los elementos oscuros del gobierno de Putin ha sido el de los sospechosos atentados sufridos por quienes se mostraban críticos con la gestión del presidente, o quienes aparentemente “sabían demasiado” de determinados asuntos. Periodistas, diputados, empresarios, en el país e incluso fuera de Rusia, fueron las víctimas.

Así, por ejemplo, el periodista estadounidense Paul Klebnikov –proveniente de una acaudalada familia de rusos emigrados–, editor de la versión rusa de la revista Forbes, fue asesinado en una calle moscovita el 9 de julio de 2004. Las investigaciones de Klebnikov habían involucrado a algunos oligarcas, sobre todo a Boris Berezovski, y su último trabajo era una conversación con un dirigente checheno en el que mostraba una actitud crítica respecto de los independentistas, por lo que el crimen no parece involucrar a figuras cercanas al gobierno. Sin embargo, los culpables nunca fueron encontrados.

Entre los hechos de mayor repercusión se encuentra sin duda el asesinato de la periodista Anna Politkovskaya, perpetrado en Moscú el 7 de octubre de 2006. Conocida por su oposición a la guerra de Chechenia y a la gestión del presidente

Putin, así como también por su activismo en defensa de los derechos humanos, esta premiada periodista ya había sido arrestada y sometida a una simulación de juicio por parte del ejército ruso. También habían intentado envenenarla. Frente a su asesinato, Putin se limitó a comentar que su muerte era sin duda lamentable, pero "su influencia en la vida política del país era mínima". El juicio a los presuntos asesinos se celebró en 2009 y éstos quedaron libres por falta de pruebas.

En una relación aparentemente directa con el crimen de Politkovskaya, y asimismo con otros temas, el 23 de noviembre de 2006 apareció muerto en Londres envenenado con polonio el ex agente de los fsb Anatoli Litvinenko, quien pocos días antes había sostenido en un acto público que el responsable de la muerte de la periodista había sido el presidente Putin.[170]

Luego de una investigación, las autoridades británicas determinaron que el ex espía ruso Andrei Lugovoi fue el que envenenó a Litvinenko, y el 23 de mayo de 2007 pidieron su extradición. Putin, a pesar de haber ofrecido su colaboración, se negó. Rusia argumentó que su Constitución no permite la extradición de ciudadanos rusos y que no existe un tratado de extradición entre Rusia y el Reino Unido. La negativa desencadenó una crisis diplomática durante la cual el Reino Unido expulsó a cuatro diplomáticos rusos, y a su vez Rusia contestó con la expulsión de cuatro diplomáticos británicos.[171]

Estos (y otros) dramáticos acontecimientos han dado lugar a que en algunos ámbitos se afirme que en la Rusia gobernada por Putin se ha conformado una "cultura de la muerte", un escenario en el que, sin poner en cuestión que Putin o alguien de su entorno se dediquen a ordenar asesinatos de opositores, los gobernantes son acusados de crear un clima de impunidad en el que personas como Anna Politkovskaya pueden ser asesinadas sin excesivas dificultades.[172] Una versión fuerte de esta postura la brinda una obra reciente que sostiene que a partir de la gestión de Putin se ha producido una "restauración" del poder de la antigua kgb, en la nueva organización encargada de la seguridad, fsb (Soldatov y Borogan, 2010), a la que se acusa de operaciones no debidamente esclarecidas, hasta el punto de afirmar que "sus intereses y los del Estado que protege se encuentran por encima de la ley".

Este tipo de acusaciones se vincula estrechamente con el funcionamiento del sistema judicial, que ha sido objeto de duras críticas prácticamente desde el comienzo del gobierno de Yeltsin. La idea de que no existe una verdadera

independencia de los jueces respecto de quienes están al frente del Ejecutivo está fuertemente instalada en la sociedad y los casos más sonados de juicios a personas de relieve enfrentadas al poder de turno parecen ratificarla de manera indiscutible. Una síntesis adecuada, objetiva, del comportamiento de quienes imparten justicia es la siguiente:

La definición más precisa del sistema legal ruso es que tiene un carácter dual: los casos cotidianos son tratados de acuerdo con la ley en vigencia, pero aquellos que interesan a quienes detentan el poder pueden ser manipulados para responder a las expectativas de éstos. (Hendley, en Wergren y Herspring, 2010)

Medvedev, el delfín.

Para explicar la continuidad del apoyo mayoritario a Putin es preciso insistir en que, además del impacto producido por la mejora sensible de la situación económica, los rusos huyen de cualquier cambio que pueda siquiera amenazar con un retorno al pasado inmediato. De ahí que, a medida que se aproximaba la fecha de una nueva elección –a la cual Putin no podía presentarse porque la Constitución de 1993 establece dos mandatos como máximo–, las encuestas daban cuenta de que aproximadamente dos tercios de la población se mostraban partidarios de reformar la Carta Magna para permitir que el presidente se presentara a los comicios de 2008. Sin embargo, y respondiendo a uno de los rasgos del pensamiento de Putin, la aceptación del orden legal establecido (aunque luego acuda a mecanismos paraconstitucionales para llevar adelante algunos de sus planes), el presidente no respondió ante esta demanda y operó de manera diferente: en lugar de forzar los mecanismos constitucionales, optó por designar a su sucesor y, contra lo que opinaba la mayoría –el favorito era Sergei Ivanov–, éste fue Dimitri Medvedev, una joven figura que había cobrado cierto relieve a partir de su gestión como jefe de gabinete, enunciando los grandes objetivos a impulsar por parte del gobierno.[173] Como complemento de esta decisión, al poco tiempo Putin anunció que estaría dispuesto a ocupar el cargo de primer ministro si Medvedev era elegido presidente.[174]

¿Quién es Dimitri Medvedev? Nació en Leningrado el 14 de septiembre de 1965. Graduado en Derecho, su trayectoria profesional comenzó en 1990, tras defender su tesis doctoral en la Facultad de Derecho de la Universidad de Leningrado. No parece haber tenido una temprana vocación política, dentro de las limitadas oportunidades que ofrecía el sistema soviético; hasta 1989 –ya como estudiante de doctorado– no ingresó en el Konsomol. Sin embargo, a partir de entonces aumentó claramente su implicación, y llegó a formar parte del consejo directivo de la universidad. Al año siguiente, compatibilizó la docencia universitaria con un trabajo como consultor externo para el Comité de Relaciones Internacionales del Ayuntamiento de Leningrado, cuyo alcalde era su antiguo profesor Anatoli Sobchak. Fue allí donde conoció a Putin, quien en 1991 se convirtió en su superior directo. Sin embargo, Medvedev no se decidió a abandonar totalmente su actividad profesional por la política: hasta su traslado a Moscú, continuó ejerciendo la docencia, y además comenzó a dedicarse a los

negocios. Así, fundó en 1992 la compañía de celulosa Fintsel, convertida más tarde en Ilim Pulp, que llegaría a ser la principal papelera del país. Teniendo en cuenta la situación de Rusia de esos años, parece muy probable que sus contactos políticos le fueran de gran utilidad en sus actividades empresariales.

En octubre de 1999, el entonces primer ministro Putin le ofreció el cargo de jefe de la Comisión Federal del Mercado de Valores. Un mes después, Medvedev se trasladó a Moscú como vicejefe del aparato del gobierno, con el fin –según sus propias declaraciones– de obtener una breve experiencia de gestión antes de asumir su puesto definitivo. Sin embargo, se produjo un cambio inesperado: el 29 de diciembre, cuando previsiblemente Putin ya sabía que Yeltsin iba a dimitir y él se iba a convertir en presidente en funciones, nombra a Medvedev vicejefe de la administración presidencial. La confianza de Putin fue en aumento: en 2000 le encargó la dirección de su campaña para las elecciones presidenciales de marzo. Poco después del triunfo, fue designado presidente del consejo de administración de Gazprom. En octubre de 2003 ascendió a jefe de la administración presidencial. No obstante, todavía no estaba claro que fuera el candidato del Kremlin para la presidencia de Rusia; como se ha dicho, otros colaboradores de Putin –especialmente el canciller Ivanov– parecían contar con más posibilidades. Fue en diciembre de 2007, tres meses antes de las elecciones, cuando Putin hizo pública su decisión de designar a Medvedev como candidato.

Las razones que se han esgrimido para justificar la decisión de Putin, más allá de la lealtad que éste guarda respecto de su entorno,[175] apuntan en dos direcciones: 1) la importancia que podía tener para potenciales inversores y críticos el hecho de colocar al frente del gobierno a un hombre reconocido por sus ideas liberales, y 2) impulsar la participación en los ámbitos gubernamentales de jóvenes profesionales, a los efectos de vigorizar el sistema.

El hecho de que Putin diera su apoyo a la lista de Rusia Unida determinó que las elecciones que se celebraron en diciembre se convirtieran de hecho en un referéndum sobre la gestión del presidente. Participaron once partidos pero, como consecuencia de la reforma de la ley electoral puesta en vigencia por Putin, sólo cuatro lograron superar el umbral que les otorgaba representación parlamentaria (cuadro 20). La participación alcanzó el 63,78% de los ciudadanos inscriptos en el censo.

Cuadro 20

Elecciones a la Duma, diciembre de 2007

Partido	Porcentaje	Cantidad de escaños
Rusia Unida	64,30	315
PCFR	11,57	57
Partido Liberal Democrático	8,14	40
Rusia Justa	7,74	38
Resto	8,25	-

Fuente: Anuario del Mundo, 2009.

Sin embargo, disponer de una cómoda mayoría absoluta no era necesariamente sinónimo de un éxito aplastante: en Moscú y San Petersburgo, Rusia Unida no alcanzó el 50%, y la amplia diferencia se alcanzó en regiones en las que pesa todavía mucho la obediencia al poder constituido.

De cualquier forma, quedaba totalmente expedito el camino a la elección presidencial, con Medvedev como favorito indiscutido. Enfrentado a dos veteranos de las campañas electorales como Ziuganov y Zhirinovski, pudo darse el lujo, como hizo su elector, de no participar en la campaña electoral ni de debatir con sus adversarios; no hacía falta.

Celebradas las elecciones el 2 de marzo de 2008, Medvedev obtuvo el 70,22% de los votos, con una participación del 69%. Si bien observadores de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa afirmaron que “no se puede decir que las elecciones hayan sido totalmente libres y justas” –sobre todo por las limitaciones en el acceso a los medios de comunicación por parte de los candidatos opositores–, no se podía negar que sus resultados reflejaban la voluntad de los electores.

Si bien Medvedev no participó de la campaña, utilizó un acto oficial en la ciudad siberiana de Krasnoyarsk el 15 de febrero, al que había acudido en su condición de viceprimer ministro, para explicar los puntos principales de su programa. El candidato centró su discurso en la necesidad de aprovechar la situación de bonanza para un desarrollo estable del país. Esto se lograría, principalmente, reduciendo las barreras burocráticas y la presión fiscal, potenciando las infraestructuras y la innovación, e invirtiendo en educación, sanidad y vivienda. Vemos así que se limitaba a las cuestiones menos controvertidas, presentando un proyecto de gestión económica y administrativa susceptible de obtener el máximo apoyo social, pero sin profundizar en los aspectos políticos ni en su modelo de sociedad. El único punto en el que encontramos una referencia más claramente política es la defensa del concepto de libertad, incluyendo “libertad personal, libertad individual, libertad de expresión”; sin embargo, para Medvedev esta libertad “no significa caos, sino respeto a las leyes”. Es decir, el problema no es que exista una legislación demasiado restrictiva o

intervencionista, sino que las normas no se cumplen, por parte tanto de los ciudadanos como de los funcionarios. Esta idea, a la que denomina “nihilismo legal”, es para el candidato el principal problema que debe afrontarse, luchando contra la corrupción y vigilando la aplicación de las leyes. Estos planteamientos enlazan directamente con la presidencia de Putin, quien llegó al poder defendiendo la “dictadura de la ley”, con idénticos argumentos.

En consecuencia, el proyecto de Medvedev, tal como fue explicitado por él mismo, combinaba el liberalismo económico con el objetivo de continuar reforzando el papel del Estado en el ámbito político, en la línea de los ocho años anteriores. Esta visión asume, de manera implícita pero como veremos seguidamente no tanto, que son los poderes públicos los que deciden en cada momento lo que es mejor para los ciudadanos, en lugar de reconocerles un ámbito de autonomía propio. La desconfianza de Medvedev ante la evolución de la sociedad quedó de manifiesto más adelante, al considerar que la creciente disponibilidad de información por medio de las nuevas tecnologías hace necesarios “«filtros» morales e intelectuales” para “impedir que el alma [del pueblo ruso] pierda sus cualidades en este enorme flujo” (Treisman, 2011).

Desde el momento en que la denominada “tandemocracia” asumió el poder –como estaba previsto, Putin fue designado primer ministro poco tiempo después de la asunción de Medvedev–, la pregunta que se hacen los analistas es la relación existente entre ambos. La falta de transparencia respecto del proceso de toma de decisiones contribuyó al mantenimiento de las dudas y a la formulación de dos interrogantes directamente ligados con el anterior: ¿está preparando Putin su retorno a la presidencia?, ¿o Medvedev intenta librarse de su mentor desarrollando una política independiente? Lo cierto es que en general los dos titulares del Poder Ejecutivo han actuado de manera coordinada. Incluso cuando Medvedev formula críticas a la situación general de Rusia –en septiembre de 2009 publicó un ensayo titulado ¡Adelante Rusia! en el que enumeraba los problemas del país y denunciaba la falta de eficiencia en algunas áreas gubernamentales–,[176] parece formar parte de una situación en la que se trata sólo de cuestiones menores; lo concreto es que ambos líderes dominan totalmente el espacio político reduciendo al mínimo la actuación de los partidos de la oposición.[177] Con frecuencia se ha comentado que sus acertadas críticas a la burocracia, perfectamente asumibles por quienes se oponen a su gobierno, no son en manera alguna acompañadas por medidas serias destinadas a rectificar el estado de cosas imperante.[178]

Asimismo, cualquier elucubración respecto de las posibles ambiciones de Medvedev tropiezan con el hecho de que Putin controla todas las instituciones importantes –la Duma, el partido oficial Rusia Unida–, de manera que puede bloquear con facilidad cualquier intento, si lo hubiera. Las posibilidades del presidente de hacerse con un espacio político propio parecen nulas.

Como corresponde a las responsabilidades de su cargo, Medvedev ha desarrollado personalmente las cuestiones de política exterior, convirtiéndose en la “cara visible” de Rusia. Esta posición lo ha llevado a que su figura empezara a ser conocida en los ámbitos occidentales, pero además debió enfrentar situaciones comprometidas, como la de atacar Georgia, una decisión que sin duda no estaba en sus planes. Pero simultáneamente puso en marcha iniciativas importantes, que se analizarán en el apartado correspondiente a la política exterior.

La segunda guerra de Chechenia

En los años transcurridos entre el acuerdo de Jasaviurt y la nueva invasión dispuesta por el primer ministro Vladimir Putin en octubre de 1999, Chechenia vivió prácticamente como un Estado independiente, pero las manifestaciones de violencia se intensificaron. El poder de su entonces presidente, Aslan Masjadov, era limitado, jaqueado tanto por el Parlamento como por quienes defendían posiciones independentistas extremas; pero, además, muchos de los participantes en la guerra de 1994-1996 comenzaron a aparecer ante la opinión pública como delincuentes vulgares, dedicados a la “industria” del secuestro, el tráfico de drogas y el contrabando de petróleo.

A partir de 1997 retornaron las operaciones destinadas a sembrar el terror en territorio ruso, y la agresividad de algunas de ellas facilitó la estrategia del gobierno de hacer aparecer a los chechenos como responsables de todas las manifestaciones de violencia que se producían en la Federación Rusa. Esta demonización generalizada de los chechenos determinó que una de las consecuencias del recrudecimiento del desorden en su país, el exilio por parte de miles de ciudadanos, fuera respondido por las autoridades de las regiones vecinas negándoles de manera sistemática los permisos de residencia y empleo, con lo que los refugiados se convirtieron en marginales obligados en muchos casos a realizar actividades ilegales para subsistir.

Por lo demás, el gobierno ruso incumplió los acuerdos de Jasaviurt y la economía chechena, fuertemente afectada por la destrucción que produjo la guerra, no pudo recuperarse, con lo que el descontento se tornó aun mayor.

A su vez, de manera progresiva el territorio checheno se fue convirtiendo en base de adiestramiento para militantes islamistas internacionales, lo que constituía una fuerte señal de alarma para Moscú. Los militares rusos temían seriamente la aparición de un movimiento secesionista islámico que se extendiera fuera de la frontera de Chechenia.

En agosto de 1999, una guerrilla wahabi[179] se instaló en el territorio de

Daguestán, y una serie de atentados produjo numerosos muertos en Moscú y en otras ciudades de Rusia. Se generó así una situación en la que la opinión pública se inclinó de manera mayoritaria por la intervención.

Ante esta realidad, el gobierno ruso decidió acabar con la independencia de hecho que ostentaba Chechenia desde 1991. La operación, iniciada en octubre, fue planeada de manera cuidadosa e incluyó la presencia de alrededor de cien mil hombres. La decisión mostrada por Putin le granjeó una considerable popularidad y contribuyó a valorizar su figura de cara a las elecciones legislativas a celebrarse a fin de ese año.

El avance militar fue rápido en el norte del país, y Grozny sufrió un prolongado asedio que culminó en febrero de 2000 con la ocupación de la ciudad. La resistencia chechena se concentró en las regiones montañosas del sur del país; su número no superaba los tres mil efectivos, y estaban en condiciones de dar golpes sorpresivos en el norte pero no de ocupar un territorio extenso.

La principal novedad que presentó la segunda guerra chechena respecto de la primera fue el estricto control que se ejerció desde el Kremlin sobre toda información vinculada con el conflicto que se estaba produciendo. Para empezar, no estaba permitido utilizar la expresión “guerra”; se trataba de “operaciones antiterroristas”. Los medios de comunicación, que habían mostrado con razonable objetividad lo ocurrido en la primera guerra, vieron restringida al máximo su tarea. La información se limitaba a tratar dos temas: la heroica vida de los soldados, que operaban siempre dentro de la ley, y la machacona referencia a la maldad de los chechenos (Politkovskaya, 2005). La realidad de una guerra dominada por los excesos de ambos bandos –por supuesto, más condenables en el caso de un ejército regular que se supone que actúa respetando las normas de un Estado de derecho– apareció ante los televidentes rusos despojada de todo matiz; el 99% de la televisión y la prensa se plegó de manera obediente a las directivas del gobierno. Como bien se ha dicho, fue “una guerra librada en las pantallas de televisión para acrecentar la popularidad del presidente” (Taibo, 2005).

El ejército ruso ocupó casi la totalidad del territorio checheno, pero mostró con claridad su incapacidad para combatir la guerrilla; era difícil identificar quién era un combatiente y quién un pacífico residente checheno. Durante el día, la vida transcurría normalmente en el país, pero a la noche aparecían quienes hacían uso de las armas y colocaban minas en las calles.

Los testimonios sobre la guerra que lograron superar el cerco gubernamental muestran la existencia de una “guerra sucia” en la que el comportamiento de los oficiales rusos respecto de sus propios soldados era casi tan despiadado como respecto de los “enemigos” chechenos.[180] Muchos observadores y analistas afirman que la guerra se prolonga debido a que la oficialidad rusa obtiene réditos –ascensos, beneficios sociales– de la situación. Lo cierto es que el conflicto no parece llegar a su fin, provoca una cantidad importante de muertos en ambos bandos y además genera una situación en la cual muchos de los ciudadanos chechenos crecen y viven alimentando un odio creciente hacia Rusia, resultado de los abusos cometidos por el ejército.

Por su parte, sectores de la resistencia chechena han continuado recurriendo al terror, llevando a cabo secuestros, atentados y ejecuciones, actos que en algunos casos aparecen acompañados de circunstancias que han dado lugar a interpretaciones dispares.

El acontecimiento más espectacular fue la ocupación en plena función, y durante más de dos días, del teatro Dubrovka de Moscú en octubre de 2002, que culminó con la muerte de todos los secuestradores y de 128 rehenes –algunas fuentes indican que fueron 137–, estos últimos por inhalación de un gas venenoso. Todo el operativo ha dejado numerosos interrogantes, explicitados por algunos periodistas y por dirigentes políticos opositores: en particular, el hecho de que los protagonistas pudieran circular libremente por la capital del país con una pesada carga de explosivos y la decisión de quienes se encargaron de recuperar el teatro de matar a todos los terroristas dan lugar a pensar que el operativo bien pudo ser apoyado por sectores del gobierno con el objeto de justificar ante la opinión pública la política represiva llevada a cabo en Chechenia.[181] Además, el desprecio por la vida de los rehenes fue una manifestación de la dureza del régimen.

Una vez ocupado el territorio, el presidente Putin comenzó la tarea de “normalización” de Chechenia que, en pocas palabras, consistía en la construcción y estabilización de instituciones que respondieran a las instrucciones provenientes de Moscú. A mediados de 2000 desde Moscú se impulsó la figura de Ajman Kadirov, un antiguo aliado de Dudayev, quien al

frente de una banda de milicianos se abocó a la tarea de cumplir con el objetivo de Putin, esto es, el establecimiento de una dictadura. Los pasos siguientes fueron la apelación al retorno de los refugiados instalados en Ingushetia, como parte de una política de conciliación que se concretó con una amnistía decretada en junio de 2003 para todos aquellos que no estuvieran involucrados en delitos de sangre.

El proceso de normalización continuó con un referéndum realizado en marzo de 2003: teóricamente participó un 89% de la población y un 86% de los votantes respaldaron la sanción de una nueva Constitución. La realidad mostró que las irregularidades fueron innumerables, comenzando por la no obligatoriedad de presentar documento de identidad y concluyendo en el hecho de que nuevamente fueron autorizados a votar los soldados instalados en el territorio de Chechenia.

La nueva Constitución era fuertemente represiva y acentuaba aun más el centralismo que constituía uno de los rasgos más acusados de la gestión de Putin: abolía la ciudadanía chechena, establecía el ruso como única lengua oficial, le otorgaba al presidente ruso la facultad de destituir a su par checheno y prohibía la actuación de los partidos nacionalistas locales.

En las elecciones celebradas en octubre de 2003 bajo la nueva Constitución, Kadirov triunfó con el 80% de los votos, con una participación del 83%, pero nuevamente se denunciaron situaciones que hubieran invalidado los comicios en cualquier país democrático.

El asesinato del presidente a los pocos meses de haber asumido –el atentado se llevó a cabo durante los actos que celebraban el triunfo soviético en la Segunda Guerra Mundial– condujo a nuevas elecciones, que se realizaron en mayo de 2004, y en la que salió triunfador –con una mayoría del 74% y una participación del 85%– el candidato del Kremlin, Alu Aljanov, quien ocupó ese cargo hasta que en octubre de 2007 cedió el poder a Ramzan Kadirov, hijo del presidente asesinado, quien ya desde la muerte de su padre dominaba la situación. Ejerciendo un poder casi absoluto, Kadirov se deshizo de quienes podían enfrentarlo y ha encarado con algún éxito la reconstrucción del país, contando con abundante dinero del gobierno federal y con aportes de los empresarios chechenos.

Por su parte, el gobierno central consolidó su poder ejerciendo el control sobre todo el territorio,[182] pero la guerrilla chechena todavía está en condiciones de

producir hechos espectaculares a lo largo del territorio ruso, como el estallido de una bomba en el trayecto del tren Nevski Express en noviembre de 2009 que se saldó con más de treinta muertos, o el doble atentado suicida que se perpetró simultáneamente en dos estaciones del metro de Moscú el 29 de marzo de 2010, que acabó con la vida de por lo menos treinta y ocho personas.[183]

En resumen: transcurridos diecisiete años desde el estallido de la guerra con Chechenia, si bien se ha producido un importante avance en la pacificación, la situación no ha terminado de estabilizarse, y la persistencia de grupos operativos vinculados con el radicalismo islámico mantienen a la región en un estado de tensión, agitada por la violencia. Sin embargo, no cabe duda de que la mayor parte de la gente ha acabado por convencerse de que la libertad personal es más importante y de que es posible gozar de esa libertad sin vivir en un Estado independiente. El tema es que nadie sabe cuánto durará ese convencimiento, a la vista de que la situación económica no presenta excesivos signos de mejora, con niveles de desocupación muy superiores a la media del conjunto del país.

Putin y las relaciones exteriores

En el rápido proceso que llevó a Putin al poder, la idea de que el ex miembro de la kgb era la persona adecuada para restablecer la dignidad nacional rusa ocupó un lugar de cierta importancia. Lo que se le pedía está resumido en un artículo periodístico:

Putin debe restaurar lo que Yeltsin destruyó: el orgullo de sentirnos parte de una gran potencia. Los rusos quieren respeto, no compasión. (Citado por Sakwa, 2005)

Como parte de su estrategia para darse a conocer ante la sociedad rusa, a fin de 1999 el futuro presidente pronunció un discurso denominado “Rusia ante el cambio de milenio”, en el que se enunciaban los principales objetivos de la política exterior del país, éstos eran: modernización económica, estabilidad política y mejora de la seguridad.

Ahora bien, a pesar de que constituye casi un lugar común afirmar que cuando Putin asumió el poder las relaciones exteriores no constituían una de sus prioridades, lo cierto es que en su primer año de gobierno visitó una treintena de países, dando una imagen de activismo y mostrando un significativo acercamiento a las posiciones de Estados Unidos, que se concretó al poco tiempo con la ratificación por parte de la Duma del tratado start ii, una cuestión que estaba sin resolver desde hacía varios años. Pero, por supuesto, la necesidad de potenciar su imagen, desconocida por la sociedad hasta el momento de ser elegido por Yeltsin, determinó que privilegiara la política interior y dejara pasar unos meses antes de abordar cuestiones en las que su antecesor había desempeñado un rol fuerte pero cuestionable, mostrando para muchos una deferencia excesiva hacia Occidente. De cualquier manera, en los primeros meses de su gestión, Putin mantuvo una actitud cautelosa respecto de Estados

Unidos y Europa.[184] La otan aparecía como una potencial adversaria, y el nuevo líder parecía estar más cerca de antiguos clientes de la Unión Soviética, como Cuba y Corea del Norte.

A partir de mediados de 2001, la postura de Putin experimentó un cambio importante, en alguna medida anunciado por gestos anteriores. En la primera cumbre celebrada con el flamante presidente de Estados Unidos George W. Bush, realizada en Liubliana en junio de 2001, hubo una sintonía que anunciaba la posibilidad de acuerdos importantes.[185]

La nueva orientación tuvo sonada ocasión de manifestarse cuando se produjo el atentado a las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001. Ante el dramático acontecimiento, Putin no sólo fue el primer jefe de Estado que se comunicó con Bush sino que además mostró una disposición favorable a que Rusia integrara la coalición antiterrorista que impulsaba Estados Unidos.[186]

Este giro pro occidental trajo como consecuencia un importante acercamiento con el gobierno estadounidense, permitiendo que se legitimara a nivel internacional la controvertida guerra de Chechenia, aunque al precio de generar reacciones adversas en el interior del país, tanto en grupos nacionalistas como en sectores de las fuerzas armadas, que veían en su actitud una continuación respecto de lo ocurrido durante casi todo el gobierno de Yeltsin.

Varias fueron las áreas de colaboración con Occidente, entre las que pueden citarse: 1) entrega de toda la información disponible sobre bases terroristas; 2) apertura del espacio aéreo a los aviones de ayuda humanitaria; 3) participación en operaciones de búsqueda y rescate, y 4) apoyo al gobierno afgano. Como consecuencia de esta actitud, tropas estadounidenses se instalaron temporariamente en territorio de países del Asia central, lo que sin duda constituía una situación difícil para Rusia, ya que ello podía ser visto como un desafío de la mayor potencia del mundo en una zona de su tradicional influencia, pero era sin duda el precio a pagar por tener una presencia activa en la lucha contra los talibanes.

Sin embargo, la ausencia de resultados concretos fue conduciendo a una creciente desilusión por parte del gobierno ruso. Las razones para la disconformidad eran varias: Estados Unidos mantenía las restricciones en materia de cooperación económica y tecnológica; asimismo persistían los duros requerimientos exigidos para el otorgamiento de visas a los ciudadanos rusos,

pero sobre todo se cuestionaba el controvertido proyecto de expansión de la otan hacia el este, que se atribuía particularmente a la iniciativa norteamericana.[187] Estas circunstancias llevaron a Putin a adoptar una nueva postura, y ésta se manifestó en primer término en el tema de Irak: Rusia aceptó las sanciones impuestas a Irak por la onu en mayo de 2002 así como también la resolución de octubre de ese año, que amenazaba con serias consecuencias si se impedía el trabajo de los inspectores de la onu. Pero luego la actitud se modificó: el 5 de marzo de 2003 el ministro de relaciones exteriores, Ivanov, firmó un acuerdo con sus pares de Francia y Alemania por el cual se anunciaba que no permitiría la adopción por parte del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de una resolución autorizando el uso de la fuerza en perjuicio de Irak. Con esta decisión, Putin capitalizaba en su favor el creciente descontento existente en su país ante la amenaza de intervención en Irak por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña. Allí tuvo ocasión de manifestarse, incluso de manera explícita, una de las ideas fuerza del presidente de Rusia: la de que las relaciones internacionales se basan en la existencia de un mundo constituido por Estados-nación dotados de soberanía:

Si permitimos que el derecho internacional pueda sustituirse por las leyes del más fuerte según las cuales el más fuerte tiene razón y tiene derecho a hacer cualquier cosa y al elegir los métodos para conseguir sus propósitos no tiene ningún tipo de control, entonces se estará poniendo en cuestión unos de los principios fundamentales del derecho internacional: el principio de la inalterable soberanía de los Estados. (Citado por Sakwa, 2005)

La oposición rusa al asalto al Irak de Saddam Hussein se fundamentaba asimismo en la idea de que las decisiones del Consejo de Seguridad de la onu constituían el elemento más importante de legalidad y legitimidad en materia de política internacional. Por supuesto, al heredar Rusia de la Unión Soviética la condición de miembro permanente del organismo, la defensa de esta institución era a la vez una defensa de las prerrogativas que se atribuía Moscú en cuanto a participar en la toma de decisiones en temas internacionales.

En septiembre de 2003, Bush y Putin se reunieron en Camp David, última ocasión para forjar una alianza estratégica entre ambos países, y la misma

mostró las diferencias existentes. Para muchos analistas, marcó un antes y un después en las relaciones entre Rusia y Estados Unidos, y en el Kremlin dio lugar a que varios integrantes del entorno de Putin, enrolados en posiciones liberales, fueran reemplazados por partidarios de acercar posiciones con China y los países del Asia central (el denominado “euroasianismo”).

Las relaciones entre Rusia y la Unión Europea durante el primer mandato de Putin estuvieron influenciadas por dos factores ya comentados: 1) el hecho de que Europa es el mayor consumidor del petróleo y del gas ruso, lo que establece un vínculo estrecho y de mutua interdependencia, relación que se va a mantener a lo largo de la década, y 2) el proyecto de expandir la otan hacia el este, que generó tensiones en el Kremlin, en la medida en que la organización fue creada durante la Guerra Fría y muchos rusos veían su posible avance con desconfianza, a la vez que no era posible mantener durante mucho tiempo la táctica de distinguir entre Europa y Estados Unidos, responsabilizando exclusivamente a ésta de la estrategia de la otan. De cualquier manera, como vimos, el gobierno de Moscú no dudó en buscar acercarse a los principales países de Europa continental –Francia y Alemania– para oponerse a la intervención de Estados Unidos en Irak.

Asimismo, Putin alcanzó acuerdos importantes en varios temas: inclusión de la cláusula de “nación más favorecida” en las relaciones entre Rusia y la Unión Europea; el apoyo de Bruselas al ingreso de Rusia en la Organización Mundial de Comercio (omc), y una primera aproximación al tema de Kaliningrado, el territorio aislado del resto de Rusia.

No obstante, las diferencias residían en un tema fundamental: en la medida que en la Unión Europea se destaca la adhesión a instituciones democráticas y se valoriza la defensa de los derechos humanos y la vigencia de las leyes, esta actitud de Bruselas –concretada en las críticas a la actuación de Rusia en Chechenia y a las restricciones a los derechos civiles en el interior del país– ha dado lugar a que, pese a proclamarse Rusia parte de Europa, existan diferencias que impidan pensar en la creación de una Europa unida. En esa línea, actitudes del gobierno de Putin definidas como autoritarias en Occidente ampliaron la brecha que lo separaba de la Unión Europea, hasta el punto que por más que se insista en que “Rusia y Europa están condenadas a vivir juntas”, hacia el fin del primer gobierno de Putin las relaciones estaban lejos de pasar por su mejor

momento, y esto era así a pesar de que Moscú negociara acuerdos con algunos de los países fuertes de la Unión Europea.

En la relación que ha establecido el Kremlin con los países que conformaban la ex Unión Soviética, todos integrantes de la cei salvo los tres países bálticos, la postura que comenzó a predominar en el seno del gobierno ante el hecho de que la recuperación económica estaba tomando un rumbo definido, era la de considerarla una suerte de “esfera de influencia” en la cual podía llegar a dictar reglas de “obligado” cumplimiento. En su momento, Putin calificó la disolución de la Unión Soviética como “la mayor catástrofe geopolítica del siglo xx”. Además, la presencia de Estados Unidos y la dinámica misma de la globalización llevaron a potenciar las intenciones de mantener controlada la región. La idea, expresada en alguna ocasión por un funcionario muy cercano a Putin, era que quería llegar a vivir en un momento “en que tengamos un gran país dentro de los límites de la Unión Soviética”. En esa línea, también son dignos de mencionar los esfuerzos emprendidos para que se reconociera el ruso como lengua oficial en todos los Estados de la cei. De cualquier manera, con la excepción de Belarús, ninguno de los “extranjeros cercanos” mostró mayor inclinación por retornar a alguna forma de dependencia respecto de Moscú.

Asimismo, el presidente ruso fue el impulsor de un significativo acercamiento a China, tanto en lo relativo a la seguridad como en decisiones destinadas a incrementar el comercio entre ambos países. En julio de 2001 los gobiernos de Moscú y Beijing firmaron un tratado de amistad y cooperación, el primer acuerdo al que llegaron ambos países desde antes de la guerra de Corea. Al haberse resuelto casi por completo los problemas de límites, se pudo concretar el acercamiento que reflejaba el rechazo de los gobiernos de Rusia y China del unilateralismo norteamericano.

El vínculo entre ambos países se fortaleció además a partir de la creación de la Organización para la Cooperación de Shangai (ocs), de la que forman parte también Kazajistán, Tayikistán y Kirguistán. El origen fue un tratado firmado en 1996, pero la constitución definitiva se concretó en 2001. El objetivo era, entre otros, conformar un contrapoder frente a la presencia de tropas de Estados Unidos en la región, a la vez que coordinar esfuerzos para enfrentar las acciones

del islamismo radical en la zona.

De cualquier manera, existen áreas en las que los intereses de ambos países son divergentes: mientras Rusia se plantea como objetivo el control de la zona del Asia central, los gobernantes chinos aspiran a incrementar su presencia económica y militar justamente allí donde antes dominaba la Unión Soviética.

En resumen: durante su primer período de gobierno, Putin mostró de manera calculada dos imágenes contrapuestas de cara al exterior: por un lado, la de un reformista dispuesto a introducir los valores democráticos y liberales de Occidente; por otro, la de un líder nacionalista que en algunos aspectos mantenía una línea de continuidad con el pasado soviético.

De cualquier forma, daba la impresión de que con independencia de algunos principios generales Putin carecía de un proyecto estratégico de largo alcance, y esta ausencia se hacía sentir en el terreno de la política exterior. Por supuesto, una razón importante era el hecho de que Rusia todavía no había logrado superar la declinación económica que se produjo en el período de transición, y cualquier proyecto encontraba las limitaciones de un país con problemas muy serios sin resolver.

¿Una nueva guerra fría?

Los triunfos electorales de diciembre de 2003 y marzo de 2004 y la visible mejora de la situación del país contribuyeron a consolidar el poder de Putin, quien había adquirido considerable experiencia, de manera que, como hemos visto, podía tomar distancia respecto de las fuerzas que facilitaron su llegada al Kremlin en 2000. Esta situación también era válida para la política exterior, de ahí que sea pertinente discutir la existencia de una "doctrina Putin" en esta materia, y en caso afirmativo analizar cómo se reflejó en el accionar del gobierno a partir de la reelección.[188]

Hacia 2007, Rusia se convirtió en la décima economía del mundo; en consecuencia, si la gestión de Putin en los primeros años había generado algunas dudas, a partir de 2004 quedó claro que el Kremlin no estaba dispuesto a aceptar el estatus de socio menor de Occidente que había tenido en la mayor parte de la década de 1990.

En principio, la estrategia de Putin apuntaba hacia la recuperación del lugar que la Unión Soviética ocupó en el escenario internacional, posibilidad que en el pasado inmediato no podía ir más allá de las formulaciones teóricas en virtud de la debilidad de la Federación Rusa. Sin embargo, ahora el papel privilegiado del país en la provisión de petróleo y gas daba espacio para desarrollar políticas antes imposibles de poner en práctica.

El debate entre los analistas reside en discutir si el nuevo protagonismo ruso es el resultado de la reaparición de tendencias expansionistas que permiten hablar de la emergencia de una "nueva guerra fría", a partir de una renovada agresividad de rasgos imperiales o si, por el contrario, las actitudes del gobierno de Putin (y luego del encabezado por Medvedev) constituyen respuestas a una situación en la cual –con argumentos reales o sin ellos– Rusia se siente amenazada.

Por supuesto, el punto de partida para la revisión de este tema no es sólo la recuperación económica sino el hecho de que el país es un estratégico proveedor de petróleo y gas. Esta "diplomacia de los hidrocarburos" se ha manifestado de cuatro formas diferentes: 1) por una activa política frente a Estados Unidos; 2) por el establecimiento de una situación particular con los países de la Unión Europea como consecuencia de su control mayoritario del abastecimiento de

combustibles esenciales; 3) por una presencia mucho más amplia en relación con los países de la antigua Unión Soviética, sobre los que aspira a ejercer un importante tutelaje, que tuvo varias ocasiones de concretarse y, además, 4) por la continuidad del acercamiento a China, más allá de desencuentros puntuales. En lo que sigue analizaremos con más detalle estos puntos.

1) La presencia estadounidense en los países del Asia central a partir de los acontecimientos de Afganistán y su discurso impulsando la liberalización y democratización fueron vistos en el Kremlin como acciones dirigidas a su desestabilización; en este sentido, las revoluciones de "colores" –a las que haremos referencia inmediatamente– que se produjeron en Georgia, Ucrania y Kirguistán desde fines de 2003 hasta los primeros meses de 2005 generaron un acentuado temor respecto de una creciente presencia de Estados Unidos en territorios que, como comentamos, Rusia considera que se encuentran dentro de su esfera de influencia.

• *El 23 de noviembre de 2003 una pacífica manifestación popular condujo al derrocamiento del presidente de Georgia, Eduard Shevarnadze, ex ministro de relaciones exteriores de Gorbachov. El alzamiento, que tomó el nombre de "revolución rosa" o "revolución de las flores" –porque con ellas se identificaban sus participantes– se produjo como consecuencia de la acusación de fraude en las elecciones en perjuicio del partido liderado por Mijaíl Saakashvili, quien a los pocos meses ganó con notable amplitud los comicios que fueron convocados. El nuevo presidente, formado en una universidad de Estados Unidos, mostró una clara orientación pro occidental, incluso solicitando el ingreso de su país en la otan, por lo que su presencia constituía un llamado de atención para Rusia. En Estados Unidos, Georgia era definido como un "faro de la libertad". El problema para Saakashvili, impulsor de la integración del país, residía en la existencia de intentos secesionistas en las regiones de Abjasia y Osetia del Sur, lo que condujo, como veremos, a un conflicto con Rusia.*

• *El 21 de noviembre de 2004 las elecciones presidenciales en Ucrania dieron como resultado un apretado triunfo de Viktor Yanukovich, candidato partidario de preservar las estrechas relaciones que Ucrania mantenía con Rusia,*

centradas sobre todo en un vínculo económico, ya que la Federación Rusa consume buena parte de las exportaciones agrícolas e industriales ucranianas y da trabajo a decenas de miles de obreros de esa nacionalidad. Con la presencia de Yanukovich en la presidencia, el gobierno ruso aspiraba a incrementar su influencia en el país, luego de varios años en los cuales el anterior jefe de Estado, Leonid Kuchma (1994-2004), mostró por un lado tendencia a vincularse con Occidente pero también se acercó en los últimos años a Moscú.

Los partidarios de Viktor Yushchenko, el candidato perdedor, favorable a un mayor acercamiento a Occidente y a la instrumentación de reformas pro mercado, cuestionaron los resultados sosteniendo la existencia de fraude y, convocados por su líder, ocuparon el centro de Kiev durante varios días. Estas manifestaciones –ampliamente cubiertas por la prensa y la televisión de Occidente– tomaron el nombre de "revolución naranja" (por el color de las prendas que usaban los seguidores de Yushchenko) y tuvieron su punto culminante cuando el Tribunal Supremo anuló los comicios y se convocó a nuevas elecciones para el 26 de diciembre. Este acto pareció estar influenciado tanto por los manifestantes en las calles como por la presión de Estados Unidos y de la Unión Europea.[189] En la nueva convocatoria Yushchenko se proclamó vencedor, despertando el entusiasmo de los medios occidentales por un supuesto triunfo de la democracia, mientras que Putin analizaba la situación como un avance de Occidente sobre territorio que consideraba un ámbito de influencia rusa.

• En Kirguistán, el presidente Askar Akayev fue obligado a abandonar el poder el 24 de marzo de 2005, como consecuencia de una revuelta iniciada, como las anteriores, a partir de la sospecha de fraude en las elecciones legislativas. Akayev era el mandatario más aperturista y liberal de quienes gobernaban las ex repúblicas soviéticas, pero progresivamente fue derivando hacia posiciones más autoritarias. El movimiento que lo derrocó –que fue denominado "revolución amarilla" por los observadores– no tuvo apoyo exterior alguno, y de hecho fue juzgado con dureza por la prensa occidental, ya que a diferencia de los anteriores se cobró numerosas víctimas; de cualquier forma, en el Kremlin el golpe fue visto con sospecha.

Asimismo, el Kremlin se sintió vulnerable ante la posibilidad de radicalización del islam, considerando además que la estrategia implementada por Estados

Unidos de aislar a los Estados musulmanes moderados era errónea, ya que en su opinión sólo servía como elemento vigorizador de las tendencias islamistas más radicales.

En consecuencia, a pesar de que se mantuvieron áreas de cooperación entre Estados Unidos y Rusia,[190] las tensiones entre ambos países se incrementaron de manera significativa. Las razones son claras: si por una parte, como hemos visto, Putin estaba dispuesto a llevar adelante una política exterior más vigorosa a partir de sus temores, por otra, las decisiones estratégicas de Estados Unidos se enfrentaban con los intereses nacionales rusos.

Los temas eran varios:

• *En el Kremlin se mostraron críticos con el comportamiento de Estados Unidos respecto de Irán y Corea del Norte, oponiéndose a las sanciones y reclamando en cambio que se realizaran negociaciones.*

• *Además, los rusos incrementaron significativamente la venta de armas a países situados en áreas de influencia tradicional de Estados Unidos en Oriente Medio, China y América Latina, generando protestas de Washington. El gobierno ruso afirmaba que con estas operaciones no violaba ningún acuerdo internacional, y en última instancia estaba haciendo lo mismo que Estados Unidos, que se dedicó a proveer armamento a países vecinos como Georgia y Azerbaiján.*

• *La promoción de sus recursos energéticos por parte de Rusia generó reacciones en Washington, lo que condujo al proyecto y la construcción del oleoducto Bakú (Azerbaiján)-Tiflis (Georgia)-Ceyhan (Turquía) (btc) (mapa 4),[191] y también a la búsqueda de inversores para construir otro por debajo del mar Caspio; mediante estas operaciones se buscaba liberar al Occidente europeo de la dependencia de los hidrocarburos rusos. La respuesta de Moscú fue el acuerdo celebrado con Kazajistán, Turkmenistán y Uzbekistán –países productores de petróleo y gas– para incrementar sus exportaciones a través de los oleoductos rusos.*

• *De larga data –la época de Yeltsin– era la cuestión de la presencia militar de Estados Unidos, que se manifestaba por medio de la acción de la otan, o incluso fuera de ella. Además, el gobierno de Washington continuaba apoyando a*

repúblicas de la ex Unión Soviética –Ucrania, Azerbaiján, Georgia– como potenciales miembros de la otan; asimismo, en 2007 el gobierno estadounidense anunció el despliegue de un sistema antimisiles en la Europa oriental. La respuesta de Rusia, manifestando su disconformidad, arguyó que se estaban estableciendo "líneas de división" entre naciones con una historia común.

- *Con notable frecuencia, tanto Putin como luego Medvedev han acusado a Estados Unidos de "unilateralismo", reivindicando la importancia del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas como el ámbito para la toma de decisiones en cuestiones de política internacional.*

A partir de este planteo de la situación, la pregunta es: ¿constituye la Rusia de Putin un desafío para Occidente en general y para Estados Unidos en particular? Para algunos analistas, el accionar de Putin es un peligro para la paz mundial; aunque no se llega a la comparación con la "vieja" Guerra Fría, se afirma que Rusia, además de incrementar su grado de represión dentro de sus fronteras, está desarrollando una política agresiva en cuestiones militares, pero sobre todo desplegando un accionar basado en el control que tiene de los recursos energéticos y en su poderío financiero, que le permite recompensar a sus aliados, comprar amigos y ejercer influencia a nivel mundial.[192]

Frente a esta visión teñida de cierto tremendismo, otros análisis muestran una posición diferente: si bien se sostiene que en las altas esferas del poder ruso existe una posición militantemente antiestadounidense, el objetivo de Putin (y de Medvedev) es asegurar para Rusia un estatus de gran potencia en un mundo caracterizado por el multilateralismo, y en el que su influencia sobre las repúblicas de la ex Unión Soviética esté fuera de discusión.[193] A pesar del crecimiento, existen ciertos problemas serios en Rusia, comenzando por la crisis demográfica, que lo colocan todavía en una situación de debilidad, con independencia de que algunos asesores del Kremlin puedan fantasear imaginando estrategias de corte neoimperial.[194]

2) Como se ha avanzado, los vínculos de Rusia con Europa están mediatizados por las relaciones económicas. Cada vez que se presenta un problema, en

Occidente comienza a ventilarse el tema de su dependencia energética respecto de Moscú. Las cifras indican que, por ejemplo, en 2007 la Unión Europea recibió de Rusia el 38% de sus importaciones de gas y el 33% de las de petróleo; la balanza comercial entre ambos es el 51,5% de la balanza total de Rusia. Por lo tanto, ésta es también dependiente de los mercados de la Unión Europea, por lo que es más adecuado caracterizar la relación como de una dependencia mutua, aunque asimétrica.

El acontecimiento que hizo saltar las alarmas en la Unión Europea fue cuando Mijaíl Jodorkovski, dueño de Yukos, la mayor empresa petrolera de Rusia, fue detenido y Yuganskneftegaz, su activo más valioso, fue absorbido de manera totalmente irregular por Rosneft, una compañía estatal. Éste fue el principio de un proceso en el que las principales empresas vinculadas con la energía pasaron a control del Estado ruso, y en particular se concretó la conformación de un gigante energético global como Gazprom. El objetivo de Putin quedó claro cuando a partir de su segundo mandato se produjeron situaciones conflictivas con tres empresas extranjeras que habían invertido en la industria del petróleo durante la década de 1990. En todos los casos el gobierno ruso sostuvo que las empresas extranjeras habían infringido los contratos, y lo cierto es que éstos se habían firmado en una situación de debilidad de Moscú y que ahora, fortalecida su posición, exigía la revisión de las disposiciones.

La utilización de la energía como herramienta política por parte del gobierno ruso se manifestó cuando en 2005 Gazprom decidió incrementar el precio, hasta ese momento subvencionado, del gas suministrado a Ucrania, y un año más tarde a Belarús, planteo que en ambos casos culminó con la interrupción del abastecimiento (ver más adelante).

El problema de la Unión Europea en su vinculación con Rusia es la inexistencia de una política unificada, en razón de que los grados de dependencia de los diferentes países son muy distintos –los Estados bálticos, Finlandia y Eslovaquia son los más dependientes, mientras que España, Portugal y el Reino Unido importan poca o ninguna energía rusa–. Por lo tanto, los miembros mayores de la Unión Soviética tienden a impulsar proyectos que aseguren sus propios suministros en lugar de trabajar con sus pares. Para dar un ejemplo, grandes firmas energéticas en Francia, Italia y Alemania han firmado contratos a largo plazo con Gazprom; incluso Rusia y Alemania llegaron a un acuerdo para la construcción de un gasoducto bajo el mar Báltico, el Nord Stream (mapa 3), que hace posible que Rusia suministre gas a Alemania y al resto de la Unión

Soviética sin pasar por Polonia y Ucrania. Por su parte, Gazprom y la firma italiana eni firmaron un acuerdo para construir el South Stream, que irá de Rusia a Turquía a través de los Balcanes, con ramales a Austria e Italia. Con este último proyecto se frustró el llamado “plan Nabucco”, proyecto que impulsaba la Unión Europea de traer gas desde Azerbaiján y el Asia central.

La situación de interdependencia que hemos resumido es, por supuesto, un factor condicionante en las relaciones entre Rusia y la Unión Europea. Pero existen otros elementos que también atañen a la situación de vecindad. La búsqueda de acuerdos amplios ha conducido generalmente a enfrentamientos en virtud de que Moscú rechaza cualquier referencia de la Unión Soviética a la situación interna del país –democratización, consolidación de una economía de mercado, vigencia del Estado de derecho– como una intolerable intromisión en sus asuntos internos. De ahí que muchas negociaciones hayan llegado a un punto muerto, sin posibilidades de progresar.

La llegada de Medvedev a la presidencia fue la ocasión favorable para que desde Moscú se anunciara la propuesta de creación de una nueva estructura de seguridad europea. Dado que hacia el final de la presidencia de Putin existía una situación de tensión entre Rusia y las potencias occidentales, la idea lanzada por Medvedev apareció como la posibilidad de establecer relaciones diferentes. De hecho, el discurso pronunciado en Berlín en junio de 2008 hacía referencia a “la integridad del conjunto del espacio europeo desde Vladivostok a Vancouver”.

El punto de partida de la iniciativa rusa es la idea de que la osce ha fracasado en el intento de gestionar la seguridad en Europa tras los acontecimientos de 1989-1991, convirtiéndose en un instrumento a través del cual los países occidentales más poderosos dictan su ley al resto.

Ciertamente, la posición de Medvedev mostraba la existencia de un vacío en el derecho internacional, visible, por ejemplo, en la actitud de Rusia y los países occidentales frente a los Estados secesionistas. En 2008 Rusia reconoció la independencia de Osetia del Sur y de Abjasia (ver más adelante), mientras que una cantidad importante de países occidentales reconocieron la independencia de Kosovo. La justificación era muy similar en ambos casos: el genocidio de una minoría étnica por una mayoría, y la negativa del Estado insurrecto de compartir un Estado con la nación que lo ha sometido al genocidio. Sin embargo, caben muy pocas posibilidades de que Rusia reconozca la independencia de Kosovo, así como que las potencias occidentales reconozcan la de Osetia del Sur y de

Abjasia.

A causa de este y otros temas conflictivos, el planteo de Medvedev apunta hacia la búsqueda de una alternativa superadora, en la que se establezcan con claridad unas nuevas normas para las relaciones internacionales.

Poco tiempo después de los sucesos de Georgia que se revisarán inmediatamente, en la conferencia política mundial celebrada en Evian, Francia, en octubre de 2008, el presidente Medvedev se preocupó por explicitar en una entrevista las prioridades de la política exterior de Rusia: 1) “Se reconoce la supremacía de los principios básicos de la ley internacional”, incluyendo el respeto a la soberanía, la integridad territorial y la independencia de los Estados; 2) “el mundo debe ser multipolar”, porque si está dominado por una sola potencia “es inestable y desafiado por los conflictos”; 3) “Rusia no desea enfrentarse con ningún país”; 4) “se protegerá la vida y la dignidad de los ciudadanos rusos allí donde se encuentren”, y 5) “como otros países del mundo, existen regiones en las cuales Rusia tiene intereses privilegiados” (citado por Mankoff, 2009).

A pesar de que comenzó a hablarse de una “doctrina Medvedev” en materia de política exterior, lo cierto es que, quizá con la excepción del punto cuarto, el resto había sido ya explicitado por Putin, e incluso parcialmente por Primakov en los últimos años del gobierno de Yeltsin. El rechazo que generaron las declaraciones de Medvedev en Occidente parece provenir más bien del hecho de formularse apenas finalizada una guerra en la cual Rusia, justamente defendiendo la vigencia del punto cuarto, procedió a violar el punto tercero.

3) La relación con los “extranjeros cercanos” ha adquirido unas dimensiones impensadas unos años antes. Ante la creciente presencia real de otras potencias en repúblicas situadas en sus fronteras motivada por las exigencias de la lucha contra el islamismo radical, y dada la inestabilidad que se manifestó en ocasión de las “revoluciones de colores”, Putin decidió incrementar la presencia de Rusia tanto en su frontera occidental como en la zona del Cáucaso y en el Asia central. A la adopción de esta estrategia contribuyó el hecho de que varios de estos países aspiran a entrar en la otan, hecho considerado profundamente perturbador

para el Kremlin.

Para ello hizo uso inicialmente de diferentes recursos: control de las rutas de transporte de gas y petróleo, establecimiento de vínculos económicos, despliegue de tropas y otras formas de soft power.

El tema adquirió otras dimensiones cuando en 2005 Gazprom decidió incrementar el precio hasta ese momento subvencionado del gas que suministraba a Ucrania.[195] Se trataba de una situación comprensible, ya que desde la caída de la Unión Soviética el precio se había mantenido fijo, pero era muy difícil que los observadores externos y los gobiernos occidentales no vieran en estas medidas una represalia por los acontecimientos de la "revolución naranja", y el hecho de que, como consecuencia de ella, el gobierno de Ucrania tomó distancia respecto de Moscú.[196] Pero, además, lo que produjo la reacción generalizada fue que al no llegarse inicialmente a un acuerdo, como instrumento de presión Gazprom interrumpió el suministro de gas el día de año nuevo de 2006. La situación se resolvió en cuatro días y las válvulas de paso se volvieron a abrir, pero los países de la Unión Europea empezaron a discutir la necesidad de una política energética unificada y una diversificación en los suministros energéticos.

La insistencia rusa en que la subida de los precios del gas y del petróleo estaba motivada por razones comerciales, como parte de un proceso más global orientado a llevar los precios, incluso en el mercado interno ruso, a valores de mercado, tuvo un nuevo episodio a comienzos de 2007 y afectó a Belarús, el más importante aliado en la región. La disputa del gas fue resuelta a último momento y no se cortaron los suministros, pero en el caso del petróleo, Transneft, el monopolio estatal ruso, cerró los grifos y fueron interrumpidos los suministros a Polonia, Alemania, República Checa, Ucrania, Eslovaquia y Hungría.

Pero sin duda el conflicto más serio es el que enfrentó a Rusia con Georgia, que culminó con el enfrentamiento armado que se produjo en agosto de 2008, la denominada "guerra de los cinco días", que mostró la determinación de Moscú de intervenir cuando considera que sus intereses en la zona del Cáucaso están en peligro.

Los problemas con Georgia provienen de dos vertientes diferentes: el

contencioso de Osetia del Sur y Abjasia (mapa 5), y la creciente influencia de Estados Unidos en Georgia a partir de la “revolución rosa”.

• *Los territorios de Osetia del Sur y Abjasia llevan décadas en situación de rebeldía frente al gobierno de Georgia,[197] constituyendo de facto Estados independientes con el apoyo de Rusia, aunque de iure están bajo soberanía georgiana.*

Cáucaso sur (territorios de la ex Unión Soviética)

ABJASIA (República Autónoma de Georgia). Independiente de facto, aunque reconocida sólo por Rusia, Nicaragua, Neuru y Venezuela.

Capital: Sujumi

Superficie: 8.640 km²

Población: 215.000

Idiomas: abjasio y ruso

Etnias: abjasios (44%), armenios (21%), rusos (11%)

ADJARIA (República Autónoma de Georgia)

Capital: Batumi

Superficie: 2.880 km²

Población: 375.000

Idiomas: adjar (grupo de dialectos), georgiano (escrito)

Etnias: adjarios (80%), georgianos (5%)

Religión: cristianos ortodoxos (63%), musulmanes (30%)

ALTO KARABAJ (república independiente sólo reconocida por Armenia)

Capital: Stepanakert

Superficie: 4.000 km²

Población: 138.000

Idiomas: armenio

Etnias: armenios (95%)

Religión: apostólicos armenios, cristianos ortodoxos

ARMENIA (república unitaria presidencialista)

Capital: Erevan

Superficie: 29.743 km²

Población: 3.200.000

Idiomas: armenio y ruso

Etnias: armenios (98%)

Religión: apostólicos armenios (73%)

AZERBAIJÁN (república presidencialista)

Capital: Bakú

Superficie: 86.530 km²

Población: 8.900.000

Idiomas: azerí

Etnias: azeríes (90%)

Religión: musulmanes (87%).

GEORGIA (república unitaria presidencialista)

Capital: Tiflis

Superficie: 70.152 (incluye Abjasia, Adjaria y Osetia del Sur)

Población: 4.613.000

Idiomas: georgiano

Etnias: georgianos (83,8%), azeríes (6,5%), armenios (5,7%)

Religión: ortodoxos georgianos (55%),

NAJICHEVÁN (República Autónoma de Azerbaiján)

Capital: Najicheván

Superficie: 5.500 km²

Población: 370.000

Idiomas: azerí y armenio

Etnias: azeríes

Religión: musulmana

OSETIA DEL SUR (República Autónoma de Georgia, independiente de facto)

Capital: Tsjinvali

Superficie: 3.900 km²

Población: 80.000 (aproximadamente)

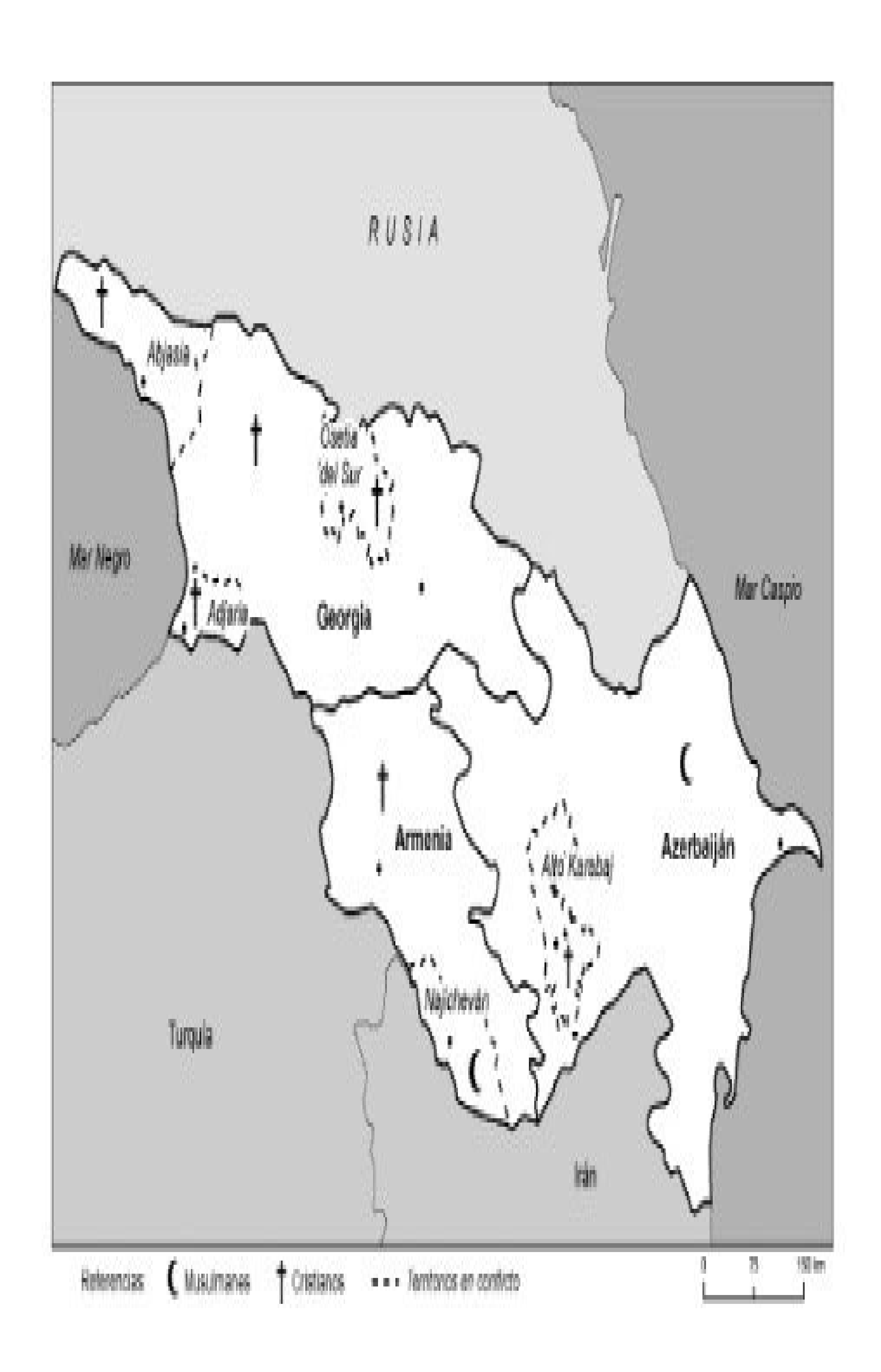
Idiomas: osetio, georgiano y ruso

Etnias: osetios (90%), georgianos (7%)

Religión: cristianos ortodoxos, musulmanes (minoritarios)

Mapa 5

Cáucaso sur



RUSIA
Abjasia
Osetia del Sur
Mar Negro
Adjaria
Georgia
Mar Caspio
Armenia
Azerbaiján
Alto Karabaj
Najicheván
Turquía
Irán
Referencias
Musulmanes
Cristianos
Territorios en conflicto
0
75
150 km

• *El encumbramiento de Saakashvili ha ido acompañado de una vinculación estrecha con Estados Unidos hasta el punto de afirmarse que "Georgia es el Israel de los norteamericanos en el Cáucaso"; el país es visto tanto por Moscú como por Washington como un factor fundamental para el control de los recursos energéticos de la región. Además, grandes oleoductos atraviesan Georgia sin estar bajo control ruso, por lo que si el gobierno de este país utilizara esta palanca, el abastecimiento de Rusia a Europa se vería profundamente afectado, además de la existencia del oleoducto petrolero btc. La ayuda de Estados Unidos, inicialmente justificada por la guerra contra el terrorismo islámico, ha adquirido dimensiones significativas.[198]*

La convergencia de estas dos cuestiones se tornó explosiva a mediados de la década de 2000: la insistencia del presidente Saakashvili de reivindicar la integridad territorial de Georgia –previamente tuvo éxito en controlar la situación en Adjaria–[199] y solicitar la entrada en la otan fue denunciada por Putin como una estrategia apoyada por Estados Unidos, mientras que el gobierno de Tiflis acusó a Rusia de apoyar a los separatistas de Osetia del Sur y Abjasia.

La escalada de tensión se incrementó día a día hasta culminar el 7 de agosto de 2008 cuando Saakashvili decidió actuar y envió tropas a recuperar Osetia del Sur y Abjasia. A partir de esta operación, el gobierno ruso encontró la justificación para intervenir directamente en la región, al sostener el presidente Medvedev en el discurso que anunciaba la invasión que el ejército georgiano había realizado un "acto de agresión" que culminó con la muerte de civiles "en su mayor parte ciudadanos de la Federación Rusa".

El ejército ruso, enormemente superior, no sólo recuperó los territorios en litigio expulsando a los georgianos instalados allí sino que penetró en el interior de Georgia y ocupó ciudades del país –entre ellas Gori, el solar natal de Stalin–, destruyendo instalaciones militares. Si Saakhasvilli había calculado que su amistad con Occidente lo iba a librar de la intervención directa de Moscú en la región, se equivocó mucho.

El 13 de agosto se negoció un cese del fuego gracias a la mediación del presidente francés Nicolas Sarkozy, pero las tropas rusas permanecieron en

territorio de Georgia durante varias semanas, continuando con los operativos destinados a debilitar a su enemigo y desalentándolo de cualquier intento de recuperar las regiones en disputa.

Poco tiempo más tarde, la Duma votó a favor del reconocimiento de la independencia de Osetia del Sur y Abjasia, y el presidente Medvedev lo convalidó. Además de Rusia, sólo Nicaragua, Venezuela y Nauru han reconocido a los nuevos Estados.

Frente a la acción rusa, Estados Unidos protestó con energía y amenazó con una serie de represalias, pero se estaba ante un hecho consumado: por primera vez desde el colapso de la Unión Soviética, el gobierno de Moscú concretaba una operación militar fuera de su territorio, exponiéndose a la condena mundial. Como bien se ha dicho, era una inequívoca señal de que seguía considerando a la cei como su esfera de influencia, en la que sus intereses debían ser tenidos muy en cuenta. Las relaciones con Estados Unidos volvieron a normalizarse cuando en julio de 2009 Barack Obama visitó Rusia; como resultado de esa visita, a los dos meses el presidente estadounidense anunció el abandono del programa que preveía la instalación de bases del escudo antimisiles en Polonia y en la República Checa. A cambio, Rusia dejó de lado el proyecto de fortalecer la situación militar en el conflictivo enclave de Kaliningrado.

La significación alcanzada por la distensión se manifestó con claridad cuando en abril de 2010 se firmó en Praga el tratado start iii por el que ambos países, además de dar por concluida la Guerra Fría, se comprometieron a reducir de manera considerable su arsenal estratégico,[200] superando los acuerdos start i y start ii. Ambos Parlamentos lo ratificaron a los pocos meses, por lo que constituye un importante paso adelante.

En cuanto a las relaciones con el Asia central, su importancia puede apreciarse en los siguientes aspectos: 1) por el hecho de que los países de la región disponen de enormes reservas de petróleo y gas natural; 2) tomando en cuenta las dimensiones de la población musulmana en la región, y 3) valorando la importancia de la presencia de Estados Unidos allí, efectivizada, como vimos, luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

A partir de estos elementos, se explica que Moscú comenzara a buscar la forma de establecer una presencia permanente en la región, intentando poner límites a Estados Unidos y a China por medio del establecimiento de instituciones

destinadas a incrementar la seguridad colectiva, restableciendo el papel fundamental que Rusia había tenido en el pasado inmediato. La más importante de ella es el Tratado para la Organización de la Seguridad Colectiva (tosc), del cual forman parte las repúblicas del Asia central –menos Turkmenistán, un país oficialmente neutral–, Armenia y Belarús. Algunos la han designado como una "otan euroasiática", y el objetivo principal de su creación es asegurar la ayuda al integrante de la organización que se viera agredido por un Estado no miembro.

Pese a la presencia cercana de China, que favoreció algunas iniciativas importantes como la construcción del oleoducto que la abastecerá de petróleo partiendo de Uzbekistán, bajo el gobierno de Putin Rusia logró consolidar su posición en el Asia central; los gobernantes de los países de la región, temerosos del crecimiento del islamismo radical, optaron por recostarse en Moscú, la potencia que estaba recuperando su poder.

4) La aproximación entre Rusia y China en las dos últimas décadas es el reflejo de los cambios producidos en las relaciones exteriores desde el fin de la Guerra Fría. Si bien se habían producido acercamientos desde la época de Gorbachov, fue sobre todo desde la gestión de Primakov al frente de las relaciones exteriores cuando estos intentos pasaron a ser una estrategia definida, como consecuencia de la necesidad sentida por muchos en el Kremlin de buscar una alternativa a lo que se consideraba un excesivo vuelco hacia los países occidentales. Por supuesto, existían otras razones para estrechar lazos con el país de crecimiento más acelerado del mundo y Putin las tuvo muy en cuenta: por una parte, el incremento de los intercambios comerciales permitiría contribuir al relanzamiento de la economía rusa en general y del extremo oriental del país en particular. Por otra, los acuerdos alcanzados en cuestiones fronterizas, que tanto habían envenenado las relaciones entre ambos países en las décadas anteriores, darían lugar a la desaparición de potencias causas de conflicto. Ese acercamiento tuvo una nueva y magnífica oportunidad de manifestarse a partir de la conformación del bric.

Rusia y el BRIC.

El término bric fue propuesto por la consultora internacional Goldman Sachs en 2003, tomando las iniciales de los nombres de cuatro de los más importantes países emergentes: Brasil, Rusia, India y China. En 2009 los cuatro sumaron el 95,5% del pbi estadounidense y entre el 15 y el 20% del pbi mundial, y contaban con más de 2.700 millones de habitantes, por encima del 40% de la población del planeta, así como el 25% de su superficie. Además, son poseedores del 40% del oro y de las divisas fuertes del mundo; China sola tiene la mayor reserva del mundo en dólares. Rusia es el principal proveedor de gas de Europa, y Brasil se prepara para incorporarse al club de los grandes productores de hidrocarburos en el mundo. Además, China cuenta con el ejército más numeroso y Rusia es la segunda potencia mundial nuclear y el segundo fabricante mundial de equipo militar y armamento, sólo precedido en ello por Estados Unidos. No obstante, en términos de ingreso por habitante, los países del bric se sitúan por debajo de otros cincuenta países y las proyecciones más optimistas para 2050 no mejoran mucho este ranking, aun cuando China supere en veinte años el pbi de Estados Unidos.

Luego de algunas actividades preliminares, el 16 de junio de 2009 se celebró en la ciudad rusa de Ekaterimburgo la primera reunión formal de las cuatro grandes potencias emergentes. Allí se encontraron Luiz Inácio "Lula" da Silva (Brasil), Dimitri Medvedev (Rusia), Manmohan Singh (India) y Hu Jintao (China).

No resultó casual que la sede fuera una ciudad rusa: da cuenta de la voluntad del Kremlin de impulsar iniciativas destinadas a conformar un mundo multipolar en todos los aspectos, a partir en este caso de la importancia creciente que están adquiriendo países fuera del ámbito del mundo desarrollado (Occidente y Japón).

Obviamente no era de esperar mucho de una reunión inicial, pero el hecho de que se mantuviera la periodicidad anual –en 2010 se reunieron en Brasil y en 2011 en China– resulta significativo; además, es preciso destacar que ya en la primera declaración conjunta se mostraban "comprometidos a avanzar en la reforma de las instituciones financieras, a fin de reflejar los cambios en la economía mundial", así como también reclamaban "un estable, predecible y más diversificado sistema monetario internacional". Finalmente, cabe destacar que la incorporación de Sudáfrica en la última reunión ha conducido a que comience a

utilizarse el acrónimo brics.

La sociedad rusa en el nuevo siglo

Como primera constatación, es indudable que la situación de la sociedad rusa en la primera década del siglo ha mejorado de manera significativa. Es evidente que los beneficios de la recuperación económica se han derramado, aunque sin duda de manera desigual, sobre el conjunto de los ciudadanos. Aunque hay una cantidad de problemas sin visos de solución, el nivel de vida del conjunto de la población experimentó un sensible crecimiento, por lo menos hasta 2009, que se constata a partir de las estadísticas disponibles. Una muestra ilustrativa es la del gráfico 3, que permite seguir la evolución de los salarios reales desde 1992 hasta la fecha, a partir de la comparación de una canasta de bienes y servicios con el nivel promedio de salarios; el hecho de que éstos hayan aumentado de manera sostenida desde 1999 constituye un elemento explicativo importante de la continuidad del apoyo recibido por Putin y luego por Medvedev. Esta situación, sin embargo, no es incompatible con la ampliación de las diferencias sociales (ver más adelante).

Los datos oficiales consignan un acusado descenso de la pobreza desde comienzos del siglo xxi, interrumpido en 2009 como consecuencia de la crisis. El porcentaje de habitantes que está situado por debajo de la línea de pobreza calculada por las instituciones gubernamentales bajó del 23% en 2000 al 11% en 2008, creciendo más tarde hasta el 14,7% en 2010[201] (Russian Statistics, http://www.gks.ru).

Estas cifras son objeto de fuertes cuestionamientos, fundamentalmente porque se considera que los valores utilizados para establecer el umbral de pobreza son muy bajos. Otras fuentes estiman que el número de pobres puede llegar a triplicar el que indican los datos oficiales. Sin embargo, no caben dudas de que la disminución es una realidad, aunque insuficiente.

Un análisis superficial de la situación social nos revela la persistencia de una sociedad profundamente dividida: en 2009 las estadísticas indicaban que el 10% más rico de la población poseía el 31% de la renta nacional, mientras que el 10% más pobre apenas llegaba al 1,9%; si tenemos en cuenta el corto tiempo

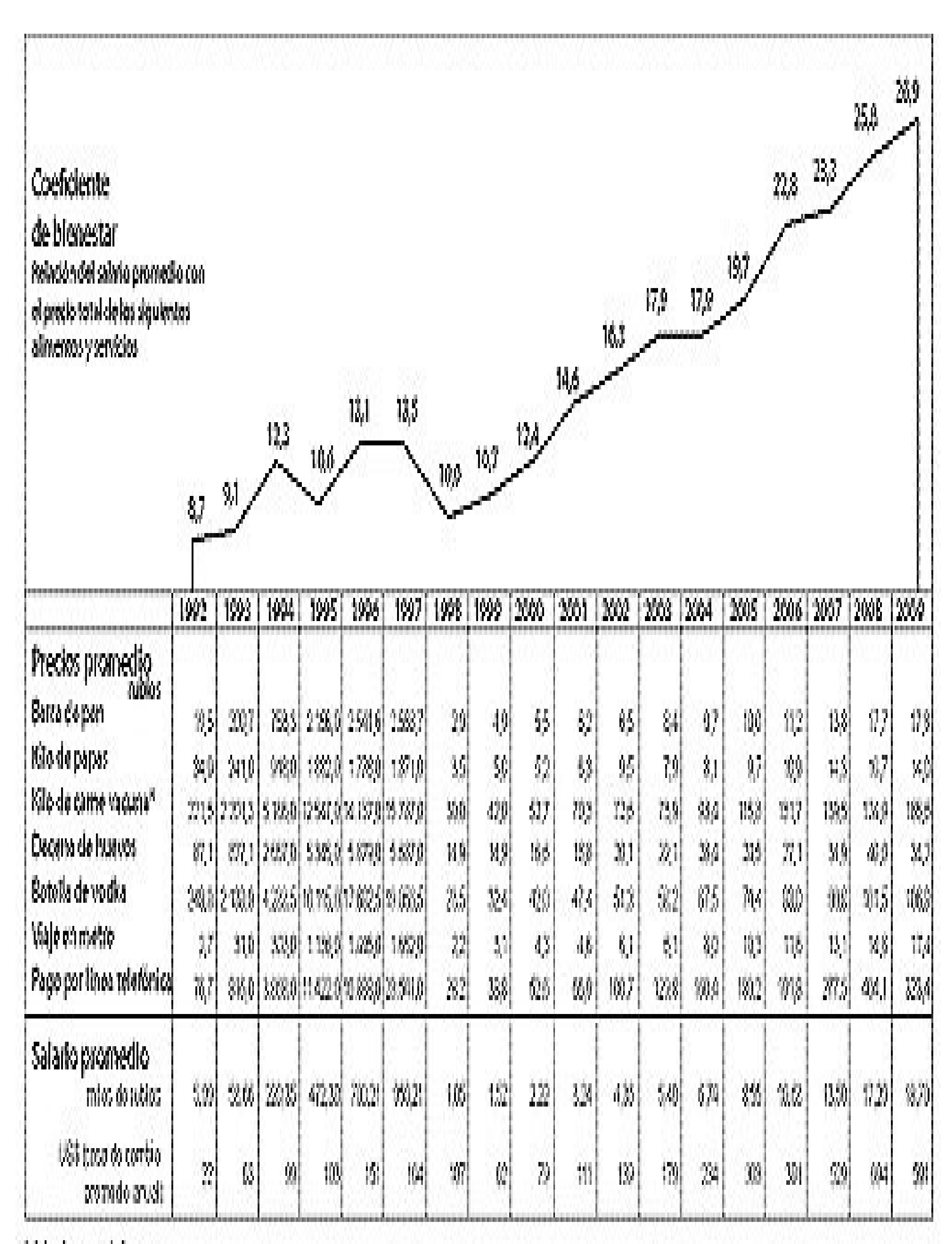
transcurrido desde el derrumbamiento de la Unión Soviética, estos niveles de desigualdad resultan verdaderamente sorprendentes.

La mayoría de los trabajadores pobres están empleados en el sector público y en la docencia. Las ocupaciones con los ingresos más bajos –entre los que se cuentan aquellos que están empleados en los servicios de salud, como enfermeras y médicos– son de gran significación social, por lo que las malas condiciones de vida de quienes están empleados en estos sectores contribuyen al declive de las estructuras en las que se basa el funcionamiento de la sociedad.

Gráfico 3

Crecimiento del nivel de vida de los rusos

Precios y salario promedio entre 1992 y 2009



	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009
Precios promedio rublos																		
Barra de pan	19,5	200,7	758,5	2 186,0	2 541,6	2 588,7	2,0	4,9	5,5	6,2	6,5	8,4	9,7	10,0	11,2	13,8	17,7	17,8
Kilo de papas	84,0	241,0	918,0	1 882,0	1 778,0	1 871,0	3,5	5,0	5,2	6,8	9,5	7,9	8,1	9,7	10,9	14,5	10,7	14,0
Kilo de carne vacuna[1]	221,5	2 251,3	5 186,0	12 567,0	24 157,0	25 787,0	50,0	42,0	52,7	70,3	73,6	73,9	86,4	115,8	121,7	139,5	136,9	186,5
Decena de huevos	87,1	877,1	2 657,0	5 385,0	5 979,0	5 580,0	14,9	14,9	16,6	15,8	30,1	22,1	28,4	33,5	37,1	36,9	40,0	34,7
Botella de vodka	240,0	2 130,0	4 226,5	10 765,0	17 882,5	19 068,5	26,5	32,4	40,0	47,4	51,3	58,2	67,5	70,4	80,0	90,6	101,5	106,8
Viaje en metro	2,7	31,0	520,0	1 136,0	1 025,0	1 662,0	2,2	3,1	4,3	4,6	6,1	8,1	8,0	10,3	17,6	13,1	14,8	17,4
Pago por línea telefónica	76,7	816,0	3 208,0	11 422,0	10 888,0	20 541,0	28,2	38,8	62,6	66,0	100,7	122,8	190,4	180,2	191,8	277,5	404,1	323,4
Salario promedio																		
miles de rublos	5,00	58,66	220,35	472,30	790,21	950,21	1,05	1,52	2,22	3,24	4,36	5,40	6,74	8,55	10,62	13,50	17,20	18,70
US$ tasa de cambio promedio anual	22	63	99	109	151	164	107	62	79	111	139	179	234	303	391	529	694	591

[1] Salvo la carne sin hueso.

Fuente: Ria Novosti.

Al contrario de lo que sucede en los países occidentales, donde la pobreza se concentra en las grandes ciudades, en Rusia es más fácil encontrar a los pobres en las aldeas y los pueblos. Las familias con dos o más hijos están muy expuestas a caer en la pobreza por los bajos salarios y la insuficiencia de las prestaciones sociales.

Desde principios de la década de 1990, la vida cotidiana para la mayoría de la sociedad constituye un tema en el cual de forma continua deben compatibilizar sus prácticas provenientes de la época soviética con las nuevas realidades de una economía basada en el mercado. Esa capacidad de adaptación ha permitido que el deterioro social fuera algo menos dramático de lo que pudo haber sido, al tiempo que algunos encontraron las posibilidades de subsistir e incluso de progresar en un escenario para el que no habían sido preparados.[202] La gestión de Putin, en todo caso, les ha significado estabilidad; como bien dijo en una oportunidad, para la sociedad rusa, “el tiempo de la ansiedad y de las ansiosas expectativas ha pasado”.[203]

Pero también existe otra Rusia: la revista Forbes ha calculado que, en relación con su pbi, hay más multimillonarios que en cualquier otro país del mundo, y en términos absolutos es el tercero después de la India y Estados Unidos. En directa relación con lo que se ha venido analizando, la mayoría de los multimillonarios y millonarios rusos controla las actividades vinculadas con materias primas y las industrias asociadas. Según la misma fuente, esto se aplica a 66 de los 100 rusos más ricos. Los 34 restantes han conseguido su fortuna en nuevos sectores económicos, sobre todo en telecomunicaciones, construcción, industria alimentaria y en el comercio minorista.

Los “nuevos rusos”, como se los llama a veces, suelen vivir la mayor parte del año en el extranjero, donde se los ve en los hoteles, clubes y restaurantes más lujosos, mientras sus hijos estudian en los colegios de las clases altas. Poseen caballos de carrera, yates y mansiones. Prácticamente, cada multimillonario tiene su avión. Disfrutan comprando antigüedades y joyas de precios prohibitivos, y adquieren bienes inmuebles en las zonas más caras de las capitales europeas, entre las cuales Londres es su sitio de residencia preferido.

La primera década del siglo ha sido testigo del crecimiento y la consolidación de una clase media fundamentalmente urbana, que participa de pautas de consumo propias de las clases medias occidentales –autos, viajes, casa de veraneo– y aprovecha la estabilidad sin cuestionar el régimen político. Su cuantía es objeto de discusión entre los estudiosos del tema: mientras que algunos sostienen que hacia fin de la década de 2010 constituye el 10-15% de la población, porcentaje que se duplica en Moscú y San Petersburgo, otros afirman que forman parte de ella entre el 25 y el 30% de los habitantes. Cuando es interrogada en las encuestas, la mayoría de la clase media muestra un relativamente alto grado de satisfacción con su vida –situación que comenzó a modificarse con la llegada de la crisis en 2008–, pero al mismo tiempo manifiesta disconformidad con el funcionamiento de la democracia en el país.[204]

Desde luego, la Rusia de Putin no tiene nada que ver con la de Stalin, ni siquiera con la de Brezhnev: los intelectuales pueden hablar sin miedo de acabar en un campo de concentración. El control que ejerce el Estado se manifiesta sobre todo en la televisión, el medio de comunicación masivo por excelencia; las críticas se expresan a través de periódicos y revistas de reducida tirada que no son censurados.

De cualquier manera, importantes artistas y escritores, conscientes de la oscura historia de represión cultural del país, muestran su preocupación por temas como el creciente poder de la Iglesia Ortodoxa Rusa, el auge de un nacionalismo exacerbado y el “culto a la personalidad” auspiciado por el Kremlin.

Las palabras de moda son “patriotismo” y “optimismo”. El discurso oficial enfatiza los logros alcanzados por el país en los últimos años, remitiendo machaconamente a su retorno al rango de gran potencia y a la responsabilidad de Putin en todo el proceso. En cambio, para los críticos, se trata sólo de una fachada que oculta una realidad preocupante: “Cualquiera puede ser golpeado y apresado por la policía, la televisión sigue bajo control estatal, el ejército masacra a los civiles en Chechenia y los recursos naturales de Rusia fueron privatizados por antiguos oficiales de la kgb; a todo eso lo llaman estabilidad”, declaró el músico Alexander Manotskov a Ria Novosti. Y agregó: “Lo que no entienden en Occidente es que todo eso se hace con el apoyo entusiasta de las mayorías”.[205]

Pero también están las personalidades relevantes, y no son pocas, que manifiestan su conformidad con lo actuado por el gobierno: por ejemplo, el

renombrado cineasta Nikita Mijalkov –director, entre otras películas, de Sol ardiente y Pieza inconclusa para piano mecánico– firmó en 2007 junto a otros intelectuales una carta pública de apoyo a Putin pidiéndole que se quedara en el gobierno más allá de lo que dijeran las leyes. Las razones son claras y expresan lo que evidentemente piensan muchos de sus compatriotas: “Rusia necesita autoridad, aunque esto suene absurdo en el mundo civilizado, el caos aquí es una catástrofe para todos”.

Otra mirada, más amplia, es la que proporciona el escritor Sergei Minaev, que con sólo treinta y dos años vendió dos millones de ejemplares de su novela Dukhless (“Sin alma”), en la que relata con talante crítico la vida de la bohemia poscomunista de los años 90 entre los jóvenes de Moscú:

Somos un pueblo cortado por la mitad; millones de personas no notaron el cambio que vivimos y ahora ven que volvemos a 1984. Otros se sintieron como mascotas domésticas lanzadas a la selva, los que aprendieron a sobrevivir se transformaron en fieras y por eso llegó el tiempo de domesticarlas.

Una de las preocupaciones del gobierno, vinculada con la búsqueda de un amplio apoyo para su gestión, ha sido la de forjar elementos simbólicos que reúnan a una sociedad que venía castigada por los problemas que se sucedieron desde la desintegración de la Unión Soviética. En ese intento, uno de los temas que surgieron ya en los primeros tiempos del gobierno de Putin fue el de la introducción de un nuevo himno nacional. A partir de 1990, el himno soviético escrito por Alexander Aleksandrov en 1944 fue reemplazado en Rusia por “La canción patriótica”, una composición compuesta por Mijaíl Glinka hacia 1835. El debate sobre el himno comenzó a cobrar impulso en octubre de 2000 cuando Putin comentó que los atletas rusos se habían quejado de que no tenían palabras para cantar durante las ceremonias de entrega de medallas en los Juegos Olímpicos de Sydney 2000. Se consideraron varias opciones, pero una encuesta pública mostró que la música de Aleksandrov, familiar a la mayoría de rusos, contaba con el 49% de apoyo. Putin presionó para que el anterior himno soviético fuera seleccionado como el nuevo himno ruso, pero insistió en que se escribiera una nueva letra. La Duma votó el 8 de diciembre de 2000 el empleo de la música del himno soviético compuesto por Aleksandrov para el nuevo himno

con el siguiente resultado: 381 votos a favor, 51 votos en contra y una abstención. También ese mismo día se decidió la adopción del escudo y la bandera rusos. Al elegir el himno, el Parlamento ruso sólo aprobó la música, concediendo a Putin el derecho de aprobar la letra. Ratificado por el presidente el 20 de diciembre, el nuevo himno se empleó de manera oficial por primera vez durante una ceremonia en el Gran Palacio del Kremlin.

La estabilidad y la mejora de la situación económica condujeron a incrementar la pasividad y desmovilización de la mayor parte de la sociedad, que luego de haber vivido una década de desorientación encontró en el gobierno de Putin la posibilidad de desarrollar una vida “normal” en una situación que en alguna medida reproduce ampliado el implícito contrato existente en la época soviética de proveer orden, un cierto progreso económico y, como elemento nuevo, el ejercicio de algunas libertades personales básicas a cambio de un control político que hace difícil el surgimiento de una verdadera oposición.

Sin embargo, a partir del segundo mandato de Putin se produjo la emergencia de diferentes formas de protesta de algunos sectores de la ciudadanía frente a reformas encaradas por el gobierno. A la ya citada “revolución de las canas” se agregaron otros episodios, que dieron lugar al surgimiento de incipientes movimientos sociales que desplegaron variadas estrategias destinadas a organizar la oposición a las iniciativas gubermanentales. Entre estos episodios colectivos se encontró la reacción contra la privatización de los servicios domiciliarios, desde reparación de edificios antiguos a la provisión de agua, gas, calefacción y electricidad, que afectaba a millones de propietarios e inquilinos. [206] Las protestas fueron masivas y se extendieron por todas las ciudades importantes, generando la creación de vínculos permanentes gracias a la utilización de las redes sociales.

Si bien estos movimientos (y otros), salvo el último, no cuentan con una participación significativa, en general gozan de una mayoritaria aprobación social, lo que permite pensar que progresivamente una mayor cantidad de ciudadanos se involucre en estas cuestiones que en muchos casos los afectan directamente, modificando la sensación de pasividad que transmite la sociedad rusa.

En cuanto al impacto del gobierno de Putin sobre la vida cultural, fue variado. El

desarrollo de los medios de comunicación está limitado por los controles realizados por el Estado, lo que determina una información de actualidad claramente sesgada en favor de la gestión oficial y un discurso dominante que se manifiesta en todos los terrenos. A su vez, existe una oposición “tolerada”, cuya presencia es marginal en los medios, y otra –el caso más conocido, ya citado, es la agrupación Otra Rusia, liderada por Garry Kasparov–[207] que ve muy limitada su actuación tanto en la calle como en los medios. La crítica social aparece sobre todo en las manifestaciones musicales, continuando una tradición que había surgido ya en la época de Brezhnev y que creció durante la glasnost. Conjuntos de rock, punk, raperos, denuncian en las letras de sus canciones los males de la sociedad postsoviética, apelando con frecuencia a la ironía para expresar su protesta.

En otro orden de cosas, la industria editorial terminó de consolidar un perfil netamente capitalista en su organización empresarial: como acusan los escritores jóvenes, “los editores sólo apuestan por los libros comercialmente exitosos que no necesitan promoción”.[208] Una vez pasado el interés por el pasado soviético y por las obras prohibidas que se desarrolló durante los primeros años, las preferencias mayoritarias se orientaron hacia los temas sentimentales, eróticos y policiales. Pero es un fenómeno muy particular de la sociedad rusa que incluso los lectores que recurren a la lectura como vía de escape de la realidad muestran sin embargo un interés significativo por descripciones del país en el que viven. De ahí, por ejemplo, que el género policial, de enorme popularidad en las últimas dos décadas, aborde con frecuencia la temática del medio criminal ruso, una cuestión muy sensible para el ciudadano común.

Autores como el citado Minaev muestran las contradicciones entre un discurso “triunfalista” proveniente del poder y una sociedad que fluctúa entre el pesimismo y un nihilismo muy característico de la intelligentsia rusa. Las nuevas generaciones han asumido predominantemente posiciones posmodernas, cuyos principios coinciden con quienes residen en el seno de una sociedad que si en algún momento de su historia –aunque fuera en el mensaje de quienes la gobernaban– apuntaba a la utopía, sufrió demasiados traspiés como para conservar ilusiones duraderas.

Conclusiones

Veinte años después

Una vez recorrido el accidentado camino que emprendió Rusia hace dos décadas, creemos imprescindible intentar una evaluación de lo ocurrido, despojados de condicionamientos ideológicos pero acompañados de una mirada crítica que parta de ciertos parámetros bien definidos, y que además contemple las peculiaridades de la realidad objeto de estudio. Sin dejar de lado ni mucho menos la perspectiva comparativa, es muy difícil analizar lo ocurrido en Rusia como resultado de una "ola democratizadora" que abarcó otros escenarios. El 31 de diciembre de 1991 se cerró una experiencia absolutamente única, a pesar de que podamos utilizar ejemplos de otros ámbitos –por ejemplo, lo ocurrido en los demás países de Europa del este– para ayudarnos a entender algunas secuencias dentro de la totalidad del proceso. Pero no se puede ir mucho más lejos en la comparación. La Revolución de Octubre constituyó un desafío para el mundo capitalista, y sus logros y fracasos, su intento de aspirar a construir el reino de la libertad y la igualdad, que condujo sin embargo a la represión más abominable y al terror de masas, obligan a revisar lo ocurrido destacando su singularidad. Sus rasgos particulares provienen incluso de la etapa soviética, pero cabe citar elementos de continuidad cuyas raíces se encuentran en el imperio zarista.

Asimismo, la influencia del Occidente capitalista, empeñado en ejercer una suerte de "tutela" sobre el proceso,[209] impulsando la implantación de un "modelo" económico extrapolado de experiencias sociales muy diferentes, para lo cual contó con "obedientes" adeptos locales dispuestos a todo para implantar en el país la panacea del "mercado libre" sin reparar seriamente en sus costos, contribuyó en buena medida tanto al caos de la década de 1990 como al rumbo que tomó el Estado ruso a partir de la llegada de Putin al Kremlin.

Para realizar este balance hemos optado por focalizar la cuestión estudiando la evolución económica del país, analizando el régimen político que se ha establecido y revisando el impacto de estas dos décadas sobre la sociedad.

Una primera aproximación de carácter comparativo puede ser la de situar a

Rusia en el escenario mundial a partir de su pbi por habitante. Si tomamos los valores de todos los países del mundo en 1990, 2000 y 2010 y posicionamos a la Federación Rusa, nos encontramos con que la década de Yeltsin y la de Putin aparecen claramente diferenciadas: mientras en 1990 Rusia se encontraba en el puesto 37º, diez años más tarde –luego de la “revolución capitalista”– había caído catorce puestos, ubicándose en el 51º, mientras que en 2010 se había recuperado casi totalmente, ocupando el 40º, según estadísticas del Banco Mundial y del fmi.

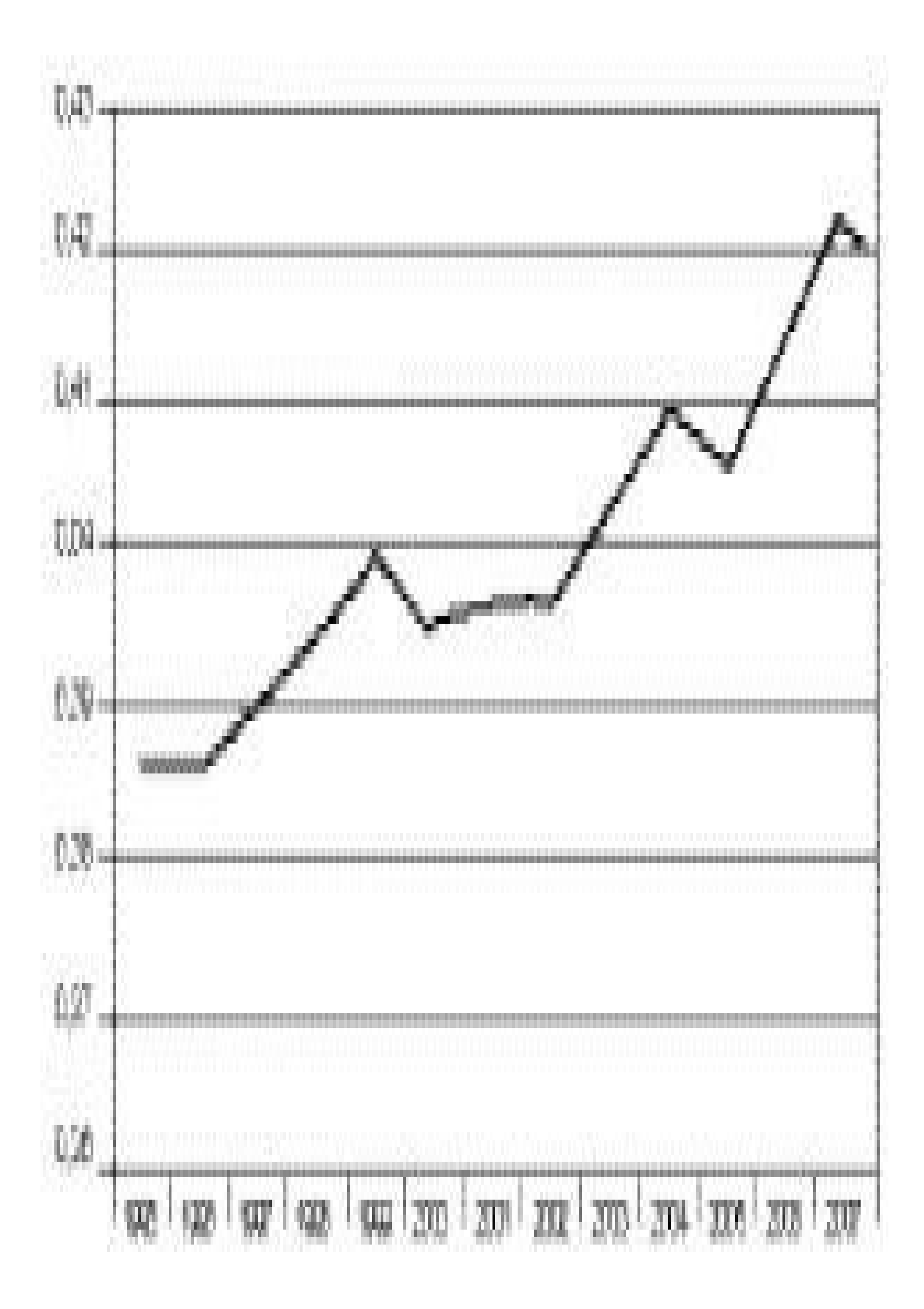
Si en lugar de utilizar el pbi por habitante utilizamos un índice más elaborado, el denominado “índice de desarrollo humano” (idh),[210] la situación es ligeramente diferente: Rusia cayó del puesto 35º en 1990 al 56º diez años más tarde y en la primera década del nuevo siglo se recuperó escasamente, debido sobre todo al impacto negativo de una de las variables, la disminución de la población.

A su vez, si tomamos como referencia el denominado “coeficiente de Gini”,[211] utilizado para medir la desigualdad en la distribución del ingreso, nos encontramos con que las estadísticas muestran que sobre el final de la primera década del siglo xxi Rusia ocupa el lugar 98º entre 144 países (http://hdr.undp.org/en/media/hdr_2010_Es). La evolución del índice en las últimas dos décadas (gráfico 4) muestra que la recuperación económica no fue acompañada de una disminución de las desigualdades sino que presenta la misma tendencia, al momento, de los primeros años de la gestión de Putin. Además, creemos que es pertinente acotar que todas las repúblicas de la ex Unión Soviética así como también todos los países de la Europa oriental que conformaban el bloque de “democracias populares” se encuentran por delante –la mayor parte de ellos muy por delante– de la Federación Rusa en este apartado.

Otro abordaje posible es relacionar lo ocurrido en la economía de la Federación Rusa con la evolución de las dos economías más grandes del planeta, la República Popular China y Estados Unidos (cuadro 21).

Gráfico 4

Evolución del coeficiente de Gini de la Federación Rusa (1905-2008)



Fuente: Simon Pirani (2010).

Cuadro 21

PBI por habitante de Rusia, Estados Unidos y China 1990-2010

(en dólares)

Año	Rusia (1)	Estados Unidos (2)	China (3)	Rel. (2/1)	Rel. (3/1)
1990	13.646,9	34.056,6	1.193,8	2,49	0,09
2000	9.086,1	43.079,1	2.849,3	4,74	0,31
2010	15.258,2	47.093,9	7.258,5	3,08	0,48

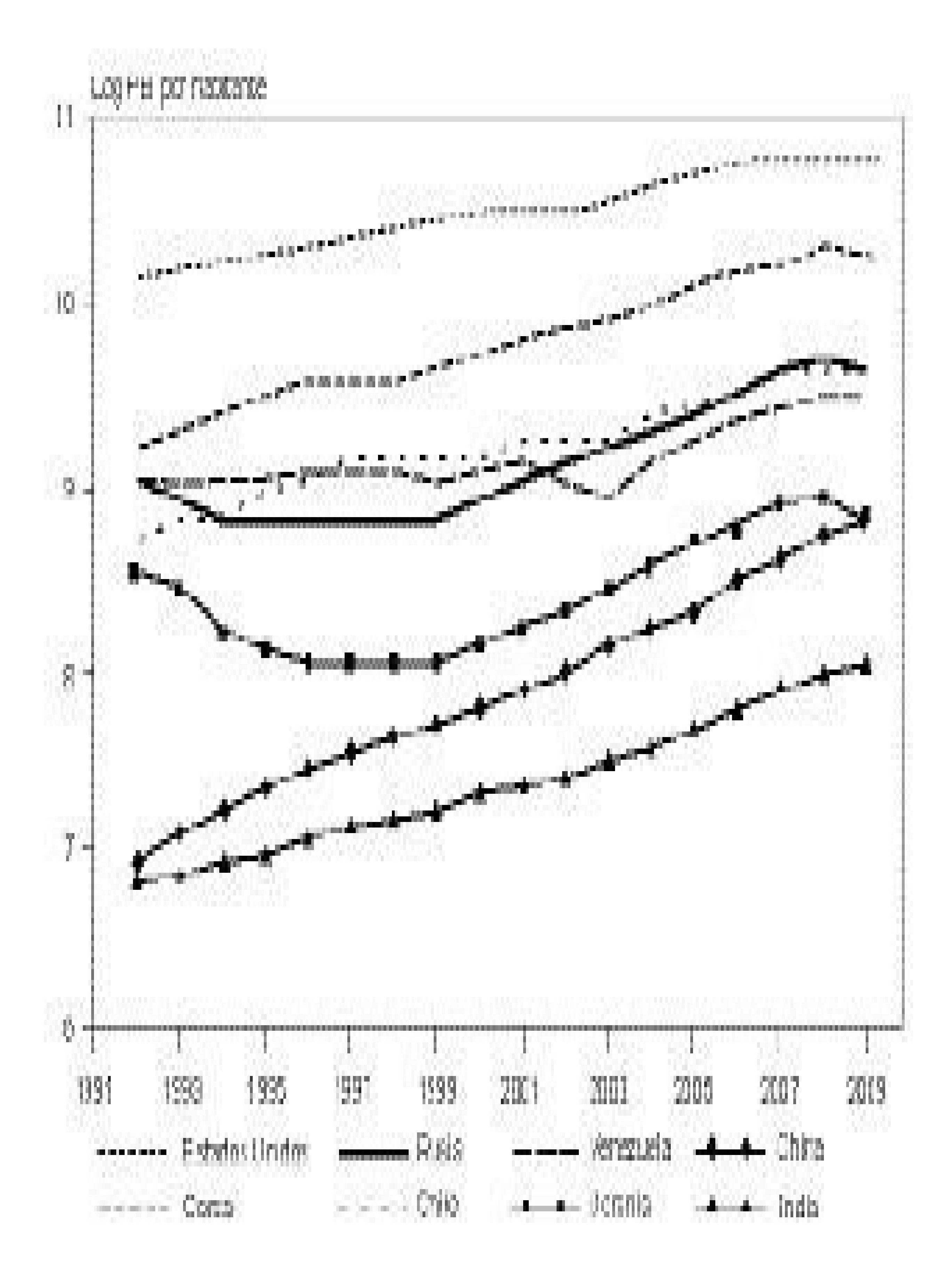
Fuente: estadísticas del Banco Mundial y del fmi.

Como puede apreciarse, la Federación Rusa perdió posiciones ampliamente frente a ambos en la década de 1990 y se recuperó sólo de manera parcial frente a Estados Unidos entre 2000 y 2010.

Una visión comparativa más amplia la brinda el gráfico 5, en el que se muestra la evolución del crecimiento de un conjunto de ocho países entre 1992 y 2009; allí se aprecia que el único país que acompañó a la Federación Rusa en su declinación fue justamente un "extranjero vecino", Ucrania.

Gráfico 5

PBI por habitante (en paridad de poder de compra), 1992-2009


11
10
9
8
7
0
1991
1997
1999
2001
2007
2009
Venezuela
China
Chile
India

Fuente: estadísticas del fmi.

En resumen: no quedan dudas de las consecuencias económicas de los acontecimientos de 1991: a partir de las estadísticas disponibles, la década de 1990 fue una catástrofe en términos de crecimiento y también en el aspecto social; la polémica sobre su inevitabilidad está teñida de condicionamientos ideológicos que muestran los límites del análisis económico;[212] lo que sin embargo resulta indiscutible es que la debacle social que se produjo era evitable y, bueno es repetirlo, fue el resultado de la casi absoluta despreocupación de los reformadores respecto de las consecuencias de sus medidas, convencidos como estaban de que eran los poseedores de la verdad y que valía la pena sacrificar a vastos sectores sociales para que finalmente se llegara más o menos a la misma situación que veinte años antes, beneficiados además por un escenario internacional ampliamente favorable durante casi todo el período considerado. Sin duda, Rusia es un país más libre en 2011, y se ha desarrollado una economía de mercado tal como, por lo menos parcialmente, esperaban quienes la impulsaron, pero también es preciso destacar que nos encontramos frente a un país notoriamente más injusto, con seguridad muy lejos de las expectativas de quienes cuestionaban el régimen soviético.

Otra problemática fundamental en relación con la economía rusa reside en las características de su estructura productiva y la viabilidad de su modelo de desarrollo en el mediano y en el largo plazo.

En esta cuestión, los análisis de los especialistas presentan profundas divergencias, las que sin duda nuevamente se vinculan con posicionamientos previos respecto de cómo debe funcionar una economía de mercado.

En principio, hay una coincidencia generalizada respecto de que en la Federación Rusa gobernada por Putin y su equipo se ha conformado una estructura capitalista en la que a pesar de la consolidación de una clase propietaria con un enorme poder económico, originada inicialmente, como se ha visto, en operaciones que aprovecharon el vacío legal y el desbarajuste político existente en la década de 1990, el papel del Estado es fundamental tanto en el establecimiento del rumbo económico general como en la participación directa en las empresas que ocupan un lugar clave en el proceso productivo, sobre todo

las vinculadas con la extracción y el transporte de petróleo y gas natural. Si, como vimos, durante el período de Yeltsin se fue conformando un “capitalismo de amigos”, ahora la continuidad del “modelo” está directamente relacionada con una favorable relación con quienes detentan el poder, desde una posición de subordinación. Si en 1995 fue posible el “Pacto de Davos”, que mostraba hasta qué punto los oligarcas controlaban una parcela importante del poder real, en la actualidad la positiva marcha de sus negocios está ligada a la “buena letra” que hagan frente a quienes residen en el Kremlin.

La ya activa presencia estatal se incrementó a partir de enero de 2005 cuando el gobierno decidió colocar a casi todas las empresas más importantes bajo su control, por medio del recurso de introducir representantes en los consejos de administración. Como consecuencia, todos los sectores significativos de la economía, desde la energía al transporte y desde la banca a la industria electrónica, “sintieron en la nuca el aliento” del Estado. Esa preocupación oficial por el control de las palancas fundamentales de la economía puede resumirse en la conocida frase “lo que es bueno para Gazprom es bueno para Rusia”.

Ahora bien, la expansión económica experimentada por Rusia a lo largo de la primera década, con la brecha de 2009, tuvo ciertas características que van más allá de la relevancia de la exportación de gas y petróleo. La más importante a destacar es el hecho de que el crecimiento industrial ha sido prácticamente nulo en los últimos veinte años. En 2008, las exportaciones industriales sólo sumaron el 6,8% del total –y consisten mayoritariamente en armas y productos de alta tecnología–; los trabajadores del sector constituyen el 16% de la población económicamente activa y son 6,7% menos productivos que los trabajadores estadounidenses (Inozémtsev, en Krastev, Leonard y Wilson, 2009). En consecuencia, la fabricación de bienes de consumo está orientada al mercado interno, sin posibilidades de adquirir competitividad a nivel internacional.[213]

Por lo tanto, al asentar su economía casi exclusivamente sobre las exportaciones primarias, Rusia corre el riesgo de conformarse como un Estado petrolero, con todas las limitaciones que eso implica, a las que hemos hecho referencia (ver la nota 9 del capítulo anterior, p. 187). Tanto el presidente Medvedev como Putin han manifestado con frecuencia que aspiran a convertir a la Federación Rusa en una potencia, para lo cual, también lo han dicho, es imprescindible una modernización de su estructura productiva.

Pero aquí es donde se presentan las alternativas y sale a relucir la mayor o menor

voluntad política para adoptar alguna de las vías posibles. Las enumeraremos sucintamente:

• Una de las opciones consiste en encarar la industrialización (o la reindustrialización) sobre la base de la continuidad del control del Estado. Para desarrollar esta vía es preciso que se pongan en marcha políticas destinadas a: 1) reducir los costos por el camino de facilitar el acceso a recursos que en la actualidad están controlados por grupos monopólicos, y de impulsar el acceso a tecnología extranjera por parte del empresariado ruso; 2) combatir seriamente la corrupción, y 3) promover la inversión por medio del fortalecimiento del sistema financiero, afectado por la continua especulación y las operaciones de corto plazo. Para orientar todo el proceso sería conveniente la creación de un organismo coordinador, con grado ministerial o similar.

Las dificultades de este rumbo son fundamentalmente políticas: con independencia del discurso de los líderes –tanto Putin como Medvedev se pronuncian de manera permanente a favor de la modernización–, el empresariado ruso, a pesar de su estrecho contacto con la estructura burocrática estatal, opera buscando el beneficio inmediato y cuenta con un importante respaldo en el Parlamento, por lo que no resulta fácil una posible adaptación a una realidad en la que los objetivos son diferentes. Al mismo tiempo, parece evidente que dentro del círculo gobernante existen diferencias; pese a los problemas generados por la crisis internacional, la tentación de aprovechar las condiciones favorables que brinda la situación internacional sin producir transformaciones de fondo sin duda tiene fuerza, y el discurso del cambio no necesariamente se plasma en acciones concretas.

• Desde posiciones liberales se sostiene que la modernización del país es una tarea que debe impulsarse a partir de la implementación de una apertura que permita el acceso a los capitales extranjeros y en que el Estado se limite a cumplir las reglas internacionales relativas a la competencia y al libre comercio.

En este caso, las dificultades son aun mayores, dado que para la elite gobernante rusa la cuestión de la soberanía constituye un elemento fundamental, y el control de la situación económica y política parece innegociable.

En cualquier caso, la cuestión del desarrollo enfrenta problemas significativos, entre los cuales el de la población es por demás característico.

El tema de la declinación demográfica de Rusia constituye casi un lugar común cuando se analiza la evolución del país. El cuadro 22 nos muestra la evolución de la población a lo largo de las décadas que estamos revisando:

Cuadro 22

Evolución de la población de la Federación Rusa, 1991-2010

(en millones de habitantes)

Año	Población
1991	148.624
1993	148.520
1996	147.739
1998	145.899
2000	146.303
2002	145.229
2004	145.849
2006	142.500
2008	141.950
2010	141.900

Fuente: estadísticas del Banco Mundial.

Sin embargo, para ubicar el problema en el contexto adecuado, es conveniente situar la evolución demográfica de la Federación Rusa en el ámbito que le corresponde, el de las ex repúblicas soviéticas:

Cuadro 23

Evolución de la población, 1989-2007 (en porcentaje)

Georgia	-19,6
Letonia	-15,2
Armenia	-15,1
Moldavia	-12,9
Ucrania	-10,2
Kazajistán	-4,7
Belarús	-4,6
Rusia	-3,8
Kirguistán	20,6
Azerbaiján	20,8
Mongolia	26,1
Tayikistán	30,4
Uzbekistán	34,1
Turkmenistán	39,0

Fuente: Banco Mundial (citado por Treisman, 2011).

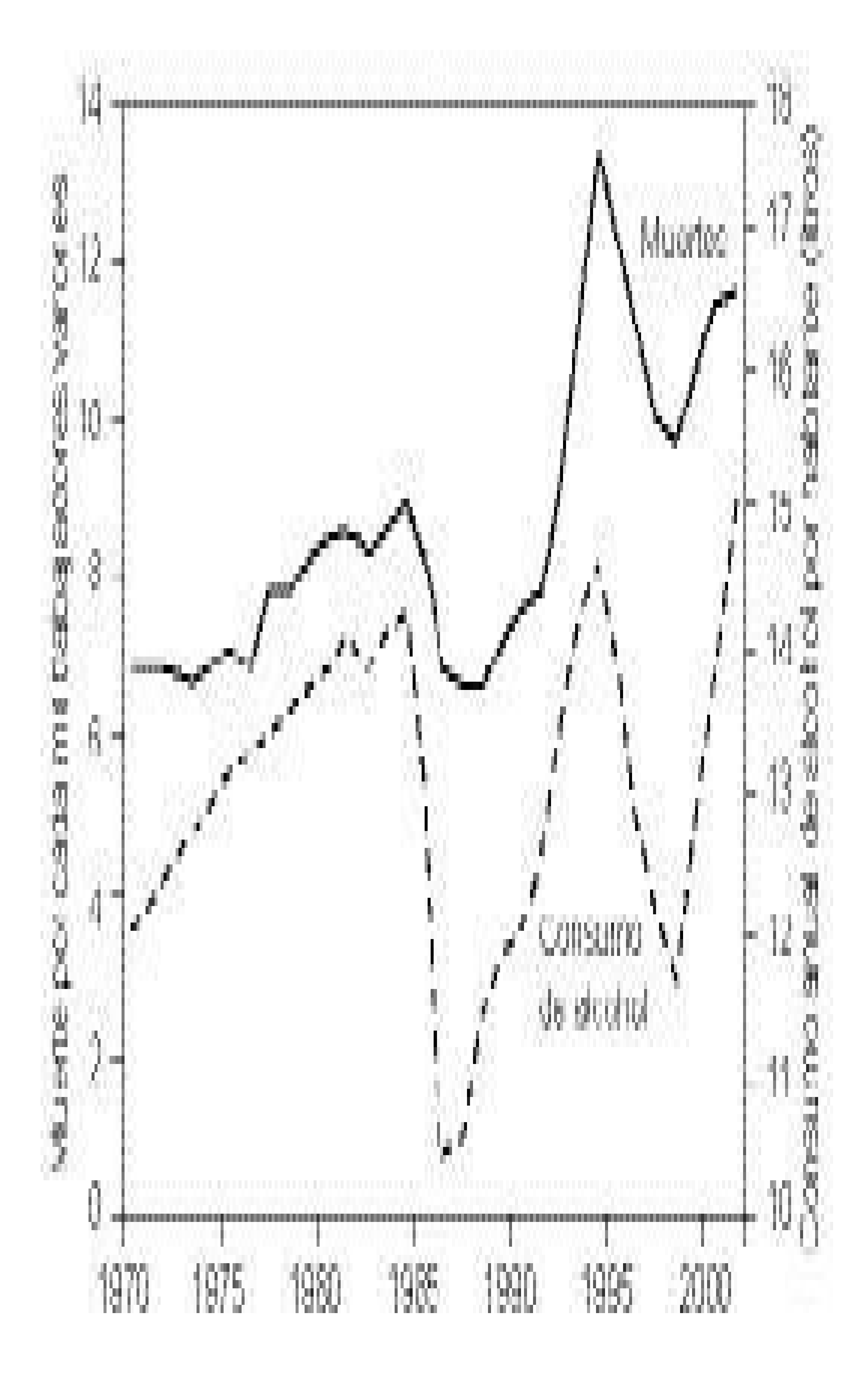
Como se ve, Rusia no muestra una realidad demasiado diferente de la de los países de su entorno; nuevamente, la percepción errónea proviene de ubicar a la Federación Rusa entre las naciones desarrolladas con un elevado nivel de renta por habitante.

De cualquier forma, el problema demográfico de Rusia es muy serio, hasta el punto que el presidente Putin lo ha señalado como el más grave que experimenta el país de cara al futuro y Medvedev también ha insistido en la necesidad de implementar políticas directas e indirectas para afrontar la cuestión.

La pregunta que surge de inmediato es por qué mueren tantos rusos. Una de las razones fundamentales esgrimidas por los expertos es el excesivo consumo de alcohol.[214] Es conocida la antigua afición de los rusos a las bebidas de alta graduación, sobre todo vodka, y el impacto que provoca en la vida cotidiana y en la esfera de la producción.[215] Asimismo, se ha hecho referencia a la campaña antialcoholismo desplegada por Gorbachov en los primeros tiempos de su gestión. El caso es que, una vez finalizada la campaña, las cifras de muertos directa o indirectamente ocasionados por la bebida se dispararon. Los estudios realizados (gráfico 6) muestran la estrecha relación entre las muertes de hombres en edad de trabajar y el consumo estimado de alcohol:

Gráfico 6

Relación entre muertes y consumo de alcohol, 1970-2001



Muertes
Consumo de alcohol
0
2
4
6
8
10
12
14
10
11
12
13
14
15
16
17
18
1970
1975
1980
1985
1990
1995
2000

Fuente: Treisman (2001: 371).

El gráfico 6, a pesar de abarcar sólo hasta 2000, nos permite otras disquisiciones: el consumo de alcohol aumenta en los momentos de transformaciones importantes –la perestroika, las reformas liberales iniciadas en 1992, la crisis de 1998– mientras que declina cuando se produce una etapa de relativa estabilización, como los años que van desde 1994 a 1998.[216] Esta realidad nos lleva a afirmar que en numerosas ocasiones el estrés producido por cambios que afectan seriamente la existencia cotidiana se intenta resolver (o desviar) recurriendo a la bebida. Esta situación se ve además facilitada por el hecho de que en las últimas décadas el precio del vodka ha disminuido en términos relativos, tanto por la competencia que se produjo a partir del desarrollo de la actividad privada como por el uso populista del recurso por parte del presidente Yeltsin.

Una de las consecuencias de las muertes por efecto del alcohol, que tradicionalmente afecta más a los hombres, es una estructura demográfica caracterizada por un mayor número de mujeres, cuya expectativa de vida es más de diez años mayor que la de los varones.

Más allá de los imprescindibles planes de mediana y larga duración destinados a incrementar la natalidad, el control de la mortalidad es fundamental, y a pesar de la existencia de otros problemas serios –malnutrición, caída en los niveles de calidad de los servicios de salud– en Rusia la cuestión está directamente ligada a la disminución en el consumo de alcohol.[217]

Si pasamos al campo político, los debates de los especialistas se centran en discutir respecto de la caracterización del régimen que, tras una década de profunda inestabilidad, se ha consolidado bajo la autoridad de Putin. Como en el caso de la economía, nuevamente aquí para la mayoría de los especialistas la referencia la constituye la democracia occidental, para lo cual se analiza la situación de Rusia tomando como punto de partida los que se consideran requerimientos básicos para que un régimen sea definido como democrático. Si dejamos de lado exageraciones como la de comparar a Putin con Hitler o con Mussolini –que se han hecho–, en las que el temor al resurgimiento de una

situación de enfrentamiento como el de la Guerra Fría oscurece los análisis, la discusión adquiere dimensiones teóricas interesantes.

Algunos analistas resumen su postura caracterizando el régimen liderado por Putin como “autoritario”,[218] mientras que otras posiciones más elaboradas utilizan la expresión “burocrático-autoritario”, forjada en su momento para definir los regímenes militares instalados en América Latina en las décadas de 1960 y 1970.[219] El rasgo principal de estos regímenes es que el poder reside en la figura de un líder apoyado por la burocracia, sectores de las fuerzas armadas o de seguridad y la gran burguesía. Su reformismo está, por supuesto, limitado por los intereses de los grupos que lo sostienen, por lo que su impronta modernizadora aparece acotada. La dificultad que presenta esta caracterización es el hecho de que Rusia funciona por lo menos formalmente como una democracia, lo que implica en teoría que el bloque socioeconómico que ejerce el poder puede ser desplazado por la vía electoral.

La idea desarrollada por algunos autores (Lynch, 2005; Taibo, 2006; Shevtsova, 2007) de que el liderazgo de Putin es débil, presionado por los grupos dominantes, no parece en manera alguna corroborada por los hechos: la circunstancia de haber hecho una elección personal al designar a su sucesor y el control que ejerce de la situación dan cuenta más bien de un dirigente en condiciones de mantener su poder. Desde luego, esa posición no se ha enfrentado a una crisis prolongada.

En la línea de “medir” el grado de democratización, uno de los mayores especialistas occidentales en temas de la historia reciente de Rusia se dedicó a evaluar el comportamiento del país a la altura de 2004 a partir de los siguientes aspectos: 1) libertad para fundar partidos políticos y otro tipo de organizaciones; 2) libertad de expresión y acceso a fuentes alternativas de información, 3) derecho a voto en elecciones libres; 4) competencia por puestos públicos; 5) responsabilidad política, y 6) vigencia de la ley (Brown, en Brown, 2001). Las conclusiones son cautelosas en cada una de estas cuestiones, pues se destacan algunos logros y muchas falencias, pero nos interesa puntualizar dos afirmaciones:

1) En Rusia coexisten elementos que apuntan hacia el autoritarismo y otros que constituyen rasgos sin duda democráticos, por lo que no es correcto definir el

régimen como “autoritario” o como “democrático”.[220]

2) A pesar de la existencia de declaraciones de Putin –reafirmadas por Medvedev– en las que se plantea como objetivo deseable la estabilización de un sólido sistema de partidos, entre sus prioridades no se encuentra la profundización del proceso de democratización.[221]

Recordemos la interesante comparación que se ha hecho con lo ocurrido en la Italia de la posguerra. En ese país, que salía de la experiencia del fascismo y de la derrota militar, el Partido Demócrata Cristiano dominó la escena política durante treinta y cinco años, formando diferentes coaliciones –hubo hasta treinta y un cambios de primer ministro–, que cumplieron el objetivo de condenar al poderoso Partido Comunista Italiano a la oposición. Este modelo de funcionamiento ha sido denominado “sistema de partido y medio”. Algo similar se produjo en la misma época en Japón.

Estas miradas sobre el estatus democrático de Rusia pueden ser contrarrestadas por otras, que se apartan de la postura de revisar lo ocurrido en el país tomando como unidad de comparación una democracia ejemplar.

En efecto, si consideramos que Rusia es en la actualidad un país de ingresos medios –grupo en el que se encuentran, entre otros, Venezuela, Turquía, Malasia, Letonia–, la evaluación de su comportamiento adquiere otras dimensiones. Muchos de los defectos sobre los que se insiste para criticar el funcionamiento del sistema político ruso –limitación del uso del espacio público y de los medios de comunicación por parte de la oposición, diferentes actitudes que cuestionan la limpieza de las elecciones– son actitudes que se repiten constantemente en países de estatus similar al de la Federación Rusa.

Asimismo, el control que ejerce el Estado sobre la prensa no es tampoco una situación única; a pesar de ser serias las limitaciones que tienen los medios independientes para desarrollar su actividad, a lo que se agrega, sobre todo, el estricto control que se ejerce sobre los principales canales de televisión, los elementos disponibles no colocan en manera alguna al país en una posición excepcional.

En resumen: la situación de Rusia en términos de calidad democrática no puede ser comparada con la de la mayor parte de los países occidentales de elevados

niveles de renta por habitante, pero también está muy distante de constituir una dictadura del tipo de la existente en Corea del Norte o en algunos de los países árabes conmovidos en los últimos meses por movimientos sociales que reclaman su democratización.

Pero, además, cabe plantear que el régimen político instalado en Rusia después de dos décadas de situaciones cambiantes, que incluyeron un alto grado de sufrimiento para la mayoría de la población, es el que en la actualidad la sociedad considera razonablemente adecuado para consolidar un proceso de transformaciones que durante la primera década postsoviética le resultó altamente perjudicial. El control de los medios de comunicación por parte del Estado puede tener incidencia a la hora de la conformación de su visión de la realidad, pero creemos que es más importante la valoración que hace la sociedad de los cambios experimentados por el país, contrastándola con la “democracia” impulsada por Yeltsin.

Por su parte, la evidencia empírica disponible no parece mostrar una definición clara de los ciudadanos respecto del régimen político: en la mayoría de las encuestas valoran positivamente la democracia pero destacando la necesidad de un Ejecutivo “fuerte”, aunque en muchos casos, incluso como consecuencia de una posible elaboración equívoca de las preguntas, se inclinan preferentemente por un “liderazgo fuerte”. Como generalmente ocurre en casi todos los países, el juicio sobre el régimen político está directamente asociado con la performance económica, por lo que la recuperación experimentada durante la primera década del siglo va acompañada de una mirada positiva respecto del funcionamiento y la vigencia de las instituciones. Para reforzar esta relación directa, la crisis iniciada en la segunda mitad de 2008 fue acompañada de una disminución importante en el porcentaje de aprobación de la gestión del presidente Medvedev (Treisman, en Aslund, Guriev y Kuchins, 2010).

De cualquier manera, se han dado a conocer estudios que muestran la existencia de una aceptación mayoritaria de valores como la no violencia y la resolución democrática de los conflictos.[222] Otra en cambio es su posición respecto del régimen existente, sobre el que se pronuncian de manera muy crítica.

Una encuesta conjunta realizada por el Instituto de Sociología de la Academia de Ciencias de Rusia y la Fundación Ebert a mediados de 2011, con motivo de los veinte años de la caída de la Unión Soviética, permite disponer de una visión actualizada del juicio de la sociedad rusa respecto de los cambios producidos en

el país.[223] Si bien es preciso destacar que las opiniones están influenciadas por la crisis de la que recién ahora se va saliendo, y así lo puntualizan quienes realizaron la encuesta, el panorama mayoritario es de pesimismo: si bien valoran positivamente la libertad de comercio, que hizo desaparecer el problema de las escaseces del régimen soviético, y la libertad para moverse dentro y fuera del país, en un alto porcentaje consideran que los cambios debieron realizarse manteniendo el socialismo, y que éstos fueron impulsados por un afán de reparto del poder y de la propiedad y no por el deseo de instaurar una democracia. El principal problema para la mayoría de los rusos es la enorme y creciente brecha existente entre ricos y pobres, y esta situación, a su vez, provoca el aumento de los sentimientos nacionalistas en un país poblado de etnias diferentes. La consecuencia es que si en 1995 el 65% de los rusos pensaban que todos los pueblos de Rusia tenían que tener iguales derechos, ahora sólo el 47% de los ciudadanos piensan así, lo que sin duda es resultado de los enfrentamientos en Chechenia y del discurso patriótico del gobierno. Curiosamente, a pesar de los cuestionamientos, el 60% de los entrevistados creen que el camino elegido es el justo y, tarde o temprano, dará resultados positivos, mientras que el 39% está seguro de que Rusia marcha hacia un callejón sin salida. Cabría preguntarse cuál es ese “camino justo”.

La “patria del socialismo” ha desaparecido, y si bien persiste un porcentaje no insignificante de la población rusa, sobre todo en las viejas generaciones, que añora la relativa estabilidad que proporcionaba, su retorno es impensable: la presencia electoral del pcfr le permite presentarse como la única oposición pero su techo electoral parece cada vez más bajo y es difícil imaginar, salvo una catástrofe, que pueda llegar a disponer de posibilidades reales de obtener un triunfo electoral.

Por su parte, la decadencia para muchos irreversible que se produjo a lo largo de los 90 ha sido reemplazada por una recuperación que sorprendió a quienes olvidaban tanto las enormes posibilidades del territorio –sobre todo de su subsuelo– como el hecho de que contaba con una población mayoritariamente calificada y un tejido tecnológico-industrial muy desarrollado, a pesar de su limitada productividad. El caso es que se ha concretado el “retorno” de Rusia, aunque sin duda nos encontramos ante una situación muy diferente en relación con el pasado. Puede afirmarse que la Rusia liderada por Putin constituye un Estado en condiciones de convertirse “nuevamente” en una potencia, pero no

cabe duda de que en la actualidad está a una significativa distancia de serlo; sus grandes recursos energéticos le otorgan un papel más significativo en la escena mundial que el que le corresponde por la envergadura y las características de su estructura económica y por su desarrollo tecnológico global.

Ahora bien, transcurridos veinte años desde el fin de la Unión Soviética, y a la vista de las características del régimen económico instalado a partir de la llegada de Putin, éste puede ser visto, en ciertos aspectos, como lo que bien pudo ser el posible desenlace de una transformación menos traumática que la que realmente se produjo, destinada a dar paso a la iniciativa privada en un contexto en el que el Estado seguía manteniendo un control importante de la situación. El hecho de que a la realidad actual se haya arribado luego de una "revolución" destinada a introducir en tiempo récord una economía de mercado condujo a que se produjera la irrupción de los oligarcas y la existencia de insultantes desigualdades que han permanecido como rasgos permanentes de la "nueva" sociedad rusa, a pesar de los cambios producidos en la primera década del siglo.

En este nivel de análisis, creemos que cabe volver sobre el tema de la clase (o clases) protagonista de esa "revolución". Dentro de un escenario internacional caracterizado por la emergencia de los procesos de globalización y por el dominio ideológico de las concepciones neoliberales, que también tuvo su impacto en Rusia, se verificó, sostenida por el carisma de Yeltsin y de un sector de la elite dispuesto a beneficiarse de la introducción de una economía de mercado, la entronización de un grupo tecnocrático que procedió a desmantelar el aparato estatal abriendo el camino a un sector minoritario que se enriqueció a partir del acceso a rentas excepcionales provenientes de situaciones monopólicas. En sus rasgos generales esta situación continúa vigente, aunque con un importante matiz diferenciador: ahora se encuentra acotada por la autoridad política del Kremlin.

Podemos sostener entonces que el derrotero liberal transitado a partir de la llegada de Yeltsin constituyó un "corte" en un potencial tránsito hacia una economía más proclive a permitir la actuación del mercado, cuyas consecuencias fueron la conformación de un capitalismo "salvaje" que perjudicó enormemente a la mayoría de la sociedad rusa.

Un análisis similar puede realizarse respecto de la evolución política: las transformaciones puestas en marcha por Gorbachov, con independencia de sus gruesos errores, creaban las condiciones para la conformación de un régimen que

sin duda estaba a gran distancia de una democracia “ideal”, pero que representaba un paso adelante en la participación de los ciudadanos, al tiempo que, a partir de la implementación de la glasnost, el terreno de las libertades se podía ir ensanchando paulatinamente. La vocación rupturista de Yeltsin y los gruesos errores de Gorbachov determinaron que una vez producido el fracaso del intento de agosto de 1991, con los defensores del statu quo en la cárcel, se avanzara en el proceso de creación de la Federación Rusa desentendiéndose de todo intento de mantener vigente la Unión Soviética, y en ese intento se contó con el apoyo interesado de Estados Unidos. Vale la pena repetir en este momento que muy pocos meses antes la población de Rusia y de la mayor parte de las repúblicas se había pronunciado mayoritariamente en favor del mantenimiento de la integridad de la Unión Soviética.[224] Asimismo, el “demócrata ejemplar” no dudó en asaltar el Parlamento marcando de manera indeleble el tono de su gestión.

El desastre producido por el derrumbe de la Unión Soviética afectó a todas las repúblicas que se constituyeron a partir de principios de 1992, y el mediocre comportamiento económico y el agitado clima político que afectó a todas ellas, con la excepción parcial de los países bálticos, creemos que constituye una prueba del apresuramiento con que se operó en esos momentos y descarga sobre los grandes protagonistas, Gorbachov y Yeltsin, y los grupos que los rodeaban, una enorme responsabilidad, aunque sin duda mucho mayor en este último.

Coda

Entre fines de 2011 y principios de 2012, los ciudadanos rusos acudirán en dos ocasiones a las urnas: el 4 de diciembre se celebran elecciones parlamentarias y el 4 de marzo se elige nuevo presidente. El escenario político, una vez superado el impacto de la crisis internacional sobre la economía del país, muestra un amplio dominio del partido del gobierno, Rusia Unida, que parece tener controlada la situación aunque, según indican las encuestas, no es escaso el número de disconformes. Varias razones explican la existencia de esta supremacía: 1) los límites que impone el oficialismo a la conformación de un clima político democrático; 2) el uso que se hace desde el poder de la existencia de dos discursos –el de Putin y el de Medvedev– que a pesar de presentar "diferencias" terminan siendo complementarios y contribuyen a no dejar huecos en el amplio espectro ideológico que aspiran a ocupar, y 3) sin duda también es importante destacar la inexistencia de una oposición que, más allá del pcfr con todas sus limitaciones, pueda desplegar un discurso atractivo.

La única incógnita –quién sería el futuro presidente– se despejó el 24 de septiembre cuando en el congreso de Rusia Unida Medvedev propuso a Putin como candidato a presidente, y éste a su vez le pidió que encabezara la lista parlamentaria para los comicios de diciembre y asumiera el cargo de primer ministro una vez que se produjera el más que previsible triunfo electoral.

Este "enroque" terminó de mostrar lo que era sabido: que Putin es el hombre fuerte, el que toma las decisiones (y además el que aparece favorecido en las encuestas). Operando así, la Constitución es respetada y la elite gobernante puede continuar en el poder durante varios años, si no se produce una catástrofe económica. De hecho, una reforma constitucional aprobada en 2008 prolongó la duración del mandato presidencial de cuatro a seis años, con lo que ahora el casi seguro presidente puede presentarse para ser reelecto en 2018.

En el discurso que siguió a la proclamación Putin se mostró inusualmente triunfalista al afirmar que "nadie nos puede voltear del caballo". Por lo que se aprecia, la sociedad rusa no parece dispuesta a hacerlo en el corto plazo.

Bibliografía

AA.VV. (1999), The Collapse of the Soviet Union, San Diego (California).

Aron, Leon (2000), Yeltsin: A Revolutionary Life, Nueva York.

Aslund, Anders (1995), How Russia Became a Market Economy, Washington.

– (2007), Russia's Capitalist Revolution. Why Market reform succeeded and Democracy Failed, Washington.

Aslund, Anders y Martha Brill Olcott (eds.) (1999), Russia after Communism, Washington.

Aslund, Anders, Sergei Guriev y Andrew Kuchins (eds.) (2010), Russia after the Global Economic Crisis, Washington.

Amalric, Andrei (1981), Will the Soviet Union Survive until 1984?, Londres.

Anuario del mundo (2000), Madrid.

Baker, Peter y Susan Glasser (2007), Kremlin Rising. Vladimir Putin's Russia and the End of Revolution, Washington.

Biagini, Antonello y Francesco Guida (1996), Medio siglo de socialismo real, Barcelona.

Boycko, Maxim, Andrei Shleifer y Robert Vishny (1997), Privatizing Russia, Cambridge (Mass.).

Brady, Rose (1999), Kapitalizm. Russia's Struggle to Free its Economy, New Haven-Londres.

Brown, Archie (1996), The Gorbachev Factor, Nueva York.

– (ed.) (2001), Contemporary Russian Politics, Oxford-Nueva York.

– y Lilia Shevtsova (orgs.) (2004), Gorbachev, Yeltsin & Putin. A Liderança Política na Transição Russa, Brasilia.

Carrère d'Encausse, Hélène (1991), El triunfo de las nacionalidades, Madrid.

– (1992a), The Great Challenge. Nationalities and the Bolshevik State 1917-1930, Nueva York-Londres.

– (1992b), The End of the Soviet Empire. The Triumph of the Nations, Nueva York.

Castells, Manuel (1992), La nueva revolución rusa, Madrid.

– (1997), La era de la información, 3 vols., Madrid.

Chiesa, Giulietto (1993), Transition to Democracy. Political Change in the Soviet Union, Hannover-Londres.

Cohen, Stephen F. (1976), Bujarin y la revolución bolchevique, Madrid.

– (2000), Failed Crusade. America and the Tragedy of Post-Communist Russia, Nueva York-Londres.

Davies, Richard W. (1989), Soviet History in the Gorbachev Era, Indianápolis.

Dunlop, John B. (1993), The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Union, Nueva Jersey.

Eckstein, Harry, Frederick Fleron Jr., Erik Hoffmann y William Reissinger (1998), Can Democracy Take Root in Post-Soviet Russia? Explorations in State-Society Relations, Lanham.

Ellman, Michael y Vladimir Kontorovich (eds.) (1998), The Destruction of the Soviet Economy System. An Insider's History, Nueva York.

English, Robert D. (2000), Russia and the Idea of the West, Nueva York.

Evans, Alfred B., Laura Henry y Lisa McIntosh Sundstrom (eds.) (2006), Russian Civil Society, Nueva York-Londres.

Filtzer, Donald (1994), Soviet Workers and the Collapse of Perestroika. The

Soviet Labour Process and Gorbachev's Reforms, 1985-1991, Cambridge (U.K.).

Flores, Gabriel y Fernando Luengo (coords.) (2000), Tras el Muro: diez años después de 1989, Madrid.

Fowkes, Ben (1997), The Desintegration of the Soviet Union. A Study of the Rise and Triumph of Nationalism, Nueva York-Londres.

Freeland, Chrystia (2000), Sale of the Century, Nueva York.

Garthoff, Raymond (1994), The Great Transition, Washington.

Gaidar, Yegor (1999), Days of Defeat and Victory, Washington.

Gill, Graeme (1994), The Collapse of a Single-party System, Cambridge (U.K.).

Glenny, Mischa (2008), McMafia. El crimen sin fronteras, Buenos Aires.

Goldman, Marshall (1982), The ussr in Crisis, Nueva York.

– (1994), Lost Opportunity. What has Made Economic Reform in Russia so Difficult?, Nueva York-Londres.

– (2003), The Piratization of Russia. Russian Reform goes Awry, Nueva York.

– (2008), Petrostate. Putin, Power, and the New Russia, Nueva York.

Goldfarb, Alex y Marina Litvinenko (2007), Muerte de un disidente, Madrid.

Gorbachov, Mijaíl (1991), El golpe de agosto. La verdad y sus consecuencias, Barcelona.

– (1993), Memoria de los años decisivos (1985-1992), Madrid.

– (1996), Memoirs, Nueva York.

Gustafson, Thane (1997), Capitalism Russian-Style, Cambridge (U.K.).

Handelman, Stephen (1995), Comrade Criminal. Russia's New Mafiya, New Haven-Londres.

Hanson, Philip (2003), The Rise and Fall of the Soviet Empire. An Economic History of the ussr from 1945, Londres-Nueva York.

International Monetary Fund (1990), A Study of the Soviet Economy, Washington.

Hernández, Valeria (comp.) (2011), Trabajo, conflictos y dinero en un mundo globalizado, Buenos Aires.

Hoffman, David E. (2003), Los oligarcas. Poder y dinero en la nueva Rusia, Barcelona.

Hosking, Geoffrey (1990), The Awakening of the Soviet Union, Cambridge (Mass.).

– (1991), A History of the Soviet Union, 1917-1991, Londres.

Hough, Jerry F. (1997), Democratization and Revolution in the ussr, Washington.

Ingram, Scott (2005), The Chernobyl Nuclear Disaster, Nueva York.

Javeline, Debra (2003), Protest and the Politics of Blame. The Russian Response to Unpaid Wages, Michigan.

Kagarlitsky, Boris (1995), La desintegración del monolito, Buenos Aires.

– (2005), Los intelectuales y el Estado soviético, Buenos Aires.

Keddie, Nikki (1995), Debating Revolutions, Nueva York.

Kennedy-Pipe, Caroline (1998), Russia and the World since 1917, Londres-Nueva York.

Knight, Amy W. (1988), The kgb. Police and Politics in the Soviet Union, Boston.

– (1997), Spies without Cloaks. The kgb's Successors, Nueva Jersey.

Kokh, Alfred (1998), The Selling of the Soviet Empire, Nueva York.

Kotkin, Stephen (2001), Armageddon Averted. The Soviet Collapse 1970-2000,

Oxford-Nueva York.

Kotz, David y Fred Weir (1998), Revolution from Above. The Demise of the Soviet Union, Londres.

Krastev, Iván, Mark Leonard y Amdrew Wilson (eds.) (2009), ¿Qué piensa Rusia?, Barcelona.

Lane, David (1996), The Rise and Fall os State Socialismo: Industrial Society and the Socialist State, Cambridge (Mass.).

– y Cameron Ross (1999), The Transition from Communism to Capitalism. Ruling Elites from Gorbachev to Yeltsin, Nueva York.

Laqueur, Walter (1994), The Dream that Failed. Reflections on the Soviet Union, Nueva York-Oxford.

Ledeneva, Alena (1998), Russia's Economy of Favours. Blat. Networking and Informal Exchange, Cambridge (U.K.).

– (2006), How Russia Works. The Informal Practices that Shaped Post-Soviets Politics and Business, Ithaca-Londres.

LeVine, Steve (2009), Putin's Labyrinth. Spies, Murder and the Dark Heart of the New Russia, Nueva York.

Lewin, Moshe (1970), El último combate de Lenin, Barcelona.

– (1991), The Gorbachev Phenomenon. A Historical Interpretation, Berkeley.

Lockwood, David (2000), The Destruction of the Soviet Union. A Study in Globalization, Basingstoke.

Lucas, Edward (2008), The New Cold War. Putin's Russia and the Threat to the West, Nueva York.

Lynch, Allen C. (2005), How Russia is not Ruled. Reflections on Russian Political Development, Nueva York.

Mac Cauley, Martin (1998), Gorbachev, Harlow.

Malia, Martin (1994), The Soviet Tragedy. A History of Socialism in Russia, 1917-1991, Nueva York.

Maddison, Angus (2003), The World Economy: Historical Statistics, París.

Mankoff, Jeffrey (2009), Russian Foreign Policy. The Return of Great Power Politics, Maryland

– (2010), The Russian Economic Crisis, Nueva York.

March, Josep M. y Antoni Sánchez (eds.) (2005), Aproximaciones político-económicas a la transición rusa, Valencia.

Marples, David R. (2004), The Collapse of the Soviet Union, Harlow.

Medvedev, Roy (2004), La Rusia postsoviética, Barcelona.

Medvedev, Zhores (1992), The Legacy of Chernobyl, Londres.

Newmann, Iver B. y Sergei V. Solodovnik (1996), Peacekeepers and the Role of Russia in Eurasia, Boulder.

O’Donnell, Guillermo (1982), El Estado burocrático autoritario, Buenos Aires.

–, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (comps.) (1988), Transiciones desde un gobierno autoritario, 4 vols., Buenos Aires.

Pei, Minxin (1998), From Reform to Revolution. The Demise of Communisn in China and the Soviet Union, Cambridge (Mass.)-Londres.

Pirani, Simon (2010), Change in Putin’s Russia. Power, Money and People, Londres-Nueva York.

Poch-de-Feliú, Rafael (1991), Tres días de agosto. Golpe y revolución en la urss, Barcelona.

– (2003), La gran transición. Rusia, 1985-2002, Barcelona.

Politkovskaya, Anna (2005), La Rusia de Putin, Madrid.

– (2007), Diario ruso, Barcelona.

Pomeraniec, Hinde (2009), Rusos. Postales de la era Putin, Buenos Aires.

Popov, Nikolai (1995), The Russian People Speak, Siracusa (N.Y.).

Pravda, Alex (Ed.) (2005), Leading Russia. Putin in perspective, Oxford (U.K.).

Putin, Vladimir (2000), First Person. An Astonishing Frank Self-Portrait by Russia's President, Nueva York.

Radvanyi, Jean y Dominique Vidal (comps.) (2009), Rusia: de Lenin a Putin, Buenos Aires.

Reddaway, Peter y Dmitri Glinski (2001), The Tragedy of Russian Reforms. Market Bolshevism against Democracy, Washington.

Remnick, David (1998), Resurrection. The Struggle for a New Russia, Nueva York.

Rose, Richard, William Mishler y Neil Munro (2006), Russia Transformed. Developing Popular Support for a New Regime, Nueva York.

Ross, Cameron (ed.), Russian Politics under Putin, Manchester.

Saborido, Jorge (2009), Historia de la Unión Soviética, Buenos Aires.

Sakwa, Richard (1999), Postcommunism, Buckingham-Filadelfia.

– (2005), Putin, el elegido de Rusia, Madrid.

– (2008), Russian Politics and Society, Londres-Nueva York.

Schweizer, Peter (1994), Victory. The Reagan Administration Secret Strategy that Hastened the Collapse of the Soviet Union, Nueva York.

Service, Robert (2000), Historia de Rusia en el siglo xx, Barcelona.

– (2005), Rusia, experimento con un pueblo, Madrid.

Shane, Scott (1994), Dismantling Utopia. How Information Ended the Soviet Union, Chicago.

Sharafutdinova, Gulnaz (2011), Political Consequences of Crony Capitalism inside Russia, Indianápolis.

Shevtsova, Lilia (1999), Yeltsin’s Russia. Myths and Reality, Washington.

– (2005), Putin’s Russia, Washington.

– (2007), Russia-Lost in Transition. The Yeltsin and Putin Legacies, Washington.

Simis, Konstantin (1982), ussr: The Corrupt Society, Nueva York.

Sixsmith, Martin (2010), Putin’s Oil: The Yukos Affair and the Struggle for Russia, Nueva York.

Smith, Hedrick (1990), The New Russians, Nueva York.

Soldatov, Andrei e Irina Borogan (2010), The New Nobility. The Restoration of Russia’s Security Stateend the Enduring Legacy of the kgb, Nueva York.

Solnick, Steven L. (1998), Stealing the State. Control and Collapse in Soviet Institutions, Cambridge (Mass.).

Solovyov, Vladimir y Elena Klepikova (1992), Boris Yeltsin. Biografía política, Buenos Aires.

Solzhenitsin, Alexander (1999), El colapso de Rusia, Madrid.

Stern, Jonathan (2005), The Future of Russian Gas and Gazprom, Oxford.

Strayer, Joseph (1998), Why did theSoviet Union Collapse. Understanding Historical Change, Nueva York-Londres.

Stiglitz, Joseph (2002), El malestar en la globalización, Buenos Aires.

Stites, Richard (1992), Russian Popular Culture. Entertainment and Society since 1900, Cambridge (U.K.).

Stuermer, Michael (2009), Putin and the Rise of Russia, Nueva York.

Suny, Ronald Grigor (ed.) (2003), The Structure of Soviet History. Essays and Documents, Nueva York-Oxford.

Suraska, Wista (1998), How the Soviet Union disappeared. An Essay on the Cause of Dissolution, Durham-Londres.

Taibo, Carlos (2000), La explosión soviética, Madrid.

– (2005), El conflicto de Chechenia, Madrid.

– (2006), La Rusia de Putin, Madrid.

Todd, Emmanuel (1976), Le Chute finale, París.

Treisman, Daniel (2011), The Return. Russia’s Journey from Gorbachev to Medvedev, Nueva York.

Truscott, Peter (2005), Vladimir Putin, líder de la nueva Rusia, Buenos Aires.

Volensky, Michael (1986), La Nomenklatura. Los privilegiados en la urss, Buenos Aires.

Volkogonov, Dmitri (1996a), El verdadero Lenin, Barcelona.

– (1996b), Stalin. Triumph and Tragedy, Nueva York.

– (1997), Trotsky. The Eternal Revolutionary, Londres.

Volkov, Vadim (2002), Violent Entrepeneurs. The Use of Force in the Making of Russian Capitalism, Ithaca-Londres.

Wegren, Stephen K. y Dale R. Herspring (2010) (eds.), After Putin’s Russia. Pat Imperfect, Future Uncertain, 4ª ed., Maryland.

White, Stephen, Alex Pravda, Alex y Zvi Gitelman (dirs.) (2004), Developments in Russian post-Soviets Politics, Londres.

Wohlforth, William (ed.) (2003), Cold War Endgame: Oral History, Analysis, Debates, Pensilvania.

Yeltsin, Boris (1990), Against the Grain: An Autobiography, Nueva York.

– (1994), The Struggle for Russia, Nueva York.

Zinoviev, Alexander (1999), La caída del imperio del mal, Barcelona.

Zubok, Vladimir M. (2007), A Failed Empire. The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev, Chapel Hill.

Sitios de internet consultados

cia World Factbook, http://www.cia.gov

Estadísticas del Banco Mundial, http://datos.bancomundial.org.pais

Índice de desarrollo humano, http://hdr.undp.org/en/media/hdr_2010_Es

Ria Novosti en español, http://sp.rian.ru

Russia in Figures, www.infostat.ru

Russian Statistics, http://www.gks.ru

Statistical Review of World Energy, www.bp.com/sectioncopy.do

Notas

---

[1] Un resumen puede encontrarse en Jorge Saborido (2009).

[2] Esta expresión es utilizada por David Kotz y Fred Weir (1998), autores de un interesante texto sobre el derrumbe del sistema.

[3] Robert Service (2005) utiliza la expresión “experimento con un pueblo” como título de la obra en la que estudia lo ocurrido durante el gobierno de Yeltsin.

[4] Había sufrido varios ataques, y lo normal hubiera sido el retiro, pero su particular manera de aferrarse al poder y el hecho de que muchos de sus colegas deseaban posponer todo el tiempo posible la designación de su sucesor determinaron que en los dos últimos años desarrollara sus actividades en una visible situación de inferioridad.

[5] Boris Kagarlitsky (2005) expresa bien esta realidad al afirmar que “el problema principal a principios de los años 80 no consistía en saber si el brezhnevismo había sido intrínsecamente bueno o malo, sino en el hecho de que esta política estaba agotada”.

[6] Como veremos, algunos analistas afirman que la manipulación del precio del petróleo formaba parte de la estrategia del gobierno de Washington destinada a desestabilizar a la Unión Soviética.

[7] Asimismo en 1940 se creó la República de Carelia, que en 1956 desapareció y se integró a Rusia como república autónoma.

[8] El Politburó era el principal organismo político del Partido Comunista.

[9] De cualquier manera, había quejas que iban desde la reivindicación del idioma nativo hasta las cuestiones de orden religioso, pasando por las referencias a los (supuestos o reales) perjuicios económicos que sufrían las repúblicas en su relación con el núcleo de poder moscovita.

[10] La nomenklatura ha sido definida como una lista de individuos redactada por el pcus, de la cual eran seleccionados candidatos para las posiciones vacantes en el Estado, en el partido y en otras organizaciones. El texto más conocido sobre el tema es el de Michel Voslensky (1986).

[11] El complejo militar-industrial, resultado de la alianza entre los altos mandos militares y el aparato burocrático, fue siempre la rama más avanzada tecnológicamente de la industria soviética, beneficiada por una gran cantidad de recursos para sus actividades, al tiempo que quienes formaban parte de él contaban con numerosos privilegios.

[12] La kgb era la agencia de inteligencia del Estado soviético. Creada en 1954 como sucesora de la Cheka, organismo fundado a los pocos meses de haber triunfado la Revolución de Octubre, subsistió hasta el 6 de noviembre de 1991. Una documentada historia de la kgb es la escrita por Amy Knight (1988).

[13] Estos privilegios llegaban hasta el punto de existir “productos del Kremlin”, fabricados especialmente para quienes conformaban la nomenklatura (Simis,

1982).

[14] Se ha argumentado con solidez respecto de la existencia de un little deal entre el gobierno y la sociedad –sobre todo los ciudadanos residentes en las ciudades–, en el que se toleraba la existencia de una amplia gama de actividades que escapaban al sistema planificador a nivel microeconómico mientras se mantenían los controles macroeconómicos y persistían las restricciones a la actividad política (Millar, en Suny, 2003).

[15] Organización juvenil del pcus.

[16] Se ha calculado con posterioridad que la campaña permitió salvar aproximadamente 1,2 millones de vidas, siquiera fuera temporariamente.

[17] Un pormenorizado análisis de lo ocurrido se encuentra en Zhores Medvedev (1992). El desastre de Chernobyl es analizado también por Scott Ingram (2005).

[18] Sobre el papel de los medios de comunicación, es importante el texto de Scott Shane (1994).

[19] El tema de la viabilidad de la Nueva Política Económica como alternativa ha sido objeto de prolongados debates. Un resumen de las diferentes posturas se encuentra en Norman Lowe (2002).

[20] Como bien se ha dicho, “se impulsó la lógica de mercado y el comportamiento de mercado, pero sin mercado” (Filtzer, 1994).

[21] La autobiografía de Yeltsin (1990) no aporta mucho de interés ya que carece de autocrítica, y tampoco lo tiene en demasía la biografía de Vladimir Solovyov y Elena Klepikova (1992), cuyo fin es exaltar la figura del “constructor de la democracia rusa”.

[22] Hubo candidatos que se presentaban sin oposición y aun así no resultaron elegidos, dado que el sistema de elección proveniente de la época anterior establecía que el nombre del candidato debía ser tachado para manifestar la oposición; entonces, hubo aspirantes que obtuvieron mayoría de votos con el nombre tachado, lo que implicó su derrota.

[23] Véanse los textos completos en Richard Sakwa (1999).

[24] Todo el proceso que se desarrolló dentro del pcus está estudiado por Graeme Gill (1994).

[25] Lituania, Estonia y Letonia fueron incorporadas a la Unión Soviética en los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, como una de las consecuencias del pacto Molotov-Ribbentrop entre Stalin y Hitler.

[26] Cuando Yeltsin, una vez instalado en el poder, comenzó a operar en contra del Congreso, se dedicó a desacreditar el carácter democrático de las elecciones de 1990, pero la mayor parte de los analistas imparciales coinciden en que fueron comicios razonablemente democráticos (por ejemplo, Hough 1997).

[27] Sobre el origen y las características de ese nuevo pensamiento es

indispensable la lectura de Robert D. English (2000).

[28] Un buen resumen de todo el proceso se encuentra en Antonello Biagini y Francesco Guida (1996).

[29] La agresión al medio ambiente fue uno de los rasgos de un régimen cuyo objetivo era la industrialización a toda costa. En la década de 1960 fueron apareciendo pequeños grupos que advertían sobre situaciones puntuales, pero el desastre de Chernobyl fue el detonante para que se empezara a tomar conciencia sobre el tema.

[30] Hedrick Smith (1990) da cuenta de la primera encuesta masiva dirigida por el sociólogo Yuri Lagoda y publicada en la revista Literaturnaya Gazeta. El cuestionario impreso en la revista tuvo una avalancha de respuestas, en las que se achacaban los males del país a diferentes causas.

[31] La portada del libro de Richard Davies reproduce una situación escolar en la cual el alumno responde a su profesora de historia de esta manera: “¿Debo contestar la versión del libro o la real?”.

[32] Un buen resumen se encuentra en Richard Stites (1992).

[33] En una carta a los lectores del diario Izvestia, un ciudadano se quejaba del nuevo clima de la siguiente manera: “Tal vez sea una venganza por los largos años de unanimidad. ¿Pero la libertad es sólo la libertad para destruir?” (citado por Hosking, 1991).

[34] A pesar de sus planteos, el Plan de los 500 días era mucho menos radical que el que puso en práctica Yedor Gaidar en enero de 1992.

[35] Ésta es la postura de Jerry F. Hough (1997). La idea de que existía una mutua corriente de antipatía entre Yeltsin y Gorbachov –y, en el caso de este último, de cierto menosprecio por las limitaciones intelectuales de su adversario político– puede apreciarse en las memorias de ambos (Yeltsin, 1994; Gorbachov, 1996).

[36] El porcentaje de población de origen ruso en las repúblicas bálticas era en 1989 del 9,4% en Lituania, del 30,3% en Estonia y del 34% en Letonia (Hough, 1997).

[37] Por ejemplo, el testimonio de Gorbachov (1991). Un relato bien estructurado y atractivo es el de Rafael Poch-de-Feliú (1991), y un análisis profundo se encuentra en John B. Dunlop (1993).

[38] Se ha argumentado que Gorbachov estaba al tanto del golpe, y si bien se negó a apoyarlo una vez conocidas las dimensiones de las exigencias de quienes participaban del complot, se mantuvo a la expectativa esperando el resultado del proceso para definir su posición (Knight, 1996). La posición contraria, defendida sobre todo por Archie Brown (1996), parece más sólida.

[39] Según John B. Dunlop (1993), los golpistas se vieron perjudicados también por una sucesión de acontecimientos signados por la mala suerte.

[40] Alexander Zinoviev (1999) sostiene que si el golpe triunfaba la mayoría de la población rusa lo hubiera aceptado, pero aun suponiendo que esto fuera así, el

apoyo a Yeltsin tenía cierta importancia, sobre todo en los núcleos urbanos.

[41] La más importante de todas era sin duda la cesión de Crimea a Ucrania por parte de Kruschov en 1954.

[42] La reunión de Bieloviezh fue definida con ironía como “tres hermanos reunidos para decidir el destino de su anciana y enferma madre” (Poch-de-Feliú, 2003).

[43] David Lockwood sostiene asimismo que desde la perspectiva del capitalismo “una reforma exitosa lo era si desintegraba el Estado soviético en varios espacios económicos más pequeños”.

[44] De cualquier manera, la incidencia de la declinación económica es puesta en primer plano por todos los analistas.

[45] Sobre la posición de Lenin en la última etapa de su vida, véase Moshe Lewin (1970).

[46] Una posición de este tipo ha sido sostenida por funcionarios del régimen como Vladimir Kryuchkov, director de la kgb y protagonista del golpe de agosto de 1991 (Brown y Shevtsova, 2004).

[47] Ésta es una de las conclusiones que puede extraerse de Martin Mac Cauley (1998).

[48] La misma posición se sustenta en Minxin Pei (1998).

[49] Una posición similar es la Moshe Lewin (1991).

[50] En la lengua rusa existen dos palabras para referirse a los habitantes de la Federación Rusa: russkii identifica a los rusos étnicos, y rossiiskii, a los habitantes de la Federación, sean rusos o no.

[51] Sobre este tema, véanse las Conclusiones.

[52] Un ejemplo de este análisis es el de George W. Breslauer (en Brown y Shevtsova, 2004).

[53] Una discusión respecto de las opciones que se barajaban en esos momentos se encuentra en Peter Reddaway y Dmitri Glinski (2001).

[54] La trayectoria de Gaidar y Chubais antes de ejercer la función pública puede seguirse en David Hoffman (2003).

[55] Los integrantes del equipo de Gaidar y Chubais compartían una serie de rasgos: todos provenían de familias de la nomenklatura; habían estudiado en instituciones oficiales, lo que implicaba en su momento mostrar lealtad hacia los principios marxistas; todos tuvieron oportunidad de tomar contacto con universitarios occidentales, lo que los convirtió en fervientes liberales. Un colega

que trabajaba con ellos y que llegó a ministro de relaciones económicas internacionales en 1991-1992, Piotr Aven, unos años más tarde publicó un libro en el que afirmaba que los integrantes del equipo se sentían en posesión de la verdad absoluta: “Siempre tenían razón, aun si los resultados negativos eran obvios para todos” (citado por Reddaway y Glinski, 2001).

[56] En un reportaje periodístico realizado en 1998, Chubais indicaba explícitamente que frente al hecho de que el Poder Legislativo “consistentemente, con determinación, con frecuencia maliciosamente, se oponía a la democracia y a las reformas”, la combinación de “una mano fuerte más el mercado era sin duda técnicamente mucho más atractiva” (Reddaway y Glinski, 2001).

[57] Un lúcido análisis de la manera en que especialistas, académicos y periodistas estadounidenses trataron el tema de Rusia se encuentra en Stephen Cohen (2000).

[58] Si los decretos presidenciales colisionaban con las leyes vigentes, debían ser entonces refrendados por el Parlamento.

[59] Gaidar ha escrito varios libros argumentando a favor de su política económica, entre los cuales se destaca Days of Defeat and Victory. Una defensa cerrada de lo realizado se encuentra en Rose Brady (1999).

[60] Las estadísticas del Banco Mundial no aportan datos de 1992 (http://datos.bancomundial.org.país).

[61] Es interesante destacar que la posición de Gaidar era extremadamente débil

en términos políticos. Basta decir que fue designado a cargo de la política económica en noviembre de 1991 y luego de ocupar varios cargos llegó a primer ministro en junio del año siguiente, pero fue destituido por el Parlamento en diciembre de ese año. Sin embargo, no puede negarse que fue el ejecutor de toda la primera etapa de reformas, aunque con frecuencia tuvo que transigir con otros sectores del gobierno y rectificar o atenuar el impacto de algunas medidas. Se ha argumentado asimismo que los directores de las grandes empresas estatales inicialmente guardaron silencio frente a las reformas, que les permitían aumentar los precios en una situación de monopolio, y sólo comenzaron a manifestar su oposición cuando la situación se descontroló totalmente y comenzó a pensarse en una posible reacción de la población, profundamente afectada por el desborde inflacionario.

[62] En algún momento parece incluso que la corrupción desplegada por los sectores privados era preferible a los abusos de los funcionarios "rojos", directores de las grandes empresas estatales.

[63] "La Unión Soviética producía varias veces más tractores que Estados Unidos y al mismo tiempo era imposible encontrar piezas de repuesto para tractores, porque todas las fábricas de tractores se construyeron con la idea de convertirlas en fábricas de tanques en caso de necesidad y, en la guerra, los tanques se destruyen de forma tan rápida y total que no son repuestos lo que se necesita sino capacidad de producción de relevo" (Poch-de Feliú, 2003).

[64] Un interesante análisis del trueque en Rusia durante esos años se encuentra en Pepita Ould-Ahmed (en Hernández, 2011).

[65] Yeltsin intentó sin éxito aprobar un código de propiedad de la tierra, y la Constitución de 1993 establecía que esta propiedad podía ser estatal, municipal y privada, pero no avanzó en su implementación. Las granjas colectivas fueron desnacionalizadas, pero en general fueron reestructuradas como cooperativas sin que surgiera en los primeros años un sector numeroso de campesinos

propietarios.

[66] El presidente de la república de Kalmukia confesaba abiertamente a fines de la década de 1990 que se había enriquecido exportando petróleo y sus derivados. Cualquier exportación de madera se frenaba si no contaba con la firma de un funcionario, hijo de un miembro de la nomenklatura soviética (Medvedev, 2004).

[67] Las manipulaciones con moneda extranjera por parte de los bancos permitieron obtener inmensas ganancias debido a la continua depreciación del rublo; si se retenía durante un par de meses el dinero destinado a pago de salarios –una práctica que se tornó habitual–, el monto de los beneficios podía ser enorme.

[68] Un texto interesante sobre este tema, aunque centrado sobre todo en lo ocurrido en los años anteriores, es el de Steven L. Solnick (1998).

[69] Sobre este tema hay dos textos importantes: el de Stephen Handelman (1995), y con posterioridad el documentado libro de Vadim Volkov (2002). Un panorama de la mafia que va más allá de Rusia lo brinda Mischa Glenny (2008).

[70] Otras circunstancias que se han destacado para explicar este auge de la violencia son, por un lado, que en las cárceles soviéticas existía una numerosa población criminal, que fue beneficiada por una amplia amnistía y se instaló en las principales ciudades "en busca de trabajo", y por otro, el licenciamiento de miles de soldados brutalizados provenientes de la guerra de Afganistán.

[71] Una de las más importantes analistas de la sociedad rusa, Olga Kryshtanovskaya, afirmó que en Rusia "el Estado piensa que el capital privado

debe ser defendido por aquellos que lo poseen. Es una política plenamente consciente la de las autoridades encargadas de hacer cumplir la ley de excusarse de defender el capital privado” (citada por Reddaway y Glinski, 2001).

[72] A este listado habría que agregar al más conocido en Occidente, Román Abramovich, y también a Oleg Deripaska, propietario de Rusal, a mediados de la década de 1990 la tercera fábrica mundial de aluminio. La historia de cómo se enriquecieron algunos de estos personajes –Jodorkovski, Gusinski y Berezovski– es narrada con detalle por David Hoffman (2003).

[73] Incluso Smolenski estuvo preso por crímenes económicos a principios de la década de 1980.

[74] Ocupaba el lugar 97, mientras que Gusinski estaba en el puesto 133 y Vagit Alekperov, presidente de la petrolera Lukoil, en el 194.

[75] Aslund (1995, 2007), desde una perspectiva ultraliberal, es el defensor más reconocido de la idea de que la transición al capitalismo en el mediano plazo fue exitosa.

[76] Variación del índice de precios al consumidor (http://datos.bancomundial.org.pais).

[77] Para el caso de Rusia, el texto reciente más importante al respecto es el de Gulnaz Sharafutdinova (2011).

[78] Rafael Poch-de-Feliú, al definir el nuevo régimen surgido después de 1991, lo ha denominado “Estado de mercado”, al puntualizar que no fue un “Estado de derecho” ni una “economía de mercado” sino una síntesis negativa de ambos elementos, a lo que habría que sumar el “tradicional burocratismo ruso”.

[79] Cuando fue nombrado primer ministro en 1998, Evgeni Primakov, un funcionario destacado por su honestidad, pidió a todos los organismos responsables un informe sobre el estado de la delincuencia económica y la corrupción: “Cuando leí sus informes se me pusieron los pelos de punta, no sólo por la envergadura de la corrupción que mostraban sino porque me di cuenta de que lo conocían todo, incluidos los canales por los cuales se realizaban las operaciones ilegales. Al mismo tiempo, no había ninguna voluntad política para empezar una lucha contra todo aquello” (citado por Poch-de-Feliú, 2003).

[80] Una mirada sobre estas empresas la brinda Roy Medvedev (2004).

[81] Una visión idílica de lo ocurrido, escrita sin embargo antes de la principal operación, es la de Maxim Boicko, Andrei Shleifer y Robert Vishny (1997).

[82] En el proyecto original de los técnicos, la idea era que los detentadores de acciones las vendieran y así obtuvieran una comisión.

[83] Ése es el título del capítulo en el que Hoffman (2003) narra lo ocurrido.

[84] El eslogan de los partidarios de las privatizaciones era que “lo que no se privatice va a ser robado”.

[85] Para ello se difundió el rumor de que los derechos de propiedad sobre las empresas en manera alguna estaban asegurados por el Estado; Jodorkovski, uno de los principales beneficiarios, declaró que ése fue el ardid que se utilizó para desalentar a los competidores extranjeros (Freeland, 2000). Asimismo, era muy fácil recurrir al argumento nacionalista para descalificar la presencia del capital extranjero en industrias de la importancia de las petroleras o de las explotaciones mineras; de hecho, uno de los protagonistas desde el gobierno de la privatización lo utilizó en la defensa de lo actuado, por supuesto, sin decir que prácticamente todos los oligarcas que participaban en el proceso tenían como práctica habitual llevar el grueso de los beneficios al extranjero (Kokh, 1998).

[86] El mismo Gaidar sostuvo posteriormente que para que el sistema funcionara los precios de base debían ser bajos.

[87] El comentario es obvio: el Estado no aceptaba sus propios bonos.

[88] Véase un relato pormenorizado de lo ocurrido en Hoffman (2003) y también en Aslund (2007).

[89] Además, el fmi recomendó al gobierno que se endeudara en dólares, ya que el interés a pagar era más bajo que el que se pagaba en rublos. Esta sugerencia, que no contemplaba la posibilidad de una devaluación, fue duramente criticada por el premio Nobel Joseph Stiglitz, quien sostiene que si el rublo efectivamente se devaluaba –lo que finalmente ocurrió–, al gobierno le iba a costar mucho más pagar los créditos tomados en dólares (Stiglitz, 2002).

[90] En el mercado interbancario extraoficial la caída del rublo el día 17 fue del 26%.

[91] Para la utilización de estos conceptos en relación con la situación rusa, véase David Lane y Cameron Ross (1999).

[92] En este tema seguimos a Lane y Ross (1999), aunque difiriendo de alguna de sus conclusiones.

[93] Un informe de la Academia Rusa de Ciencias dado a conocer en 1995 afirmaba que el 75% de la administración de Yeltsin y su entorno tenían una posición razonablemente prominente durante la época soviética en el pcus, en el Konsomol o en la administración soviética. En una publicación periodística se sostenía que el 61% de la elite empresarial provenía de los cuadros soviéticos, muy especialmente del Konsomol (Medvedev, 2004).

[94] Para la comunidad internacional, el territorio de Transnistria es parte de la República de Moldavia pero de hecho reivindica su independencia desde un conflicto que estalló en 1990. Las tropas rusas actúan como garantes de la independencia de los habitantes de ese territorio.

[95] Novecientos de los diputados eran elegidos de acuerdo con los distritos territoriales y los 168 restantes, a partir de distritos nacional-territoriales, lo que implicaba el reconocimiento de la existencia de nacionalidades. En cuanto a la composición del Soviet Supremo, una mitad provenía de los distritos territoriales y la otra de los distritos nacional-territoriales.

[96] Un estudio detallado de las ocupaciones de los diputados electos se encuentra en Jerry Hough (1997).

[97] Una opinión contraria es la de Anders Aslund (2007), que sostiene que uno

de los errores principales de Yeltsin fue no disolver inmediatamente el Parlamento tras la disolución de la Unión Soviética.

[98] Un chiste que circulaba en esos días era el de la marcha hacia la cárcel de una persona esposada, cuando uno de los que lo custodiaban le dice: “Yo lo conozco de algún lado… ¡Ya sé! A usted lo voté en las últimas elecciones”.

[99] Este margen no era en manera alguna amplio: en una encuesta realizada un par de meses después del referéndum por el Barómetro de la Nueva Rusia, sólo el 4% mostraba “mucha confianza” en Yeltsin, mientras que el 40% no tenía mucha confianza y el 27% no tenía ninguna confianza en él (Rose, Mishler y Munro, 2006).

[100] Poch-de-Feliú (2003) avanza en la idea de que estos grupos pudieron ser provocadores al servicio del gobierno.

[101] La utilización de la palabra “Duma” remitía al órgano legislativo que existió durante los últimos años del zarismo.

[102] Integraban esa Asamblea los representantes de los gobiernos regionales y delegaciones de diferentes sectores de la sociedad, que debatieron a lo largo de varios meses en 1993.

[103] Véase el texto completo de la Constitución en Richard Sakwa (2008).

[104] El Consejo de Seguridad fue creado por Yeltsin en junio de 1992 y contaba

con amplias atribuciones, hasta el punto de que muchos lo bautizaron como un "nuevo Politburó".

[105] Un estudio del sistema electoral mixto se encuentra en Sawka (2008).

[106] Estos párrafos están basados en Medvedev (2004).

[107] Se calcula que el presidente Yeltsin perdió catorce millones de votos desde el referéndum de abril (De Andrés, en Flores y Luengo, 2000).

[108] En la segunda mitad de 1994, hubo un momento en el que el aflojamiento llegó al extremo de que Ziuganov llegó a afirmar que si Chernomirdin lo llamaba para integrar el gabinete, iba a aceptar (Service, 2000).

[109] Se comenta que Gusinski y Berezovski entraron en pánico en Davos cuando vieron que Ziuganov era objeto de atención por parte de dirigentes y empresarios occidentales, que lo trataban como el futuro presidente de Rusia (Hoffman, 2003).

[110] Gaidar afirma que el decreto de postergación de las elecciones estuvo redactado y Yeltsin lo tuvo en su escritorio para firmarlo, y fue él junto al ministro del interior Anatoli Kulikov, con la colaboración de Tatiana Diachenko, la hija de Yeltsin, quienes lo convencieron argumentando que una medida de ese tipo podía dar lugar a una guerra civil (citado por Hoffman, 2003).

[111] Éste, de fuerte influencia en el entorno de Yeltsin, ocupó un cargo en el

Consejo de Seguridad.

[112] En los primeros meses de existencia de la Federación Rusa, Yablinski, considerado por muchos el más experto economista del país, apareció como candidato a impulsar las reformas económicas desde un cargo ministerial, pero se sostiene que ante la posibilidad de que su personalidad lo eclipsara, Yeltsin optó por una figura mucho menos carismática como Gaidar. En cualquier caso, a pesar de su orientación liberal, la propuesta de Yablinski era bastante menos radical que la que se puso en práctica.

[113] Tres personas del entorno de Gaidar fueron detenidas mientras salían del cuartel general de campaña con una gruesa suma de dinero. Los detalles nunca se aclararon, pero el resultado fue que Yeltsin tomó la decisión de desprenderse de quienes habían sido sus más cercanos colaboradores (y compañeros de reuniones “etílicas”).

[114] Ya durante los meses que transcurrieron entre el fallido golpe de agosto de 1991 y el anuncio de la desintegración de la Unión Soviética se tomaron algunas decisiones de importancia: en septiembre, el gobierno de Rusia presionó para que se retiraran las brigadas de entrenamiento en Cuba, y también para que se detuviera la venta de armas a Afganistán. Asimismo, el 24 de octubre de 1991 se restablecieron las relaciones diplomáticas con Israel, luego de veinticuatro años de ruptura.

[115] La primera fase de las relaciones exteriores de Rusia hasta los primeros meses de 1993 ha sido definida como la etapa “romántica” o “idealista”, en razón de la idea de que bastaba proclamar una visión pro occidental para lograr apoyo económico y político para el país.

[116] La Horda de Oro fue un Estado de origen mongol que abarcó parte de las

actuales Rusia, Ucrania y Kazajistán desde mediados del siglo xiii hasta 1480.

[117] En 1994 se firmó el Tratado de Asociación y Cooperación entre la Unión Europea y Rusia, que entró en vigencia tres años más tarde.

[118] La osce es una institución creada finalmente en 1994 pero cuyo origen se encuentra en la segunda mitad de la década de 1970, en la denominada Conferencia para la Seguridad y la Cooperación Europea.

[119] El contencioso de Nagorno-Karabaj (Alto Karabaj) fue el principal conflicto que se produjo entre las repúblicas de la ex Unión Soviética, enfrentando a Azerbaiján y Armenia por una región de población mayoritariamente armenia. Las primeras escaramuzas se produjeron en 1988, y hacia fines de 1991, junto con la desintegración de la Unión Soviética, estalló una sangrienta guerra que se prolongó hasta 1994. Los armenios proclamaron en 1991 de manera unilateral la creación de la República de Nagorno-Karabaj, que no fue reconocida por ningún país. Actualmente, el proceso negociador está paralizado porque ninguna de las partes quiere modificar sus posturas. Azerbaiján insiste en que las tropas armenias deben abandonar la región y las personas desplazadas deben retornar a sus lugares de origen. Armenia, por su parte, se resiste a admitir que Nagorno-Karabaj sea legalmente parte de Azerbaiján, argumentando que, al haber declarado su independencia al mismo tiempo que Azerbaiján, es otro país diferente.

[120] La expresión que se ha utilizado para designar la estrategia de Primakov es “pragmatismo competitivo”, que parte de la base de que los intereses de Rusia y Occidente eran divergentes y que, por lo tanto, los acuerdos e incluso las alianzas constituían alternativas instrumentales.

[121] La represión realizada por los serbios presididos por Slobodan Milosevic

en Kosovo fue el origen de la intervención de las tropas de la otan.

[122] El Kremlin no defendía al gobierno de Milosevic, ni mucho menos su política de "limpieza étnica", pero sostenía que el accionar de la otan era una prueba del intento de Estados Unidos de manejar la política internacional de manera unilateral.

[123] Para el tema de Tayikistán, véase Iver B. Newmann y Sergey Solodovnik (1996).

[124] Un estudio de 2002 calcula que la participación de los salarios en la renta nacional era del 30% (Lynch, 2005).

[125] Una revisión de todas las interpretaciones se encuentra en Debra Javeline (2003).

[126] La presencia de mujeres en la Duma fue del 14% en la que desarrolló sus tareas entre 1993-1995; del 10,9% en la de 1995-1999 y del 8% en la que se inició en 1999 (Sawka, 2008).

[127] Esa presencia representaba porcentajes muy variables de la población total de cada una de las repúblicas, desde el 37,8% en Kazajistán (6,2 millones de personas), hasta el 1,6% en Armenia (50.000).

[128] Un trabajo de campo breve pero ilustrativo sobre lo que pensaban los rusos respecto del mundo en el que vivían y el que querían vivir durante la época de la

perestroika y en los primeros años del gobierno de Yeltsin es el de Nikolai Popov (1995).

[129] “Muchos eran los rusos que en sus imágenes identificaban el bienestar y la belleza comunes entre las sencillas gentes de Occidente en el que no existían harapientos ni ancianos abandonados” (Taibo, 2000).

[130] Desde esta perspectiva, tanto Gaidar como Chubais habrían sido los ejecutores de la obra dirigida por Yeltsin.

[131] El texto tomado como base es el de Aslund (2007).

[132] Textos importantes sobre el tema son los reunidos en el libro de Guillermo O’Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (1988).

[133] En algunos de los denominados “transicionólogos teleologistas” se percibe claramente el impacto de las ideas de Francis Fukuyama, tan citado (y cuestionado) en la década de 1990.

[134] Incluso lo ocurrido en Rusia fue muy diferente de los desenlaces que tuvieron los procesos de cambio en los países de la Europa oriental (y de éstos entre sí).

[135] Sobre la figura de Primakov, véase Roy Medvedev (2004).

[136] Unas pocas semanas antes de ser nombrado primer ministro, una importante publicación moscovita mostraba un dibujo titulado "Elige a quien quieras…", en el que aparecían seis candidatos –Fidorov, Chubais, Stepashin, Luzhkov, Chernomirdin y Yablinski–; ninguno de ellos era Putin (Service, 2005).

[137] Alex Goldfarb y Marina Litvinenko (2007) relatan que cuando un emisario de Yeltsin viajó hasta donde Putin y su familia estaban pasando las vacaciones para ofrecerle el cargo de primer ministro, éste respondió: "No estoy seguro de estar preparado para eso", y sugirió que prefería la presidencia de Gazprom.

[138] Un análisis de la evolución política en la época soviética y postsoviética tiende a distinguir entre las fases de liderazgo "transformador" y las etapas de "consolidación". En esta distinción, Putin aparece claramente como un líder "consolidador", entendiéndose esta expresión como la del gobernante que se plantea como objetivo principal la consolidación del poder del Estado. Para este tema, véase George W. Breslauer, en Alex Pravda (2005).

[139] Asimismo, se ha insistido en que los camaradas de Putin de San Petersburgo "aterrizaron" masivamente en el Kremlin.

[140] En una de sus muy escasas presencias públicas, Yeltsin criticó el hecho de que se rescatara el período dominado por la figura de Stalin.

[141] En su citada presentación ante el mundo, ya afirmaba que "yo interpreto la libertad de expresión de varias maneras. Si usted quiere decir complicidad con crímenes, nunca estaré de acuerdo con eso" (Putin, 2000).

[142] Los especialistas han calculado que los altos precios del petróleo aportan entre un tercio y la mitad al crecimiento del pbi.

[143] En general, para los estudiosos dedicados al tema, los “Estados petroleros” comparten ciertos rasgos: los estrechos vínculos entre poder y riqueza, la consolidación de una clase rentista que vive de los dividendos de la venta de los recursos naturales, una corrupción sistémica, la dependencia respecto de la situación económica internacional, el peligro de caer en la “enfermedad holandesa” –desindustrialización como consecuencia de la revalorización de la moneda, favorecida por una balanza comercial ampliamente superavitaria–, una gran desigualdad en la distribución del ingreso. Sobre este tema es importante Marshall Goldman (2008).

[144] Véase la historia de Gazprom en Jonathan Stern (2005).

[145] Véanse las estadísticas sobre el sector agrario en Stephen K. Wegren (Wegren y Herspring, 2010).

[146] En un informe sobre el estado de la economía en 2006 se puntualizaba que en los sectores de bienes de consumo y agroalimentario la industria local era poco competitiva, por lo que el gasto se canalizaba hacia la importación. Además se preveía que el crecimiento del gasto real en consumo en muy buena medida continuaría a buen ritmo en los próximos años debido a la existencia de una emergente clase media localizada fundamentalmente en Moscú y San Petersburgo.

[147] Dada la orientación liberal de los autores, hay una preocupación por demostrar que justamente la industria más avanzada es la que en mayor medida funciona sobre la base de la actividad privada.

[148] La recuperación no fue completa porque el país sufrió en 2010 la sequía más grave de la última década, con una pérdida de aproximadamente el 40% de la producción agrícola-ganadera.

[149] De cualquier manera, se insiste en que, dadas las deficiencias de la economía rusa, su recuperación fue más lenta que la de los países emergentes con los que se compara, como India, China y Brasil.

[150] Algunos intentos de comparación (por ejemplo, Treisman, 2011), que llevan a la conclusión de que la corrupción en Rusia no es superior a la del promedio de países con los que comparte algunas características, no resultan demasiado convincentes.

[151] Un programa satírico de marionetas, Kukli, ofendía particularmente a Putin, que aparecía como un lúgubre y siniestro muñeco (Service, 2005).

[152] Hoffman (2003) relata detalles de las reuniones celebradas entre Putin y el magnate.

[153] En una entrevista concedida en enero de 2009 Putin afirmó que “por alguna razón existe la opinión de que soy un destructor de multimillonarios, pero no es cierto, nunca tuve eso como meta. Si una persona dentro de la ley adquiere bienes y recursos financieros, Dios le dé salud” (citado por Hinde Pomeraniec, 2009).

[154] También se destaca su autocontrol; se cuentan varias historias sobre este

rasgo, entre las que sobresale la que relata que cuando su mujer Ludmila se accidentó con el auto acompañada por una de sus hijas, él no abandonó su trabajo y fue a verlas al finalizar la jornada (Pomeraniec, 2009).

[155] A los pocos días, también se incendiaron las torres de televisión de Ostankino, uno de los símbolos de la grandeza soviética.

[156] Quienes estaban a cargo del nuevo canal eran algunos de los oligarcas, pero los directivos eran designados por el gobierno.

[157] Sobre este tema es imprescindible la lectura de Martin Sixsmith (2010).

[158] Algunos autores han destacado el hecho de que, una vez enriquecido, Jodorkovski también se dedicó a financiar obras de bien público y a impulsar iniciativas destinadas a mejorar la calidad de la democracia y la educación en el país.

[159] Un atinado juicio crítico sobre el accionar de Jodorkovski sostiene que “fue consumido por la sociedad imperfecta que ayudó a crear. Intentando promover el desarrollo de la sociedad civil y de la democracia, no sólo podía ser acusado de hipócrita. Ofendió la causa que estaba intentando impulsar” (Jack, 2004).

[160] El jefe de gabinete Alexander Voloshin y el primer ministro Kasianov protestaron por el encarcelamiento de Jodorkovski y al poco tiempo fueron relevados, aunque en este último caso no está claro que la razón haya sido su protesta.

[161] De los siete oligarcas citados por Berezovski (reproducidos aquí en p. 100), diez años más tarde uno estaba preso (Jodorkovski), dos exiliados (Berzovski y Giusinski), uno había desaparecido del grupo principal (Smolenski) y tres seguían en posiciones económicas dominantes (Aven, Fridman y Potanin).

[162] En vísperas de las elecciones, en Rusia había cincuenta partidos registrados oficialmente.

[163] Habría que agregar que Kasianov era el último dirigente importante que venía de la época de Yeltsin.

[164] En el gobierno también se temía una cantidad considerable de votos "contra todos".

[165] Una sombría crítica del clima previo a las elecciones así como también de los dirigentes de los partidos liberales se encuentra en Anna Politkovskaya (2007).

[166] Poco tiempo antes de que fuera designado, quien fue más tarde su colega en el gabinete, German Grez, afirmó que era el más incompetente embajador que había encontrado (Fradkov ocupó ese cargo ante la Unión Europea) (citado por Aslund, 2007).

[167] Es importante aclarar que estos emprendimientos iban a financiarse con fondos de las empresas, nunca con el dinero de los empresarios.

[168] El relato de las operaciones por parte de Anna Politkovskaya (2005, 2007) mostró las dimensiones de las atrocidades cometidas por quienes cumplieron la orden de acabar con los secuestradores sin medir la consecuencia de sus acciones, así como también de las sospechas que generó la investigación.

[169] Con agudeza, se ha sostenido que a partir de esta reforma se consolidó un régimen de "un partido y medio" (Treisman, 2011) (ver p. 270).

[170] Litvinenko en su momento acusó en una conferencia de prensa a los fsb de haberle ordenado asesinar al magnate Berezovski cuando formaba parte de la institución. La mujer de Litvinenko junto con un antiguo disidente amigo de la familia publicó un libro sobre la muerte de su marido (Goldfarb y Litvinenko, 2007).

[171] Sobre el tema de estos asesinatos, puede consultarse Steve LeVine (2009).

[172] Como detalle macabro puede agregarse que Anna Politkovskaya fue asesinada el día del cumpleaños de Putin.

[173] Los analistas en general sostienen que la elección de Medvedev como sucesor, en lugar de Ivanov, está fundamentada en el hecho de que Putin lo consideraba en mejores condiciones de cumplir su rol de "segundo de a bordo", debido a su carencia de experiencia en el trato con las fuerzas armadas y con los siloviki.

[174] En Rusia el presidente es responsable de quince ministerios, entre los que

se destacan los vinculados con la seguridad, y también el ministerio de asuntos exteriores. El primer ministro, por su parte, se ocupa fundamentalmente de las cuestiones vinculadas con la economía y los asuntos sociales.

[175] En mayo de 2009 Putin publicó un artículo en el que sostenía que "estaba profundamente consciente de que las constantes reorganizaciones no producen beneficio alguno [...] los nuevos que reemplazan a quienes son despedidos terminarán actuando igual que sus predecesores" (citado por Treisman, 2011).

[176] En noviembre de 2008 ya había pronunciado un sorprendente discurso ante la Duma en el que atacó a la burocracia con estas palabras: "La burocracia estatal desconfía de los hombres libres, de la actividad libre, igual que hace veinte años […] La burocracia periódicamente se convierte en una pesadilla para los empresarios, para asegurarse de que no hagan algo equivocado. Controla los medios de comunicación, para que no digan nada que esté equivocado. Interviene en el proceso electoral, para que no sea elegido alguien equivocado. Presiona a los jueces para que no dicten sentencias equivocadas".

[177] Incluso irónicamente se ha afirmado que Medvedev asume el papel de "policía bueno" frente a Putin, quien oficia de "policía malo".

[178] Algunos analistas como Treisman (2011) justifican parcialmente la falta de medidas concretas en el hecho de que muy tempranamente Medvedev debió enfrentar dos situaciones graves: el conflicto con Georgia y la crisis económica.

[179] El wahabismo o salafismo es una corriente dentro del islamismo en su vertiente sunnita caracterizada por su intransigencia; postula la necesidad de restaurar la pureza de la religión islámica. Durante mucho tiempo fue una corriente menor, pero el dinero suministrado por la dinastía saudí facilitó su difusión.

[180] El testimonio de Politkovskaya (2005, 2007) es ilustrativo al respecto.

[181] Goldfarb y Litvinenko (2007) avanzan algunos comentarios en ese sentido y, desde luego, los textos de Politkovskaya, que participó como mediadora en el episodio, también aportan argumentos en ese sentido. Para una visión favorable a Putin, véase Truscott (2005).

[182] El 16 de abril de 2009 se dio por terminada oficialmente la "operación antiterrorista", que había justificado la intervención del ejército en Chechenia.

[183] Este atentado fue reivindicado por un grupo rebelde islamista denominado Emirato del Cáucaso.

[184] El ministro de relaciones exteriores, Sergei Ivanov, declaró por esos días que Rusia debía "[combinar] la firme defensa de sus intereses nacionales con una búsqueda firme de soluciones mutuamente aceptables a través del diálogo y la cooperación con Occidente" (citado por Mankoff, 2009).

[185] Es conocida la favorable impresión que tuvo Bush de la persona de Putin: "Sólo con mirarlo a los ojos comprendí que se trataba de un hombre franco y de confianza. Mantuve una muy buena conversación. Y pude ver su alma".

[186] Los expertos han denominado a esta orientación "pragmatismo orientado a la colaboración", ya que se basa en la convicción de la existencia de un destino común y de amenazas y oportunidades también comunes.

[187] En el interior de Rusia la oposición a la política exterior de Putin era importante: el ex canciller Primakov sostuvo en un informe que después de los acontecimientos del 11 de septiembre Estados Unidos había mejorado su posición en el Asia central y el Cáucaso.

[188] Algunos analistas han sostenido, en defensa del accionar de Putin, que ya en su discurso de fines de 1999 los objetivos estaban claros, y lo ocurrido fue que, como respuesta a las nuevas oportunidades brindadas por la economía y a la emergencia de situaciones que ponían en juego la seguridad de Rusia, Putin modificó los métodos a utilizar para alcanzar esos objetivos.

[189] Se amenazó con cancelar las cuentas oficiales del gobierno ucraniano en Occidente, que provocaría una debacle financiera.

[190] Se cita con frecuencia que en diciembre de 2006 los servicios de inteligencia estadounidenses avisaron a sus pares rusos sobre la posibilidad de un posible atentado en el metro de Moscú, lo que contribuyó decisivamente a que el mismo fuera neutralizado.

[191] Se trata de uno de los emprendimientos más importantes de la década, inaugurado en 2006, que permite transportar petróleo al Mediterráneo sin atravesar territorio ruso y suministrar un millón de barriles diarios.

[192] El más elaborado de los análisis en esta línea es el de Edward Lucas (2008).

[193] Ésta es la posición, por ejemplo, de Jeffrey Mankoff (2009).

[194] Daniel Treisman (2011) comenta que, por el contrario, la mayoría de los rusos consideran que su país está en una situación de inédita debilidad a nivel internacional.

[195] Acostumbradas a un trato preferencial, las ex naciones soviéticas se mostraron muy reacias a la normalización de los precios del gas, frente a lo cual Rusia respondió pidiendo algunas compensaciones, por ejemplo, que se le entregara el control de activos energéticos que en muchos casos habían sido construidos por los mismos rusos en tiempos soviéticos. Sin embargo, estas naciones tampoco se mostraron demasiado proclives a medidas que les implicaban incrementar su dependencia de Rusia.

[196] Las relaciones entre Rusia y Ucrania están atravesadas por el hecho de que existe una importante cantidad de rusohablantes en este último país, y también por el hecho, ya citado, de que una gran cantidad de trabajadores ucranianos desarrollan su actividad en Rusia. A partir de la recuperación económica, se han hecho oír voces en Rusia pidiendo la reabsorción de Ucrania, aunque Moscú no haya hecho movimiento alguno en ese sentido.

[197] Tanto Osetia del Sur como Abjasia son regiones que en distintos momentos de la época soviética fueron incorporadas a la República Socialista de Georgia sin que sus habitantes acordaran con la decisión; en ambos territorios los georgianos son una minoría. Una vez producido el hundimiento de la Unión Soviética, en los dos territorios hubo alzamientos, y de hecho Abjasia se encuentra en una situación de independencia desde 1992. En cuanto a Osetia del Sur, muchos de quienes defienden la separación respecto de Georgia plantean la incorporación a Rusia.

[198] También Israel ha suministrado equipamiento militar a Georgia.

[199] La Republica Autónoma de Adjaria forma parte de la República de Georgia, pero desde la disgregación de la Unión Soviética mantuvo un alto grado de independencia con protección rusa, que finalizó una vez que Saakhasvili llegó al poder.

[200] Entre otras disposiciones, ambas potencias acordaron destruir dos tercios de su arsenal atómico.

[201] Los datos provenientes del censo de octubre de 2010 elevan ese porcentaje al 16,1%.

[202] Un abordaje de estas prácticas en la política y en los negocios se encuentra en Alena Ledeneva (2006).

[203] En el recorrido que realizan Peter Baker y Susan Glasser (2007) de la situación de diferentes integrantes de la sociedad rusa, una de las entrevistadas se expresó de esta manera: “Algunos lo llaman estabilidad, pero con mucha facilidad puede llamarse también estancamiento”.

[204] El tema es tratado por Treisman (2011).

[205] En un pronunciamiento realizado en Londres, Boris Berezovski sostuvo que no hay posibilidad de que Putin sea derrotado por la vía democrática, por lo que es preciso apelar a la fuerza (Pomeraniec, 2009).

[206] Véase un estudio de este y otros movimientos en Pirani (2010).

[207] Hinde Pomeraniec (2009) relata los avatares de una manifestación de este grupo.

[208] Los libros de Harry Potter han constituido éxitos sin precedentes, con tiradas de más de un millón y medio de ejemplares.

[209] Y habría que agregar, asegurando una situación de debilidad del hasta ayer gigante moscovita.

[210] El índice de desarrollo humano (idh) es una forma de medir el desarrollo humano por país. Este índice fue elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (pnud). Es un indicador social estadístico compuesto por tres parámetros: 1) vida larga y saludable (medida según la esperanza de vida al nacer); 2) educación (medida por la tasa de alfabetización de adultos y la tasa bruta combinada de matriculación en educación primaria, secundaria y superior, así como los años de duración de la educación obligatoria); 3) nivel de vida digno (medido por habitante utilizando el sistema de paridad de poder adquisitivo en dólares). Las estadísticas, en http://hdr.undp.org/en/media/hdr_2010_Es

[211] El coeficiente de Gini es una medida de la desigualdad ideada por el estadístico italiano Corrado Gini. Normalmente se utiliza para medir la desigualdad en los ingresos, pero puede emplearse para medir cualquier forma de distribución desigual. Es un número entre 0 y 1, donde 0 se corresponde con la perfecta igualdad (todos tienen los mismos ingresos) y 1 se corresponde con la perfecta desigualdad (una persona tiene todos los ingresos y los demás ninguno).

El índice de Gini es el coeficiente de Gini expresado en porcentaje, y es igual al coeficiente de Gini multiplicado por 100.

[212] Para tener un panorama de estas visiones contrapuestas, los textos más representativos son los de Aslund (1995, 2007) y Goldman (1994, 2003, 2008).

[213] Conocido es el comentario que le hizo a Putin el secretario general de la otan, Javier Solana: “No he visto nunca en los escaparates de la Europa occidental un solo producto ruso, y eso debiera preocuparte”.

[214] También es importante la incidencia del tabaco, del sida, de las muertes violentas y los suicidios, así como la baja calidad de la atención médica y de elementos esenciales para la subsistencia, como el agua, afectados por el deterioro del medio ambiente.

[215] Por supuesto, el consumo de alcohol se vincula también con la dureza del clima durante la mayor parte del año.

[216] Es preciso destacar que esta referencia no es válida para las regiones del Asia central, en las que la hegemonía de la religión musulmana, que se opone al consumo de alcohol, ha dado como resultado niveles mucho más bajos de víctimas.

[217] La prensa informó a principios de 2011 que por primera vez en los últimos veinte años la población no había disminuido.

[218] Algunos de los autores que así definen su modo de ejercicio del poder son Aslund (2007) y Shevtsova (2007).

[219] Quien introdujo esta caracterización fue Guillermo O'Donnell (1982) y la aplicación del concepto al gobierno de Putin es de Lilia Shevtsova (2007).

[220] Carlos Taibo (2006) utiliza la expresión "democracia de baja intensidad".

[221] Por lo menos, no en el sentido occidental. Sobre este tema es interesante el análisis de Marlène Laruelle, en Jean Radvanyi y Dominique Vidal (2009).

[222] Por ejemplo, el de Harry Eckstein et al. (1998).

[223] Ria Novosti en español, 28 de junio de 2011.

[224] En sus memorias, Yeltsin (1994) sostiene que el referéndum celebrado en Ucrania a principios de diciembre de 1991 terminó de decidirlo en su intento de presionar a Gorbachov para disolver la Unión Soviética.

Índice

Notas